



EN CARNE EXTRAÑA

Alicia Sánchez

Alicia Sánchez

En carne extraña

Saga

En carne extraña

Copyright © 2018, 2021 Alicia Sánchez and SAGA Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788726939835

1st ebook edition

Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser.

www.sagaegmont.com

Saga Egmont - a part of Egmont, www.egmont.com

«Esa necesidad de olvidar su yo en la carne extraña, es lo que el hombre llama noblemente necesidad de amar.»

Charles Baudelaire

Al poeta, aquella escena le recordó a esas películas de terror italianas que tanto le gustaban cuando era joven, aquellos subproductos de serie B que saciaban los bajos instintos del adolescente introvertido que era por aquel entonces.

No era la primera vez que entraba en aquel caserón del parque del Montseny. Él, que había sido un poeta medianamente conocido años atrás, era ahora un indigente que procuraba buscar lugares solitarios para pasar sus noches. Aquella mansión erigida como por arte de magia en la parte más enmarañada del bosque era su refugio, su Manderley particular. «¿Quién habría vivido allí?», solía preguntarse cuando, después de desenrollar su saco de dormir en el salón principal, se disponía a beber su cartón de vino y componer sus sonetos. ¿Quién se habría atrevido a construir ese palacete en un lugar tan agreste? ¿Un indiano anacoreta? ¿Un estraperlista huido de la justicia? ¿Un barbazul con su cohorte de esposas muertas?

Por esa razón, cuando aquella tarde, oscura como la medianoche, el poeta, más borracho que de costumbre, se encontró con lo que se encontró, no se sorprendió en absoluto. Todo lo contrario. Podía decirse que incluso se alegró. Por fin había dado con los fantasmas que vivían en aquella casa encantada.

El hallazgo tuvo lugar en el dormitorio principal. Como en una película de Dario Argento, el primer plano lo ocupaba por entero el cadáver de una mujer. De piel blanquísima y carne mullida, parecía una hermosa muñeca de tamaño natural que alguien hubiese dejado abandonada. Estaba tendida sobre la cama, desnuda, con los brazos y las piernas muy abiertos, como si estuviera copulando con un hombre invisible.

Un halo de sangre rodeaba su cuerpo, una gradación de tonos rojizos que hacían destacar todavía más el brillo casi fosforescente de su piel. En la frente, un agujero cubierto de una costra negra rompía la armonía de claroscuros de aquel hermoso cuadro de Caravaggio.

Echó un vistazo a la habitación. Al contrario que el resto de la casa, estaba limpia y recién pintada. Las ventanas estaban cubiertas por cortinas nuevas y la cama por una colcha de terciopelo. «¿Quién se había preocupado en arreglar con tanto cuidado la dependencia de aquella casa abandonada?», se preguntó. La estancia, que tan solo semanas atrás era una ruina llena de polvo y telarañas, ahora parecía el mausoleo de una princesa.

El poeta acercó un poco más la luz de la linterna. El sexo estaba a la vista. La carne todavía se veía rosada y brillante. Finísimas estrías cubiertas de sangre dibujaban una filigrana concéntrica en el interior de sus muslos y, en su vientre, varios cardenales se superponían unos sobre otros, conformando un arco iris sangriento.

Miró su rostro. Los ojos estaban entrecerrados y la boca parecía húmeda, tan húmeda como su sexo. Con el pelo desplegado sobre la almohada, aquel rostro de Virgen María, de mujer en pleno éxtasis, despertó en el poeta pasiones que creía dormidas. Una punzada de deseo le impulsó a tocar con sus manos curtidas el rostro de ese cadáver obscuro, primero la mejilla, después los labios rígidos y, finalmente, esos senos que parecían cubiertos de papel arrugado. «¿Qué te han hecho aquí, preciosa?», se preguntó, mientras acariciaba con lujuria ese pecho masacrado que parecía engancharse a la yema de sus dedos.

Borracho pero con la lucidez del poeta en trance, se acostó al lado de la fría muñeca y la abrazó, intentando darle algo de calor. Su cabello olía a sangre y perfume, el resto de su cuerpo a semen y a carne cruda. Acostumbrado a los olores más infames, al poeta ese olor a casquería fresca le pareció un perfume delicioso. Cerró los ojos y trató de componer mentalmente un poema, pero no lograba domar las palabras, que emanaban a borbotones de su mente enfebrecida.

El silencio era pesado. Tan solo aguzando mucho el oído, podía percibirse el zumbido de los insectos que acechaban el cadáver desde la ventana.

El poeta acabó por sucumbir a los vapores del alcohol y no tardó en dormirse. En sus sueños, quiso devolverle la vida a su muñeca, que se convertía sucesivamente en la bailarina de una caja de música, en una autómatas de feria y en el maniquí mutilado del taller de una modista. Ella le hablaba, pero sus palabras eran ininteligibles, y cuando intentaba tocarla, se le escapaba, dejando entre sus dedos el polvillo que desprenden, en su huida, las más bellas mariposas.

Cuando despertó, entrado ya el amanecer, el poeta, recuperada la poca cordura que le acompañaba en sus momentos de sobriedad, se despegó con asco de esa mujer que había velado su sueño. Su rostro ya no le pareció tan bello y su piel, cubierta por una pátina viscosa, no le despertó más que repugnancia.

Libre del abrazo de la muerte, intentó levantarse, pero la cama, totalmente encharcada, parecía arenas movedizas. Aunque clavaba codos y rodillas, no podía avanzar y caía una y otra vez sobre un mar de sangre. Desesperado, lanzó un grito profundo, un grito que le permitió, por fin, exteriorizar todo su desesperación y salir de la cama de un salto, para caer con estrépito sobre el suelo.

Sin mirar atrás, liberado por fin del influjo de aquella carroña, el poeta salió corriendo de la habitación del terror.

Parte I
CICATRICES

UNO

—¿Quién eres tú? —se preguntó Isabel mientras contemplaba su cuerpo desnudo en el espejo.

Con el azogue algo amarillento, ese espejo la había acompañado desde siempre, como la casa en la que vivía, todavía lujosa, pero cada vez más desastrosa.

—¿Quién eres tú? —se volvió a preguntar, ladeando ligeramente la cabeza y abriendo únicamente un ojo, como recordaba que hacía el personaje de la oruga azul en la película *Alicia en el País de las Maravillas*.

Pero el espejo no le contestaba. Allí estaba su imagen, muda e imperturbable, como una hermana gemela que, súbitamente, hubiera perdido el habla. Isabel no estaba acostumbrada a ese silencio. Su cuerpo desnudo siempre despertaba algún tipo de reacción extrema, tanto positiva como negativa, aunque lo más habitual es que se diera una extraña mezcla de violentos sentimientos que, en la mayoría de ocasiones, desorientaba y dejaba exhausto a quien la contemplaba.

Isabel era una mujer bella pero con una particularidad que la convertía en un ser único. La piel de su rostro era lisa y suave, pero tan solo unos centímetros más abajo, esa piel perfecta se corrompía por completo. Isabel tenía el cuello, escote y parte de sus senos totalmente quemados. En estas zonas, su piel adoptaba la textura irregular de un mar de burbujeante espuma. Si se tapaba la zona abrasada, su cara era agradable y fresca, pero si la descubría, se transformaba. El abrupto contraste daba a la expresión de su rostro un aire torvo aunque irresistible. Su cara era la luna y su cuerpo mutilado su reflejo en el mar, blanco y brillante, pero distorsionado.

Dio unos pasos hacia atrás para poder verse mejor. Tan solo llevaba puestos los zapatos, un modelo de castigo que mantenía sus pies en posición

casi vertical. Se quitó uno de ellos, lo acarició con detenimiento y se lo acercó a la nariz.

Isabel adoraba el olor a zapatos nuevos. Le devolvía a su infancia, cuando su padre entraba de hurtadillas en su habitación para vestirla por la mañana antes de irse al colegio. Le ponía primero sus calcetines de borlas y, antes de calzarla, jugaban a los cuentos.

—Vamos a ver... —canturreaba su padre mientras le guiñaba el ojo—, a ver si este pie tan grande entra en un zapato tan pequeño...

—Claro que entra —le contestaba ella, simulando enfado—, siempre entra, papa...

—No sé, no sé —continuaba él—, no sé si entrará...

Y cuando el pie encajaba a la perfección, padre e hija se abrazaban, felices.

—Soy la Cenicienta, papi, soy la Cenicienta —le decía ella—, ¡cásate conmigo!

Y entonces siempre entraba su hermana Laura y tiraba alguna cosa, o bien se ponía a llorar o protestaba por cualquier razón, poniendo fin a la representación. Su padre se marchaba al trabajo sin almorzar y ella pasaba el resto del día en la escuela, jugando con la borla de sus calcetines.

Isabel agitó una mano, como si tratara de espantar una mosca, un gesto que solía hacer cuando quería apartar un recuerdo de su mente. No le convenía viajar al pasado. Ese día no.

Tras una nueva ojeada al espejo, se puso en marcha. Atravesó el salón con pasos largos y elásticos, contoneando exageradamente sus caderas y abrió la puerta del cuarto de baño. Había abierto el grifo de la bañera hacía ya tiempo y el agua estaba empezando a derramarse. Se quitó los zapatos, los dejó sobre un mueble y entró rápidamente para cerrar el grifo. No se molestó en secar el suelo. Se introdujo en la bañera, derramando todavía más agua, y se acomodó, echando la cabeza hacia atrás y abriendo bien las piernas.

Como el resto de dependencias de la casa Ibernón, el cuarto de baño era grande y antiguo. Las paredes estaban cubiertas de pequeñas baldosas azul claro y el suelo era blanco y negro como un tablero de ajedrez. Las tuberías, estrechas y repintadas, recorrían las cuatro paredes en un complicado

enrejado que conectaba entre sí todos los sanitarios. La bañera era un modelo de principios del siglo xx, de hierro fundido con patas que simulaban garras. Desportillada en las esquinas y con el fondo desgastado, seguía siendo un modelo magnífico que Isabel nunca había querido restaurar.

Se introdujo un poco más en el agua y miró con detenimiento el arsenal de cosméticos que había sobre una estantería de madera carcomida. Era una colección de botellas antiguas de distintos colores, sin etiquetas ni distintivos comerciales. Isabel preparaba ella misma sus propios productos de belleza. Se lo había enseñado su padre que era un experto en elaborar fórmulas magistrales de todo tipo: crecepelos, lociones rejuvenecedoras, elixires para aumentar el vigor sexual... Isabel las conocía todas y seguía preparando algunas de ellas. Sus cosméticos artesanos, estaba segura de ello, aumentaban todavía más el magnetismo indefinible de su cuerpo.

—¿A qué huele aquí? —preguntaban los hombres extrañados cuando percibían el aroma a tierra húmeda, a cueva marina o a arena de la playa que envolvía su cuerpo. Y ella nunca respondía, porque sabía que en cuestión de segundos quedarían inmersos en su aura mágica, con sus sentidos alterados por el efecto de aquel perfume, por la textura única de su piel grabada y la trágica belleza de su cuerpo. Y se volvían adictos a ella, aunque no siempre les era permitido volver.

Isabel eligió una botella de color violeta. Derramó un poco de líquido sobre la palma de su mano y se enjabonó con calma. Cerró los ojos. Su cuerpo empezó a ruborizarse en algunas zonas. Tras masajear el cuello y los brazos, se concentró en los senos, dibujando con las dos manos numerosos círculos concéntricos alrededor de los pezones. Su senos se hincharon ligeramente y las areolas se contrajeron con rapidez, pasando del rosa pálido a un violento rojo vino. A pesar de la textura granulada, eran unos senos magníficos, blancos y espumosos, como dos tazones de leche cortada.

Una vez hubo embadurnado el pecho, Isabel se levantó y cogió una segunda botella de la estantería, algo más pequeña y de color azul índigo. Echó tan solo un par de gotas en la yema de su dedo índice y, con gran cuidado, la llevó hacia su sexo y lo masajeó muy levemente.

Volvió a introducirse en la bañera. El agua se había enfriado y la sensación era desagradable. Quitó el tapón y, mientras el líquido se escapaba ruidosamente por el desagüe, se dio una rápida ducha. Cuando terminó, se dejó abrazar por una de las mullidas toallas blancas que su asistenta le había dejado sobre el taburete antes de marcharse. Se secó con rapidez. No le quedaba demasiado tiempo.

Isabel se apresuró hacia su habitación, una pieza grande y luminosa que había sido el dormitorio de sus padres. Sobre la cama, alta y con dosel, había dejado la ropa que se pondría aquella noche: un sencillo vestido de terciopelo morado, ajustado a la cintura y de pronunciado escote, un portaligas y unas medias negras. Nada más. Revisó la lista que había sobre la mesilla de noche. Lo ponía bien claro. Sin ropa interior.

Se dio media vuelta y buscó algo en un viejo arcón que había a los pies de la cama. Extrajo un botellín de tamaño minúsculo. Era su droga, su ansiada opiolina. Desenroscó el tapón y se bebió de un golpe el contenido. Se dio la vuelta muy lentamente y volvió a mirarse al espejo. Cerró los ojos durante unos segundos y los volvió a abrir. Su mirada ya no era la misma.

—Un lado te hará crecer y el otro lado te hará disminuir —canturreó, parafraseando de nuevo a la oruga azul.

Se sentó en los pies de la cama y se colocó el liguero, las medias y el vestido. Dejó los zapatos para el final. Se levantó de la cama para sentarse en el sillón preferido de su padre y se calzó de forma ceremoniosa los hermosos *Louboutin* de charol negro con la ayuda de un calzador dorado. Ya estaba preparada, pero aún faltaba un detalle importante.

Del viejo arcón extrajo la única joya que luciría esa noche, un collar de cuero con una argolla que ajustó a su cuello con detenimiento. Volvió a mirarse en el espejo. Ya no sonreía. Allí estaba la verdadera Isabel, con sus tristes ojos grises y sus labios pintados de rojo sangre al encuentro de lo desconocido. ¿Qué le esperaba hoy? ¿Un palacete en ruinas o la lujosa suite de un hotel? ¿Una pensión en la calle Hospital o un descampado en el barrio de La Mina? No lo sabía. Nunca lo sabía y esa incertidumbre le aceleraba el corazón.

Sonó el móvil. Esa era la señal. Abandonó la casa con un sonoro portazo y bajó por el ascensor.

En la calle le esperaba Nico, el chófer, delante del Mercedes Benz.

Alto y desgarbado, con la cara picada por el acné, Nico iba vestido como un chófer clásico, con traje oscuro y gorra de visera. Le sonrió. Lo tenía prohibido, pero siempre lo hacía. Ella no le devolvió la sonrisa. No en ese momento. Debía mantenerse callada y con la mirada baja, hasta el final.

El chófer la ayudó a entrar en el coche y cerró la puerta. Una vez dentro, se giró hacia ella y volvió a sonreír.

—El viaje será corto hoy, preciosa —le dijo y, alargando el brazo, le introdujo una mano en el escote para pellizcarle dolorosamente un pezón.

Ella dio un bote en el asiento, pero no protestó.

Había empezado la sesión.

Nico conducía el antiguo Mercedes con suavidad, sin los acelerones y giros bruscos al que eran tan aficionados los jóvenes de su edad. Era respetuoso con esa máquina soberbia, consciente del privilegio que suponía sentarse en el mullido asiento de cuero o acariciar el suave cambio de marchas.

Isabel estaba detrás de él, con la espalda muy erguida y las palmas de sus manos sobre los muslos. De vez en cuando, Nico echaba una ojeada al retrovisor y ella le devolvía la mirada, aunque sin demasiada atención. Soberbia como una reina, se dejaba llevar, tratando de no adelantarse a los acontecimientos. A Nico le permitían gozar de su cuerpo, como del coche, del uniforme a medida y de otros tantos lujos ajenos, pero ella, aunque obedecía, nunca se entregaba por completo. Era complaciente, pero sin perder nunca su actitud de orgullosa sumisión.

—Ábrete de piernas —le pidió, al poco de poner el coche en marcha.

Y ella separó sus muslos durante unos segundos, solo unos breves segundos, para que él pudiera extasiarse con la visión breve y relampagueante de su pubis rojizo.

Tal como le había dicho, no parecía que el viaje fuera a ser demasiado largo. Seguían en el elegante barrio del Ensanche, posiblemente en la parte izquierda. Isabel trataba de no reconocer los lugares a los que la llevaban. Nunca se fijaba en los rótulos de las calles ni en la numeración de los

edificios. Prefería avanzar a ciegas. Aunque no se movieran de su ciudad, una vez entraba en el Mercedes, todo cambiaba para ella. Entraba en un mundo fantástico en el que todo era posible.

Nico no tardó en aminorar la marcha y detenerse. Aparcó en un espacio reservado —siempre había sitio para el Mercedes—, y la ayudó a bajar. Isabel respiró hondo. El aire olía a asfalto recalentado, a verano en la ciudad. El terciopelo del vestido era una pesada carga en aquella tarde del mes de julio, pero no importaba. Nunca importaba.

Nada más poner el pie en el suelo, Isabel trastabilló un poco, pero el chófer, solícito como siempre, la sujetó firmemente por la cintura. Cuando se enderezó, notó que le temblaban las piernas. Hasta entonces no había sentido miedo, pero ahora empezaba a tenerlo. Como siempre, tuvo ganas de escapar, pero no lo hizo.

Nico la cogió del brazo y la llevó hacia la entrada de un edificio señorial.

—Las señoras primero —le dijo mientras empujaba la puerta.

Isabel, con la mirada baja, entró con paso rápido.

La entrada estaba a oscuras y Nico no se molestó en dar la luz. Cegada por el sol de media tarde, Isabel apenas podía distinguir los contornos de las cosas. Era una estancia amplia y majestuosa, aunque algo descuidada. Las paredes estaban decoradas con complicadas molduras florales y, en el techo, una gran lámpara de bronce y cristal se balanceaba sobre sus cabezas.

Isabel dio unos pasos hacia delante, pero Nico, agarrándola de nuevo del brazo, la desvió de su camino.

—Debes entrar por la entrada de servicio, ¿qué te has pensado? —le dijo mientras la desviaba hacia una pequeña puerta que estaba al fondo de la entrada, tras los buzones, y la abría con una pesada llave.

—Bienvenida al castillo, princesa —bromeó.

El piso parecía la antigua vivienda de la portería. Largo, angosto y sin apenas luz natural, era como un pequeño agujero excavado en los cimientos de aquel lujoso edificio.

Isabel se estremeció nada más entrar. El ambiente era irrespirable. Olía a grasa rancia y a humedad.

Atravesaron un largo pasillo y, después de pasar por delante de varias habitaciones cerradas, llegaron a la cocina. Exageradamente grande en comparación con el pequeño tamaño del piso, parecía una sala de autopsias abandonada. Estaba embaldosada hasta media pared y un moho negruzco se acumulaba en la juntura de la gran mayoría de los azulejos. Los pocos muebles que quedaban estaban rotos o con las puertas desencajadas. En el centro, una enorme mesa de mármol parecía presidirlo todo. Sobre ella, alguien había dejado un maletín de cuero.

Isabel ya no tenía miedo. Aquella decadencia, aquella inmunda suciedad, le excitaba de forma poderosa. Sintió erizarse sus pezones bajo la suave tela de su vestido y entre sus piernas la sangre empezó a bombear con fuerza.

Hizo un breve reconocimiento. «¿Dónde estarían ellos?», se preguntó mientras intentaba atisbar a través de una gran ventana que daba a una de las dependencias de la vivienda, posiblemente un pasillo o un pequeño distribuidor.

Nico le rodeó el cuello con sus manos enguantadas y le pidió que lo mirara a los ojos.

—Ahora quiero que te desnudes y que te subas ahí —le ordenó y, con un rápido movimiento de cabeza, le indicó la mesa de mármol.

—Déjate puestas las medias, el portaligas y, por su puesto, los zapatos —continuó—. Ni se te ocurra quitarte los zapatos.

Isabel se soltó con rapidez y se dispuso a hacer lo que le había ordenado.

Se quitó su vestido, que cayó suavemente sobre el suelo. Su piel, tan blanca y luminosa, contrastaba con esa mugre que lo cubría todo.

Nico la sujetó por la cintura, fuertemente ceñida por el portaligas, y la ayudó a subirse a la mesa. Sabía cómo debía ponerse. Sentada, con las manos hacia atrás, apoyadas en el borde de la mesa y las piernas flexionadas hacia delante.

Cuando estuvo colocada, Nico abrió el maletín que había sobre la mesa y, después de rebuscar en su interior, extrajo dos correas de cuero negro. Con una le ató los tobillos y con la otra los muslos, justo por encima de las rodillas.

Rápidamente, extrajo un pañuelo de seda negro y le tapó los ojos.

—Así será mucho más romántico —le dijo.

Isabel oyó como Nico se retiraba unos pasos. Durante unos minutos, no oyó nada más. La posición era incómoda y las cintas le apretaban dolorosamente las piernas. El frío del mármol le ascendía desde los glúteos hacia los riñones, helándole el vientre. La excitación, sin embargo, era cada vez más intensa. La espera, siempre la espera. Esa espera que la turbaba hasta límites insoportables. ¿Quién vendría? ¿Cuántos serían? ¿Qué le harían? Temblaba de impaciencia, mientras esperaba la primera caricia, el primer golpe, el primer mordisco... Solo un gesto, un gesto que le mostrara que había alguien al otro lado, alguien que gozaría de ella hasta llegar al límite, hasta dejarla exhausta, dolorida, plena...

Se mordió los labios y siguió esperando. Pasaron unos minutos que le parecieron eternos. Le dolía todo el cuerpo, sobre todo las piernas y la parte inferior de la espalda. La posición era ya inaguantable. ¿Cuánto tiempo más tendría que esperar? ¿Cinco minutos, diez, media hora...? No lo sabía. Nunca lo sabía.

Toda aquella casa se llenó de ruidos extraños. Insectos que iban de un lado a otro de la pared, muebles que crujían, sonidos amortiguados que parecían provenir de un patio de luces... Todos y cada uno de los fantasmas que moraban en ese piso abandonado se presentaban ante ella para hacer todavía más angustiosa su espera.

Justo en el momento en el que estaba a punto de desfallecer, oyó unos pasos. Agudizó el oído. Parecían los pasos de dos personas, hombres con toda seguridad. Cuando llegaron ante ella, se detuvieron y esperaron unos segundos, posiblemente para observarla. Isabel se esforzó por mantener la postura que sabía que debía adoptar. Irguió la espalda para mostrar sus senos a los desconocidos y levantó el rostro para ofrecer su boca entreabierta. El corazón empezó a latirle cada vez más deprisa.

Segundos después, notó como la sujetaban con fuerza de la cintura y la hacían bajar de la mesa.

—Arrodíllate —le ordenó una voz desconocida.

Le quitaron la venda de los ojos.

Eran dos hombres. El primero era robusto y atractivo, con una edad cercana a la cincuentena.

El segundo hombre era Dominó. Se extrañó de no haberlo reconocido, pero su amo tenía la habilidad única de actuar como si fuera otro. Cuando quería, Dominó era invisible, indetectable, como un insecto en plena metamorfosis, un insecto silencioso y cruel, siempre maquinando nuevas vejaciones. Vestido, como siempre, con traje negro y camisa blanca, su rostro enjuto y lleno de cicatrices no parecía mostrar ninguna emoción.

—¿Qué le parece la chica? —preguntó Dominó dirigiéndose hacia el desconocido.

—Buen ganado —contestó el hombre al mismo tiempo que propinaba a Isabel un fuerte palmetazo en la nalgas.

Isabel osciló un poco, pero no tardó en recomponer su posición.

—Me alegro de que sea de su agrado —respondió Dominó.

Dominó se acercó al maletín y extrajo del cajón una correa de perro. Se acercó a Isabel, mirándola directamente a los ojos, y le fijó la correa a la argolla que llevaba en su cuello. Después de acariciarle el rostro con exquisita dulzura, Dominó entregó la correa al desconocido de forma ceremoniosa.

—Le hago posesión de la mujer —le dijo—. Ahora es toda suya.

El hombre cogió la correa y tironeó suavemente de ella, como si comprobara su firmeza.

—Toda mía... —repitió él mientras acercaba su mano derecha a Isabel.

Isabel besó su mano y bajó la cabeza, aceptando de esta manera el pacto de sumisión temporal. Miró a Dominó, como si quisiera pedirle permiso, pero su amo parecía ausente. Sin mirarla siquiera, se levantó y se puso la americana dispuesto a marcharse.

Isabel quiso detenerlo, pero sabía que no podía hacerlo. Dominó podía marcharse en cualquier momento y dejarla a solas, con su nuevo amo temporal. Una vez entregada, ya no respondía de ella. Sintió miedo. Los límites estaban muy claros pero, ¿los respetaría? Volvió a excitarse.

Su nuevo amo le miró con los ojos enrojecidos y tironeó de la correa para que se acercase. Ella avanzó hacia él de rodillas, como sabía que le gustaba. El hombre se incorporó ligeramente y le palmoteó las nalgas, esta vez con suavidad.

—Buena perra —le dijo.

Y ella le lamió la mano, satisfecha.

Era un buen amo, de eso no había duda. Firme y autoritario, sabía cómo humillarla. Tan solo iban a ser unas horas, pero no lo olvidaría jamás.

Podría incluso repetir, pero ya no sería lo mismo. Nunca era lo mismo

—¡Chófer! —gritó él.

Y entonces apareció Nico, solícito.

—¿Sí, señor?

—Trae el látigo —le ordenó.

—Sí, señor.

Y el rostro de Isabel se iluminó.

DOS

La doctora Isabel Ibernón se quitó con alivio sus altísimos zapatos de tacón, que quedaron abandonados en el centro de su consulta. Tras realizar unos erráticos pasos de baile, abrió la puerta del pequeño vestuario contiguo a su despacho y se colocó delante del espejo. Allí se desabrochó la bata y realizó una primera inspección: dos mordiscos en el pecho izquierdo y varios arañazos en la zona del vientre. Pero la doctora tenía en su haber otros tributos. La entrepierna le ardía y tenía las nalgas tan doloridas que apenas podía sentarse. Había sido una excelente sesión, una sesión que no olvidaría jamás.

No tardó en recuperar de nuevo la compostura. Debía prepararse para una nueva visita. Se abrochó de nuevo la bata, se retocó el maquillaje y volvió a su mesa de despacho. Allí le esperaba el informe del siguiente paciente, cuatro hojas escritas a mano por ella misma en las que se detallaba de forma meticulosa una extraña malformación testicular. Se adjuntaban tres fotos tamaño cuartilla, que mostraban con hiriente fidelidad el escroto pequeño y asimétrico de Raúl Acevedo, un joven de veinticinco años que todavía no se había atrevido a mantener relaciones sexuales por culpa de su extraño problema urológico. Era un caso de difícil solución, pensó la doctora, incluso con cirugía, pero fascinante, un desafío para su insaciable curiosidad científica.

Tras llamar con unos suaves golpes —la doctora no toleraba los ruidos—, la enfermera asomó tímidamente por la puerta.

—Doctora Ibernón, ha ocurrido algo terrible.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—El señor Acevedo...

—¿Sí?

—Su madre acaba de llamar. Se suicidó ayer por la tarde.

Isabel Ibernón se tocó el lóbulo de la oreja, como si no hubiera entendido las palabras de la enfermera e hizo ademán de querer decir algo, pero pronto cambió de idea y volvió a recuperar su posición inicial. A pesar de la gravedad de la noticia, no se sentía apesadumbrada, ni siquiera sorprendida.

El caso Acevedo quedaba cerrado, pensó, sin importarle los detalles de aquella inesperada desgracia. Ahora, aquellos peculiares testículos yacían inertes en el depósito de cadáveres, con su reserva de semen enfriándose en su interior. ¿Se habría ahorcado?, se preguntó a sí misma, porque en ese caso sería interesante estudiar el cadáver, ya que la muerte por asfixia deformaba los genitales y les confería un aspecto muy interesante para el análisis urológico. Una erección post mortem. Pero no quiso preguntar. No quería saber los detalles escabrosos que su enfermera, estaba segura, estaba deseando proporcionarle.

—Bien —se limitó a contestar—. Así ya no hay más visitas ¿no?

—No, doctora —contestó la enfermera, desconcertada—, se acabaron por hoy.

—De acuerdo, me pasaré por urgencias entonces —le contestó.

Después de mirarse en el espejo del vestidor una vez más, Isabel se quitó la bata y se alisó la falda. A continuación, enderezó la espalda y recolocó sus senos redondos, casi maternos, bajo el ajustado jersey de punto. Se calzó nuevamente los zapatos y, después de pensar por última vez en su desafortunado paciente, abandonó el despacho con rapidez.

A última hora de la tarde, la planta principal de la clínica estaba casi desierta. La mayoría de especialistas habían terminado sus turnos de visitas, por lo que gran parte de los despachos estaban cerrados. La doctora avanzó por el ancho pasillo lentamente, perdida en la soledad de aquel enorme edificio. Sus altos tacones repiqueteaban en el brillante suelo de mármol negro, un inmenso espejo oscuro que le devolvía una imagen de sí misma lúgubre y distorsionada. Todo parecía mudo y dormido.

Isabel recordó el día en el que inauguraron la clínica. Su padre, el famoso doctor Ibernón, y el alcalde de la ciudad cortaron la cinta entre vítores y aplausos. Todos los miembros de la familia Ibernón estaban exultantes aquel día, todos menos ella. La noche anterior había llegado a

casa de madrugada y su padre, que la esperaba levantado, le dio una fuerte bofetada cuando llegó a casa. Al día siguiente, se había negado a acompañarlos, pero su padre la había obligado a hacerlo. Le permitió maquillarse por primera vez y le regaló unos zapatos, sus primeros zapatos de tacón. Tenía dieciséis años.

Isabel entró en el ascensor casi en trance. Cuando salió, ya en la planta de urgencias, se encontró frente a frente con un médico desconocido. Sin apenas ser consciente de ello, Isabel se lo quedó mirando. Su mirada enfebrecida y su cabello oscuro y enmarañado le habían llamado la atención.

—¿Puedo ayudarla? —le preguntó él, desconcertado ante su insistente mirada.

A pesar de su aspecto desaliñado, su bata estaba impoluta, como si hubiera sido lavada y planchada en aquel preciso momento. Bajo el brazo llevaba una carpeta negra por la que asomaban algunos papeles arrugados. Parecía inquieto, como si llevara entre manos un asunto de vital importancia. Si no hubiese sido por su indumentaria, habría pensado que se trataba de un artista en pleno delirio, de un pintor o un poeta con los sentidos agudizados por el láudano. No lo había visto antes y se extrañó por ello, ya que Isabel, como directora de la clínica, conocía a todo el personal, desde el médico más importante hasta el último celador.

—¿Quién es usted? —preguntó, más curiosa que contrariada.

—Soy el doctor David Sanmartín, ¿busca usted algún médico en particular?

Sin duda se había confundido con un paciente. Sin su bata y con su refinado aspecto de prostituta de altos vuelos, nadie que no la conociera pensaría lo contrario.

—Por supuesto que no —contestó ella, divertida por la confusión—. ¿Trabaja usted aquí? Debería conocerme.

Consciente de que se había cometido un error, el doctor tragó saliva varias veces. La nuez de su cuello, abultada y huesuda, se movió de forma ostentosa. A pesar de ello, no parecía nervioso. La miró de arriba abajo, examinando sin disimulo sus sensuales curvas, como un científico desconcertado ante la extraña reacción de uno de sus inventos.

—Lo siento, pero no la conozco —concluyó él—. ¿Seguro que no es paciente mía?

—¿Una paciente? —contestó ella, disfrutando al máximo de la confusión—. No, no lo soy. Trabajo aquí.

Tenía las manos grandes pero delicadas, sin apenas vello y escrupulosamente limpias. Las típicas manos de médico, pensó Isabel, pero todavía podía precisar más. Dedos finos y ágiles, yemas suaves... Las manos de un ginecólogo, sin duda.

Él la miró de nuevo con ojos de fumador de opio. Su rostro huesudo, con los pómulos muy marcados, contrastaba con su boca gruesa y sensual, de adolescente ávido de placeres. Una pequeña cicatriz, pequeña y curvada como la marca de una uña, le cruzaba el labio superior. Esa insignificante imperfección, apenas perceptible, le daba a su rostro un atractivo especial, una asimetría difícil de encontrar en un hombre joven. Isabel pensó en el actor Montgomery Clift después del accidente que le deformó el rostro. Una punzada de deseo le atravesó el vientre.

Isabel tomó aire y se preparó para la estocada final. Ya había jugado bastante con aquel hermoso animal. Ahora llegaba la hora de demostrarle lo ignorante que era y lo equivocado que estaba.

—Soy la doctora Isabel Ibernón —le dijo mientras le tendía la mano con aire profesional—, la directora de esta clínica.

Desconcertado, el doctor le dio la mano sin saber todavía si aquella mujer estaba hablando en serio. Una profunda arruga vertical partió su amplia frente en dos.

—¡Ah! Por supuesto, claro... —titubeó, sin todavía reaccionar del todo—. Lo siento mucho. Soy el doctor David Sanmartín, creo que se lo he dicho ya, ¿verdad? Soy ginecólogo. Empecé la semana pasada.

Isabel se conmovió ante su azoramiento. Le gustó su expresión ausente y, al mismo tiempo, intensa, delirante incluso.

—No se preocupe —le contestó ella—. Lo contrató mi hermano, ¿no? Se habrá olvidado de presentarnos. ¿Ha acabado usted su turno por hoy?

—Sí. He estado en quirófano todo el día —contestó mientras una amplia sonrisa relajaba, por primera vez, su tenso rostro

«En quirófano», pensó Isabel. A excepción de sus manos, no había nada en aquel hombre que pudiera hacer pensar que se tratara de un cirujano y esa incongruencia le intrigaba y atraía. Le costó imaginárselo con sus manos enguantadas, suturando la carne enferma de sus pacientes y manchándose con sus fluidos.

—¿Le gustaría ir a mi despacho? —preguntó Isabel en un impulso—. Me gustaría conocerlo un poco mejor.

El doctor asintió desconcertado. La arruga de su frente había desaparecido por completo. Incluso su pequeña cicatriz parecía atenuada, camuflada por el cincelado contorno de su boca.

Podía haberlo llevado a su consulta o, incluso, a algunas de las salas de reuniones que había en la planta principal, pero Isabel decidió conducirlo a un lugar que hacía muchos años que no pisaba. Al despacho de su padre.

Nadie lo había ocupado desde su muerte. A pesar de ser un despacho magnífico, el más grande y lujoso de la clínica, Isabel ordenó de forma expresa que nadie, ni siquiera ella, tomara posesión de aquel lugar sagrado. Era su mausoleo y debían respetarlo. Pero aquella noche, todavía no sabía muy bien por qué, deseaba volver a aquel lugar prohibido. Era la primera vez que se atrevía a hacerlo desde que su padre murió. La mirada de aquel hombre, la leve asimetría de su rostro, su boca refinada y sensual se merecían algo más que las asépticas paredes blancas de la planta de urgencias.

El despacho estaba en la penumbra, iluminado únicamente por la luz de las farolas que llegaba de la calle. Se encontraba tal como su padre lo dejó, con las vitrinas atestadas de libros antiguos, los pesados tapices con motivos mitológicos y, presidiendo la estancia, el gran retrato al óleo de su madre, bellísima y vestida de negro, aquella madre que Isabel apenas llegó a conocer.

—Es un lugar magnífico —exclamó el doctor Sanmartín, un poco intimidado no solo por la majestuosidad del espacio sino también por lo insólito de la situación.

Isabel avanzó unos pasos hacia la gran mesa de roble tallado que recordaba tan bien. Aquella mesa había acompañado a su padre durante

prácticamente toda su vida profesional, junto al juego de escritorio en piel repujada y el abrecartas de oro.

Cuando era una niña y visitaba a su padre en su antigua clínica del Raval, Isabel pasaba las horas muertas jugando con un compás que había en aquella misma mesa, mientras su padre se encontraba en la sala contigua que utilizaba como sala de reconocimientos. En aquella sala, el doctor Ibernón atendía a las prostitutas. Isabel se lo había imaginado tantas veces. Mujeres muy jóvenes, casi unas niñas, recibían a su padre con las piernas en los estribos de la camilla, mientras ella trazaba círculos y más círculos, clavando con furia la aguja del compás en la escribanía de cuero, intuyendo lo que ocurría tras aquella puerta siempre cerrada, pero sin atreverse a entrar.

—Papá, ya he dibujado más de treinta círculos —gritaba, desde el despacho.

—Pues ahora píntalos, mi vida —le contestaba su padre con la voz entrecortada.

—No tengo colores —contestaba ella.

—Pídeselos a Maruja.

Isabel iba hacia el mostrador de la recepcionista y le preguntaba qué era lo que hacía su padre durante tanto tiempo. Ella le contestaba que era un hombre muy ocupado y que debía tener paciencia. Sacaba de su cajón una caja metálica con colores Caran D'Ache, ya un poco gastados, y se los entregaba con gran ceremonia.

—¿Y por qué no dibujas un paisaje? —le decía.

Y ella se iba sin contestarle para volver a sus círculos, que pintaba siempre de color rojo, hasta que llegaba el momento en el que su padre salía del cuarto contiguo, pero lo hacía por otra puerta, para que ella no pudiera verlo, y se despedía de la joven paciente. Cuando volvía, Isabel notaba un olor extraño. Años después, aprendería a reconocerlo.

No pudo evitar dar la vuelta a la mesa y sentarse en la gran butaca de cuero negro. Hacía muchos años que no lo hacía. Mullida y envolvente, era como si realmente estuviera sentada en el regazo de su padre. Observó la escribanía de cuero. Sobre su superficie todavía podían verse las marcas que había dejado, hace años, siendo niña con el compás.

Se había olvidado del doctor Sanmartín que, de nuevo azorado, esperaba delante de ella, de pie en el centro de la habitación.

—Siéntese, por favor —le dijo finalmente.

Aliviado, se sentó delante de ella de una forma que a Isabel le pareció muy viril, cruzando ostentosamente las piernas, unas piernas que adivinaba fuertes y huesudas bajo el pantalón de traje.

Se parecía tanto a padre, pensó Isabel. Su aspecto desaliñado, su boca ávida, su olor a promiscuidad... Recortado en la luminosidad del pasillo parecía una aparición, la figura fantástica de un teatro de sombras. Una mezcla de miedo, sorpresa y deseo la invadió al momento.

—¿Está usted bien? —oyó decirle.

Respiró hondo un par de veces y trató de serenarse. Él la miró sin hablar, con los ojos muy abiertos, la sonrisa apenas esbozada, sutil, como un felino.

A su espalda, a través del gran ventanal modernista del despacho, la ciudad había silenciado cada uno de sus muchos ruidos. Incluso las luces de las farolas parecían amortiguadas. Todos los elementos se obstinaban en crear una extraña intimidad. El tiempo parecía haberse detenido solo para ellos.

Isabel se concentró para aspirar el aroma que emanaba de su cuerpo. Olía a sangre y a carne herida, igual que su padre cuando volvía a casa. Un perfume delicioso que tan solo ella era capaz de percibir.

—¿En qué clínica había trabajado antes? —preguntó ella en un esfuerzo por devolver a la conversación un tono profesional.

—En la Clínica March —contestó él algo incómodo.

Ella no replicó. No le interesaba en absoluto su currículum. Lo único que deseaba era repasar con la lengua la pequeña cicatriz de sus labios.

—Esta mañana he estado en urgencias —contestó ella cambiando súbitamente de tema—. Esa chica que ha ingresado... esa chica con hemorragias... ¿la ha atendido usted?

—Sí. Estaba embarazada y ni lo sabía.

—¿Ha perdido el niño?

—No he podido hacer nada para evitarlo.

Los dos dejaron de hablar. Tan solo se oía el sonido de los coches en la calle.

Isabel se levantó y se situó frente a él. La distancia entre los dos era mínima. Pasaron unos segundos y él no hizo ademán de retirarse. Con los ojos entrecerrados, Isabel pudo empaparse del cálido aroma de su aliento.

—¿Seguro que está bien? —le preguntó él, en voz baja, casi ronca.

—Solo necesito descansar.

—¿Quiere que la lleve a casa?

Las pupilas de Isabel se dilataron como un gato en la noche. Ir con él, cruzar la ciudad a su lado, sentir su cuerpo junto al suyo, aunque sin tocarlo...

—Se lo agradecería muchísimo —contestó.

El doctor Sanmartín se había cambiado. Llevaba camisa blanca y traje oscuro. Se había mojado el pelo y perfumado con un agua de colonia muy ligera.

Ya en el parking, abrió el coche con el mando a distancia, que reaccionó con un sonido apenas perceptible. Como un caballero de otra época, abrió la puerta y la invitó a subir. Isabel se acomodó en el asiento, procurando, como siempre, enseñar sus largas piernas. Él no pareció reparar en ello.

—Bonitos zapatos —le dijo, una vez en el coche, sin mirarla—. Aunque no parecen muy cómodos, sobre todo para una guardia.

Ella no supo que contestar. Desde luego, no era un calzado confortable, no solo para una guardia sino para cualquier acto profesional que se realizara en la clínica. Pero ella insistía en llevar a diario sus elegantes Louboutin de charol. Eran su principal distintivo.

Cuando salieron del parking, Isabel empezó a sentirse incómoda. La magia que se había creado en la clínica, los dos solos en el despacho de su padre, se había desvanecido por completo. El doctor Sanmartín ya no era un sueño, sino un hombre como cualquier otro.

Los hombres atractivos la hacían sentirte insegura. Con ellos, era incapaz de esgrimir sus armas con naturalidad. Perdía su aplomo, su ingenio, su estudiada pose de profesional. Y él era uno de ellos.

—Soy un gran admirador de su padre —le dijo él de forma inesperada.

Isabel se sentía cada vez más nerviosa. Hablar con él sobre su padre le provocaba una sensación desconcertante. Entraron en un túnel y sintió una fuerte angustia, como si entrara en una trampa de la que nunca más pudiera salir.

—Todos lo admiramos —prosiguió Isabel—. Trabajó mucho para mantener el nivel de la Clínica que fundó.

—Pues puede estar orgullosa. La clínica es modélica.

—Gracias, David —le dijo ella llamándolo por primera vez por su nombre—. Por favor, puedes tutearme.

Estaban parados en un semáforo. Él se giró para mirarla, achinando ligeramente los ojos. Ella no le devolvió la mirada.

—¿Por qué te fuiste de la Clínica March? —preguntó ella tratando de cambiar de tema.

—Motivos personales —contestó él, algo contrariado mientras reiniciaba la marcha.

«Motivos personales», pensó Isabel. Seguro que en aquella revelación había algún hecho interesante, un suceso oculto que convendría estudiar. Miró con intención a David, molesto por primera vez aquella noche. Su enfado le excitaba. Isabel se acarició con disimulo uno de sus muslos. La suavidad de su propia piel le transmitió una agradable sensación de calor.

Volvieron a quedarse en silencio. Isabel ya no estaba nerviosa. Estar tan cerca de un hombre que deseaba sexualmente y no poder tocarlo era una experiencia única para ella, una mortificación que aceptaba gustosa.

—De alguna manera, me recuerdas un poco a mi padre —susurró, casi en trance—. Era un hombre muy entregado a su profesión.

—En eso sí que nos parecemos. Y mi mujer y mis hijos podrían constatarlo —dijo con un tono levemente forzado, como si hubiera querido introducir el tema de forma expresa.

Isabel lo miró sorprendida. Nunca hubiera pensado que el doctor Sanmartín tuviera familia. Se lo imaginaba viviendo solo, rodeado de libros y drogas experimentales, recibiendo visitas femeninas de forma esporádica, algunas de ellas prostitutas. Observó sus manos una vez más. Una fina alianza de oro blanco adornaba su dedo anular. Se extrañó de no haber reparado en ello antes.

—Yo vivo sola —prosiguió ella.

Él la miró de soslayo, con una expresión que Isabel no supo cómo interpretar.

—Cada uno elige la vida que desea —dijo, finalmente.

—¿Y tú? ¿Vives realmente la vida que quieres?

—Es difícil decirlo —contestó, de nuevo intimidado—. Supongo que sí.

Isabel era consciente de que estaba llegando demasiado lejos. Le costaba mucho mantener una conversación mundana, una conversación normal. Su vida se limitaba a su trabajo en la clínica y a las sesiones. Fuera de ello, apenas tenía vida social.

Habían llegado a su casa. David aparcó en el chaflán en doble fila. De nuevo se hizo el silencio. Él volvió a mirarla con sus ojos febriles y ella no tuvo más remedio que bajar la mirada, confusa.

—Gracias por acompañarme —le dijo.

Isabel abrió la puerta del coche pero, antes de bajar, tuvo un impulso.

—Podríamos quedar algún día para comer —le dijo sin atreverse a mirarlo de nuevo.

—Me encantaría —le contestó él súbitamente animado—. ¿Cuándo? ¿Mañana?

—Dame tiempo para prepararlo.

—¿Prepararlo? ¿Qué quieres decir?

—Será una sorpresa —replicó ella mientras salía del coche con la habilidad de una contorsionista.

TRES

Isabel odiaba las reuniones familiares, sobre todo si éstas incluían a su hermana Laura. Ya tenía bastante con verla cada día en la clínica. Rara vez se veían fuera del trabajo, pero un asunto de máxima urgencia la había obligado a organizar un cónclave familiar en su propia casa. Se trataba de Javi, como siempre, el hermano pródigo. El problema número uno de la familia Ibernón.

Sentada en el sofá, Isabel esperaba a sus invitados con fastidio. En la cocina, Nadja, la asistente, y el encargado del *catering*, un cocinero elegante pero con problemas de sobrepeso, trabajaban en silencio, procurando no molestar. «Nada de ruidos», era la consigna de la señora.

La mesa estaba puesta como si se tratara de un banquete. Nadja acababa de colocar su mantelería favorita, blanca y sin bordados, la cubertería de plata de sus abuelos y un juego de copas de cristal tallado, también propiedad de la familia. Era una mesa sobria y clásica, sin bajoplatos dorados ni servilletas con formas caprichosas. Nadja había propuesto colocar un centro de flores, pero a Isabel le había parecido demasiado vulgar.

Sonó el timbre. Isabel se levantó con fastidio y, tras recorrer el larguísimo pasillo de la casa, abrió la gran puerta de madera maciza. Era Laura.

—Hola, cariño. ¿Cómo está mi hermanita preferida? — la saludó.

Isabel le besó las mejillas sin apenas rozarle la cara y la condujo hacia el salón. Laura se había puesto elegante esa noche. En lugar de sus sempiternos vaqueros *Dolce & Gabbana* y sus blusas básicas de *Cortefiel*, llevaba un elegante vestido granate que la hacía parecer mayor. A su paso iba dejando un pesado rastro de su perfume preferido, *Shalimar de Guerlain*, un aroma que Isabel nunca había podido soportar.

—Esta casa es agobiante —se quejó Laura, mientras intentaba atisbar por las puertas entreabiertas—. Está tal como la dejó papá. No sé cómo puedes vivir en este mausoleo. Tendrías que venderla, te darían un buen pico.

—La verdad es que me da una pereza enorme —contestó Isabel—. Además, estoy a gusto. Me siento protegida.

Laura miró a su hermana con extrañeza.

—Podrías venir a Sant Cugat, conmigo. Hay unos adosados preciosos —insistió.

—Odio los adosados.

Las interrumpió la llamada del móvil de Laura, una estridente versión pop de *Madame Butterfly* que alteró la calma de aquella silenciosa casa. Laura cogió el móvil del bolso y miró la pantalla, nerviosa.

—Perdona, debo contestar, es una llamada importante. ¿Puedo ir a tu habitación?

—¿Algún ligue de *Tinder*? —preguntó Isabel.

—No, claro que no —contestó su hermana ofendida.

—Venga, a qué esperas, puede ser el hombre de tu vida —continuó ella.

Laura rechazó la llamada, puso el móvil en silencio y lo guardó en el bolso. Miró a su hermana con expresión de reproche y tiró el bolso abierto sobre el sofá. El móvil se cayó al suelo y la batería salió disparada para perderse definitivamente bajo las patas de un pesado arcón.

—No tenías que haberlo hecho —le reprochó Laura.

—¿Qué es lo que no tendría que haber hecho? —contestó Isabel, con una expresión de falsa inocencia.

Laura achicó los ojos y cerró los puños con fuerza, como si estuviera a punto de pegar a su hermana. Isabel dio un paso hacia ella, retándola. Se creó un silencio incómodo. Por suerte, volvió a sonar el timbre. Era su hermano Ramón.

—Tarde como siempre. Lo siento mucho —se disculpó a gritos Ramón cuando entró—. Traigo vino, francés, por supuesto.

La altísima estatura de su hermano nunca dejaba de sorprenderla. Allí estaban ellas dos, como dos pequeñas muñecas, intimidadas por su gran

envergadura física, por su simpatía sin límites, por su alegría de eterno adolescente.

Los tres hermanos tomaron sitio en la gran mesa del salón. El cocinero, que también actuaba como camarero, descorchó el vino y les sirvió las copas. Laura se bebió todo el contenido en tan solo unos segundos. Desconcertado, el camarero le llenó la copa de nuevo.

Nadja trajo los entrantes. Ostras sobre una fuente de hielo picado y jamón ibérico con pan con tomate.

—No me gustan las ostras, ¿no te acuerdas, Isabel? —se quejó Laura de forma lastimera mientras se metía en la boca un gran puñado de jamón—. Odio el marisco, me da urticaria.

—Pues a mí encantan —intervino Ramón—. Además, dicen que son afrodisíacas.

Ramón le guiñó un ojo a Isabel, que desvió la mirada, avergonzada.

—¿Qué sabéis de Javier? —preguntó ella, deseosa de acabar de una vez por todas con aquel trámite.

—Lo mismo que tú —le contestó su hermano—. Parece que ya se ha recuperado de la sobredosis, pero no puede quedarse en Perú. Volverá a caer.

—Es cierto —contestó Laura—. Hay que traerlo de vuelta a casa, como sea.

—No es tan fácil, si no hay una razón importante —intervino Isabel.

—Ha estado a punto de morir por una sobredosis, ¿te parece poco? —replicó su hermana.

Los hermanos terminaron la botella. El camarero trajo otra y llenó las copas de nuevo. Laura volvió a terminársela antes de que le diera tiempo a marcharse.

—Y una vez aquí, ¿qué hacemos con él? —se preguntó Laura, tratando de quitarse de forma disimulada un trozo de jamón que se le había quedado entre los dientes—. Es imposible que vuelva a trabajar en la clínica.

—Javi no puede volver a ejercer —intervino Ramón—. Y es una lástima. Se graduó con honores. Fue el que sacó mejores notas de los cuatro.

—No le sirvió de nada. Siempre ha sido un desastre — insistió Laura—. Todavía recuerdo cuando empezó a trabajar con nosotros, después de ver mundo, como él decía, y de pillar todas las enfermedades venéreas habidas y por haber: ladillas en Venezuela, sarna en Somalia, gonorrea en Tailandia... Nuestro mejor cliente nuestro hermano Javi. Lo mejorcito de la familia.

—Pues papá lo adoraba —recordó Ramón, mientras apuraba su vino y acababa con la última ostra de la fuente—. Si él estuviera aquí...

—Pero no lo está, desgraciadamente —lo interrumpió Isabel—. Hace ya dos años que murió. Solo quedamos nosotros y hemos de solucionar el problema como sea.

El camarero recogió los platos y comprobó que la segunda botella estaba vacía.

—¿Traigo otra, señora?

—Qué remedio —contestó mientras miraba a su hermana.

Laura le devolvió la mirada, retándola de nuevo. Su borrachera cada vez era más evidente.

Nadja pidió permiso para servir el plato principal. Volvió rápidamente a la cocina y, al poco tiempo, entró en el salón con una espectacular fuente.

—¿Langosta a la Termidor? —exclamó Ramón mientras Nadja servía los platos—. ¿Esto no está muy pasado de moda?

—Era el plato preferido de papá. Pensé que os gustaría.

—La bechamel me sienta fatal —se quejó Laura, mientras trataba de eliminar la capa gratinada del plato que acababan de servirle.

—Con el vino que te has metido, no vendrá de aquí —contestó Isabel.

—Perdona, Isabel, pero te recuerdo que soy tu hermana mayor —protestó Laura—. Deberías tratarme con más respeto.

—Sí, claro. Aún tendrías que estarme agradecida.

—¿Agradecida yo a ti? ¿Por qué? Si siempre me has jodido.

A Laura se le quebró la voz y dio un largo sorbo a su copa de vino.

—Siempre fuiste la favorita de papá y yo la segundona —prosiguió—. Papá no me quiso, no me quiso nunca. Y, al final, cuando murió, la gran traca final, en el testamento te nombró directora de la clínica, cuando yo soy la mayor. Fue tan injusto....

—Laura, déjalo —continuó Ramón—. La clínica funciona perfectamente. Nos ganamos bien la vida. Isabel tenía que ser la directora, no podía ser de otra manera.

—Somos cuatro hermanos, Ramón, *cuatro* —insistió Laura—. Los cuatro tenemos el mismo derecho. Pero Isabel siempre se ha llevado la mejor parte y no me refiero al dinero.

—Mi vida tampoco ha sido un cuento de hadas, Laura —intervino Isabel—. No siempre he tenido tanta suerte en la vida. Pareces olvidarlo.

—Ah, claro, la triste historia de tu accidente.

—Creo que esto está llegando demasiado lejos —trató de cortar Ramón—. Hemos bebido demasiado los tres.

Los tres hermanos acabaron de comer en silencio como cuando eran pequeños y su padre les prohibía hablar en la mesa. Ramón terminó su ración de langosta, pero las hermanas la dejaron a medias, limpiamente seccionada la de Isabel y un baturrillo de bechamel y carne desmigada la de Laura. Nadja retiró los platos de forma tan discreta, que los comensales, demasiado bebidos a esas alturas de la cena, apenas se dieron cuenta.

Al final de la comida, volvieron a hablar de Javi, el hermano ausente. Ramón propuso ir a buscarlo a Perú y traerlo de nuevo a casa. Ya verían lo que harían después.

Cuando sus hermanos se marcharon, Isabel se derrumbó en el sillón orejero que había sido de su padre. Sí, era cierto que ella había sido la preferida, la niña de papá. Siempre habían estado muy unidos, hasta que llegó el día en el que todo terminó. A partir de entonces, su padre se convirtió en un extraño para ella.

Nunca lo olvidaría. Era una tarde de domingo. Tenía trece años y estaba sola en casa. Sus hermanos habían salido y su padre se había tenido que ir por una urgencia médica. Cansada de ver la televisión, empezó a dar vueltas por la casa que, oscura y silenciosa, parecía estar llena de fantasmas. Cuando llegó al dormitorio principal, hizo algo que nunca había hecho. Se quitó la ropa y se acostó en la gran cama de matrimonio para aspirar con placer la mezcla de aromas que tanto le recordaban a su padre. Sin saber por qué, empezó a frotar su cuerpo contra las frías sábanas. Todo en aquella habitación parecía llevarle a ello: el aroma a loción de afeitar, el quedo *tic*

tac del despertador, la penumbra deliciosa... Se acarició con suavidad y trató de pensar en algo concreto, pero lo único que percibía en esos momentos era la luz del atardecer y el olor dulzón que emanaba de su cuerpo. Nunca antes se había sentido como en ese momento, tan feliz y tan plena.

De repente y sin poder evitarlo, se agitó como en un sueño inquieto. Tapada hasta la cabeza, se sintió enferma, como cuando tuvo el sarampión y la cama echó a volar. Su cuerpo se tensó como una cuerda y tuvo la sensación de que gravitaba en el vacío. Sintió un gran dolor y, al mismo tiempo, una alegría salvaje, desconocida. Se retorció bajo las sábanas y, sin darse cuenta, se mordió un dedo hasta hacerlo sangrar. Empezó a gritar con voz grave, una voz que no era la suya, y, tras unos segundos en los que no pudo pensar ni sentir nada, todo terminó. Su cuerpo volvió a caer sobre la cama, desmadejado.

Quiso cerrar los ojos, pero le resultó imposible hacerlo. Empezó a sentirse incómoda en el enorme lecho de su padre. El grueso colchón de lana parecía engullirla y el dosel, cubierto por un complicado cortinaje de terciopelo azul, amenazaba con aplastarla bajo su peso. Como una sonámbula, se levantó de esa cama fantasmagórica y se colocó delante del espejo.

Se sentía hermosa, pero sabía que podía serlo todavía más. Rebuscó en el tocador de su madre, ese tocador que permanecía tal y como ella lo dejó antes de morir, y eligió su maquillaje preferido. Se pintó de rojo intenso su boca en miniatura y espolvoreó sus mejillas con colorete rosa. Su imagen le recordó a aquella muñeca antigua que un día encontró en un baúl y que su hermana Laura arrojó a la basura para hacerla rabiar.

Totalmente inmersa en su mundo imaginario, la pequeña Isabel no oyó abrirse la puerta de la calle ni el sonido de unos pasos por el pasillo. Tampoco percibió la presencia de su padre en la puerta de la habitación, mudo y estático, absorto en su belleza. La niña giraba y giraba delante del espejo como la diminuta bailarina en una caja de música, con movimientos cada vez más sensuales y provocativos, sin ser consciente de la mecha que acababa de prender.

—¡Papá! —exclamó sorprendida cuando vio a su padre—. ¡Estás aquí!

—Sí, cariño —le contestó él, al mismo tiempo que le acercaba una bata —, pero tápate, por favor.

—Te echaba de menos, papá —le dijo la niña, mientras intentaba abrazarlo, pero el padre la alejó de su cuerpo duro y enfebrecido de un fuerte empujón.

—¿Qué te pasa, papá? ¿Es que ya no me quieres? —se extrañó ella.

—Claro que sí preciosa, pero ya no eres una niña.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Ya no me vas a abrazar nunca más?

—Vístete ahora mismo y quítate ese maquillaje —le ordenó, con voz autoritaria.

—Papá... abrázame por favor —le pidió ella mientras se acercaba nuevamente a él—, hazme bailar subida a tus pies...

Una fuerte bofetada le hizo detenerse en seco. Era la primera vez que su padre la pegaba, pero no sería la última. La niña, desconcertada, le miró con sus grandes ojos llorosos. El padre apretó la mandíbula. Su fisonomía había cambiado por completo. Ella trató de protestar, pero él no se lo permitió, la cogió del brazo con fuerza, la arrastró por el pasillo y la encerró en el cuarto de baño.

—No saldrás de aquí hasta que te hayas quitado toda esa porquería de la cara —le gritó mientras daba un fuerte portazo y atrancaba la puerta con una silla del comedor.

La niña, diminuta y perdida en el gran cuarto de baldosas azules, cogió una toalla y se restregó la cara con violencia. Se miró al espejo y se volvió a restregar. Y así decenas de veces, hasta que su cara se convirtió en un borrón oscuro y sus ojos en dos hendiduras diminutas. Nunca se había visto tan fea, tan irreconocible.

—¡Papá! —gritó desesperada—. ¡Déjame salir!

Pero su padre no le contestó. Tuvo que pasar casi una hora hasta que estuviera en condiciones de hacerlo. Y, cuando lo hizo, ya no volvería a ser el mismo.

CUATRO

Estaba en casa de Dominó, un lujoso ático en el barrio de Pedralbes. Desde el salón, completamente diáfano, disfrutaba de una privilegiada vista nocturna de Barcelona.

Isabel acababa de volver de una sesión y no se encontraba demasiado bien. Se excusó y fue rápidamente al baño.

Vomitó. No le pasaba a menudo, pero esta vez no pudo evitarlo. En el inodoro, una extraña mezcla de líquidos de distintos colores y texturas se mecían con lenta cadencia sobre la superficie del agua. Una mala noche, pensó, mientras presionaba el pulsador y trataba de recomponerse antes de reencontrarse con Dominó. El vómito desapareció girando sobre sí mismo e Isabel se quedó mirando durante unos segundos el agua, extrañamente azul por arte y gracia de algún colorante colocado en la cisterna.

—¡Qué mal gusto! —exclamó.

Se lavó la cara con detenimiento y, después de secarse con la toalla, se atrevió a contemplarse en el espejo. Sin maquillar y con las huellas del sexo todavía recientes, parecía una adolescente que acabara de perder su inocencia. Pasó la yema de los dedos por sus labios, hinchados y de un color encendido, y recordó todos y cada uno de los besos y mordiscos que había recibido aquella noche. Había sido una buena sesión, sin duda, pero seguía insatisfecha.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Dominó cuando volvió del baño.

Ella le contestó con evasivas.

—Eran profesionales —insistió—. Los propietarios de un club privado. ¿Te aburres? ¿Te parece que nos empezamos a repetir?

Quizás era eso. Todo empezaba a ser demasiado predecible. La llegada de Nico en el antiguo Mercedes, el viaje hacia lo desconocido, la cesión. Cada vez tenía que aumentar más la intensidad. Los vestidos tenían que ser

más exclusivos, los castigos, más duros. Y aún así... nunca se sentía como años atrás, cuando el sexo era tan deseado como un regalo de Navidad.

—¿Te gustaría que incorporáramos algo nuevo? —volvió a preguntarle.

Dominó estaba sentado en un sofá de cuero negro e Isabel en una butaca blanca con forma de huevo. En una mesita de metacrilato, descansaban dos copas y una cubitera, un elegante modelo *Alessi* con una botella de vino blanco en su interior.

—He conocido a una persona —contestó ella—. Un médico. Creo que sería una buena adquisición.

Dominó miró fugazmente a Isabel y cogió su copa de vino. Su rostro de piedra pareció endurecerse todavía más.

—Este vino está delicioso —le dijo mientras volvía a mirarla a los ojos, desafiante—. ¿Por qué no lo pruebas?

Isabel cogió su copa y, después de brindar, dio un pequeño sorbo. El vino era tan ácido y seco que volvió a sentir arcadas.

—Así que un médico —continuó Dominó, sin reparar en el malestar de Isabel— ¿Y cuál es su especialidad? Ya sabes a qué me refiero...

Isabel tosió y respiró hondo un par de veces, intentando controlar las náuseas.

—No lo sé muy bien —consiguió contestar—. Creo que no está introducido.

—¿Es uno de ellos, Isabel? ¿Es un hombre... normal?

—Me temo que sí.

Dominó sonrió de forma forzada. Sus labios húmedos se deformaron como la mueca de un payaso. Suspiró con aire de autosuficiencia y se tiró el pelo hacia atrás, tratando inútilmente de domar un flequillo que, a los pocos segundos, volvió a caer sobre sus ojos.

—No funcionará, querida —dijo—. Lo sé por experiencia. Esos benditos... Llegan a nosotros queriendo probar algo nuevo y al primer golpe de látigo salen corriendo. Ellos no son como nosotros. Son... de otra raza. Las mujeres son más adaptables, pero los hombres...

Isabel bajó la mirada y trató de redefinir su estrategia. Sabía que nunca debía fiarse de la amabilidad fingida de Dominó. Sus modales exquisitos,

casi afeminados, eran su estrategia para ganar terreno, para llevar a la víctima a su trampa mortal.

—Podría funcionar —continuó ella.

—¿Y qué te gustaría hacer de él? ¿Un mirón, un ayudante, un esbirro...?

—Quisiera que fuera... mi nuevo amo.

—¿Una cesión temporal?

—He dicho mi nuevo amo.

Isabel intentó enderezar la espalda para darle mayor énfasis a sus palabras, pero la silla en la que se encontraba, con el respaldo exageradamente curvado, no se lo permitía. Obligada a adoptar una postura casi fetal, le resultaba muy difícil situarse por encima de Dominó, que, en su sofá de cuero, parecía estar sentado en un trono.

—¿Quieres decir que...? —preguntó él, con un tono agrio.

—Entiéndeme. Nadie va a ocupar tu lugar. Tu eres mi mano derecha. Haces que mis sueños se hagan realidad.

—Y te proporciono placer...

—Sí, pero únicamente en las sesiones. En la vida real, no eres más que un colaborador, y yo lo que necesito es un amo en todos los niveles de mi vida. No te molestes, por favor, seguirás trabajando para mí, solo que...

Isabel no supo cómo continuar. Tras unos segundos de vacilación, trató de beber un sorbo de vino, pero le resultó imposible hacerlo. Dominó la observaba con sus intensos ojos negros. Aquella mirada era una advertencia, ella lo sabía, pero no debía acobardarse. Isabel se alisó con nerviosismo la falda del modelo de *Balenciaga* que había elegido para aquella noche. Sus largas piernas, cubiertas por unas medias de rejilla, sobresalían de la butaca como las patas de una araña.

—Necesito un hombre, entiéndelo, un hombre a quien amar.

—No me hagas reír.

Isabel dejó la copa sobre la mesa. Si seguía bebiendo, volvería a vomitar. El vino blanco le sentaba mal, pero Dominó insistía en ofrecérselo cada vez que iba a su casa. Eran vinos carísimos de sabores desconcertantes que Dominó bebía de forma compulsiva sin apenas saborearlos.

—Siempre había pensado que éramos algo así como una pareja —prosiguió él, mientras se servía una segunda copa.

—Ahora eres tú el que me haces reír, Dominó. ¿Una pareja?

—Una pareja muy poco convencional, desde luego, pero pareja al fin.

Dominó se aflojó la corbata y dobló con parsimonia las mangas de su camisa. Sus brazos, escuálidos y totalmente cubiertos de tatuajes, le parecieron temibles y amenazadores. Junto a las numerosas inscripciones en cirílico, el águila bicéfala del escudo del Partizan parecía mirarla desde su antebrazo, desafiante. Allí estaba inscrita toda su historia, una historia que conocía muy superficialmente: su pasado como profesor, su intervención en la guerra y poco más. Isabel suponía que vivía en Barcelona con identidad falsa, probablemente huido de la justicia, pero todo eran conjeturas.

—Hace años que nos conocemos, pero no sé nada de ti —prosiguió Isabel—. Ni siquiera tu nombre real.

—¿Para qué lo quieres saber? Es un nombre serbio imposible de pronunciar. Mi historia no te interesa, ni a ti ni nadie. Te doy todo lo que te hace feliz, ¿qué más quieres?

—No estás en condiciones de exigirme nada. Somos dos extraños que trabajan juntos.

—¿Como unos socios?

—Exacto.

A Isabel le dio la impresión de que las numerosas cicatrices que Dominó lucía en su rostro cambiaban de color, pasando de un blanco irisado a un rojo brillante, como las llamas de una hoguera. Su nariz, grande y huesuda, parecía apuntar hacia ella, amenazadora. Él terminó su copa de vino e hizo el amago de llenar un poco más la copa casi intacta de Isabel, pero ella la tapó con la mano.

—No —se excusó—. Ya he bebido bastante hoy.

—Una lástima, mañana habrá perdido toda su aroma —dijo Dominó mientras volvía a poner el vino en la cubitera.

—Pues entonces seremos socios —prosiguió Dominó—, pero te recuerdo que no vamos juntos en todo.

—¿Qué quieres decir?

—Hablo de tu elixir maravilloso.

Isabel abandonó su butacón ovoide y se sentó en el sofá, junto a Dominó, para situarse a su mismo nivel. Su olor a *Armani Code* la inundó

por completo.

—Veo que quieres hablar de tu tema preferido —le dijo ella—. Te proporciono toda la opiolina que necesitas y a un buen precio. Eres el único distribuidor y gracias a ello te has hecho rico. ¿Qué más quieres?

Dominó volvió a sonreír. Sus mejillas cuarteadas adoptaron un trazado diferente, como la orografía siempre cambiante del fondo de un río.

—Me ofendes, Isabel. No solo vivo de la opiolina, tengo otros negocios. No me subestimes. Soy un hombre poderoso.

—No sabía que el trabajo de tus chicas diera para tanto.

—Soy mucho más que un proxeneta.

—Nunca me cuentas nada.

—Mejor para ti.

Isabel se acercó un poco más hacia Dominó. Su fuerte aliento a vino le revolvió el estómago.

—Entonces, si eres tan poderoso —prosiguió ella, separando un poco las piernas, como siempre hacía cuando quería desconcertar a un hombre—, ¿qué es lo que quieres?

—La fórmula de la opiolina —contestó impasible.

—No puede ser. Además ¿para qué la necesitas? Yo la fabrico y te la doy en exclusividad. No necesitas la fórmula.

—La opiolina es mi negocio, querida Isabel, y además me encanta. Estoy tan enganchado a ella como lo estás tú. Quiero asegurarme de que podré contar con ella para siempre.

—Yo te lo aseguro, Dominó. ¿Por qué iba a dejarte sin ella?

Ella posó su mano sobre una de las nudosas manos oscuras de Dominó, que, ante la inesperada caricia, saltó como una mantis religiosa para aprisionar la mano de ella. Isabel trató de zafarse, pero él la apretaba con tanta fuerza que le resultó imposible hacerlo.

—Podrías enamorarte, por ejemplo —le dijo en tono amenazador—, y de la misma manera que cambias de amante, cambiar de distribuidor...

Isabel logró soltarse y se levantó del sofá de un salto para colocarse delante de él, enaltecida gracias a los altos tacones de sus zapatos de castigo.

—¿Lo dices por David, Dominó? No me digas que estás celoso.

—Ah, se llama David —exclamó él, mientras cruzaba las piernas y se apoyaba en el respaldo del sofá—. Qué bonito nombre. Bíblico, ¿verdad? Hebreo, si no me equivoco... «el elegido de Dios» o «el amado y querido», según la traducción. Ambas acepciones muy adecuadas, ¿no crees?

—No te preocupes, David nunca sabrá nada de la opiolina.

—¿Ni siquiera cuando te acuestes con él, querida? ¿No le darás un poquito de droga a tu amor? Estás demasiado bien acostumbrada. Todos esos sementales que te dan tanto placer van hasta las cejas de tu droga secreta. Es mejor que la Viagra. ¿Podrá tu novio ponerse a su altura?

—Vas demasiado rápido.

—Hay que pensar en todo, querida, hay que pensar en todo... No me gusta dejar las cosas a la improvisación.

Dominó separó sus piernas delante de ella. Isabelladeó la cabeza y puso los brazos en jarra, insinuante.

—Te lo repito, nadie va a arrebatarte el negocio —le dijo ella, con voz queda—. Te doy mi palabra.

Dominó se arrellanó todavía más en el sillón. Sus ajustados pantalones negros de corte italiano revelaron sin pudor su abultada entrepierna.

—Querida Isabel —empezó a decir, con la voz grave y melosa de los hombres excitados—. Tu palabra no me sirve, no en este mundo. Si he llegado donde estoy es por no fiarme de nadie, ni siquiera de ti.

Isabel se dio la vuelta y empezó a pasear por el salón, simulando contemplar los cuadros de gran formato que colgaban de las paredes.

—Pues no tendrás otro remedio que hacerlo —le dijo, mientras inclinaba la cabeza, tratando de descifrar un *Vasarely* que parecía engullirla hacia un infierno geométrico en blanco y negro—. Nunca te daré la fórmula. Ni a ti ni a nadie, ni siquiera a mis hermanos. Se lo prometí a mi padre.

—¿Y si te pasara algo? ¿Si sufrieras un accidente? ¿Qué pasaría conmigo?

Isabel tragó saliva. Por primera vez en los cuatro años que se conocían, empezó a ser consciente de lo peligroso que podía ser. Aunque no lo sabía a ciencia cierta, intuía que estaba rodeado de mercenarios, excombatientes como él, que podrían acabar con ella con tan solo ordenárselo.

—Razón de más para cuidarme y procurar que nadie me haga daño ¿no te parece, Dominó? —reaccionó ella—. En cambio, si te entrego la fórmula, es posible que seas tú quien me abandone.

—Yo siempre te amaré y te protegeré —le dijo mientras se levantaba y se dirigía a ella, todavía absorta en el *Vasarely*—. Yo, al contrario que tú, no tengo a nadie más.

—¿Y esas chicas que siempre están contigo?

—Ellas son mis juguetes, trabajan para mí y me proporcionan placer, de la misma manera que esos amos temporales con los que tanto disfrutas.

—Dominó, te aprecio y te respeto —prosiguió ella, mientras se le acercaba incitadora—. Eres mi mano derecha y siempre lo serás. Te debo mi felicidad y es algo que nunca olvidaré, pero no puedo darte la fórmula.

—¿Ni siquiera a cambio de algo?

—¿A cambio de qué?

—De garantizar tu seguridad.

—¿Me estás amenazando?

—En absoluto —le contestó, mientras la atraía hacia sí—. Todo lo contrario. Tan solo quiero protegerte.

Isabel se sentía cada vez más incómoda. No estaba dispuesta en permanecer ni un minuto más en aquel apartamento blanco y aséptico como un depósito de cadáveres. Ahora tan solo quería volver a su casa y dormir. Trató de desasirse, pero Dominó no se lo permitía. Sus fuertes brazos la tenían bien sujeta.

—Por favor, tengo que irme. No me encuentro bien —le dijo, mientras forcejeaba con él.

—¿Pensarás en mi propuesta, Isabel? —insistió Dominó—. Necesito una contestación.

—La fórmula de la opiolina no está en venta, Dominó.

En ese momento, llamaron a la puerta. Isabel se inquietó.

—¿Quién es?

—No te preocupes, solo es Sasha.

—¿Qué hace ella aquí?

—¿A ti que te parece?

Sasha era una de sus chicas, una sexy miniatura de rostro delicado y cuerpo desbordante. Con el pelo rubio pajizo y embutida en un ajustadísimo vestido de cuero falso, parecía una *barbie* de tamaño natural creada única y exclusivamente para proporcionar placer. Cuando entró en el apartamento, contoneándose como una niña con zapatos de tacón, Dominó se relajó al momento.

—¿Hoy toca trío? —dijo Sasha con su fuerte acento del Este.

—Pregúntaselo a ella —le contestó Dominó mientras se acercaba a la pequeña prostituta y le empezaba a bajar la cremallera de su vestido.

Isabel se sintió incómoda. Allí estaban los dos, Sasha casi desnuda y Dominó rodeándola con sus brazos. Despojada de su coraza de cuero y satén, la joven prostituta parecía todavía más frágil, como una muñeca abandonada. Isabel consideró por un segundo acercarse hacia esa hermosa adolescente que tanto le recordaba a ella misma, pero pronto desestimó esa posibilidad.

—¿Te quedas, Isabel? —le preguntó Dominó, sin mirarla.

—Me marchó. ¿Cuándo será la próxima sesión? —preguntó ella.

—¿Todo sigue igual, entonces? —replicó él, sin dejar de acariciar a Sasha.

—De momento, sí.

—Me alegro. La semana que viene. Avisa a Nico. El viaje será largo.

—Espero que valga la pena —replicó ella con un tono de advertencia, mientras se dirigía hacia la puerta.

—Lo valdrá —contestó Dominó.

Y se marchó dando un fuerte portazo.

De camino a casa, en el Mercedes conducido por Nico, Isabel tomó una decisión.

Estaba empezando a cansarse de Dominó. Le había dado la vida, todo lo que siempre había deseado, pero quizá había llegado el momento de separarse de él.

Lo conoció en el *Suspiria*, el local de encuentros de Dominó. Por aquel entonces, Isabel no tenía otro lugar donde hacer realidad sus fantasías. Acudió acompañada por Carlos, un amante ocasional que la llevaba a lugares como aquel, una simple comparsa con la que intentaba, día tras día, encontrar aquello que tanto buscaba.

Como si hubiera intuido que aquella noche iba a ser crucial en su vida, Isabel se había arreglado con especial cuidado. Se había rasurado completamente el pubis y se había perfumado con un intenso aceite de canela y menta. El vestido era de su madre, un valioso modelo de *Valentino* de color rojo oscuro tan ceñido que parecía que iba desnuda, como si solo estuviera cubierta por una espesa capa de sangre.

—Todos te miran —le dijo Carlos.

—Ya... —le contestó ella—, pero.... ¿realmente crees que hay alguien que valga la pena?

Carlos levantó los hombros como respuesta. Era un hombre débil, indeciso, totalmente inadecuado para ella. En aquel momento, Isabel decidió que nunca más volvería a verlo.

—Vámonos, estoy harta de todo esto —le dijo.

—Alucina —le dijo Carlos, mientras observaba por encima de su cabeza—. Mira qué tipo...

Isabel se dio la vuelta y entonces lo vio. Allí estaba, el hombre más repulsivo y atrayente que había visto en su vida. Con el pelo negro cortado al cepillo y el rostro lleno de cicatrices, era más parecido a un peligroso asesino que al tipo de hombre que solía frecuentar aquellos lugares.

Iba acompañado de sus chicas, de sus cuatro chicas preferidas. Hermosas y de corta estatura, eran como muñecas bien aleccionadas, siempre pendientes de las órdenes de su creador. En su presencia, Dominó parecía todavía más alto, como un gigante rodeado de niñas, de niñas que revoloteaban a su alrededor como ninfas impúdicas. Hombres y mujeres las miraban con lujuria, pero la presencia de su amo los mantenía alejados.

Isabel lo observó con atención. Examinó cada una de sus cicatrices, su sonrisa helada, sus gestos contenidos y hieráticos. Hipnotizada, avanzó por el local atestado de gente, ansiosa y cubierta de sudor, hasta situarse junto a él.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Quien tú quieras que sea —le contestó él con un acento que no pudo detectar.

Isabel se acercó un poco más. Su imagen se reflejaba en sus oscuras pupilas.

—Soy Dominó —se presentó, al mismo tiempo que extraía una tarjeta de visita de su chaqueta y se la tendía cortésmente, como un hombre de negocios. A tu servicio, a cualquier hora.

—¿Y en qué puedes servirme?

Dominó abrió los brazos, señalando a las cuatro pequeñas muñecas que bailaban a su alrededor.

Isabel sonrió, divertida.

—No, no es eso lo que busco.

—¿Algo especial, mi dama? Puedo conseguir cualquier cosa, por extraña que parezca. Ponme a prueba. Puedo adivinar tus deseos con tan solo mirarte a los ojos.

—¿Como un mago?

—Mejor que eso.

Dominó la sujetó por la cintura y la atrajo hacia sí. Estaba tan cerca de ella que casi hubiera podido besarla. Sus enormes ojos negros, engarzados sobre unos pómulos huesudos y remendados, la escrutaban con atención.

—Yo te daré lo que buscas —le dijo con voz grave, mientras la envolvía con una gran bocanada de aliento con olor a whisky.

Isabel cerró los ojos y se dejó llevar. Dominó la cogió de un brazo y la llevó al fondo del local, a un lugar donde no había estado nunca, lejos de la sala de baile, de los cuartos oscuros y del pasillo francés, más allá, incluso, de las habitaciones privadas y de los salones VIP. Atravesó salas tapizadas de rojo, ventanas con los vidrios pintados, puertas cerradas con llave... El olor era extraño, una mezcla de diferentes perfumes reconocibles, *Trèsor de Lancome*, *Opium*, *Lolita de Lempicka*... pero con un toque ligeramente fecal. Los sonidos le llegaban amortiguados. Aullidos, golpes y chirridos metálicos pasados por el filtro de las gruesas paredes que dividían las diversas estancias.

Las chicas de Dominó los seguían, saltando y canturreando, como niñas de camino al colegio. Algunas de ellas intentaban abrir las puertas cerradas o se encaramaban a la ventanas negras para poder ver lo que pasaba en su interior.

—¿Dónde vamos, tío *Do*? —repetía una y otra vez la más pequeña, una belleza en miniatura de melena rubia.

Pero Dominó no contestaba. Avanzaba con paso ceremonioso, sujetando a Isabel del brazo, como dos novios de camino al altar, seguidos de sus hermosas damas de honor.

Llegaron a una especie de pequeño salón, decorado con muebles de los años cincuenta. Una barra de bar, como las que se utilizaban antiguamente para decorar los salones de las casas, presidía la estancia. Dominó se situó detrás de ella y preparó dos vasos largos.

—¿Vodka o Ginebra?

—No suelo beber licores.

Entonces, Dominó extrajo de su americana un vial con un líquido claro en su interior.

—¿Me das tu permiso?

—¿Qué es?

—Nada que tú no debas conocer. Cristal líquido.

—¿Metanfetamina? Tengo algo mejor.

Desafiante, Isabel extrajo de su pequeño bolso de terciopelo una botellita ovalada de color rojo, como un perfumario antiguo.

—Ahora eres tú quien debe fiarse se mí, pero, hazlo, valdrá la pena.

Dominó examinó la botellita con atención. Las niñas se les acercaron curiosas.

—La tomarás tú primero.

—Por supuesto —contestó ella—. Siempre lo hago.

Llevó el frasco a su boca y lo tomó de un solo trago. Carraspeó. Su rostro apenas se transformó, tan solo sus ojos adoptaron una expresión ligeramente más inocente, como los de una niña.

—¿Para qué sirve esta droga? —preguntó él—. ¿De qué está hecha?

—Se llama opiolina —contestó ella—. Pruébala, es un afrodisiaco potentísimo.

—¿Cómo la Viagra?

—Mejor que eso.

Dominó parecía un hombre prudente, pero empezaba a bajar la guardia. Su expresión era de profunda curiosidad.

—Si me la tomo, ¿qué me pasará? —preguntó.

—¿Recuerdas el primer contacto con una carne extraña? ¿Recuerdas el primer roce... las primeras caricias... el primer beso? Así te sentirás, como un niño que se toca sin saber muy bien por qué, como un adolescente que pierde su virginidad con la mujer que ha deseado durante meses... ¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas todas esas sensaciones?

Desconfiando, Dominó entrecerró los ojos y estuvo un tiempo sin contestar. Parecía abstraído, como si su mente se hubiera ido muy lejos, como si se hubiera trasladado al pasado, al pasado de un hombre que lo ha olvidado todo.

—Me hablas de amor —contestó al fin—. Y yo solo hablo de dinero.

—¿Dinero? —contestó ella—. No soy una traficante, si es eso a lo que te refieres.

—Tú no, pero yo sí.

—Confía en mí —le contestó ella, con voz melosa, mientras le tendía otro botellín, incitadora.

Dominó la miró fijamente, cogió la droga y se la tomó de un trago sin pensar. Las niñas lo miraron con atención, como una camada de pajarillos esperando a su madre en el nido.

Se acomodaron en un mullido sofá mientras las pequeñas bellezas esclavas se peleaban entre ellas por sentarse en el suelo, lo más cerca posible de los pies de su amo. A Dominó se le empezaron a humedecer los ojos. Isabel lo notó y le dio la mano.

—Abrázame —le dijo él.

Ella hizo lo que le pedía. El cuerpo de él, duro y tenso, se había vuelto tan tierno y envolvente como una bola de algodón. Dominó ya no era el hombre frío y sarcástico que acababa de conocer, era un niño que empezaba a vivir, un niño esperanzado que daría la vida por hundir su carne tierna en la de esa mujer que parecía una diosa. La abrazó con ternura y unas gruesas lágrimas bañaron su rostro.

—¿Estás bien, tío *Do*? —preguntó una de las niñas, desconcertada, pero él no contestó. Se levantó con dificultad y, sin soltar la mano de Isabel, le pidió que la acompañara.

—No me dejes, no me dejes nunca —le pidió.

Y juntos se fueron a la habitación que se convertiría, desde entonces, en su refugio sagrado.

CINCO

—Isabel me llevó a un médico, un especialista en adicciones. Eso fue... Vamos a ver... No podría concretarlo. Soy algo disperso, ¿sabe? De pequeño me diagnosticaron hiperactividad. Ahora se le llama Trastorno por Déficit de Atención e Hiperactividad, TDAH. ¿Conoce el trastorno? ¿El trastorno por TDAH? ¿No? No me pida que se lo explique.

Isabel miró a Javier como siempre solía hacerlo, con expresión de hartazgo pero también con tristeza, la tristeza de ver cómo el hermano más brillante de la familia Ibernón se perdía cada vez más en el pozo oscuro de la locura.

El doctor Zanni, psiquiatra especializado en adicciones del Instituto Hipócrates, también puso cara de circunstancias. Hacía más de un cuarto de hora que intentaba sin éxito sonsacar algún dato útil de su cerebro desquiciado pero la verborrea incontrolada de Javier se lo ponía muy difícil. Ramón había ido a buscarlo a Perú y la intención era ingresarlo en aquel Instituto durante el máximo tiempo que fuera posible. No podían hacer nada más.

—Le preguntaba sobre la primera vez en la que estuvo ingresado, Javier —insistió el doctor.

—Ah, sí —contestó él mientras se sonaba la nariz con la mano—. Fue cuando me encontraron en coma, por una sobredosis, en Colombia, en México, o en Perú... No lo recuerdo. Ramón me vino a buscar. Cuando llegué a Barcelona, Isabel me dijo que papi había muerto. Que se me había acabado el rollo. La pasta básicamente. Que ahora mandaba ella. Y me llevó al médico.

—Javi, por favor, estás mezclando las cosas —intervino Ramón—. Papá murió hace dos años. Fue cuando te ingresaron por primera vez en la Clínica Porvenir, ¿lo recuerdas?

—Después te curaste —continuó Isabel con un falso tono maternal— y te fuiste de viaje. Tuviste la sobredosis hace un mes y después Ramón te fue a buscar a Perú. ¿Lo recuerdas ahora?

Javi se rascó la barbilla con una mano, como si realmente pudiera pensar, como si su cerebro, totalmente desecho por las drogas, pudiera poner en orden todos aquellos hechos del pasado que se agolpaban en su cabeza.

—¡Ah, sí! —exclamó—. En la Clínica Porvenir. Allí me ataron de pies y manos. Porque me abalancé sobre la enfermera. No quería hacerle daño. Quería tocarle las tetas. Nada más. Cuando me curé, Isabelita llegó a la Clínica con su Maserati negro y me llevó de vuelta a casa. Yo ya no era Javi. Las drogas me daban asco. No podía follar. No se me levantaba. Se lo dije a mi hermana por si podía hacer algo. Es uróloga ¿sabe? «Te aguantas», me dijo. «Ya has follado bastante durante toda tu vida».

—Javier, por favor —le interrumpió el doctor Zanni—. ¿Qué tipo de drogas consume?

—Pero, ¿qué dice? —le contestó.

—¿Toma usted drogas recreativas, Javier?

—¡Qué va!

El doctor miró a Isabel y Ramón con condescendencia. Javier se rascó el cuello de forma compulsiva. Su perfecto rostro, puro y suave como el de un niño, contrastaba con la incontrolada fiereza de sus ojos negros y el desorden de su cabello, largo y prematuramente encanecido.

—¿Marihuana, cocaína, metanfetamina, LSD...? —insistió el doctor.

—Marihuana, sí. Cocaína, de vez en cuando. El cristal me encanta. Y... ¿LSD dice? Esa droga es muy antigua, ¿no?

—Marihuana, cocaína y cristal. De acuerdo. Mire, Javier. Vamos a ayudarlo a superar su adicción, pero es necesario que colabore con nosotros.

—¿Con quién?

—Con nosotros, los médicos que se encargarán de su rehabilitación.

—Los médicos. Menudos gilipollas. Yo soy médico ¿se lo he dicho ya? Me cagaba en los pantalones, cada día. Iba con la mierda colgando de las pelotas. Problemas neurológicos, como los viejos. Es un efecto secundario. De la codeína. O de la ketamina. Ya no me acuerdo. Tengo el cerebro fatal.

Es por las drogas. Las drogas me buscan, siempre lo han hecho, y me encuentran. Vaya si me encuentran.

—No se preocupe. Aquí estará a salvo —replicó el doctor.

—¡Qué bien! —exclamó Javi, sin ser consciente de lo que se le venía encima—. Me encantan los hospitales, son como un parque de atracciones. Soy médico, ¿se lo he dicho ya?

—Sí y perdone. Debería llamarlo doctor Ibernón, ¿lo prefiere así?

—Sí, sí, sí.... ¿me puedo ir ya?

—Sí, por supuesto. La enfermera le acompañará a su habitación.

—¿Está buena?

Javi se marchó del despacho franqueado por una mujer con cara de bruja y dos fornidos celadores. No se despidió. Isabel, aliviada, le dio la mano a Ramón y se marcharon a toda prisa. Cuando Javier se asomó a la ventana, lo único que pudo ver fue el coche de su hermana alejándose por la carretera.

Terciopelo, una cama antigua, champán francés, y un hombre fuerte que la castigara por sus pecados. Isabel no necesitaba nada más. Pero cuando el hombre era simplemente un hombre, con sus inseguridades y limitaciones, el atrezzo debía cambiar. El terciopelo se volvía cuero, la cama se transformaba en el suelo infecto de una casa abandonada y el champán en opiolina, por supuesto.

Necesitaba sentirse libre y hermosa, bailar desnuda ante un amante que no le perteneciera, trastornarlo hasta el punto de recibir el más cruel de los castigos, la primera bofetada y, después, la indiferencia, incluso, el desprecio.

Isabel sentía un vacío en el vientre. Una especie de helor. Los hombres que entraban en ella nunca llenaban ese hueco, ese himen imaginario que su padre dejó intacto. David, estaba segura de ello, podría hacerlo

Le escribió una nota e hizo que se la entregaran en su despacho. Estaba escrita a plumilla, sobre un grueso papel antiguo: «Ven a comer conmigo. El viernes a las dos en mi despacho.»

Cuando lo vio poco después, en los pasillos de la clínica, él sonrió, inocente como un niño. La distorsión de su rostro parecía haber desaparecido por completo, pero ella sabía que en cualquier momento podía volver a formarse. Estaba segura de ello.

—¿Cuál es el menú? —le preguntó.

—Carne cruda —le contestó ella.

Él la miró desconcertado y se ruborizó. Sus ojos nublados, sin embargo, no dejaban de mirarla con avidez. David carraspeó, volvió a sonreír y siguió su marcha. La deseaba, estaba segura de ello, pero no sabía lo que ella esperaba de él. No importaba. Lo enseñaría. Era cuestión de tiempo.

El día antes de la cita, Isabel le envió un curioso regalo. Era un utensilio de cocina, un trinchador de carne. «Llévalo contigo. Lo necesitarás», decía en una segunda nota.

Cuando llegó el día, Isabel se sentía extraña, incluso avergonzada. Temía que David no fuera a responder como ella quería. Estaba nerviosa, insegura, pero a pesar de ello, no quiso dejar ningún detalle al azar. Era la primera vez que invitaba a un médico a su despacho con la intención de seducirlo. Hasta entonces, ninguno de ellos le había llamado la atención. Solo David, con su desmayado aspecto de poeta decadente, se merecía esta atención.

El encargado de *catering* había traído todo lo necesario para que la mesa de reuniones del despacho de Isabel ofreciera el aspecto de un restaurante de lujo. Mantel de hilo, vajilla de porcelana, cristalería fina e, incluso, un candelabro. En una mesita auxiliar, descansaba una botella de vino tino y una fuente cromada con tapa.

Isabel había elegido para la cita un elegante vestido negro muy ceñido, con el cuello y el escote cubiertos por una tela de encaje dorado. Los hilos de oro se entret Tejían con el complicado relieve de su piel, convirtiéndose en un tejido único y delicado, un bordado de seda nunca visto.

Llamaron a la puerta. Sonia se había marchado ya. Isabel se sentó sobre su mesa y cruzó sus largas piernas.

Cuando entró en su despacho, David todavía llevaba la bata blanca del hospital. Su rostro volvía a estar totalmente relajado. Aunque había perdido intensidad, sus rasgos eran ahora más armónicos y regulares.

—No sabía que se trataba de una comida de etiqueta —le dijo, sorprendido por la indumentaria de Isabel—. No sé si estaré a la altura.

David la miró con detenimiento. Lo hizo de la misma manera que haría con una prostituta, como si valorara las posibilidades de cada rincón de su cuerpo. Él había captado el mensaje, pensó Isabel, no había duda. Sabía para qué estaba allí. Su mirada, fría y, al mismo tiempo, ardiente, así se lo mostraba. Incluso el tono de su voz, ligeramente atiplado, había cambiado. David, de la misma manera que ella, también la deseaba y estaba decidido a llegar hasta el final. Algo se tensó dentro de su vientre y aceleró sus pulsaciones.

—Quítate la bata —le ordenó ella.

David se despojó lentamente de la prenda sin dejar de mirarla a los ojos. Llevaba una camisa blanca y una corbata gris. El pantalón, oscuro y de corte clásico dibujaba con sutileza sus caderas huesudas y sus largos muslos. Ella cogió la prenda para colgarla detrás de la puerta, junto a la suya. Olía ligeramente a sudor. Se estremeció.

—¿Has traído el trinchador? —le preguntó.

—No lo he considerado necesario —le contestó él.

Isabel decidió no insistir. Hubiese preferido que lo trajera, tal como le había pedido, pero su tono firme y su determinación le gustaron, le gustaron mucho.

—¿Tienes hambre?

—¿Qué hay? ¿Carpaccio?

—Ahora lo verás —le dijo mientras lo conducía hacia la mesa de reuniones.

Ella pasó delante, contoneando suavemente las caderas. Él tardó en seguirla, como si dudara en hacerlo, como si temiera entrar en una trampa de la que nunca más pudiera salir. Cuando al final se atrevió a ir tras ella, Isabel vio como aparecía de nuevo la profunda arruga que le cruzaba la frente.

—¿Cada día comes con tanto lujo? —preguntó al ver la sofisticada mesa.

Ella sonrió mientras lo invitaba a sentarse.

Isabel levantó ceremoniosamente la tapa de la fuente. Un enorme trozo de carne, grueso y sanguinolento, apareció ante ellos. David tragó saliva, desconcertado.

—Pero... ¿qué plato es ese?

—Solomillo de buey, un corte excelente.

—No lo dudo, pero...

—Pruébala, te encantará pero... ¡qué lástima! No has traído el trinchador.

—Estás hablando con uno de los mejores cirujanos de Barcelona —le contestó—. Me basta con un simple cuchillo para hacer milagros.

David empezó a trocear la carne de forma realmente hábil, cortándola en trozos muy finos, casi transparentes.

Isabel sonrió. Le excitaba verlo realizando un trabajo de carnicero, con la elegante camisa blanca arremangada, salpicada de pequeñas gotas de sangre.

—No es así como me gusta pero... —empezó a decir.

—Come... —le ordenó

Isabel se estremeció de nuevo. Desde luego, las cosas no estaban saliendo como había pensado, pero él estaba reaccionando perfectamente. Empezó a removerse excitada en la silla.

Isabel cogió uno de los trozos de carne con las manos, se lo llevó a la boca y lo chupó de forma delicada. Los dedos se le mancharon de sangre.

Tras la sorpresa inicial, David hizo lo mismo, aunque prefirió utilizar los cubiertos. La carne cruda no parecía ser de su agrado y, entre trozo y trozo, bebía abundante vino para digerirla mejor. Isabel, por el contrario, estaba extasiada y degustaba cada trozo con los ojos cerrados, como una niña relamiéndose ante su plato preferido.

Cuando hubieron terminado la botella de vino, David tenía los ojos vidriosos. No había podido acabarse la comida. Varios trozos de carne roja descansaban en su plato, como los restos de un animal descuartizado.

—Creo que he bebido demasiado —se excusó.

Isabel sonrió. Había bebido exactamente la misma cantidad de vino que David, pero no parecía afectada por ello. Su hermoso rostro no se había

ruborizado en absoluto. Solo sus ojos parecían más brillantes de lo normal, aunque sin variar su expresión.

Miró con atención a David, azorado como un adolescente en su primera cita. Sus ojos lo decían todo. La deseaba, estaba claro, tanto como ella lo deseaba a él, pero había un obstáculo, siempre lo había.

—Sabes que estoy casado —le dijo una vez más.

Ella le sonrió con aire condescendiente. Por el tono de su voz, titubeante e inseguro, sabía que obtendría muy poca resistencia. Pero no debía precipitarse. Era ella la que debía marcar los tiempos, la que debía decir siempre lo que había que hacer.

—Es hora de que te marches —le ordenó de forma súbita.

David la miró desconcertado. Allí estaba ella, imperturbable y más hermosa que nunca, con su vestido de *madame* francesa, acechante como una araña negra.

—¿He dicho o he hecho algo que te haya molestado? —le preguntó.

—En absoluto —le contestó ella—. He disfrutado mucho de tu compañía, pero ahora quiero que te marches. Me gusta hacerlo así, poco a poco.

Y sonrió, por primera vez en aquella tarde.

David la miró nuevamente e hizo amago de besarla. Ella se lo impidió.

—Todo a su tiempo —se excusó.

Contrariado, David cogió su bata con furia y se marchó dando un fuerte portazo.

Cuando se quedó sola, Isabel se sentó satisfecha en su butaca y se relamió con la expresión de una gata feliz tras haber jugado hasta la muerte con un inocente ratón.

SEIS

Isabel conoció a Nico en un *Chakra Puja*, una orgía con tintes religiosos a la que Nico acudió con su novia en aquella época. Le gustó desde el primer momento. Había algo fascinante en aquel muchacho desgarbado. Aunque no resultaba demasiado atractivo, tenía un aura de inocencia, de inconsciente ingenuidad que le atraía con fuerza. Tras aquella sesión, Isabel le ofreció trabajo en la clínica como mensajero, aunque pronto se convertiría en algo más. En su chófer y asistente personal.

Nico siempre llevaba uniforme, un ajustado mono rojo con el logo de la clínica en la espalda que acentuaba todavía más la forma de su cuerpo, huesudo e inarmónico como el de un títere desmadejado. Cuando no tenía trabajo, pasaba la horas muertas en la sala de espera, visiblemente incómodo en unas sillas incapaces de albergar aquella peculiar anatomía llena de aristas y oquedades. Si la espera se prolongaba, se entretenía leyendo revistas de coches mientras trajinaba sin disimulo los numerosos granos, espinillas y puntos negros que poblaban su rostro de adolescente tardío.

Aquellos momentos le desesperaban, pero, cuando lo llamaban las chicas de recepción, se levantaba de un salto, tiraba la revista sobre la mesita de la sala y se lanzaba a grandes pasos hacia la entrada para recoger el material que debía transportar, deseoso de poder bajar a la calle por fin, poner en marcha su moto y salir corriendo.

En su maleta de mensajero traqueteaban las más variadas muestras orgánicas, desde tejidos de mama con células cancerígenas a frascos con semen con posible azoospermia. Pero Nico, ajeno al sensible material que transportaba, recorría la ciudad con un estado de ánimo exultante. Zigzagueaba a través de los coches, desafiaba los semáforos en rojo, circulaba impunemente por la acera y, si alguien lo amonestaba,

argumentaba con ademanes no demasiado corteses, que transportaba material médico y que debía entregarlos al laboratorio de forma urgente. Nadie se atrevía a replicar.

Nico no era un joven atractivo, pero su obsesión por el sexo y la depravación era tan visible que atraía poderosamente a las mujeres. Sus gestos, bruscos y casi animales así lo mostraban, como sus labios de pez, carnosos y un poco caídos, y sus grandes manos rojizas.

—Dominó acaba de llamar —le dijo Nico a Isabel—. La próxima sesión será en cuatro días. Tienes que estar lista a las diez de la mañana. Sé puntual.

El mensajero estaba en el centro de su despacho, con las manos en jarra, vestido con su mono rojo de mensajero, insolente como un pequeño demonio. Tenía la cara especialmente enrojecida, como si se hubiera pasado todo el día toqueteándose los granos sin parar

—¿En viernes? —contestó ella—. Imposible, tengo un montón de visitas.

—Anúlalas.

—¿Sabes algo de esa sesión? ¿Dónde será? ¿Quién va a venir? —preguntó con una ansiedad difícil de disimular.

—Lo sabrás cuando llegue el momento. Como siempre. ¿A qué viene tanta pregunta? Sabes que no puedes saber nada con antelación.

Isabel se arrellanó un poco más en su butaca mientras miraba a su empleado con la picardía de una pequeña niña viciosa.

—¿Quién vendrá, Nico? Dímelo. Tú lo sabes.

Nico se acercó rápidamente hacia ella y le dio una fuerte bofetada. A pesar de la sorpresa inicial, Isabel no tardó en recuperar la compostura.

—Perdona —le dijo, con la mirada baja—. Sé que no debo preguntar.

—La próxima vez, te pegaré más fuerte.

—Dime, ¿qué me harás?

—Te ataré a la silla...

—Sí...

—Y te amordazaré.

Se revolvió excitada mientras el mensajero, frotándose la mano con la que la había pegado, se le acercaba cada vez más, amenazante.

Pero cuando estaba a punto de echarle las manos al cuello, la mirada de Isabel, de repente fría y serena, le anunció que el juego había terminado. No en la Clínica. Aquel no era el lugar.

Rápido como un perro bien aleccionado, Nico cambió completamente su actitud. Dio marcha atrás sin darse la vuelta y se sentó en la silla que había al otro lado del escritorio.

—¿Por qué tantas preguntas, doctora Ibernón? —le preguntó, mientras se sentaba.

—Desconfío de Dominó —contestó ella—. Cada vez más. Tengo miedo de lo que me pueda hacer. Tú lo conoces.

—¿La ha amenazado? ¿Le ha dicho algo? Dígame si le ha amenazado, doctora. Se las verá conmigo.

—Cuidado con Dominó, Nico. Sabes que siempre está muy bien acompañado y no me refiero a sus princesas...

—Esos cabrones rusos...

—Son serbios.

—Qué más da. Puedo con todos ellos.

—No, no puedes. Son más fuertes que tú y yo juntos.

Sentada en su despacho, al mando de su clínica, Isabel sabía que nada ni nadie podía amenazarla, pero en las sesiones estaba totalmente desprotegida. Estaba en manos de Dominó, con la única vigilancia de un joven dócil pero impulsivo que perdía la cabeza cada vez que veía una mujer disponible. ¿Qué podía hacer? ¿Cortar su relación con Dominó? ¿Renunciar a las sesiones? No se rendiría tan fácilmente. Sabía que quería la fórmula de la opiolina, a cualquier precio.

—Vas a hacer una cosa, Nico —dijo, de repente, sin apenas reflexión.

El mensajero se enderezó en su silla para escuchar con atención.

—Le vas a decir a Dominó que me estoy tratando de una infección, de una infección sexual ¿Me entiendes? Y que no voy a poder ir a la próxima sesión.

—No se preocupe, doctora, no se me olvidará.

—Estoy segura de ello —le dijo complacida, y acto seguido se levantó para sentarse en su regazo, darle un tierno beso y ordenarle que se fuera lo antes posible.

Dominó se había presentado en su casa sin avisar. No solía hacerlo, Isabel se lo tenía prohibido, pero allí estaba, vestido de forma inusual, jersey y pantalones verde caqui y botas militares. Llevaba el pelo sucio e iba sin afeitarse, parecía que no hubiera salido de su casa durante varios días.

—Me ha dicho Nico que estás enferma —le dijo—. Una doctora, como tú, enferma de gonorrea. No me hagas reír.

—No es gonorrea.

—Pues lo que sea. Ponte algo, unos óvulos o algo, pero ponte algo y preséntate el viernes. Es importante. Tú no puedes enfermarte.

Había entrado en el salón como si fuera a registrarlo y, después de echar una ojeada rápida pero minuciosa, se había sentado en el raído sofá de sus padres y apoyado sus botas sucias sobre la mesa. Sus ademanes eran agresivos y amenazantes, más amenazantes que nunca. Rabioso y desencajado, parecía un perro de caza que hubiera perdido su presa.

—Cuando era profesor en la Universidad —empezó a decir—, ¿sabes cómo me llamaban mis alumnos? Zoran, el traicionero. Les daba cancha al principio, perdonaba sus pequeñas faltas, me comportaba como un auténtico ángel de la guarda, pero llegaba final de curso y me los cargaba. Solo salvaba a los más brillantes. Ni te imaginas el placer que me causaba suspender a todos esos desgraciados. Y en la guerra, igual. Era temido por todos, y no hablo únicamente de mis enemigos. ¿Tienes algo para beber, preciosa?

Isabel no contestó. Sentada en una incómoda silla Luis xv, con la espalda bien recta, escuchaba a Dominó sin apenas moverse, como un reo escuchando su sentencia de muerte. Estaba completamente bloqueada, incapaz de asimilar sus palabras. Prestaba más atención al detalle más mínimo —un pequeño insecto cruzando la pared, una mancha de café en la alfombra—, que las palabras que estaba escuchando. Dominó estaba allí y las amenazas eran cada vez menos veladas. Jugaba fuerte y ella tenía todas las de perder.

—Soy una buena persona, mi querida Isabel, lo sabes muy bien —prosiguió—. He hecho siempre lo que tú me has pedido. Eres mi ojito

derecho. ¿Se dice así, verdad? Pero hay que pagar un precio, siempre hay que pagar un precio. Y tú no estás cumpliendo con tu parte del trato. ¿Me equivoco?

Isabel miró el gran reloj de pared que presidía el salón. Faltaba un cuarto de hora para las dos de la madrugada, una hora inusual para presentarse de visita. ¿Pensaba que la encontraría acompañada? Dominó tenía celos. Y deseaba matarla, sin duda. Sintió miedo, pero también deseo. Ella era suya y ahora, aunque no lo dijera, la reclamaba. Su amo la reclamaba y ella no podía negarse.

El cuerpo de Isabel empezó a vibrar bajo su fino camisón. El miedo que sentía se expandía por todo su cuerpo. Por el contrario, Dominó parecía imperturbable. Sus ojos opacos no revelaban ninguna emoción. Isabel echó de menos aquella mirada suya capaz de atravesarla por dentro.

—Lo siento —murmuró. Y se cubrió la cara con las manos, avergonzada.

Dominó dejó de hablar. Su actitud, sin embargo, no cambió en absoluto. Seguía observándola fríamente, como un científico ante una muestra aprisionada en el cristal de su microscopio. Isabel, por el contrario, estaba visiblemente conmovida. No dejaba de sollozar, asustada y, al mismo tiempo, hambrienta, con una necesidad imperiosa de ser castigada por sus pecados.

Dominó sonrió mientras observaba a su víctima, totalmente vencida por el deseo. Ahora todo dependía de él. Podía hacer con ella lo que quisiera. Tomó aire de forma profunda y, agarrándola por su cabellera, la atrajo hacia sí para obligarla a mirarlo a los ojos.

—¿Lo ves, querida? —susurró—. ¿Ves como me perteneces? ¿Y que harás todo lo que yo te diga?

—Lo sé —contestó ella sin dejar de llorar—. Lo sé, mi señor...

Y solo entonces Dominó la besó y le palmeó el flanco con benevolencia, perdonando a Isabel de sus pecados.

SIETE

Demacrado y más escuálido que nunca, Javier descansaba en el jardín de la clínica de desintoxicación. El lugar era encantador. Los parterres estaban repletos de flores y en el estanque, los peces rojos brillaban bajo la luz del sol, pero la presencia de los pacientes, ausentes y fantasmagóricos, le daba a aquella bucólica estampa un aire amenazador. Era como el paisaje de un cuadro prerrafaelista, hermoso pero, al mismo tiempo, inquietante, como si el fin del mundo estuviera próximo y amenazara con acabar con toda aquella quietud, con toda aquella belleza.

Cuando llegaron sus hermanas, Javier les dirigió una mirada vacía. Sus ojos, siempre tan intensos, habían perdido toda su fiereza. Eran apenas dos muescas flotando en la inmensidad de sus profundas ojeras negras. Las miraba como si mirara al vacío, sin apenas reaccionar, sin ni siquiera hacer el intento de espantar las moscas que se le acercaban, atraídas por el fuerte olor de la colonia que las enfermeras habían utilizado para asearlo.

—Tienes un aspecto estupendo, Javi —dijo Laura, incómoda ante el silencio que se había hecho tras los saludos de rigor.

Sentados en unas incómodas sillas de hierro, los tres hermanos Ibernón no sabían, como de costumbre, qué decirse. Con Javier fuera de combate e Isabel ensimismada, todo el peso de la conversación caía sobre Laura, pero esta, cohibida por el inesperado comportamiento de su hermano, no tenía la soltura que solía mostrar en otras ocasiones.

—¿Te dan bien de comer? —insistió.

Pero él seguía sin contestar.

La presencia de las dos mujeres había atraído a un buen número de pacientes, la mayoría de ellos jóvenes con el mismo aire somnoliento de Javier. Se habían acercado a ellos como zombis, con pasos lentos y descoordinados, y se habían detenido detrás de un pequeño seto, pensando,

quizás, que así no podrían verlos. Solo uno de ellos se atrevió a franquear aquella ilusoria barrera y aproximarse a Isabel. Después de contemplarla durante un par de minutos, empezó a tocarle el pelo, pero ella no parecía darse cuenta. Al igual que su hermano, era como si su pensamiento estuviera en otro lugar, muy lejos de allí.

—Ramón te manda recuerdos —continuó Laura, subiendo cada vez más el tono—. No ha podido venir, tenía una convención, ¡en Amsterdam!

—Laura, por favor —la interrumpió Isabel—, ¿quieres dejar de gritar? ¿No ves que a Javi no le importa nada de lo que le estás diciendo?

—¿Y qué quieres que hagamos? —contestó ella, ahora con un tono muy bajo, casi inaudible.

El doctor Zanni, que hasta entonces había estado atendiendo a otros familiares, se acercó a ellos de forma providencial.

—Toni, por favor —le dijo al joven fascinado por el pelo de Isabel—, estás molestando a la señora, ¿por qué no vas a jugar a las damas?

Como un niño contrariado, el joven gruñó y dio una patada al suelo.

—Oh, no importa doctor —intervino Isabel—, no me molesta.

—Es usted muy amable, doctora Ibernón, pero Toni tiene que irse ¿verdad?

Sin decir ni una palabra, Toni se dio media vuelta y se alejó con pasos cortos y rápidos hacia el interior.

El doctor Zanni acercó una silla hacia el improvisado círculo que habían formado los tres hermanos y los miró con aire distendido.

—Su hermano está haciendo grandes progresos, ¿verdad Javier?

Pero él seguía sin reaccionar, sin mover ni un solo músculo del cuerpo, completamente perdido en la inmensidad de su cerebro, un cerebro colapsado por la gran cantidad de psicofármacos que tomaba a diario.

—Si se porta bien y sigue como hasta ahora —continuó el doctor acentuando todavía más la cantarela de su acento argentino—, pronto podrá irse a casa.

Por primera vez aquel día, las dos hermanas reaccionaron de la misma manera. Las dos dieron un pequeño bote sobre sus asientos, como si alguien las hubiera pinchado con una aguja.

—¿Qué quiere decir, doctor? —preguntó Isabel.

—¿No cree que es demasiado precipitado? —preguntó Laura.

—No podrá vivir solo, por supuesto, pero, teniendo una gran familia como la suya, esto no será ningún problema ¿me equivoco?

Las dos hermanas se miraron la una a la otra con terror. Ninguna de ellas estaba dispuesta a cargar con esa responsabilidad. Conocían a su hermano. Sabían en lo que era capaz de hacer. Sin vigilancia, había un riesgo muy alto de que volviera a recaer y convertirse de nuevo en un peligro. Bajo el efecto de las drogas, el pacífico Javi se convertía en un hombre violento e impredecible.

—Pero habrá alguna fórmula intermedia —dijo Laura—. Un piso tutelado o algo así...

—Oh, sí, claro, pero mi opinión personal es que es mucho mejor que vuelva a su casa, con los suyos, ¿verdad, Javier?

Era admirable como el doctor Zanni seguía hablándole a su hermano como si realmente entendiera el sentido de sus palabras. Lo hacía con todos sus pacientes, lo habían visto, pero Isabel no estaba muy segura de que aquella estrategia fuera a resultar, ni aquella ni ninguna otra. Su hermano, bien lo sabía ella, era un hueso duro de roer.

—No quiero ir a casa —dijo Javier inesperadamente, al mismo tiempo que sus ojos, hasta entonces apagados, se iluminaban con una expresión de odio.

Isabel recordó esa mirada. Era la misma que le dirigía cuando eran niños y estaba a punto de pegarle. Pero ahora su hermano estaba perdido para siempre y la amenaza era mayor.

Javier seguía mirándola, con el rostro crispado y las manos agarrando con fuerza el reposabrazos de la silla.

—Claro que quieres —le dijo entonces el doctor Zanni—, tus hermanas estarán muy contentas de tenerte con ellas ¿verdad?

—Mi hermana es una puta —contestó Javier mientras se ponía de pie y trataba de abalanzarse sobre Isabel—. ¡Putas, putas y más que putas!

Dos corpulentos celadores aparecieron de la nada y lo sujetaron antes de que pudiera reaccionar. Se lo llevaron rápidamente mientras los otros pacientes, con expresión doliente, murmuraban palabras ininteligibles.

—Si no les importa, seguiremos la conversación en mi despacho —dijo apresuradamente el doctor, mientras desaparecía, el también, tras los celadores.

Un ejército de enfermeras irrumpió de forma inesperada y poco a poco se fueron llevando los pacientes hacia el interior. En tan solo unos minutos, el jardín se había quedado desierto. Una suave pero pertinaz llovizna tiñó de melancolía aquel paraíso perdido.

—Hay que hacer algo, Isabel —dijo Laura en cuanto salieron del centro de desintoxicación.

Laura conducía su flamante Audi por el tortuoso camino de tierra que comunicaba la clínica con la carretera nacional. Isabel, a su lado, no hacía más que pensar en su hermano, en su padre, en aquella desconcertante infancia que tanto daño les había hecho a todos.

—No es tan fácil —contestó ella, con la mirada puesta en el agreste paisaje del bosque del Montseny barrido por la lluvia.

En cuanto entraron en la carretera, Laura, hasta entonces preocupada por los amortiguadores de su coche nuevo, pareció relajarse.

—Habrá que buscar una solución creativa ¿no te parece, Isabel?

—Tenemos que hablar con un abogado —interrumpió su hermana.

—¿Estás hablando de inhabilitarlo?

—Tenemos dos opciones, Laura. O le damos el dinero de su herencia para que se drogue hasta la muerte o lo internamos para siempre.

—Joder, Isabel, siempre tan drástica.

—Tú dirás. No tenemos alternativa.

Las hermanas continuaron el viaje en silencio. Las dos eran conscientes de la gravedad de la situación, pero ninguna de ellas se atrevía a pronunciarse. Tendrían que hablar con Ramón y tomar una decisión.

«Eres una puta, puta, puta y más que puta», repitió Isabel para sus adentros.

No era la primera vez que su hermano le insultaba con esa misma expresión. De hecho, era su favorita.

Recordó aquella tarde, cuando ella era una adolescente y su hermano un niño de diez años. Javier entró en su habitación sin llamar, con la cara llena de sangre y pronunciando una y otra vez aquella palabra: «Puta».

—Lávate la cara —le dijo entonces Isabel—, y deja de gritar. Papá podría oírte.

Haciendo un esfuerzo titánico por no llorar, Javier se sentó en la cama de su hermana y se limpió con la sábana. Abatido y congestionado, parecía un boxeador después de haber perdido el combate de su vida.

—Los chicos de sexto me han dicho que tú eres una puta y que papá, papá...

—¿Qué te han dicho de papá?

—Que papá va con putas —con las lágrimas apuntando desde sus fieros ojos negros.

—Papá no hace eso, nunca lo ha hecho...

—¿Eres idiota o qué? —gritó Javier de nuevo—. ¡Claro que es verdad! ¡Yo lo he visto!

Isabel conocía esas habladurías, pero nunca pensaba sobre ello. Hacía ya tiempo que su padre no la llevaba a los burdeles y el recuerdo que le quedaba de aquellas visitas era muy confuso, como si, en realidad, nunca hubieran ocurrido.

—Papá solo es su médico —contestó Isabel conciliadora—. Ya lo sabes. Las cura de sus enfermedades, enfermedades de... puta.

—¡Eso no hay quien se lo crea, gilipollas! —contraatacó él con furia—. Pero me dijeron algo más. Algo sobre ti.

Temerosa de lo que pudiera decir pero, al mismo tiempo, muerta de curiosidad, Isabel no sabía si echar a Javier de su cuarto o animarlo a continuar. Se sentó de nuevo en la butaca y empezó a jugar con el lazo de su camisón, como siempre hacía cuando se ponía nerviosa.

—Continúa —le dijo finalmente.

—Me dijeron que fue el padre de una puta quien te hizo eso —le dijo señalando su escote de forma acusadora—. El que te hizo las quemaduras.

Isabel se llevó instintivamente la mano al cuello. Nunca mostraba sus cicatrices, ni siquiera en casa, pero todo el mundo conocía más o menos la historia oficial. Isabel se había arrojado accidentalmente una botella con

ácido que alguien había dejado en el parque en el que solían jugar. Eso es lo que siempre decían. Pero no era cierto. Tan solo sus padres y su hermano Ramón conocían la verdad.

—¿Me estás escuchando, Isabel?

La voz estridente de su hermana la devolvió al presente.

—Sí, te escucho —contestó Isabel—. ¿Qué me estabas diciendo?

—Que yo no puedo tenerlo en casa, ni en broma...

—Ninguno de nosotros puede, eso está claro. Lo único que quiere ese doctor Zanni es quitárselo de encima. No se puede hacer nada con Javier. No tiene solución.

Laura encendió un cigarro, consciente de que su hermana no soportaba el tabaco. Isabel quiso protestar, pero prefirió no hacerlo. No era el momento de enzarzarse en una nueva discusión.

—¿Por qué crees que te ha llamado puta? —preguntó Laura mientras daba una larga calada a su cigarro.

Isabel contempló los árboles que adornaban los laterales de la carretera. Las numerosas curvas que había en el descenso de la montaña junto al desagradable olor a tabaco le produjeron una leve sensación de náusea. La posibilidad de vomitar en el interior del flamante coche le pareció una idea fantástica, pero la desechó al momento.

—Te lo pregunto porque no es la primera vez que lo dice —prosiguió Laura sin esperar respuesta—. A mí no me ha llamado puta en la vida. De hecho, nunca me dirige la palabra, como si no existiera, lo que tampoco resulta demasiado agradable.

No había demasiado tráfico a aquella hora de la mañana. Los pocos coches con los que se cruzaban parecían apariciones fantasmagóricas, testigos mudos e insolentes, parapetados tras sus potentes faros. La presencia de Laura la exasperaba. Su parloteo constante, su premeditada superficialidad, sus palabras hirientes y malintencionadas... No podía soportarla.

—Para Javier, todas las mujeres somos unas putas —concluyó Isabel.

—¡Está obsesionado con las tetas! —exclamó Laura estallando en una sonora carcajada.

Isabel observó las luces de colores que adornaban el salpicadero del Audi. Toda las posesiones de su hermana, desde su coche hasta su adosado de Sant Cugat, le parecían ostentosos y de mal gusto.

El estridente tono de móvil de Laura hizo que las dos hermanas botaran en sus asientos de forma casi simultánea. En cuanto lo oyó, su hermana se removi6 inquieta, lanzando discretas miradas de soslayo al pequeño aparato que vibraba en el interior de la guantera.

—¿Quieres que lo coja yo? —le preguntó Isabel ante el visible nerviosismo de Laura.

Su hermana se ruborizó y negó con un movimiento de cabeza. Sus manos, pequeñas y enrojecidas, se desplazaban con suavidad por el acolchado volante, como si lo acariciara.

—Es un hombre —le contestó con aire confidente—. Un hombre muy especial.

—Un... ¿novio? —preguntó Isabel, divertida.

—Bueno, quizás es pronto para decirlo, pero la cosa va bien, muy bien. Estoy muy ilusionada, la verdad.

Isabel suspiró con resignación.

—¿Quién es? —preguntó, aburrida— ¿Un transportista boliviano? ¿Un adolescente senegalés?

Laura la miró con enfado reprimido, pero no quiso replicar a su hermana. Era como si no quisiera que nadie, ni siquiera ella, rompiera el mágico halo de felicidad que se había formado a su alrededor.

—Por favor, Isabel, —la amonestó aunque sin acritud—. Es extranjero, sí, pero es un hombre culto y refinado. Es profesor de ruso y se llama Vladimir.

—¿Vladimir? ¡No me digas! Seguro que es un nombre falso. ¿Cómo lo conociste? —prosiguió cada vez más insistente y agresiva—. ¿En el *Tinder*, como siempre?

—No te rías, Isabel, por favor. El *Tinder* funciona de maravilla, deberías registrarte tú también.

—¡Oh, sí seguro! —exclamó Isabel mientras estallaba con una sonora carcajada—. ¡No sé cómo no lo había pensado antes!

—No sé qué es lo que te hace tanta gracia. Algún día querrás tener una pareja, ¿no? Ya no eres una niña, deberías pensarlo.

Laura era tan ingenua, pensó Isabel, resultaba tan fácil manipularla. Las conquistas de su hermana siempre empezaban igual: un largo cortejo y después la decepción, el engaño incluso. La mayoría de las relaciones que había tenido durante toda su vida habían acabado igual. Ella se enamoraba y ellos se aprovechaban de ella. Isabel dudó de que esta vez fuera a ser diferente.

—¿Desde cuándo hace que salís? —preguntó.

—Bueno, hace un mes —contestó su hermana algo avergonzada.

—¿Solo? ¿Y ya habéis...?

—Oh no, todavía no —le interrumpió, algo avergonzada—. No nos hemos visto todavía. Vladimir quiere hacer las cosas con calma, es todo un caballero. Te lo he dicho antes. Esta vez va en serio.

—¿Todo un caballero, dices? —preguntó Isabel—. Cuando un hombre te da largas, solo puede ser por una cosa.

—¿Por cuál? —preguntó Laura, inquieta.

—No seas ingenua. Pues porque la fotografía que te ha enviado es falsa.

—Eso es imposible.

—¿Es joven, guapo, alto, rubio...?

—Pues sí, pero....

—Es falsa, sin duda —insistió Isabel—. Seguro que, en realidad, es un rumano pequeño y oscuro. Y de profesor nada, seguro. Te acabará sacando la pasta, como hacen todos.

Laura no contestó. Tenía los ojos y los labios apretados y numerosas manchas rojizas se habían distribuido de forma irregular por la superficie de su rostro. Era como si la sangre de todo su cuerpo hubiera ascendido rápidamente hacia su cabeza y se hubiera acumulado allí. Está a punto de explotar, pensó Isabel.

Todavía sin pronunciar palabra, su hermana disminuyó la marcha para acabar estacionándose en el arcén.

—Ya puedes bajar —le dijo, en tono muy bajo mientras accionaba con fuerza el freno de mano.

Isabel echó un vistazo por la ventanilla. Estaban en la carrera nacional, a punto de entrar en la ciudad. Su hermana la abandonaba a su suerte, pero no le importó. De hecho, lo prefería, antes de aguantar su insoportable cháchara sentimental durante el resto del trayecto.

Sin ganas de protestar, Isabel besó a Laura en las dos mejillas y bajó del coche. Su hermana no tardó en arrancar, desapareciendo velozmente por la carretera.

Aunque Isabel se frotó la cara de forma compulsiva, el olor al sofocante perfume de su hermana le acompañaría durante el resto del día.

Las cicatrices, el ácido, el parque. Sí, todo eso había ocurrido, pero de una forma muy diferente.

Fue en una luminosa mañana de domingo. Isabel y Ramón jugaban con sus canicas en el parque de la Ciudadela. Era verano y la claridad resultaba tan intensa que distorsionaba el contorno de las cosas. El parque parecía una superficie lunar, una gran extensión de arena blanca sobre el que navegaban los árboles y los escasos paseantes que se habían atrevido a desafiar el intenso calor.

—Ha venido Manuel, ¿quieres jugar con nosotros?—le preguntó Isabel a su hermano.

—No lo sé —le contestó él mientras lanzaba una de sus canicas al aire.

Manuel era el hombre que les explicaba cuentos, un hombre de corta estatura, grueso y muy moreno, que casi siempre estaba en aquel rincón del parque con ellos. Cuando su tía se marchaba, cada domingo por la mañana para irse a misa, llegaba él, les ofrecía caramelos y les contaba sus historias. Siempre llevaba un amplio blusón negro, sucio y arrugado, y una gorra calada hasta las orejas. Y las esparteñas, tan poco habituales en aquel ambiente, un calzado de obrero, de trabajador de otra época.

Isabel insistió una vez más, pero Ramón le dijo que prefería seguir jugando con sus canicas.

La niña se encogió de hombros y se sentó al lado de Manuel como una señorita, estirando la falda de su vaporoso vestido blanco. A su padre le

gustaba vestirla siempre así, de blanco, como si cada día hiciera la Primera Comunión. Llevaba el cabello suelto y sus tirabuzones rojizos parecían ascuas bajo la hiriente claridad del sol.

—Te he traído una sorpresa —le dijo el hombre, al mismo tiempo que sacaba de una bolsa de cuadros un puñado de piruletas de fresa.

La niña sonrió y palmoteó nerviosa.

—¿Quieres, Ramón? —preguntó a su hermano, que parecía no escucharla.

La pequeña Isabel cogió una piruleta, le quitó el envoltorio de celofán y empezó a degustarla con glotonería.

—Haz lo que siempre haces —le pidió el hombre.

La niña sonrió maliciosa y después de lamer rápidamente la piruleta, se la pasó por los labios, pintándolos de un color rojo encendido.

—Así es como le gustan las niñas a él —le dijo el hombre.

—¿A quién? —preguntó ella.

—Al ogro. Al ogro de los cuentos.

Isabel volvió a sonreír. Se había quitado los zapatos y jugaba con las borlas de sus calcetines de perle.

—Qué pies tan pequeños —le dijo él, como si deseara tocarlos, pero sin atreverse a hacerlo.

Los paseantes pasaban a su lado sin verlos, no percibían nada morboso en la escena, nada amenazador. Parejas, familias, niñeras con los cochecitos... Era una plácida mañana de domingo, nada malo podía ocurrir.

Ramón había dejado de jugar con sus canicas y los miraba desde un rincón.

El hombre empezó a llorar. Lo hacía a menudo. Los niños sabían que era un loco, un perturbado, pero les gustaba escuchar sus cuentos terribles, sus cuentos de ogros y niñas degolladas.

—¿Por qué lloras? —le preguntó ella.

—Por las niñas —le contestó el hombre—. Por todas las niñas que han muerto y por las que morirán.

—Mi madre dice que los niños no mueren —le contestó ella—, que van a un lugar... ¿cómo se llama? ¡al limbo! Y que allí se convierten en ángeles.

El hombre sonrió y le acarició el rostro sucio de caramelo.

—Tú pronto te convertirás en un ángel. En cambio, mi hija...

—¿Tienes una hija?

—Mi hija no pudo ir al cielo. El ogro se la llevó y ahora se pudre en el infierno.

El hombre volvió a rebuscar en la bolsa y extrajo una foto de su interior.

—Esta es Mariona —le dijo, enseñando la fotografía a Isabel.

La niña la observó con atención y arrugó ligeramente la nariz, como haría una mujer celosa.

—Se parece a mí —afirmó.

—Sois idénticas —le contestó él—, y esa fue su perdición.

—No te entiendo.

—Es mejor que no lo sepas, que no lo sepas nunca. Que sigas siendo un ángel inocente y puro por siempre jamás. Yo te llevaré allí, al lugar donde dices que van los niños...

—¿Al limbo?

—Sí, al limbo y serás feliz.

—Pero yo no voy morir...

El hombre no pudo continuar. Estaba llorando sin desconsuelo. Los espesos goterones caían sobre su blusón arrugado, sobre sus manos de uñas siempre sucias... Su llanto empezó a llamar la atención de algunas personas, pero nadie le dijo nada.

—Ven —le dijo a Isabel al mismo tiempo que se levantaba y le tendía la mano—. Voy a enseñarte una cosa.

La niña se levantó y lo siguió hacia un pequeño bosquecillo de bambú. Parecía haberse olvidado de Ramón que, cobarde y desconcertado, continuaba en su rincón.

El hombre abrazó a Isabel y besó sus labios de caramelo. Ella lo acogió entre sus brazos, como si fuera una de esas niñas santas que aparecían en los libros de religión. Los rayos del sol, blancos y tenues, dibujaban un aura de luz alrededor de ella.

El abrazo fue breve. El hombre alejó a la pequeña de él con suavidad, pero con determinación. Segundos después, volvió a rebuscar en su bolsa y extrajo una botella o un termo, Isabel no lo recuerda bien. La desenroscó

con lentitud y, tras observar durante unos segundos el rostro perfecto de la pequeña, arrojó el líquido sobre ella.

El grito de Isabel resonó por todo el parque. Fue un grito inhumano, estremecedor. Tras unos segundos inmóvil, como congelada, la niña cayó al suelo.

El hombre, hierático hasta entonces, empezó a gritar.

—No he podido—exclamó—. En la cara, no he podido...

Y acto seguido se marchó corriendo.

Nadie pudo atraparlo.

Isabel no recuperó la consciencia hasta varias horas después, en el hospital.

En un primer momento, no supo identificar el lugar donde se encontraba. Todo parecía estar cubierto por una neblina ligera que, en lugar de difuminar el contorno de las cosas, las distorsionaba, como la lente de un catalejo estropeado.

No tardó en sentir el dolor, un dolor abrasador que le hizo llevarse la mano al pecho. Las yemas de los dedos percibieron una textura extraña, rugosa y, al mismo tiempo, pegajosa, que no podía reconocer. Intentó bajar la vista, pero le resultó imposible hacerlo, su cuello estaba inmovilizado.

—¡Papa! —gritó asustada.

La bruma se disipó poco a poco. Isabel ya era capaz de distinguir con claridad la gran cantidad de objetos que había a su alrededor, el soporte con el gotero, el extraño artefacto donde se registraban sus constantes vitales... Estaba en la habitación de un hospital, pero no lograba recordar qué era lo que le había llevado hasta allí.

Una voz conocida hizo que se estremeciera de la cabeza a los pies.

—Isabel...

Allí estaba su padre, apoyado en el marco de la puerta, como si no se atreviera a entrar.

Tenía un aspecto terrible. Era como si no hubiera dormido durante varios días. Llevaba el traje arrugado, estaba despeinado e iba sin afeitarse. Pero lo que más impresionó a Isabel fueron sus ojos enrojecidos, con los capilares

reventados, hinchados. Su padre parecía un monstruo, el ogro malo de los cuentos.

Fue entonces cuando Isabel empezó a llorar, intensamente, como si todo el sufrimiento, sedimentado capa a capa en el interior de su cuerpo, hubiera surgido, violento y avasallador. El dolor era intenso. Y también el miedo.

Su padre seguía sin acercarse a ella. Parecía llorar, pero sus ojos estaban secos. Su aspecto era el de un hombre derrotado, pensaba Isabel, demasiado cobarde como para acercarse a ella, explicarle la verdad y consolarla, como hacía cuando era pequeña.

Hacía tiempo que se había desentendido totalmente de su hija, ya no le explicaba cuentos ni jugaba con ella, pasaba la mayor parte del día y de la noche fuera de casa. La había abandonado y ella no lo había perdonado. Nunca lo haría.

Y ahora no se atrevía a entrar. La miraba con sus ojos de animal acorralado, pero era incapaz de franquear el umbral de la puerta, abrazarla, pedirle perdón.

—Me dejaste sola —le dijo Isabel—, me dejaste sola y me hicieron daño, mucho daño. Y tú no hiciste nada, porque no estabas ahí, nunca estás ahí...

Su padre no pudo soportarlo más, su llanto sin lágrimas era cada vez más violento, fuertes espasmos agitaban su pecho. Sus hombros, cubiertos por una desagradable pátina de caspa, se movían de forma sincopada. Parecía un muñeco, el diablo de un teatro de polichinelas, terrible pero, al mismo tiempo, patético.

Su padre no se merecía el amor que ella tanto le había profesado, todo el cariño, su adoración sin límites. Ella lo había querido tanto, lo hubiera hecho tan feliz, si él hubiese querido, pero él prefirió marcharse. Su historia de amor, de su primer amor, había acabado. Y empezó a sentirte sola, completamente sola.

No tardó en saber por qué el hombre de las esparteñas le había agredido de manera tan cruel.

La información le vino a retazos, distorsionada por la imaginación de las muchas voces que le llegaban, desde sus compañeros de escuela (que a su vez lo habían oído de sus padres) hasta los velados comentarios de las vecinas.

Era como un cuento de miedo. Un cuento que tenía lugar en una casita de muñecas, de muñecas de tamaño natural. Isabel la había rememorado tantas veces. Tenía de todo: su recibidor con espejos de marco dorado, su pasillo iluminado por candelabros, su salón decorado con muebles de palo de rosa y sus dormitorios, sus numerosos dormitorios, donde dormían las princesas encantadas sin esperanza alguna de que alguien las rescatara.

Las princesas eran niñas hambrientas y pelonas, enjutas y descarnadas, astutas como perros viejos. Eran niñas pobres que sus padres habían dejado descuidadas. Pequeñas mendigas, de manos negras y rodillas eternamente peladas, que vagaban durante horas, solas en la calle, con sus delantales azules cubiertos de lamparones, pidiendo limosna, robando a los turistas, recibiendo palizas de los vecinos, de los otros ladrones, de la policía... Niñas feas, con las narices llenas de mocos, infestadas de piojos, algunas con sarna, la pequeña cabeza rapada llena de clapas rosadas y brillantes... Y entonces venía la tía Conchita, que era una bruja mala, pero que también era un hada buena y, tras hablar con sus padres y darles unos cuantos billetes, se las llevaba.

—Tú, ahora, te llamas Esmeralda.

—¡Pero si me llamo Pili!

Y Pili acababa por olvidar su nombre, su casa, su familia y, cuando ya lo había olvidado todo, la vestían, la perfumaban y la llevaban a la casita de muñecas, a jugar.

Les ponían largas pelucas rubias, las maquillaban como peponas, con sus pechos infantiles embutidos en brillantes corsés. Con las piernas torcidas, trastabillando con sus zapatos de tacón, tristes, absortas... encantadas.

Aunque la tía Conchita pegaba a las princesas día sí y día no con la hebilla del cinturón, aunque las encerraba en el cuarto y nunca las dejaba salir a la calle, ella no era del todo mala. Los verdaderos malos del cuento, los malos malísimos eran los ogros. Grandes y peludos, los ogros se

llevaban a las niñas buenas, una cada vez, a las habitaciones de la casita. Las levantaban como plumas, ¡estaban tan delgadas, eran tan pequeñas! y desaparecían por el pasillo iluminado. Las niñas reclinaban su cabeza sobre el hombro de los ogros, como si se hubieran dormido de repente, y se dejaban hacer.

A cualquier hora del día o de la noche, en días laborables y festivos, siempre aparecía algún ogro en la casita de muñecas. Entonces la tía Conchita daba dos palmadas y aparecían las niñas, con sus pelucas y sus zapatos y el ogro, peludo y gigantesco, elegía una de ellas, para comérsela, un poquito cada día, hasta acabar con ella por completo.

Pero he aquí un día que apareció Mariona, una niña diferente. Una niña con la misma melena roja y los ojos grises de Isabel. No era una niña pobre. Tenía las mejillas sonrosadas y el cuerpo redondo y suave. Ni estaba tísica ni tenía piojos. ¿De dónde había sacado aquella hermosa princesa la tía Conchita? La había robado, la había robado para el doctor.

El doctor era el ogro más temible de todos los ogros habidos y por haber. El doctor hacía daño a las pequeñas princesas. Las hacía gritar. Les pegaba. Y el doctor quería una niña como su hija, para hacer todas aquellas cosas que no podía hacer con ella. Y la tía Conchita la encontró.

—Eres como mi pequeña Isabel —le dijo cuando la vio—, tan bonita y graciosa como ella.

Y se la llevó al dormitorio rosa, que era el más grande y espacioso, y allí empezó a comérsela, aunque mucho más lentamente que a las otras niñas. Mariona, que a partir de entonces se llamó Isabel, no gritaba como las otras, ni tampoco lloraba cuando el ogro se marchaba y la dejaba allí, en la cama, desnuda y dolorida...

La falsa Isabel, la única princesa que no llevaba peluca ni se maquillaba y que iba vestida como una niña normal, sin corsés ni zapatos de tacón, tenía la dignidad y el orgullo de una reina, y miraba a las demás con altanería. Ella era la favorita del doctor. No se iba con ningún otro ogro que no fuera él, y eso le daba una importancia que las demás no tenían.

El doctor venía varias veces por semana. Pasaba días enteros con ella. Le traía costosos regalos. Había llegado, incluso, a llevársela fuera de la casa. Al Tibidabo, a Las Planas... y la llamaba hija, hija mía. Y la niña, que

ya había olvidado a su familia, creía realmente que el doctor era su padre y que las cosas horrendas que le hacía en el dormitorio rosa eran las cosas que todos los padres hacen con sus hijas, y era feliz. De una manera extraña, pero feliz. Las demás la odiaban porque era la única niña que comía lo que se le antojara y que nunca era castigada. La tía Conchita nunca le levantaba la mano y no por falta de ganas, porque ella también la odiaba. Pero el doctor se lo tenía prohibido.

—Trátala como si fuera mi hija —le decía cada día que venía mientras le dejaba el buen fajo de billetes en la mano—, o te cierro el garito.

Pero la falsa Isabel no era una niña pobre, una niña a quien nadie reclamaba. Era una niña robada y el padre, que trabajaba en una parada del Mercado de la Boquería, denunció su desaparición.

Pero la policía tardó más de un año en descubrir la casa de muñecas y, cuando llegaron, ya era demasiado tarde. Mariona, a pesar de los cuidados del doctor, estaba muy enferma. Había habido una pasa de escarlatina en la casita y muchas de ellas se infectaron. Al poco tiempo de volver a su casa con su familia, la pequeña murió.

Ni el doctor ni ninguno de los otros ogros fueron detenidos. Solo Conchita fue a la cárcel. Las niñas fueron devueltas a sus padres o internadas en el orfanato y nunca se hizo justicia.

Manuel, el padre de Mariona, se obsesionó con el doctor. Lo seguía a todas partes, investigaba sus movimientos, sabía dónde trabajaba, cuáles eran sus hábitos, pero no sabía cómo vengarse. Hasta que conoció a la pequeña Isabel, esa niña tan parecía a su hija muerta, y entonces lo entendió todo. El doctor se había encaprichado de Mariona porque era idéntica a su hija. Aquello había sido su final. Como venganza, Isabel también debía morir, y hacerlo de la manera más horrible. Manuel decidió deformar para siempre su rostro, ese rostro tan hermoso, y convertirla en el ángel más monstruoso del purgatorio. Y así fue, aunque, en el último momento, deslumbrado por la belleza de la pequeña, erró el tiro y, en lugar de deformarle el rostro, le deformó, para siempre, el alma.

OCHO

David tenía un atisbo de animalidad que Isabel conocía muy bien, la animalidad de los hombres que no pueden controlar sus instintos, la misma que tenía su padre y tantos otros que había conocido en su vida, pero que en David adquiriría un matiz diferente, más refinado y sutil.

Nadie habría dicho nunca que el doctor Sanmartín podría ser un hombre brutal, todo lo contrario. No había nada en él que pudiera resultar turbio o depravado. Solo Isabel era capaz de darse cuenta de ello. Estaba siempre atenta a las señales que pudieran delatarlo. Un gesto demasiado brusco a la hora de quitarse los guantes de látex, esa costumbre tan suya de adelantar las duras caderas cuando tenía que hacer prevalecer su opinión ante sus subalternos o, incluso de sus colegas... Había algo en él, estaba segura, un tesoro oculto que tan solo necesitaba ser descubierto.

Isabel había oído decir que los cirujanos no eran más que asesinos que han sublimado sus instintos, vulgares matarifes que, gracias a la medicina, habían podido integrarse en la sociedad sin renunciar a su condición de verdugos. Aquella era una posibilidad que la atraía y repelía al mismo tiempo. Si lograba hacer que aflorase esa perversión, ese instinto salvaje que tanto necesitaba, todo iría tal como Isabel deseaba.

Le gustaba verlo trabajar. Como directora, tenía la potestad de poder presenciar todas las operaciones quirúrgicas que se realizaran en la clínica, por lo que, cuando tenía tiempo libre, no dudaba en presentarse en el quirófano con cualquier excusa. Para ella era un placer verlo con el rostro oculto por la máscara mientras daba órdenes con voz enérgica y manejaba con destreza el instrumental médico. El olor a la sangre siempre le había excitado y allí estaba él, hurgando con sus dedos enguantados las entrañas de mujeres desconocidas, seccionando la carne enferma, extrayendo tumores malignos, fetos malformados, úteros inservibles... Vaciaba y

limpiaba de forma enérgica y después suturaba con mimo, para dejar una cicatriz fina y apenas perceptible. Sus cirugías eran como números de magia. No siempre era posible seguir todos los pasos del proceso, pero el resultado era sorprendente.

Isabel se sentía orgullosa de lo que ya consideraba su posesión. Aunque él todavía no lo sabía, David le pertenecía, le pertenecía totalmente. Lo imaginaba desnudo, blandiendo aquel látigo de cuero que guardaba con tanto celo, un látigo de tiras suaves al tacto pero letales cuando estallaban en sus nalgas. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Podría acostumbrarse?

Quería estar junto a él noche y día. Encerrarse en un castillo y entregársele por completo, ser su esclava, para siempre. Atada al cabecero de su cama, esperaría pacientemente a que él llegara y la azotara hasta cansarse. Se vestiría como una dama, una niña perversa o una vulgar prostituta para presentarse ante él de rodillas, con la mirada baja y la larga melena rojiza cubriendo parcialmente su cuerpo masacrado. Dispuesta a todo.

¿Entendería él su necesidad de conseguirlo?

Él se marcharía, un día o dos, y ella lo esperaría sin salir de su prisión, maltratada por un esbirro grueso y soez que la castigaría en ausencia de su amo. Y después vendría la sirvienta, tanto o más depravada que él, y la torturaría de forma refinada para adornar su cuerpo con las heridas más bellas. Cuando David regresara, se complacería al ver las filigranas hechas con sangre coagulada y los hermosos moretones en sus nalgas. Entonces lamería sus heridas con su lengua ungida de flujos ajenos y, después de cogerla por el cuello, la obligaría a lamerlo a él también, por todo el cuerpo.

La encerraría en una sala vacía totalmente pintada de blanco, ella vestida de rojo sangre, con las manos atadas a la espalda. Después de unos minutos de interminable espera, él llegaría y le rompería el vestido con sus fuertes manos, dejando su cuerpo desnudo y desprotegido ante el frío gélido de aquella habitación, una enorme cámara frigorífica, una aséptica sala de tortura. Él, que iría vestido de negro, llevaría un cinturón en el que llevaría colgando su extraña colección de instrumental quirúrgico antiguo. Ella lo miraría, solo un segundo, para adivinar sus deseos y vería toda la maldad que habría en su interior. Sabría lo que le haría, que la suspendería del

techo, de la misma manera que una pieza de carne, y que la mantendría allí colgada, hasta que se dignase a volver y la castigara una vez más, trazando intrigantes dibujos sobre su cuerpo con sus distintas herramientas.

Sí, así quería que fuera su vida a partir de ahora pero, ¿cómo podía explicárselo? Quería atravesar el espejo, quedarse a vivir al otro lado, para siempre, pero se trataba de un largo viaje, un viaje que debían hacer juntos.

En la clínica, lo miraba de reojo y se ruborizaba. Le bastaba con un pequeño estímulo —el roce de su mano, un ligero olor de sudor...—, para componer mentalmente sus complejas escenas. Cerraba los ojos y empezaba a imaginarlas.

Día tras día, Isabel vivía su cortejo imaginario sin que David fuera consciente de ello. A él solo le llegaban las largas miradas, los gestos coquetos, el contorneo exagerado de las caderas cuando ella atravesaba los interminables pasillos de la clínica, pero nada más. David, Isabel lo sabía muy bien, era ajeno al complejo universo que estaba construyendo para ellos.

Su deseo por David crecía con cada día que pasaba. Se hacía más denso, más tangible. Incluso se reflejaba en su rostro, siempre ruborizado, con los ojos húmedos, al borde del llanto, todos los días. No podía esperar, no podía esperar más. Tenía que organizar un nuevo encuentro, empezar a introducirlo en su mundo. No sería fácil, desde luego, pero había que empezar a hacerlo. Lo deseaba con urgencia. Cada vez más.

La tetería Al Samman estaba cerca de la clínica. Era un local largo y estrecho con cinco pequeñas mesas en el centro rodeadas de mullidos sillones. Sobre todas las mesas había una cachimba, cada una de ellas de un color diferente que, bajo las lámparas también de colores, convertían aquel pequeño espacio en un enorme caleidoscopio de efectos hipnóticos.

David bebía a largos sorbos una caña de cerveza mientras Isabel, absorta como siempre, se demoraba ante una taza de té. Se habían acomodado en dos sillones situados frente a frente. Hacía ya un cuarto de hora que estaban allí y apenas habían cruzado palabra.

—Huele raro —observó él—. Como a humedad.

Isabel levantó los ojos, hasta ahora fijos en la mesa de bronce que había en el centro, y le dirigió una mirada ardiente. Sí, su té olía raro, pero era difícil precisar si aquel desconcertante aroma a tierra mojada provenía de la bebida que humeaba ante ellos o de su propio cuerpo, ungido, como siempre, en aceites preparados por ella.

—No puedo seguir con esto —empezó a decirle David de forma súbita—, tengo familia, lo sabes. No quiero complicarme la vida.

Ella bajó la mirada. No se sorprendió. Sabía que el arrepentimiento, más tarde o más temprano, siempre acababa llegando. Cogió la taza, dio un sorbo y volvió a dejarla en el plato.

—No debes preocuparte —contestó ella—. No quiero pedirte nada. Es tan solo sexo. Nada más. Nadie tiene por qué saberlo.

—Siempre se acaba sabiendo.

—No es la primera vez, ¿no?

David se arrellanó en el sillón y separó ligeramente sus largas piernas. Ella percibió el cambio de postura y lo miró de soslayo. Las aletas de su nariz vibraron ligeramente. Habían detectado su olor corporal.

—No tienes por qué contestarme —le dijo Isabel—. Lo sé.

—Me gusta el sexo. Más de lo habitual. Y eso me ha dado muchos problemas.

—Y has decidido portarte bien a partir de ahora ¿no? No seas iluso. Nadie puede renunciar a su condición y tú eres como yo. Lo sé. Siempre lo he sabido.

Incómodo y confundido, David miró hacia la puerta, como si intentara huir.

—No te enfades, yo... —continuó ella—, yo no quiero que me cuentes nada de tu vida... No te exigiré nada. Solo me gustaría saber si me deseas tanto como yo te deseo a ti. Y si sabrás cómo amarme.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó él.

—Me gusta que me digan lo que debo hacer... Que los hombres sean dominantes conmigo.

—Entiendo —le contestó, visiblemente excitado.

Él la miró nuevamente a los ojos. La intensidad de su mirada la trastornó. Era débil, pensó ella, muy débil. Había caído en su trampa antes de lo previsto y ahora no podía huir. Una oleada de calor le ascendió desde el vientre hasta las raíces del cabello.

Sin contestarle, David se levantó de su sillón y se sentó a su lado.

—Creo que podre satisfacerte —le susurró al oído—. Me gustaría mucho hacerlo... de esa manera.

El olor de David era cada vez más intenso. Dulzón y, al mismo tiempo, profundamente masculino, era todavía más fuerte que el aroma a té rancio y a shisha que inundaba el ambiente. Aprisionada por el tenso cuerpo de su amante, Isabel estaba tan conmovida que apenas podía respirar. Se sentía dominada por él, por su fuerza física, por su calor...

—Nadie lo sabrá... —volvió a decirle—. Lo juro.

Sin contestarle, él le pasó el brazo por encima de los hombros, la sujetó de la barbilla y la besó abriendo mucho la boca, como si quisiera comerla. Con la otra mano, le acarició con fuerza los senos, por primera vez desde que se conocían, unos senos accesibles pero ocultos bajo la fina tela de su blusa de seda negra.

—Lo haremos una vez —le dijo él—. Solo una vez ¿de acuerdo?

Isabel se deshacía entre los brazos de su amante, sintiéndose como hacía mucho tiempo que no se sentía, entregada, rendida, feliz... Él la sujetó fuertemente de la cintura, la atrajo hacia sí, hacia su fuerte pecho, hacia su entrepierna caliente... Ahora estaban frente a frente, cuerpo a cuerpo, como si estuvieran a punto de hacer el amor. Era un contacto tan excitante, tan brutal, que Isabel sintió como si perdiera su propio cuerpo en el interior del cuerpo de él.

Estaba a punto de desfallecer, cuando una estridente música árabe, a un volumen intolerablemente alto, interrumpió el abrazo.

Se giraron al unísono. Desde la barra, el camarero los miraba fijamente. Isabel se sintió avergonzada, pero David no perdió la compostura. Se levantó con calma, ayudó a Isabel a ponerse el abrigo y se dirigió hacia la salida con lentitud, desafiando al camarero con la mirada. Cuando pasó por delante, extrajo un billete de 50 euros de su cartera y lo arrojó sobre la barra, sin pararse siquiera.

—¡El cambio, amigo! —le gritó el camarero, pero él pasó de largo sin mirar atrás.

Envuelta en su elegante abrigo negro de astracán, Isabel le dedicó una mirada pícara. Ya había dejado de sentir vergüenza, de sentirse incómoda por la situación. El arrojo de David había logrado que se hiciera el milagro. Lo deseaba más que nunca.

La pareja salió de la tetería para encontrarse con la noche cerrada de Barcelona. Ella aspiró el aire fresco de la calle y se sintió renacer.

—¿Dónde vamos? —le preguntó—. ¿Tienes que volver a casa?

—Una llamada y lo arreglo —contestó él.

Ella sonrió divertida, mientras David se alejaba con el móvil pegado a la oreja, buscando un poco de intimidad. Nunca había presenciado una escena tan típica, tan cotidiana. Un hombre que miente a su mujer para pasar la noche con su amante. ¿Qué excusa le presentaría? ¿Una operación urgente? ¿Un compañero enfermo que debe sustituir?

Cuando por fin estuvo de vuelta, empezó a sentirse inquieta. Aquella noche podía ser memorable o un completo fracaso. De repente, se sintió como una niña indefensa, una niña que todavía no sabe nada sobre sexo.

Ante el desconcierto de Isabel, David tomó las riendas de la situación. Con ademán decidido, paró un taxi que, al ver la señal, frenó bruscamente en la esquina.

—Al Hotel Palace —le dijo al conductor nada más entrar.

Y empezó la carrera.

Isabel estaba inundada por el fuerte olor a sudor del taxista, un gallego enjuto que le recordaba a Clint Eastwood, y el aroma a carnicero refinado de su amante. Él intentó besarla, pero ella no se lo permitió. Confuso, David parecía estar atento a cada uno de sus movimientos, como si tratara de entender las reglas de un juego que desconocía.

Nada más llegar al lujoso hotel, un botones salió a su encuentro. Cuando vio que no llevaban maletas, sonrió maliciosamente.

—En recepción les atenderán —les dijo con voz suave, agitando en el aire sus manos enguantadas.

David avanzó altivo por el impresionante hall, una simétrica composición arquitectónica dominada por cuatro grandes columnas de

mármol negro y una enorme lámpara de cristal que recordaba un gran seno de mujer rematado por un pezón de oro.

—Espera aquí —le pidió a Isabel—. Yo me ocupo de todo.

Con la actitud desenvuelta de un cliente habitual, David hizo la reserva rápidamente mientras, Isabel, desconcertada por la extravagante y desproporcionada elección de su amante, se extasiaba con la suntuosa decoración del hotel. David estaba intentando halagarla, pensó, demostrarle que podía ser el hombre que ella estaba buscando, pero ignoraba que ese no era el tipo de virilidad que ella deseaba.

—En serio, David, no es necesario —protestó ella en cuanto volvió—. La habitación te habrá costado una fortuna, podríamos haber ido a cualquier otro hotel...

—Cállate —le interrumpió él con tono enérgico.

Un segundo botones se ofreció a acompañarlos. En el ascensor, el adolescente uniformado no podía evitar echar rápidas miradas a Isabel. Cuando el botones abrió la puerta, David no le permitió entrar en la habitación. Le dio una sustanciosa propina y lo despidió sin demasiados miramientos.

La suite parecía una extensión del complejo mundo estético de Isabel: recargada y lujosa pero también clásica y extremadamente sensual. Habían entrado en un coqueto salón presidido por una majestuosa chimenea y dos sofás de capitoné azul, colocados uno frente al otro. Entre ellos, había una mesa de mármol negro sobre la que descansaban una botella de champán y dos copas.

David se sentó en uno de los sofás y cruzó las piernas.

—Siéntate —le ordenó, mientras señalaba el sofá que había delante del suyo.

Isabel lo miró agradablemente sorprendida. Acababa de recibir una orden, una orden concreta pronunciada con un tono firme y enérgico. No había duda de que David había comprendido perfectamente qué era lo que ella esperaba de él, y todo ello sin necesidad de darle demasiadas explicaciones. Se excitó.

Isabel bajó la mirada e hizo ademán de quitarse el abrigo, pero él no se lo permitió.

—He dicho que te sientes —insistió él—. Nada más.

Isabel hizo lo que le había ordenado.

Pasaron los minutos. David se mantenía en silencio. Tan solo la miraba y sonreía, consciente de la turbación de Isabel. Ella seguía con el abrigo puesto, derritiéndose en el ambiente cálido de aquella habitación. Se pasó la lengua por los labios. Tenía sed.

—¿Quieres un poco de champán? —le dijo él, como si hubiera adivinado sus deseos.

Sin esperar respuesta, David se levantó y abrió sin dificultad la botella que había sobre la mesa. El sonido del tapón recordó a Isabel las cenas informales que su padre organizaba cuando ella era niña, esas fiestas a la que tenía prohibido asistir. Encerrada en su habitación, tan solo le llegaba el sonido de los continuos descorchos y el olor a puro de su padre y de sus amigos.

David le acercó una copa y volvió a sentarse en el sofá contrario, sin dejar de mirarla a los ojos.

Isabel bebió el champán con avidez, pero todavía estaba sedienta. David, por el contrario, tan solo tomó un par de pequeños sorbos.

—Puedes quitarte el abrigo —le dijo.

Ella dejó la copa en la mesa y se levantó. Desabotonó su abrigo de astracán y descubrió su elegante conjunto de blusa negra y falda magenta.

David la observaba, complacido. Parecía estudiar, minuto a minuto, sus reacciones.

—Muy bien —le dijo—. Ahora quítate la falda.

Sorprendida, Isabel no tardó en cumplir la orden. Bajó la cremallera lateral y se desprendió rápidamente de la prenda, para mostrar su culotte de encaje negro y el portaligas que sujetaba sus medias de color humo.

—Ahora la parte de arriba —volvió a ordenarle.

Había llegado el momento.

Isabel desabotonó el frontal de la blusa y, muy poco a poco, empezó a descubrir el cuerpo masacrado que se escondía bajo ella. Para la ocasión había elegido un sujetador antiguo, un modelo de raso negro cosido a mano por el que había pagado una fortuna.

Con la mirada baja, esperó unos segundos para comprobar la reacción de su amante, pero cuando por fin se decidió a levantar los ojos, no observó ningún cambio en su expresión.

—Muy bien —volvió a decir, en un tono todavía más profundo—. Ahora el sujetador.

Desconcertada, se llevó las manos a la espalda para iniciar la laboriosa tarea de desabrochar los innumerables corchetes de aquella pieza de museo. Estaba tardando más de lo habitual, pero David no mostraba impaciencia, todo lo contrario. Bebía lentamente su champán mientras parecía recrearse en aquella hermosa visión, la desnudez de la mujer más desconcertante que había conocido nunca.

Cuando por fin pudo quitarse la prenda y mostrar la completa belleza de sus senos, David se levantó y se acercó hacia ella.

—Sabía que guardabas un secreto —le dijo—, pero no me imaginaba que fuera tan hermoso.

Se sentó en el sofá e hizo que Isabel se acomodara en su regazo. Desnuda sobre sus largos muslos, se sentía tan vulnerable como una niña víctima de un juego malévolo.

Con una mano, David la sujetó de la cintura y, con la otra, empezó a estudiar el complejo relieve de aquellos senos. Las yemas de sus dedos se detenían en cada curva, en cada prominencia, con una lentitud exasperante para la cada vez más creciente excitación de Isabel. David acariciaba y besaba aquella rara obra de arte, con la devoción que exigía el momento, sin importarle la respiración entrecortada de su amante, su temblor irreprimible, su impaciencia...

La estaba matando, la estaba matando de placer, pero no parecía importarle. Con las manos inermes, como atadas con una cuerda imaginaria, Isabel ofrecía sus senos calientes, sus pezones doloridos por la excitación, y él tocaba, besaba y lamía de forma cada vez más intensa, más apasionada, mordiéndola incluso, hasta que ella, incapaz de aguardar más, rompió sus inexistentes ligaduras y lo atrajo hacia sí, en un intento por abrazarlo. Pero, una vez más, él no se lo permitió. La sujetó de las muñecas y la arrojó sin demasiados miramientos sobre el sofá mientras se levantaba y volvía a sentarse en el suyo.

Había sido castigada.

Entonces él se desnudó. Lo hizo sin demasiadas contemplaciones. Se quitó la corbata, la camisa y la camiseta de la misma manera que haría tras un duro día de trabajo, con prisa, con enfado incluso, de forma descuidada y viril. Isabel observó complacida el fuerte pecho de su amante, ni depilado ni excesivamente musculoso, un pecho clásico, de simetría perfecta, el cuerpo de un héroe, pensó.

Cuando empezó a desabrocharse el cinturón, David notó en Isabel un reflejo especial en la mirada. Se detuvo y la miró él también, entendiendo su lenguaje secreto. En lugar de dejarlo puesto en el pantalón, lo extrajo totalmente de las trabillas y lo dejó a un lado del sofá, esperando.

Con ademanes rápidos y enérgicos, David se quitó los pantalones y el slip. Su sexo, erguido y carnoso, contrastaba con la aparente frialdad de su rostro.

—Acércate —le pidió él mientras volvía a sentarse.

Ella se levantó, bordeó la mesa, y se situó delante de él, incitadora.

—Quítatelo todo.

Sin esperar ni un segundo, Isabel se desabrochó el ligero y se bajó las medias de seda, enrollándolas con mimo hasta quitárselas por completo. Sus movimientos eran fluidos y seductores. No había en ella ninguna intención explícita de resultar sexy e incitante pero, a pesar de ello, cuando, finalmente, se quitó el culotte, David se estremeció. Había sido un movimiento rápido, sublime, encantador... Allí estaba ella, completamente desnuda, blanca y suave como una virgen, dispuesta a todo, feliz...

—Ven —le ordenó.

Isabel se sentó a horcajadas sobre David y tanteó con su vulva abierta el sexo caliente de él, pero David volvió a resistirse.

—Todavía no —le susurró con la voz todavía más grave, casi ronca.

Acto seguido, cogió el cinturón que había reservado y rodeó con él la fina cintura de Isabel, apretándolo más de lo debido, como si quisiera seccionar su cuerpo en dos. Ella se estremeció ante aquella inesperada maniobra. El contacto con el cuero y el dolor que le producía le hizo doblarse de placer. La excitación cubrió de pequeñas manchas púrpuras el escote, confirmando a su ya extraña piel un aspecto todavía más complicado.

David la sujetó de la cintura y se levantó. Tirando del extremo del cinturón, la llevó hacia el dormitorio. Desnuda y sin sus altos zapatos de tacón, Isabel se sentía como aquella niña que bailaba delante del espejo ante la mirada rendida de su padre. Estaba a punto de recuperar a aquel hombre que le arrebataron al entrar en la pubertad. El círculo estaba a punto de cerrarse.

La habitación de la suite era todavía más majestuosa que el salón. Estaba presidida por una enorme cama cubierta por un dosel muy parecida a la que había heredado de sus padres. Las mesillas de noche y la cómoda eran también de estilo clásico y el complicado cortinaje, compuesto por varias capas de visillos de color fuego, daban a aquella suntuosa habitación un aire teatral.

La llevó hacia la cama y la tendió sobre ella. Después de observarla durante unos segundos, se arrodilló delante de su cuerpo, abrió sus piernas rendidas y la penetró. Lo hizo de forma inesperada, tanto que Isabel apenas pudo reaccionar.

Y entonces, él empezó a abrirse camino con acometidas duras, sin mimos, sin palabras cariñosas, sin dulzura..., tan solo sudor, jadeos entrecortados y brusquedad. Resoplaba y gruñía como un animal mientras horadaba con su sexo, cada vez más endurecido, aquella vagina tierna y tortuosa que parecía resistirse a su paso.

Isabel cerró los ojos. Algo extraño ocurría en su cuerpo. Era como si ese himen imaginario, aquel que su padre dejó intacto, se hubiera materializado por fin y estuviera presentando resistencia. El dolor era intenso. Sus piernas temblaban y sus entrañas, cada vez más enardecidas por el roce de aquella barra de hierro candente, le ardían de forma insoportable.

Llegó un momento en el que David pareció penetrar más adentro. Algo se rompió en ella y él lo notó. La presión aumentaba cada vez más y David, aliviado por fin después de haber franqueado aquella barrera, pudo moverse con más libertad. Lo hizo mientras le apretaba los glúteos y entraba todavía con más fuerza. Las acometidas se hicieron más intensas, más duras, hasta que, finalmente y mucho antes de lo esperado, se derramó dentro de ella. Poco a poco, el fuego se apagó. David suspiró profundamente y se detuvo por fin, extenuado.

La miró a los ojos, pero Isabel seguía estando ausente, muy lejos de allí, junto a un hombre que era David y no lo era, un hombre irreal que había cobrado forma en el cuerpo que ahora abrazaba.

—¿Qué te pasa? —le preguntó él, con la voz todavía entrecortada.

Pero ella no le contestó. Parecía estar en trance.

Cuando se retiró, Isabel estaba sangrando. Unas gotas de color rojo encendido mancharon las blancas sábanas de algodón.

Se vistieron con rapidez y salieron de la habitación sin mirar atrás. David pagó en recepción y abandonaron el hotel casi de forma furtiva.

Ninguno de los dos sabía cómo reaccionar. Había sido una experiencia desconcertante, diferente a lo que habían imaginado. Prefirieron guardar silencio antes de recurrir a palabras vacías o a promesas que nunca cumplirían.

El Paseo de Gracia, con todas sus luces encendidas, se desplegaba ante ellos como una alfombra mágica preparada para trasladarlos a otro mundo. Pero Isabel y David parecían inmunes a su influjo. Eran incapaces de reparar en la belleza de los escaparates y de las fachadas modernistas.

—Esas cicatrices —dijo él, finalmente—. Esas marcas en el pecho...

—No me gusta hablar de ello —lo interrumpió.

David la miró, desconcertado.

Empezó a fantasear con lo que David podría estar pensando. ¿El ataque de un perverso? ¿Una terrible enfermedad? Cuando era niña también lo hacía. Aunque estaba obligada a explicar la versión oficial, en ocasiones le gustaba inventarse historias. Explicaba, por ejemplo, que había sido la única superviviente de un incendio en el que había perecido toda su familia o que había sufrido un terrible accidente de avión. Cuando era una adolescente, contaba a sus novios ocasionales que un amante despechado le había arrojado ácido o que había sido secuestrada por un sádico que la había violado y torturado durante semanas. Hasta que llegó un momento en el que se dio cuenta de que sus cuentos inventados cada vez se acercaban más a la

verdad, a esa verdad que debía permanecer oculta, y decidió dejar de fabular.

—Lo siento —le dijo él avergonzado—. Tan solo era curiosidad.

Ella hizo un gesto con la mano, poniendo fin a la conversación.

Llevaban unos minutos paseando en silencio cuando un grupo de chicas rusas, probablemente prostitutas de alto standing, pasaron por su lado. Una de ellas, una belleza rubia con un ajustado vestido negro, miró a David con lujuria. Al mismo tiempo que lo repasaba con la mirada, sus labios, húmedos y carnosos, se fruncieron de forma coqueta para enviarle un furtivo beso.

David le devolvió la mirada y le sonrió. La nuez de su cuello se movió ligeramente.

—¿Te gusta esa chica? —le preguntó Isabel.

—Sí, claro —le contestó—. ¿A quién no?

Isabel volvió a notar el aguijón del deseo en su vientre. Durante tan solo unos segundos había imaginado a la chica tendida en una camilla, con sus senos siliconados sobresaliendo de forma antinatural, las piernas abiertas sobre los estribos, la vulva húmeda, esperando...

—¿Alguna vez te has acostado con una paciente? —preguntó Isabel, casi a bocajarro—. Quiero decir, ¿en la misma consulta?

Él carraspeó ligeramente, para sonreír después, algo azorado. Ella pudo percibir, incluso, un leve sonrojo en sus mejillas.

Las luces de las farolas empezaron a titilar como estrellas. El semáforo cambió en el preciso momento en el que iban a cruzar y se vieron obligados a esperar a que volviera a ponerse verde. David no sabía dónde mirar.

—Vaya, no te andas por las ramas —dijo nervioso.

Isabel lo miró directamente a los ojos. Ella no sonreía, estaba hablando muy en serio.

—¿Lo has hecho o no? —insistió.

Recuperado de la sorpresa, David volvió a adoptar su actitud profesional.

—¿Por qué quieres saberlo? —le contestó.

—Es importante —se limitó a decir.

David había dejado de sonreír. Miraba nuevamente al frente, pensativo, como si recordara un hecho del pasado. Isabel lo observaba, respetando su silencio, consciente de que había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

—Por esa razón me despidieron de la Clínica March — contestó él finalmente—. ¿Te lo han dicho ellos? Me dijeron que guardarían silencio, ese fue el pacto.

—No me lo ha dicho nadie. Me lo imaginaba. No serías el primero, ni el último.

Visiblemente incómodo, se desajustó el nudo de la corbata y volvió a carraspear.

—¿Y no te importa? —le preguntó.

—Mi padre también lo hacía —contestó ella—. Él también se acostaba con sus pacientes. Con prostitutas jóvenes, muy jóvenes.

—¿Tu padre? ¿Y cómo lo sabes?

Isabel pensó una vez más en lo que ocurría cuando ella era una niña de ocho años y esperaba, aburrida, a que su padre terminara de trabajar, en los extraños ruidos, los olores tan intensos y el aspecto de las chicas que salían y entraban de la consulta. Eran todas iguales, con los zapatos repintados con betún blanco y los vestidos con el dobladillo mal cosido. Niñas disfrazadas de mujeres de la calle, menores de edad la mayoría de ellas, que después supo que acudían a la consulta como moneda de cambio de alguna madame. Así se cobraba su padre muchos de sus servicios cuando trabajaba en la clínica del barrio chino, hasta que ella sufrió la agresión y todo cambió.

—Son cosas que se acaban sabiendo —le contestó.

—No quiero que pienses que soy un depravado —le dijo David—. Solo fue una vez. Era una mujer muy hermosa y me lo propuso. No pude ni quise negarme. Me pareció una experiencia más, pero alguien se enteró y casi me cuesta la carrera.

Cada vez transitaba menos gente por la calle y el frío, limpio y agradable hasta entonces, se volvió helado y punzante. Tan solo se cruzaban con grupos de trasnochadores ya en declive enfrascados en sus propios pensamientos.

Era la hora de separarse, pero se resistían a hacerlo. Cogidos de la mano, seguían andando sin rumbo por el enrejado sin fin del barrio del Ensanche, un laberinto de calles idénticas que nunca se acababan, como espejos puestos unos delante de otros, devolviéndose la misma imagen multiplicada cientos de veces. Estaban en una jaula y ellos no lo sabían, engañados por una idea de falsa libertad, cuando, sin darse cuenta, la jaula se abrió. Habían llegado a plaza Catalunya.

—Vamos al barrio chino —dijo ella.

Bajaron por las Ramblas hasta llegar al Raval. Todavía quedaban algunos traficantes y unas cuantas prostitutas acechando desde los portales oscuros. Era desconcertante ver a aquella pareja, él con su traje de corte impecable y ella con su abrigo de piel, paseando a aquellas horas por aquel lugar.

—¿Queréis un poco de marcha, chicos? —les preguntó una joven mulata, trastabillando desde lo alto de sus zapatos salpicados de purpurina dorada.

David sonrió y la saludó con cortesía.

—Otro día, guapa.

Un coche de la policía circulaba lentamente por la calle. Parecía que iba a pararse, pero finalmente pasó de largo. Un grupo de adolescentes alemanes salieron en tromba de un bar que cerró la persiana tras ellos y empezaron a cantar lo que parecía una canción tirolesa. Desde una ventana, una anciana desdentada empezó a gritarles, pero los chicos no la oyeron. Las calles olían a orines y a humedad.

—¿Dónde me llevas? —preguntó David algo inquieto.

Ella le sonrió, pero no quiso decirle nada.

Aunque no había estado desde hacía años, Isabel conocía muy bien aquel barrio, aquella ciudad oculta. No conocía el nombre de las calles, pero conservaba un recuerdo muy vívido de cada uno de sus rincones. Había cambiado mucho, la mayoría de establecimientos que recordaba habían desaparecido, pero todavía conservaba aquella atmósfera prohibida, ese olor a barrio portuario que tanto le atraía.

Justo antes de llegar a la rambla del Raval, giraron hacia la derecha y se adentraron en la oscura calle de San Ramón. No tardaron mucho en

detenerse.

—Aquí es —dijo Isabel.

Estaban delante de un edificio abandonado. Las ventanas habían sido tapiadas y la puerta sellada con varios tablones clavados a través. En la parte superior, cubierto por una capa de polvo grasiento, colgaba un cartel en el que se leía, no sin dificultad, el nombre del establecimiento: «Gomas y Lavajes Ibernón» y, más abajo, en letras más pequeñas, «Curas preventivas, enfermedades genitourinarias y debilidad sexual».

—Vaya, vaya, así que este era el castillo del doctor Ibernón —dijo David.

Isabel lo cogió de la mano y lo llevó a una calle lateral, todavía más húmeda y maloliente que la anterior, y se detuvo delante de una portezuela carcomida.

—No me digas que quieres entrar —le preguntó.

—Ábrela —le pidió, mientras le entregaba una gran llave oxidada.

David encajó la llave en la cerradura, pero la puerta seguía trancada. Tras darle un empujón con su fuerte hombro la puerta se abrió.

Isabel franqueó la entrada y le pidió, con un gesto, que la siguiera. Utilizaron los móviles para iluminarse y se adentraron en lo que había sido la entrada de servicio de la clínica.

Era un lugar fantasmagórico. Aunque cubierto de polvo, el mobiliario se conservaba prácticamente intacto: las vitrinas vacías, las estanterías en las que todavía dormitaba algún antiguo ejemplar, las camillas oxidadas... Las luces de la calle se colaban por los ventanucos que no habían sido tapiados y se proyectaban sobre las paredes verdosas por la humedad, como en un teatro de sombras.

Cuando llegaron a lo que parecía el quirófano principal de la clínica, Isabel dejó su bolso y se quitó el abrigo. Sin dejar el móvil, se acercó a la camilla ginecológica y examinó su firmeza. Parecía estar en buen estado. Una vez hizo las comprobaciones, miró directamente a David con una expresión inquietante. Tenía los ojos brillantes, con las pupilas dilatadas y los labios entreabiertos, como si estuviera bajo el influjo de alguna droga.

—Ya estoy lista, doctor —le dijo.

David se acercó lentamente, sin dejar de iluminarla, fascinado por la súbita belleza que emanaba de su perfecto rostro, por su expresión de deseo.

—¿Lista para qué? —le preguntó.

—Lista para el reconocimiento.

Entonces, Isabel se desnudó, todavía más rápido de lo que hacía habitualmente. Las prendas de ropa cayeron una a una sobre el suelo sucio, como pétalos en el barro.

Cuando acabó, se acostó sobre la camilla y encajó las piernas en los estribos. David iluminó su sexo abierto, rosado y brillante.

—Cuando quiera, doctor —le pidió.

David se quitó la americana y se acercó a ella. Isabel suspiró. Aunque no podía ver su rostro, David pudo percibir su deseo, mucho más intenso que en cualquiera de las otras dos ocasiones en las que habían estado juntos. Ya no estaba ausente, ni perdida en otro mundo, estaba allí y ahora, estremeciéndose de placer mientras él hurgaba en su interior y llevaba a cabo todos los pasos del tacto vaginal. Con dedos ágiles y expertos, David calculó el tamaño de su útero, exploró el estado de los órganos pélvicos y descartó la presencia de quistes... No era una caricia, no era una masturbación, era únicamente un reconocimiento médico, lo que ella necesitaba.

—¿Todo en orden, doctor? —le preguntó ella con voz temblorosa.

—Sí, todo en orden —le contestó David,

—Dame el bolso —le pidió.

Aturdido, David cogió su móvil y buscó por toda la sala el bolso de Isabel, localizándolo sobre una mesa metálica. Lo cogió y se lo entregó.

Entonces ella extrajo una caja y la abrió con cuidado. En su interior había un pequeño bisturí.

—Cógelo —le dijo, mientras le tendía el instrumento y volvía a acostarse en la camilla.

—¿Qué demonios...? —empezó a decir él.

—Quiero que me hagas un corte aquí —lo interrumpió, mientras señalaba su vagina—. Un corte pequeño, tan solo para sentir el dolor, una episiotomía sencilla. Por favor, doctor, proceda.

—Estás loca —le dijo él—, completamente loca. Esto es llegar demasiado lejos.

—Doctor, por favor, proceda —repitió ella, llorosa, con el tono de una niña que sabe que nunca conseguirá lo que desea—. Después podrás suturarme, tengo todo lo necesario, está en mi bolso, puedes comprobarlo.

—No pienso cometer esa locura.

—Te lo ruego, David, eres el único que puede hacerlo. Lo deseo, lo deseo tanto. Necesito ver la sangre, sentir el dolor... Si supieras, si pudieras saber lo que siento... Para ti no es nada, un simple corte, pero para mí... Después lo coses, yo misma me haré las curas, no debes preocuparte, te lo prometo...

Pero David ya no la escuchaba. Había empezado a vestirse. En cuestión de segundos, se había abrochado los pantalones y se había puesto la americana.

—Vístete, por favor —le pidió—. Te llevaré a casa.

Isabel comprendió que David no iba a hacer lo que le pedía. Ni entonces ni nunca.

De repente, sintió un gran cansancio. La excitación había dejado paso al abatimiento. Estaba tan agotada que David tuvo que ayudarla a vestirse. Lo hizo como haría con una niña pequeña, con dulzura, consciente de que trataba con una mujer trastornada, con una enferma.

Salieron de aquel edificio como los supervivientes de un ejército derrotado. David pidió un taxi por teléfono que no tardó en llegar.

—El lunes hablamos —le dijo cuando la despidió en el portal de su casa.

—¿Todo sigue igual? —preguntó Isabel.

—Ya hablaremos —insistió él.

Cuando David volvió al taxi, Isabel esperó unos segundos en la entrada.

«Sí, ya hablaremos», repitió ella, mientras marcaba el teléfono de Dominó.

NUEVE

Ramón había llegado de Ámsterdam cargado de regalos. Isabel no sabía qué hacer con la cantidad de quesos, galletas, botellas de licor y objetos de cerámica que le había traído y que ocupaban la práctica totalidad de la mesa del salón.

—Haces lo mismo que papá —le reprendió, risueña, mientras abría una botella de licor de huevo—. Siempre traía una maleta llena de regalos, ¿te acuerdas?

—¡Teníamos recuerdos de todo el mundo! —exclamó Ramón.

Tan solo hacía dos semanas que no se veían, pero les había parecido una eternidad. Acostumbrados a verse a diario, aquellas breves separaciones les resultaban penosas. Eran dos solitarios, siempre lo habían sido, pero el vínculo que los unía, mucho más profundo que el meramente familiar, los hacía inseparables, como dos hermanos siameses.

Isabel sirvió el licor en dos pequeñas copas de cristal de Bohemia y le tendió una a su hermano.

—¡Por el amor! —brindó Ramón.

—¿Amor? —le contestó su hermana antes de llevarse la copa a los labios—. ¡No me digas que te has enamorado en Ámsterdam!

Aunque nunca hablaban de ello, Isabel sabía muy bien que las únicas mujeres que frecuentaba su hermano eran prostitutas. Siempre había sido así. La posibilidad de que se hubiera enamorado era muy remota, prácticamente imposible, pero le divertía azuzarlo continuamente con ello, como parte de un juego secreto que se remontaba a la época en la que ambos eran adolescentes.

—Yo no —contestó él, con una media sonrisa en los labios—, pero creo que tú sí.

Isabel se puso nerviosa. La conversación había dado un giro inesperado. Tosió aparatosamente y derramó algunas gotas de licor de huevo en su vestido.

—Disculpa —le dijo mientras se levantaba—. Voy a limpiarme.

—No es necesario —le contestó su hermano, sujetándola de la muñeca para impedir que se marchara.

Isabel lo miró a los ojos. No hacía falta que le dijera nada. Sabía lo de David, estaba segura. Y venía a pedir cuentas. A su hermano no le gustaba que fuera con hombres. Hubiera deseado que siguiera tan unida a él como cuando eran dos niños y se defendían mutuamente de su padre, de sus otros hermanos, de los compañeros de clase. Pero Isabel, desde muy joven, siempre había encadenado una relación con otra, algo que Ramón siempre había considerado una traición.

—¿Qué sabes? —le preguntó ella dejándose caer nuevamente en el sillón.

—Es muy guapo, ese doctor Sanmartín, pero está casado ¿me equivoco?

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Qué importa eso? —contestó mientras abría una bolsa de *stroopswafels*—. ¿Quieres una?

—No, gracias —dijo ella.

Ramón empezó a mordisquear la galleta de la misma manera que haría un niño maleducado, haciendo un ruido desagradable y dejando caer abundantes migas sobre el sofá. Isabel dejó el licor para servirse una copa de vino.

—Lo que haga con mi vida no te importa nada. Lo sabes —dijo ella finalmente.

—Lo sé, siempre lo he sabido, pero no está papá y debo velar por ti.

—Papá era demasiado posesivo.

Ramón se arrellanó un poco más en el sofá donde estaba sentado, pero no estaba en absoluto relajado. Sus brazos y sus piernas, extremadamente largos y delgados, estaban en tensión, como un saltamontes a punto de dar un gran salto. Isabel, desde su sillón lo observaba con cautela. Su hermano la quería profundamente, pero su amor sobrepasaba los límites fraternales. Era un hombre obsesivo en todos los aspectos y no podía soportar que la

vida no transcurriera exactamente por donde él quería que lo hiciera. Isabel era, por supuesto, la pieza que siempre se le escapaba. Aunque ella nunca le había dado detalles de su vida privada, él siempre había intuido que guardaba algún secreto, un secreto terrible sobre el que nunca se había atrevido a preguntarle.

—Te vieron, en la tetería —dijo él finalmente mientras se chupaba los dedos cubiertos de caramelo.

Isabel terminó su copa de vino y se sirvió otra. Miró fijamente a su hermano, pero él desvió la mirada. Siempre había sido un cobarde, pensó.

—Por suerte, el rumor no se ha extendido —continuó Ramón—. No quiero imaginarme qué hubiera dicho papá.

—¡Deja a papá en paz! —gritó Isabel, alterada por primera vez en la conversación—. ¡Nunca lo quisiste y, ahora, no haces más que llenarte la boca con su nombre! ¡Tú no eres él, ni nunca lo serás, así que cállate!

—No estoy a su altura ¿no? —contraatacó él—. Ni de él ni de ninguno de esos hombres que te rondan... Ese es el problema.

—El problema es que eres mi hermano, nada más —sentenció ella—. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Ramón se encogió sobre sí mismo como un gusano amenazado. Estaba haciendo un esfuerzo titánico por no llorar, para no mostrar ninguna señal de debilidad ante su hermana, pero le resultaba imposible. Isabel se arrepintió al momento de sus palabras. Ella era la única persona a la que amaba en el mundo. Sin ella, estaría perdido.

Se sentó junto a él y le pasó el brazo sobre los hombros.

—Deberías salir de tu cascarón —dijo ella conciliadora—. Con tu prestigio, encontrarías trabajo fácilmente en cualquier hospital, iniciar una nueva vida, enamorarte de una mujer...

—¿Quieres que me vaya? —exclamó él—. ¿Quieres que te deje tranquila? ¿Eso es lo que quieres?

—Ramón, por favor, yo...

—Ya te has librado de Javi —continuó—, ahora quieres hacer lo mismo conmigo, ¿quieres inhabilitarme a mí también? Inhabilitarme por ser un... inadaptado. Esa es la palabra que utilizaba papá, un inadaptado, como si los demás fuerais perfectos. Javier es un psicópata, Laura una histérica y tú...

—¿Qué tienes que decir de mí? —gritó Isabel—. Era yo quien te defendía siempre. Si no hubiera sido por mí...

Ramón seguía llorando sin atreverse a mirarla a los ojos. La entristeció comprobar que su hermano, el más sensato de los cuatro, pensara igual que los otros. Él también le estaba echando la culpa de la desgracia familiar.

—Lo siento Isabel —se disculpó—. No estoy pasando por un buen momento precisamente. Creo que es mejor que me marche.

Isabel volvió a abrazarlo, lo besó en la mejilla y lo acompañó hacia la puerta. Cuando se quedó sola, empezó a llorar.

Había querido tanto a su hermano. Gran parte de su adolescencia la pasó en su habitación, aquella estancia pequeña y oscura que siempre olía a los productos químicos que utilizaba para disecar sus mariposas. Ramón pasaba allí la mayor parte del día, repasando una y otra vez sus tabloncillos llenos de insectos, pronunciando en voz baja sus nombres científicos y escribiendo largas cartas a sus amigos, coleccionistas como él, en las que detallaba sus hallazgos.

Isabel era la única que podía entrar en ese cuarto. Ni siquiera el servicio podía hacerlo. Pasaba tardes enteras en él, escuchando pacientemente sus largas disertaciones sobre entomología mientras fumaban hierba y escuchaban música clásica.

Eran momentos mágicos para los dos. El olor a marihuana y alcanfor, junto a los acordes repetitivos y atonales de Henryk Górecki, los sumergía en un estado hipnótico, propicio para las confidencias.

—Papá quiere que estudies biología —le dijo Isabel una tarde.

—Nunca haré nada de lo que diga ese monstruo —le contestó su hermano.

Isabel gruñó ligeramente y se tendió boca arriba sobre la cama en la que estaban sentados.

—¡Qué vamos a hacer contigo! —le contestó.

Ramón se acostó junto a ella y la miró con ojos brillantes.

—Yo te sacaré de aquí, Isabel, nos iremos a Alemania, trabajaremos juntos y ganaremos un premio Nobel.

—¿No me digas? —le preguntó ella, divertida—. ¿Cuál de ellos?

—No lo sé, pero seremos ricos y famosos, como los Curie.

Se colocaron los dos en la misma posición, encajados el uno al lado del otro, como dos hermanos gemelos en el útero de su madre. El cuerpo de Ramón, que ya había llegado al punto máximo de su desarrollo, era largo y extremadamente flexible, como el de un reptil.

—Si estudias biología —insistió ella con voz queda—, podrías dedicarte a tus mariposas noche y día.

—No quiero estudiar —respondió él—. Ya sé todo lo que tengo que saber. Me enrolaré en un barco mercante y me haré rico. Volveré a buscarte. Nos compraremos una casa en el campo y cuidaré de ti.

Isabel observaba atentamente uno de los tablones que colgaban de la pared y se fijó en un hermoso ejemplar de *Polyommatus Icarus*, las mariposas preferidas de su hermano, pequeñas y azules, como flores silvestres.

—¿Cuándo me llevarás a cazar? —le preguntó.

—No me gusta ir acompañado, no es agradable.

Isabel sabía perfectamente cómo eran las cacerías. Su hermano se lo había explicado varias veces. Cuando se atrapaba a una mariposa, había que presionarle el tórax para desarticularle las alas y evitar así que, en su afán por escapar, las destrozara. Después, se introducía en un recipiente con éter. El insecto moría lentamente en una agonía dulce, sin espasmos ni violencia. Era la única manera de acabar con su vida sin sacrificar su belleza.

Pero no era la cacería lo que más perturbaba a Isabel. Era lo que sabía que constituía el momento más sublime para Ramón, la profanación de su cadáver, la introducción del finísimo alfiler en el centro de su cuerpo, muy lentamente, para no reventarlo, y después clavarla en el tablón, con las alas bien extendidas. Un pasatiempo cruel. Amor y muerte. Unidos.

Una vez, su hermano la había dejado tocar uno de sus ejemplares antes de ensartarlo. Las alas eran suaves y sedosas pero el cuerpo, negro y rugoso, le pareció desagradable.

—Son asquerosas —le dijo ella aquella vez.

—No, no lo son —contestó él contrariado—. Son los seres más hermosos de la tierra.

—¿No te da pena matarlas?

—No las mato. Prolongo su belleza.

Ramón se acurrucó todavía más en el cuerpo de su hermana y empezó a acariciar su cuello herido. Ella se dejó hacer, como siempre hacía en esos momentos de íntima comunión.

Isabel recibía con placer las caricias de su hermano. Estaba en éxtasis. Tan solo veía alas de mariposa revoloteando alrededor de ellos, cubriéndolos con su polvo irisado. Podía, incluso percibir su suave aleteo en el silencio de la habitación.

—¿Te duele? —le preguntó él mientras repasaba con los dedos los tortuosos senderos que recorrían su piel.

—Hace años que dejó de hacerlo.

—Te fallé aquella vez, pero no volverá a pasar, te lo juro.

Isabel se dio la vuelta y miró a su hermano a los ojos.

—Olvídalo, te lo he dicho cientos de veces. No hubieras podido hacer nada.

Ramón apoyó su cabeza sobre el pecho de su hermana, y empezó a llorar, con la pena de su secreto compartido.

—No debemos pensar en eso. Nunca. ¿me oyes? —le dijo ella acunándolo como si fuera un bebé.

—Todo fue culpa del monstruo, fue por su culpa.

—Cállate. Papá tampoco pudo evitarlo. Él nos quiere mucho, nos quiere como a nada en este mundo.

—Te quiere a ti, Isabel. Solo a ti.

—No digas eso.

—Sabes que es verdad. Y por eso pasó todo.

Isabel volvió a pensar en la agresión. De nuevo esos recuerdos, el dolor, la tristeza, el desconcierto.

No lo podía olvidar. No, no lo olvidará jamás.

Sola en su despacho, Isabel repasó, una vez más, la indumentaria que había elegido para aquel día. Llevaba, como siempre, su bata de consulta, de un algodón tan fino y tan bien cortada que parecía un vestido de seda. Bajo ella, un delicado conjunto de lencería, hecho a medida especialmente para

ella. Llevaba una argolla en el cuello y en sus muñecas tintineaban sus dos esclavas de cobre, la única bisutería que solía llevar cuando se preparaba para una sesión. Abrió un pequeño armario oculto bajo la mesa y cambió sus zuecos blancos por dos altísimos zapatos de charol. Ya estaba lista para el siguiente ataque.

Salió de su despacho y se dirigió al de David. Sabía que durante la próxima hora no iba a tener visitas y decidió aprovecharlo. Las enfermeras y los médicos con los que se cruzaba la saludaban con respeto.

Cuando llegó al despacho, entró si llamar. David estaba sentado, trabajando con su ordenador. Cuando la vio entrar, tan solo le dirigió la mirada durante unos segundos, después volvió a su tarea, sin pronunciar palabra. Isabel cerró la puerta tras de sí, se sentó en la silla que había frente a su mesa y desabrochó su bata para dejar al descubierto su delicada ropa interior.

Al verla, David frunció ligeramente los ojos, como si le molestara la luz. —Vete —le dijo, volviendo a la pantalla de su portátil—. Y no vuelvas a entrar así en mi despacho. Nunca más.

Isabel se revolvió en la incómoda silla reservada para los pacientes. Su tono de voz, severo y enérgico, la había excitado. Se levantó y se quitó la bata. David seguía sin mirarla, pero a ella no parecía importarle. Dio la vuelta a la mesa y se acercó.

David giró lentamente su butaca y se situó frente a ella. Allí la tenía, hermosa como siempre, rendida a sus deseos y, al mismo tiempo, exigente y retadora.

—Isabel —empezó a decir—. Te has equivocado conmigo. Yo no soy el hombre que buscas. Lo siento, pero yo no puedo satisfacerte. No de la manera que tú quieres.

Pero ella no parecía oírlo y se sentó a horcajadas sobre él, procurando acercar al máximo su sexo al suyo.

—No me conoces —le susurró al oído—. No sabes el placer que puedo darte.

Y entonces lo besó, abriendo mucho sus labios pintados de rojo, introduciendo su lengua en su boca, mordiéndolo, succionando... con un apetito voraz, casi animal.

Con la agilidad y la ligereza de una bailarina de ballet clásico, ella se movía sobre él, estimulándolo con el interior de sus muslos, grácil, elegante... Hasta que llegó un momento en el que David, temeroso de perder una vez más el control, la sujetó de la cintura y la separó de él.

—No quiero ser desagradable contigo, pero tienes que irte. Ahora.

Isabel seguía en trance. Su expresión no se había alterado en absoluto. Sabía que la guerra no estaba perdida. Todavía no. Sin pronunciar una sola palabra, se puso la bata y se marchó del despacho sin mirar atrás.

No volvieron a verse hasta la siguiente operación de David. Isabel conocía su horario, por lo que entró en la sala de lavado prequirúrgico justo en el momento en el que lo hacía él.

—¡No deberías estar aquí! —gritó David enfurecido en cuanto la vio—. ¡Márchate! Estoy a punto de entrar en quirófano. ¡Márchate ahora mismo!

Isabel, desde la puerta, bajó la mirada y sonrió complacida. Ignorando sus palabras, dio unos cuantos pasos hacia él, lenta y silenciosamente. Al extraer las manos de sus bolsillos, sus dos esclavas de cobre tintinearón con fuerza.

Posó con suavidad su mano helada sobre el hombro de David. Seguía sin mirarlo a los ojos y, sin embargo, la presión de su mano era fuerte, casi desafiante.

—Te recuerdo, cariño —le dijo—, que no sé si tienes presente que soy la directora de esta clínica. La directora médica y principal accionista. Podría despedirte ahora mismo sin necesidad de darte explicaciones. Lo sabes, ¿no?

David la sujetó por la barbilla y le levantó el rostro. Su cuello abrasado asomaba a través de la bata. Ella dejó caer los brazos, inertes, a ambos lados de su cuerpo y volvió a ronronear, esta vez con uno tono lastimero.

—Perdóneme, doctor —le suplicó con la mirada baja—. No debería haberle hablado de esta manera, yo...

—¡Cállate de una vez! —la interrumpió David.

—Sí, doctor...

—Deja de llamarme *doctor*. Es ridículo.

—No es ridículo. No ahora.

David levantó el rostro todavía más y acarició su cuello, repasando con la yema de los dedos las torturadas costuras.

—¿Quién te hizo eso? —preguntó alzando la voz—. Porque te lo hizo alguien, ¿verdad? No fue un accidente. Alguien te lo hizo y no pararás... y no pararás hasta que vuelvan a causarte el mismo dolor. Esa es tu obsesión ¿verdad? Por eso me pides cada vez más. Por eso no tienes nunca bastante. ¿Quién te lo hizo? ¿Y por qué?

Ella lo miró a los ojos por primera vez y empezó a sollozar calladamente.

—No me hagas eso —suplicó—. Por favor, no me lo vuelvas a preguntar. Puedes hacerme todo lo que quieras pero eso, eso no.

David la abrazó, conmovido. En aquellos momentos parecía tan débil, tan inocente.

—Deja de llorar —le pidió—. Tengo que entrar en quirófano. Me están esperando. Es una operación urgente. ¿Lo entiendes, verdad? No puedo quedarme aquí contigo. Luego, quizás... Podríamos vernos. Y hablar.

Isabel seguía sin querer mirarlo. Con la cara oculta en su pecho, no dejaba de convulsionarse sin emitir ningún sonido. David la estrechó contra él cada vez más fuerte. Enardecida de nuevo, ella trató de besarlo, pero él volvió a rechazarla. Ella, levantando la cara por primera vez, lo desafió, insolente, con la mirada.

—No eres lo suficientemente hombre —le dijo despreciativa, arqueando la espalda, como si estuviera a punto de saltar sobre él.

—¿Y quién lo es? —le gritó nuevamente él mientras la apartaba de un empujón—. ¿Quién es lo suficientemente cabrón para amarte, Isabel? ¿Quién?

—Yo te quiero a ti, tú eres el elegido.

—¿El elegido para qué? Estoy harto de que me utilices ¿lo entiendes? Déjame, no quiero saber nada de ti ni de tus locuras. Tuvimos una historia, pero eso se acabó. Déjame en paz. Esta será la última operación que realice en tu clínica ¿me oyes?

—Me estás diciendo que...

—Sí, te estoy diciendo que me voy. No puedo continuar así.

Una enfermera entró en la sala sin llamar.

—Doctor, por favor —los interrumpió—. Todo está dispuesto para la operación.

—Dos minutos, Aurelia —contestó él.

—Perdone, doctor. Doctora... —se disculpó desapareciendo de nuevo.

David miró a Isabel, que intentaba decir algo, y posó un dedo sobre sus labios, pidiéndole silencio. Seguidamente la besó en una mejilla y se lavó nuevamente las manos, colocándose los guantes con violencia, haciendo chasquear el látex más de lo necesario. Ella contempló muda la escena, con los ojos anegados de lágrimas, hasta que, finalmente él se marchó, golpeando fuertemente con el hombro la puerta abatible que llevaba a quirófano.

No lo dejaría escapar, pensó Isabel. Nunca lo dejaría escapar. Se lavó rápidamente y se puso el uniforme de quirófano. Podía presenciar la operación. Como directora de Hospital, tenía potestad para hacerlo.

Cuando entró en la sala de quirófano, David la miró con rabia.

—Es una operación interesante —le dijo Isabel, con tono profesional—. Espero que no le importe, doctor.

David no le contestó y las enfermeras se miraron unas a otras con complicidad.

—Gestante de 32 años —dijo la enfermera jefe—. Ingresa de urgencias hace dos horas por fuertes dolores y discreto sangrado. Se le diagnostica embarazo extrauterino en una de las trompas con riesgo de ruptura. Precisa intervención quirúrgica con carácter de urgencia.

Cuando el anestesista le hizo una señal, todo el equipo empezó a moverse con la precisión de una máquina. David miraba la pantalla del monitor mientras introducía en el vientre de la paciente el laparoscopio a través del orificio que acababa de practicar. No tardó en llegar a la trompa afectada, junto en el punto donde, ajeno a todo, dormitaba el embrión que debía extraer. Isabel seguía mirándolo con atención. Parecía cohibido e inseguro. Isabel notó su vacilación. A pesar de ello, logró dominar la situación y recuperar su seguridad. En cuanto llegó al lugar preciso, extrajo el embrión con rapidez y limpieza. Comprobaron el resultado a través del

monitor. Todo iba según lo previsto. El aborto se había efectuado sin dañar la trompa. Tan solo quedaba dar los puntos de sutura y todo habría acabado. Isabel sonrió, pero él no le devolvió la sonrisa. No le importó. Sabía que, tarde o temprano, caería en la trampa.

—El informe no da lugar a dudas, David. Le perforaste la vejiga a la paciente durante la operación. La salida de la orina causó una infección que no fue diagnosticada a tiempo y que causó el fallo multiorgánico que le costó la vida. Te enfrentas a un delito de homicidio por imprudencia grave. Lo siento.

Isabel lo había citado en el despacho de su padre, el lugar donde se habían visto por primera vez, un lugar majestuoso pero lúgubre como un tanatorio. A pesar de la gravedad de la noticia, David no parecía reaccionar. Estaba como embelesado escuchando a una Isabel que era muy distinta a la que había conocido hasta ahora. Con el pelo recogido en una coleta baja y sin maquillar, tenía un aire severo y profesional que contrastaba con la voluptuosidad de su cuerpo, oculto por una bata sencilla, de algodón basto, idéntica a la que llevaba el resto del personal de la clínica.

—La familia de la paciente pide un año y medio de prisión y tu inhabilitación —prosiguió ella—. He hablado con nuestros abogados. Les parece muy desproporcionado. Si colaboras, lo más probable es que todo se arregle con una multa. Espero que la clínica no salga muy malparada aunque, si quieres que te sea sincera, eso es lo que menos me importa ahora.

Con los ojos muy abiertos y el cuerpo tenso, David seguía sin mostrar ningún tipo de emoción. Parecía un modelo de publicidad posando ante las cámaras, completamente estático, sin expresión en su rostro, ausente. Isabel, por el contrario, parecía estar pletórica de energía, su rostro, siempre tan pálido, estaba arrebolado y de sus ojos emanaba una luz intensa, inusual en ella.

—He revisado tus informes —continuó con un tono enérgico—. Tu proceder tras la operación fue el correcto. Cuando la paciente empezó a mostrar síntomas de infección, realizaste una segunda intervención.

Detectaste la perforación, pero fue demasiado tarde. La mujer murió al día siguiente.

—Se llamaba Carolina —contestó él—, y era su primer embarazo.

Isabel lo miró fijamente, de la misma manera que miraría a un paciente asustado, con condescendencia, con desprecio incluso. Cómo odiaba esas muestras de debilidad, pensó, esas explosiones de sentimentalismo barato.

—Por suerte —prosiguió—, yo presencié la operación y podré declarar como testigo presencial en el juicio. Con mi influencia y reputación, mi testimonio tendrá un gran peso. Todo dependerá de lo que yo diga, por supuesto.

—¿De lo que tú digas? —preguntó David, desconcertado.

Por primera vez en aquella conversación, Isabel sonrió. Su expresión de satisfacción era la de un cazador que por fin había abatido a su presa.

—Tengo varias posibilidades —dijo con un tono dulce, casi maternal—. Puedo decir que te noté muy nervioso, que las manos te temblaban. Puedo decir cualquier cosa. Incluso que parecías drogado o bebido. La sentencia cambiaría entonces, es posible que, en este caso, pidieran tu inhabilitación, incluso la cárcel. ¿Lo entiendes David?

—No, no te entiendo —contestó él mientras se aflojaba el nudo de su corbata oscura—. Nada de eso es verdad.

—Claro que no pero... ¿a quién creerán? ¿a la directora de la prestigiosa Clínica Ibernón o al crápula que expulsaron de la Clínica March por acostarse con sus pacientes en la misma consulta? El juez lo tendrá fácil ¿no crees?

David respiró hondo. Quería mantener su calma a toda costa, pero cada vez le resultaba más difícil controlarse.

—La intervención se hizo de forma correcta, Isabel, lo viste tú misma —explicó de forma pausada—. La perforación es una complicación excepcional, pero posible. No fue mala praxis, lo sabes, fue completamente fortuito. Lo único que tienes que decir es la verdad.

—Tú no eres nadie para decirme lo que tengo que hacer —lo interrumpió ella elevando súbitamente la voz, al mismo tiempo que daba un puñetazo en la mesa.

Un silencio asfixiante se produjo en el despacho. David respiraba de forma pesada, como si no hubiera suficiente oxígeno en el aire.

—¿Quieres meterme en la cárcel, Isabel? —exclamó—. ¿Solo porque no quise jugar a los médicos contigo? ¿Solo por eso?

—Sí, solo por eso —contestó ella.

David estaba empezando a alterarse. Se cambiaba constantemente de postura y mesaba su cabello ondulado una y otra vez. Había llegado el momento, pensó Isabel, el momento de aprovecharse de su debilidad, de dar la estocada final, la sentencia de muerte.

—Claro que... —prosiguió ella—, todo cambiaría si decidieras cambiar de actitud hacia mí.

—¿Qué estás insinuando?

—Lo sabes muy bien.

—No lo haré —concluyó él tajante.

Isabel sonrió, cada vez más complacida.

—Una respuesta muy masculina David, muy viril. Te felicito, veo que vas aprendiendo. Así debes comportarte conmigo a partir de ahora, como un verdadero amo. Te enseñaré a hacerlo.

—No somos unos niños, Isabel. Lo que me propones es un capricho, un capricho infantil.

—Estoy hablando muy en serio.

Isabel se levantó del butacón de cuero y se sentó en la mesa, justo delante de David. En lugar de las poses lánguidas y seductoras de las que siempre se hacía gala, se mostró masculina y retadora, con los brazos cruzados y las piernas algo separadas.

—Escucha con atención, David, porque no me gustaría tenerlo que repetir. Estas son las normas: no dejarás la clínica, ni ahora ni nunca, trabajarás siempre para mí, aunque con un horario reducido, más acorde con mis necesidades.

—¿Tus... necesidades?

—Sí, te quiero siempre disponible.

—¿Disponible para qué?

—Para las sesiones. Nico te informará.

—¿Nico? ¿El mensajero?

—Sí, él está al corriente de todo. Te informará del día y del lugar. Te llevará al lugar elegido. Te dirá cómo debes vestir, qué tienes que hacer, todo... No tendrás que preocuparte de nada, tan solo hacer lo que te digan. Eso solo será al principio, para que aprendas. Tendrás un tutor, Dominó, que te ayudará en todo. Cuando ya conozcas el mecanismo, no necesitaremos a nadie que nos dirija. Podremos hacerlo los dos solos.

—¿Me estás pidiendo que ejerza la prostitución?

—Llámallo como quieras. No tienes otra opción. O cumples mis órdenes o vas a la cárcel. Tú eliges.

David hizo ademán de levantarse pero, consciente de que no podía escapar, volvió a sentarse pesadamente en su silla. Se peinó su espesa cabellera una vez más. Comprendió que no tenía alternativa.

—Necesito tu respuesta ahora mismo —le apremió ella—. Si no dices nada, llamaré a la policía. Tan solo tengo que descolgar el auricular y tu vida cambiará para siempre.

De forma involuntaria, David miró el teléfono, quizás la única pieza moderna de aquel despacho que parecía un museo.

—Vamos a ver Isabel —contestó David intentando aparentar tranquilidad—, había más gente allí. Las enfermeras, el anestesista, algún estudiante en prácticas, si mal no recuerdo. ¿Piensas que ellos van a secundar tu descabellado testimonio? No me tembló el pulso en ningún momento, mi proceder fue el correcto. Tú estuviste callada durante la intervención, siempre en segundo plano. Ellos podrán constatarlo, ellos...

—¿Olvidas que son mis empleados? —lo interrumpió ella—. Sería su palabra contra la mía y yo siempre tengo las de ganar. Me deben varios favores ¿lo sabías?, no solo en la clase médica, también en la judicial. Mi padre era un hombre muy poderoso, su apellido mueve montañas, incluso después de muerto.

—Buscaré un abogado, te denunciaré por acoso sexual —trató de defenderse él.

—Hazlo si quieres, pero es inútil —volvió a interrumpirlo—. Nadie testificará a tu favor. Perderían su trabajo y también su reputación, conocen mi poder. No lo intentes, David, te lo recomiendo, sería peor para ti, mucho peor. En cambio yo saldría ganando.

—No me lo creo, no me creo que seas tan poderosa — trató de defenderse David—. Tan solo diriges una clínica.

—Esta es una clínica donde van a parar muchas jovencitas de buena familia que vienen a abortar sin que se entere nadie, una clínica donde acuden prostitutas de lujo con accidentes sexuales que ni te podrías imaginar, desgarros vaginales, introducción de objetos inverosímiles, incluso heridas de bala... todas ellas infligidas por jueces, empresarios, hombres poderosos... Aquí las atendemos y callamos. Su secreto está a salvo con nosotros pero, a cambio, nos deben obediencia. Este es el negocio que me legó mi padre. Mi gran negocio. ¿Lo entiendes ahora? ¿Entiendes lo solo e indefenso que estás? Entra en mi círculo y tendrás protección de por vida, de lo contrario, te hundirás. No tienes elección.

Hundido en el sillón de cuero, David empezó a sudar. Espesos goterones le caían por la frente y por su barba incipiente.

—¿Y qué tengo que hacer? —contestó él finalmente— ¿Firmar un contrato? ¿Estampar mi firma con mi sangre?

—Claro que no —dijo ella con una sonrisa humillante—, bastará con que te levantes y me jures obediencia.

—¿Estás de broma?

—Por supuesto que no.

La expresión de ella, súbitamente seria, le indicó que estaba hablando muy en serio. David la retó con la mirada, pero ella no dejaba de sonreír. Estaba perdido.

Se levantó con gestos torpes y pesados y, sin mirarla a la cara, hizo lo que le pedía.

—Te juro obediencia, Isabel —le dijo, de forma casi inteligible—, pero también juro que todo esto me lo vas a pagar algún día.

—Así lo espero —contestó ella ruborizándose una vez más.

DIEZ

Quería que todo fuera tal como siempre había imaginado.

Estarían rodeados de gente, de actores secundarios sin rostro que darían vueltas alrededor de ellos, de espectadores aburridos que los mirarían sin prestar atención.

Ella estaría sentada, realizando una actividad irrelevante e impropia de la situación. Podría leer un libro (un ejemplar de gran tamaño, ricamente ilustrado, como un códice medieval o un tratado de arquitectura moderna) o acariciando un gato que habría aparecido en el salón, un gato persa de pelo azul o un simple animal callejero, negro y de mirada inquietante.

Ella podría estar llorando, con una sola lágrima prendida en sus largas pestañas.

Él, situado a una distancia prudencial, la miraría y notaría el movimiento de sus senos (el vestido sería una sencilla túnica escotada, preferiblemente de color negro, para que contrastase con el tono lechoso de sus cicatrices).

Él se acercaría con lentitud, sin apartar los ojos de esos senos ondulantes, y ella respiraría de forma todavía más agitada. Todo su cuerpo temblaría y sus manos se crisparían sobre el códice o el gato, incapaz de concentrarse en su actividad, cualquiera que fuera, con la mirada baja, esperando.

Los testigos, indiferentes, empezarían a murmurar y a mirarlos de soslayo.

Entre los espectadores estarían, ella lo sabría, todos aquellos que, por una u otra razón, se oponen a sus deseos. Serían una masa anónima de espíritus vengativos deseosos de destruirlos, pero incapaces de hacerlo. Tendrían las manos atadas o serían víctimas de un embrujo que no les permitiera despegar las piernas del suelo.

Él la sujetaría de los hombros, la obligaría a levantarse y hundiría su rostro en el blando escote de ella. Después de unos segundos, él le rompería el vestido con ambas manos y liberaría sus pezones, altos como pináculos, para lamerlos después con su lengua caliente y ansiosa. Ella levantaría su rostro por primera vez y abriría los labios. Él, con el pelo revuelto y los ojos enloquecidos, la besaría con furia. El deseo, largamente reprimido, afloraría por fin y los dos se fundirían en un abrazo.

Y ella miraría desafiante a los testigos mudos, cada vez más rabiosos y encolerizados, excitados también pero en ningún momento complacidos.

Así es como tenía que suceder y así fue como Isabel se lo explicó a Dominó.

El maestro de ceremonias, que había ido tomando notas durante la conversación, le dijo que cambiaría ciertos detalles (algunos por cuestiones técnicas, otros por considerar que obstaculizaban la acción) pero que confiara en él. Su creatividad sin límites nunca lo había defraudado.

—Lo dejo en tus manos, como siempre —le dijo Isabel.

Y él sonrió, complacido. La botella de Frascati estaba a menos de la mitad y el humo de sus cigarrillos turcos bailaba alegre alrededor de ellos.

—Una sola pregunta —le dijo él—. ¿Habrá que drogar a tu querido David?

Isabel enderezó la espalda, y meció suavemente sus senos.

—Creo que no habrá más remedio —contestó con expresión burlona.

Dominó estalló en una sonora carcajada. Nunca antes lo había visto tan feliz.

La paz se había sellado en el salón principal del *Suspiria*, el club erótico que regentaba Dominó. Rodeados de espejos y sofás de terciopelo, el entorno daba todavía mayor solemnidad al acuerdo.

Isabel sonrió. Dominó volvía a ser el de antes, un colaborador brillante y fiel, rendido, como siempre, a sus deseos.

—Será un placer introducir a David en el mundo de nuestra opiolina —insistió él.

Isabel bajó la mirada. La opiolina, una vez más, un tema sobre el que no quería ni podía hablar. Como si leyera sus pensamientos, Dominó le levantó

el rostro sujetándola de la barbilla. Lo hizo con dulzura, como haría un padre con su hija arrepentida.

—No hablaremos de eso, ¿de acuerdo? —le dijo con tono conciliador—. No quiero que te enfades conmigo.

Ella sonrió, no del todo aliviada. Sabía que Dominó nunca se rendiría tan fácilmente, pero no quiso pensar en ello. Su prioridad en esos momentos era David.

—¿Crees que podrás convencerlo? —le preguntó ansiosa.

—No te preocupes, yo me encargo de todo —le contestó él con tono orgulloso—. Sé cómo manipular la voluntad de los hombres.

—No le hagas daño.

—No será necesario.

Isabel se arrellanó en la butaca. Siempre se había encontrado más cómoda en el club que en el lujoso apartamento de Pedralbes donde vivía su colaborador.

A plena luz del día, el *Suspiria* era como un buque preparándose para zarpar. Con las ventanas abiertas y la luz natural entrando a través de ellas, nada tenía que ver con las catacumbas infernales en las que se convertía por la noche. La lujosa sala de baile parecía ahora una nave industrial de paredes descoloridas y las salitas privés, las celdas de una cárcel. El único recuerdo que quedaba de la velada anterior era el olor a alcohol, sudor y semen que impregnaba sus paredes y que se acumulaba noche tras noche en su superficie, como el olor a incienso en los muros de las iglesias.

Una brigada de limpieza formada por tres mujeres vestidas con batas de tergal barría, fregaba y desinfectaba las mil y una dependencias del local. Las empleadas recogían sin remilgos toda la basura que se acumulaba en los rincones: vasos con el borde manchado de carmín, pañuelos de papel acartonados, tubos de lubricante, condones usados, ropa interior rota... Después les tocaba el turno a las manchas, lamparones de los más variados colores y tamaños que cubrían la infinidad de sillones, otomanas y camastros que había distribuidos por todo el local y que las mujeres eliminaban con rapidez y diligencia, sin dejar rastro.

El *Suspiria* era ahora un gran esqueleto descarnado, pero por la noche era como un país de fantasía donde todo estaba permitido, una casita de

caramelo repleta de tentaciones.

Cuando conoció a Dominó y empezó a frecuentarlo, Isabel se sentía como cuando era una niña e iba al parque de atracciones. Se comportaba como una prostituta más, libre y segura de sí misma, con una copa en la mano y encandilando a todos los hombres que se cruzaban con ella, pero Isabel siempre se reservaba para la atracción principal, el triple salto mortal que Dominó le preparaba en alguna de las salas temáticas: en las mazmorras, en la sala de las torturas o en el agujero de la muerte. Nunca sabía lo que se iba a encontrar allí, quién estaría, cuántos serían, qué le harían... Era completamente feliz, hasta que se empezó a aburrir.

—Todavía no entiendo por qué estás tan obsesionada con ese hombre —le dijo Dominó despertándola de su sueño.

—Lo sabrás cuando lo conozcas.

—Estoy deseando hacerlo —le dijo con una gran sonrisa falsa.

Una empleada se acercó a ellos más de lo prudente, provocando la indignación de Dominó, que le dirigió una mirada helada.

—¿Me acompañas a mi despacho? —preguntó a Isabel—. Allí hablaremos con más calma.

Sencillo y sórdido como la oficina de un taller de coches, el despacho de Dominó era un simple cubículo con las paredes llenas de fotografías de mujeres desnudas. La mesa estaba ordenada de forma escrupulosa, con los papeles colocados de forma simétrica con los demás objetos del escritorio. Su colección de lápices Staedtler se alineaba sobre un expositor de plástico, junto al sacapuntas metálico y la goma de borrar apenas gastada.

Isabel sabía qué vendría a continuación. El trabajo meticuloso e impecable de su colaborador, la tramoya entre bambalinas, el trabajo previo a la gran representación. Ella tan solo tenía que esperar a recibir instrucciones. Le dirían la hora y el lugar, cómo debía vestirse y peinarse, nada más. La opiolina haría el resto.

Sonrió con dulzura a Dominó, que simulaba estar enfrascado revisando sus notas.

—¿Crees que podrás hacerlo? —insistió, una vez más.

—David será tuyo, te lo prometo. Lo tenemos todo a nuestro favor. Y te felicito, querida, por la jugada maestra. Sin tu chantaje, hubiese sido mucho

más difícil.

—El destino jugó a mi favor —se excusó ella ruborizada.

—Como siempre, querida —le contestó él.

Era el momento de marcharse, pensó Isabel, pero no tenía ningunas ganas de hacerlo. Se hubiese quedado allí durante horas, bebiendo vino, ultimando los detalles, pero no podía permitírselo. Tenía que volver al trabajo, reincorporarse al mundo real.

Salió a la calle. Nico la esperaba en el coche. Nada más sentarse en el mullido asiento de cuero, su móvil empezó a sonar. Era su hermano Javier. Se había escapado de la clínica.

—¿Dónde estás? Solo dime dónde estás —preguntó Isabel nerviosa.

—A ti te lo voy a decir —contestó su hermano al otro lado del auricular—. Te llamo para decirte que te voy a matar. A ti la primera, después seguirán los demás. Te voy a matar a la salud de mi puto padre que también es el tuyo y allí os encontraréis otra vez, en el mismo infierno.

Su hermano parecía fuera de sí. Liberado del yugo que suponían los fármacos que le suministraba el doctor Zanni, no parecía, sin embargo, encontrarse en pleno síndrome de abstinencia. Javier había vuelto a drogarse. No había ninguna duda.

—Javi, estás muy nervioso —intentó apaciguarlo—. Puedes sufrir un ataque. Pide ayuda, llama a la policía...

—Sí, claro, a la *pasma*, ahora mismo. No sabes lo que dices. No estoy nervioso, que va, nunca en la vida había estado tan tranquilo. Por primera vez sé lo que tengo que hacer. Tengo que ir a tu casa para arrancarte tu puta cabeza. No hace falta que te escondas, te encontraré y te mataré, te mataré mil veces.

—Voy a llamar a Ramón —continuó ella sin perder la calma—. Te llevará lo que tú le digas, como otras veces. Solo dime dónde estás.

—¿Ramón? ¿Ramón dónde coño está? No necesito vuestros putos regalitos, joder. Tengo amigos, ¿lo sabes? Ellos me dan todo lo que necesito.

—¿Qué amigos son esos, Javier? ¿Con quién estás? —preguntó Isabel alarmada.

Pero la llamada se cortó, justo en el preciso momento en el que Javier iba a contestar. Alguien había colgado el teléfono, alguien que, seguramente, no quería que su hermano le diera más información de la necesaria. ¿Dónde estaba Javier? ¿Y con quién? Empezó a inquietarse. No era la primera vez que su hermano amenazaba con matarla, pero algo le decía que esta vez iba en serio.

Aunque se había jurado a sí misma que nunca volvería hablar con Ramón, decidió pedirle ayuda. No temía por la vida de Javier —hacía años que estaba más que desahuciado—, sino por la suya.

—No tengas miedo —le dijo Nico—, yo siempre te protegeré.

Isabel miró al chófer con ternura. ¿Qué podría hacer para ayudarla? ¿Para protegerla de su hermano Javier, de Dominó? Lo miró con desconfianza.

—¿Quieres que haga algo por ti? —le pregunto.

—Llévame a casa de Ramón —le dijo—. Es mi única esperanza.

Llevaba varios minutos llamando a la puerta, pero su hermano no le abría. Sabía que se encontraba en casa, había oído ruido y estaba preocupada. Desde la última vez que hablaron, Ramón no había aparecido por la clínica ni le contestaba sus llamadas.

—Ramón —gritó—. Abre, por favor. Necesito ayuda.

Tenía la llave de su piso, pero no se atrevía a abrir. No estaba segura de lo que se iba a encontrar. Pero después de un cuarto de hora esperando, Isabel comprendió que no tenía otra elección. Extrajo las llaves de su bolso y abrió la puerta.

Su hermano no tardó en aparecer en el pasillo. Estaba completamente desnudo y tenía la mirada somnolienta.

—¡Ramón! —gritó Isabel, sorprendida. La tensión era tan grande entre ellos que no pudieron cruzar ni una palabra.

A los pocos segundos, apareció una joven de la nada y corrió a abrazar a su hermano.

La chica llevaba un camisón azul de algodón arrugado e iba descalza, con las uñas de los pies pintadas de rosa. Tenía el pelo rubio peinado con tirabuzones y del cuello le colgaba una cadenita de oro con una cruz ortodoxa.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Isabel extrañada.

La joven, que se frotaba los ojos como si acabara de levantarse, parecía no haber entendido la pregunta. Isabel la miró con más atención. Tenía las pupilas dilatadas.

—¿Quién es esta chica? —volvió a preguntar.

Sin dejar de mirarla con sus ojos desvaídos, la joven dio un paso hacia atrás y trató de escapar, pero se tropezó con la alfombra y se cayó sobre ella. Todavía sentada, reculó dándose impulso con las piernas.

—¡Ramón! —gritó la chica, con un fuerte acento extranjero.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Isabel.

Ramón empezó a balbucear, pero era incapaz de pronunciar palabra.

Nadie se atrevía a moverse, nadie hacía el intento de hablar. Eran como tres figuras de cera, totalmente estáticas en medio del recibidor de la casa. Irremediablemente mudo, su hermano temblaba todavía más que la joven que tenía entre los brazos. Un cobarde, pensó Isabel, un completo cobarde.

La chica se sorbió ruidosamente los mocos. Era difícil calcular su edad. Parecía una niña. Era, sin duda, muy joven, posiblemente menor de edad.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Te la ha enviado Dominó? ¿Ha sido él quien te la ha enviado? —siguió preguntando ella con el miedo cada vez más dentro de su cuerpo, intuyendo una verdad horrible, inesperada.

—No sé de qué me estás hablando —contestó él por fin—. No sé quién es Dominó. Y no tengo por qué darte más explicaciones. Tú tienes tu vida y yo tengo la mía.

—Lo sé y te respeto, pero es importante que me digas quién está detrás de esto. Mi vida, nuestra vida, está en juego, te lo pido por favor, Ramón.

—Tú no estás en condiciones de pedirme nada, nunca más, después de lo que pasó, después de lo que insinuaste. Márchate, por favor, Isabel —dijo por fin—. Márchate y no vuelvas más.

Isabel asintió sin hablar, le echó una última mirada, entre desconcertada y reprobatoria y se fue sin decir nada, dando un fuerte portazo a sus

espaldas. Cuando llegó a la calle, hizo una seña a Nico, que la esperaba en la acera contraria, y, después de cruzar, subió al coche.

—Llévame a casa —le dijo.

Y Nico arrancó el coche con suavidad.

Nico dormitaba desnudo en la cama de Isabel. Con el cuerpo relajado por el sueño, había dejado de ser un muñeco de movimientos bruscos para convertirse en un bello fauno de miembros elásticos y rostro de ángel. Incluso su piel, siempre rugosa y enrojecida, parecía más blanca, como si un rayo de sol suavizara sus rasgos y los llenase de luz.

Isabel adoraba su mansedumbre animal. Era como un gran depredador, exótico y salvaje, que solo ella podía controlar. Le gustaba tenerlo siempre cerca, atento a sus órdenes, dispuesto a lamerla con su gran lengua rosada o a destrozarla con sus fuertes garras. De pelaje suave y ojos ambarinos, era un bello ejemplar, un semental que le convenía tener siempre a su lado.

Su chófer moriría por ella, pero su sacrificio sería inútil. Dominó podría acabar con los dos sin esforzarse demasiado, pero no lo haría, todavía no, no hasta que le diera lo que tanto ansiaba y, una vez lo consiguiera, su vida no tendría ningún valor. Su condena era su única garantía. Era como una partida de ajedrez, Dominó cada vez tenía más piezas en su ejército y ella estaba sola.

Nico empezó a desperezarse. La sangre regresó a su rostro, que recuperó su aspecto habitual, y su cuerpo volvió a ser el de antes, un atolondrado conjunto de huesos sin orden ni concierto.

—Ven a la cama —le dijo mientras levantaba la sábana y descubría su sexo renacido.

—Tenemos que volver al hospital —le contestó Isabel, tajante.

El chófer resopló como un niño que se niega a ir al colegio, pero no tardó en levantarse, darse una rápida ducha y vestirse.

Diez minutos más tarde, Isabel ya tenía el coche en la puerta. Se retocó el maquillaje, se ahuecó con las manos la espesa melena rojiza y cogió su maletín. Ya estaba lista para un nuevo día de trabajo.

—Debes estar atento, atento a cualquier señal —le dijo al chófer cuando ya se encontraban en el coche.

Nico asintió, aunque parecía que no hubiera comprendido del todo qué es lo que le había querido decir. Como un perro bien aleccionado, sabía que debía obedecer las órdenes que se le daban aunque, a veces, fueran difíciles de entender.

—No solo debes vigilar a Dominó —insistió ella—, sino también a Ramón.

—¿Al doctor Ibernón? —preguntó mirándola alarmado a través del retrovisor.

—Sí, a él también.

El chófer asintió una vez más mientras volvía a mirar al frente.

—Y, sobre todo, Nico... —recordó Isabel de repente.

—¿Si?

—Mi hermano, el drogadicto, está en la calle y va a por mí. Más vale que tengamos los ojos abiertos.

—¿Has llamado a la policía? —le preguntó él algo incrédulo, pero su jefa no le contestó.

El coche se deslizaba con suavidad por el asfalto. Cada vez que paraba en un semáforo, Nico aprovechaba para pellizcarse los granos de forma compulsiva, como si quisiera arrancarse la piel.

—Dominó ha hablado conmigo —dijo súbitamente con un tono de voz inusual.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Isabel alarmada—. ¿Te ha amenazado?

Nico tragó saliva antes de contestar, como si quisiera detener la flecha que acababa de lanzar.

—Me pidió que no te lo dijera.

—Pero me lo dirás ¿verdad?

—Dijo que me mataría si lo hacía, y a ti también.

Inquieta en el asiento de atrás, Isabel intentó mantener la calma. Hablar con Nico era como hablar con un niño. No convenía asustarlo, todavía no. Tomó aire, lo retuvo durante unos segundos y después lo expulsó poco a poco, como un atleta preparándose para dar un gran salto.

—Dímelo, Nico —le pidió finalmente con tono maternal—. Ahora estamos tú y yo solos. Debemos ayudarnos, es nuestra única oportunidad.

Estaban llegando a la clínica y el chófer seguía sin responder. Cuando entraron en el parking y aparcaron, Isabel salió del mismo para volver a entrar y sentarse a su lado. Con la mirada baja, como un niño que esperara una reprimenda, Nico había perdido toda su arrogancia de adolescente.

—Es importante que me lo digas —volvió a pedirle ella con voz suave mientras le pasaba el brazo por encima de los hombros—. Nos conviene a los dos.

Con el rostro más enrojecido que nunca, el chófer levantó la mirada unos segundos, solo unos segundos, para mirar a Isabel. Sus ojos de animal condenado no presagiaban nada bueno.

—Dominó me dijo que necesitaba mi ayuda, que estuviera atento —contestó finalmente.

—¿Tu ayuda para qué? —preguntó Isabel ansiosa.

—No lo sé. Solo me dijo eso, que él me diría cuándo y dónde.

Isabel retiró el brazo de los hombros de su chófer y lo miró fijamente.

—¿Cuándo y dónde qué? —insistió ella— ¿Qué es lo que te pidió él? ¿Matarme?

—No, no. No me dijo nada de eso, te lo juro Isabel. Te he dicho todo lo que sé.

Isabel se mesó los cabellos con suavidad. Cada vez tenía menos oportunidades para salvarse. Dominó, pensó, también amenazaba al peón, al único peón que le quedaba.

—¿Qué recibirías tú a cambio? —volvió a preguntar—. ¿Dinero?

Replegado sobre sí mismo, Nico se arrancaba ahora las pieles de las uñas

—Sí, mucho dinero y su promesa de mantenerme vivo —contestó él—. Si no lo hago, moriré.

—Un buen negocio —contestó Isabel imperturbable.

Con la mirada fija en sus manos rojizas, Nico parecía desesperado. Isabel se compadeció de su azoramiento, de su fidelidad sin límites.

—¿Qué voy a hacer ahora? —preguntó él.

—No debes preocuparte —le contestó Isabel—. Acepta el trato y cuando te dé la orden, dímelo ¿de acuerdo?

Aunque no parecía estar demasiado convencido, asintió una vez más, sin levantar la mirada.

—Y gracias —le dijo ella mientras volvía a pasarle el brazo por los hombros.

Nico rechazó el abrazo con un ágil movimiento. La miró durante unos segundos y, con gesto profesional, extrajo las llaves y salió del coche con rapidez. Con grandes zancadas, llegó a la puerta de Isabel y la abrió con diligencia. Cuando salió, la cerró con fuerza.

—Estaré en recepción si me necesitas —le dijo, sin mirarla a los ojos. Y se marchó rápidamente, sin esperarla para subir al ascensor.

Parte II

EL NACIMIENTO DE SIERVA

ONCE

Isabel se desperezaba en una gran cama antigua. En la mesilla, había varios viales de opiolina.

El camisón estaba empapado de sudor. Alguien se lo había quitado y ahora repasaba con un solo dedo la forma abultada de sus pezones. Sintió un cosquilleo enervante, ¿era un gato el que lamía su pecho? Abrió los ojos, pero lo único que pudo ver era una claridad cegadora. Sí, debía ser un gato. La caricia húmeda y caliente de su pequeña lengua, que imaginaba blanca y áspera, le arrancó un gemido profundo.

Abrió los ojos. Ahora estaba en un salón desnudo de paredes desconchadas. Los únicos muebles que había en su interior eran el sofá donde estaba sentada y dos sillones. Delante de ella, había una mesa de mármol negro sobre la que descansaban un cenicero de cristal tallado y un arcón de madera oscura. El frío era intenso.

A su lado había un vestido. Isabel lo observó con detenimiento y se lo puso de forma lenta y pausada. Era un elegante modelo de raso negro ajustado en la cintura y con un profundo escote que dejaba parte de sus senos al descubierto. Volvió a sentarse y abrió la amplia falda a su alrededor que, extendida sobre el asiento, parecía la corola de una flor negra.

Había otro objeto en el sofá. Era un fino collar de cuero con una argolla de plata. Se trataba, sin duda alguna, de un collar de sumisión. Isabel se emocionó, sabía lo que iba a venir a continuación. Con gran ceremonia, se retiró el pelo hacia atrás y se colocó la hermosa joya alrededor de su cuello.

Oyó unos pasos. Eran David y Dominó. Iban vestidos con batines de raso oscuro y tenían el pelo mojado, como si se acabaran de duchar. Los dos llevaban un vaso de whisky en una mano y un puro en la otra. Estaban charlando de forma distendida y se sentaron, cada uno en un sillón, sin ni siquiera mirarla.

—Entonces —oyó decir a Dominó mientras depositaba su vaso sobre la mesa—, ¿la mujer es de su agrado?

Isabel estaba temblando. El latido de su corazón era tan fuerte que su pecho parecía vibrar bajo la tela de su vestido.

David dejó también su vaso y, después de dar una profunda calada al puro, miró de reojo a Isabel. Estaba nervioso. Isabel le había pedido a Dominó que aleccionara a su nuevo amo, pero David no parecía asumir demasiado bien su papel. David la odiaba, lo sabía. No había dejado de demostrárselo desde que empezó a chantajearlo, pero también la deseaba, la deseaba profundamente. Y ella lo sabía muy bien. Dominó se había encerrado con él varios días y le había explicado todo lo que debía saber sobre ella, sobre la forma en la que debía satisfacerla. Dominó no había escatimado en esfuerzos. Y después estaba la opiolina, la droga que agudizaba los sentidos, que convertía a la bestia más pacífica en un ardiente semental.

Dominó cogió a Isabel de la muñeca y la obligó a levantarse.

—¡Nico! —gritó, al mismo tiempo que le daba un empujón.

A los pocos segundos, el chófer entró en el salón. Llevaba su uniforme de gala: chaqueta y pantalones negros, guantes de cuero y gorra de plato.

—Llévala al catafalco.

Nico la condujo hacia una dependencia contigua. Dominó y David lo siguieron.

Era una habitación también desnuda, con una especie de potro de gimnasia en el centro. El potro tenía cuatro patas de madera y estaba cubierto de cuero marrón. Bajo él había una alfombra persa de colores desvaídos.

El temblor de Isabel era cada vez más intenso. Temblaba de frío y de miedo. Estaba mareada, pero también estaba excitada, más excitada que nunca.

—Átala —volvió a ordenar Dominó.

Nico la empujó hacia el potro y le obligó a colocarse boca abajo, con las piernas abiertas y la grupa levantada. A continuación, le ató las manos a los agarraderos que había a ambos lados para que no pudiera moverse.

—Está lista —concluyó Nico.

Isabel ladeó el rostro y vio acercarse a David. Llevaba el látigo en la mano derecha y el puro en la izquierda. Era tan bello, pensó, con el pelo mojado peinado hacia atrás y el batín entreabierto.

David levantó la falda del vestido para dejar al descubierto la hermosa grupa, desafiante sobre el potro de tortura. Dio unos pasos hacia atrás y, sin más dilación, descargó el primer latigazo.

Isabel gritó. El dolor era lacerante e intenso.

David se rió con ganas. Nico también parecía hacerlo. Había camaradería entre los tres hombres, la complicidad de unos amigos que se reunían para disfrutar de su pasatiempo preferido.

El segundo vergajazo no tardó en llegar. Isabel notaba como la sangre empezaba a correr sobre su piel. Herida en su orgullo, esta vez había intentado no gritar.

—Nico, trae el whisky —ordenó Dominó.

Los hombres hicieron una pausa para apurar los vasos que el chófer acababa de traer del salón. Isabel notó su sexo palpitando sobre el duro potro de tortura. El desprecio de los hombres, su indiferencia, la excitaba tanto como los golpes.

Cuando oyó el repiqueteo del hielo en los vasos, Isabel supo que el tercer latigazo, el último, no tardaría en llegar, y así fue. Después de unos segundos de profundo silencio, David descargó de nuevo el «falo del diablo» sobre sus nalgas dolientes. Esta vez no pudo reprimir el grito de dolor. La sangre cayó por entre sus muslos.

—Ahora será suya para siempre, doctor, ya lo verá —dijo Dominó dando por concluido el juego.

—Todavía no —oyó decir a David.

Isabel ladeó de nuevo el rostro. Estaba aterrorizada. Dominó trató de decir algo, pero David no lo escuchó, parecía estar en trance. Se acercó nuevamente hacia Isabel y, después de respirar hondo, descargó un cuarto golpe de fusta y, a los pocos segundos y sin que apenas pudiera reaccionar, un quinto en su blanda carne.

—Así aprenderás —oyó decir a David con una voz desconocida, una voz en la que se reflejaba todo el odio que sentía por ella.

El grito de Isabel fue desgarrador. El dolor era insoportable. Dominó y Nico se acercaron a David, que parecía tener la intención de seguir castigando a Isabel, y le arrebataron el látigo.

—¡Ya es suficiente, doctor! —gritó Dominó mientras entregaba el arma a Nico, que la guardó en el baúl.

El mismo Dominó desató a Isabel y la ayudó a incorporarse. Numerosos verdugones lanceolados adornaban sus nalgas blancas. Pálida y llorosa, parecía una joven viuda de vuelta del cementerio.

Cuando volvió Nico, la llevaron entre los dos de nuevo al salón y la acostaron en el sofá. David los siguió con porte orgulloso. Se sentó de nuevo en el sillón y apagó el puro en el cenicero que había sobre la mesa.

—Espero que a partir de ahora no me siga dando problemas —les dijo.

Dominó, después de carraspear un par de veces, volvió a abrir el arcón y extrajo la cadena de sumisión. La enganchó a la argolla que colgaba del cuello de Isabel y le entregó el otro extremo a David.

A continuación, Dominó sacó del bolsillo interior de su batín un documento lacrado, lo abrió y se dispuso a leer el texto que había escrito.

«A partir de ahora, esta mujer le pertenece. Le podrá dar el nombre que desee e infringirle los castigos que considere necesarios. Ella dedicará su completa existencia a proporcionarle todo tipo de placeres, sean de la naturaleza que sean. Podrá cederla, venderla o entregarla a otros hombres de forma temporal o definitiva, sin que ella pueda hacer objeción alguna. Este acuerdo tan solo se romperá cuando usted así lo considere. La mujer no tiene ningún derecho a hacerlo. Su vida le pertenece por completo, desde ahora hasta el final de sus días.»

—Que así sea —contestó David—. A partir de ahora, te llamarás Sierva y me obedecerás en todo.

Entre lágrimas, la hermosa Sierva, con las nalgas ardiendo bajo la fresca seda de su vestido, besó la mano de su dueño, poniendo así punto y final a la ceremonia de entrega, al sueño de su vida.

Amanecía. Los primeros rayos de sol iluminaban la habitación, hasta entonces oscura como un agujero en la tierra. Acostada en la cama turca de la habitación del servicio, Sierva esperaba impaciente a que sonara el despertador. Se hubiera levantado mucho antes, pero no podía hacerlo. Su amo había dicho a las siete y así debía ser, ni antes ni después.

Había gozado de ella durante toda la noche y, cuando se hubo saciado por completo, la había enviado a la habitación más pequeña y oscura de toda la casa, mientras él se acomodaba en la que había sido la cama de Isabel.

Pero ahora ella era Sierva y debía dormir donde su amo le ordenara. Su casa ya no era su casa, la había perdido, de la misma manera que había perdido su libertad y su cuerpo, y eso le hacía inmensamente feliz.

En la habitación de la que había sido la criada de su padre, rodeada de muebles antiguos y demás cachivaches, Sierva se desperezaba, voluptuosa, soñando con los placeres que le esperaban a partir de ahora. Repasó mentalmente todas las tareas que debía realizar aquella mañana (su amo le entregaba una lista cada día) y ya solo con eso se empezó a sentirse excitada. Después de asearse ella misma, debía despertar a su amo, prepararle el desayuno y servirse. A continuación, llamaría a Nico para acudir juntos a la clínica, él en el asiento de delante y ella, silenciosa y con la mirada baja, en el asiento de atrás. No había apuntado ningún servicio sexual para aquel día, pero su amo estaba autorizado para solicitarlo en cualquier momento, si eso le complacía.

Cuando sonó el despertador, Sierva se levantó de un salto. Se duchó rápidamente en el pequeño lavabo del servicio y, después de vestirse con un corto camisón de muselina transparente, se dirigió con pasos silenciosos a la habitación de su amo.

Desnudo y destapado, David parecía un ángel dormido. La sábana de seda, que ella misma había planchado y perfumado con esencias, se amontonaba a sus pies, completamente arrugada. Tenía el pelo revuelto, húmedo por el sudor y su pene, pequeño y rosado como el de un niño, descansaba entre sus fuertes muslos.

Sierva cogió uno de los muchos cojines que habían en el dormitorio, lo colocó en el suelo, a los pies de la cama, y se arrodilló sobre él, a la espera

de que su amo se despertase.

No tuvo que esperar demasiado. A los pocos minutos, sonó el despertador y David empezó a desperezarse. Lo primero que vio fue a su fiel Sierva, sentada ante él, perfectamente peinada y maquillada, con su camisón de niña perversa e inocente.

Su amo se tomó su tiempo. Dio varias vueltas en la cama, bostezó un par de veces y se rascó groseramente varias partes de su cuerpo. Después de unos minutos que a Sierva le parecieron eternos, se incorporó y se sentó en la cama.

—El orinal —le ordenó.

Sierva se levantó presurosa y se dirigió, pasillo abajo, hacia el cuarto de baño principal, que ahora era de uso exclusivo de su amo. Cogió una jofaina antigua y volvió de nuevo al dormitorio.

Dejó la jofaina a los pies de David y volvió a arrodillarse.

Su amo se levantó de la cama y orinó delante de ella. El fuerte chorro crepitó en el recipiente, salpicando ligeramente el rostro de Sierva que, con los ojos cerrados, recibía aquella humillación como un gesto de amor, como un regalo de buenos días.

—Llévatelo —le dijo cuando terminó.

La esclava limpió con un pañuelo las gotas de orina que habían caído en el suelo y salió corriendo hacia el baño con el recipiente para vaciar su contenido. Debía darse prisa, si no preparaba el desayuno en diez minutos, llegarían tarde.

Sierva se dirigió a la cocina mientras David entraba en su baño privado para ducharse.

Cuando entró en el salón, el desayuno ya estaba servido. Su esclava había puesto un fino mantel blanco y, sobre él, un juego de taza y platos de porcelana. Las tostadas estaban recién hechas y la mermelada era casera, preparada por ella misma.

Sierva llegó de la cocina con la cafetera. Su amo no le dirigió la palabra, ni siquiera la miró. Después de servirle el café, volvió a la cocina para engullir, de pie y a toda prisa, un trozo de pan. Debía darse prisa.

—¡Sierva! —oyó gritar a David desde el salón.

Ella apareció presurosa y se arrodilló una vez más a los pies de su amo.

—¿Sí, señor? —preguntó.

—Lústrame los zapatos.

Sierva fue a buscar todo lo necesario y se sentó en el suelo, con las nalgas desnudas sobre el parquet astilloso para lustrar con una gamuza los zapatos de David. Qué momento más dulce, pensó ella, qué íntima comunión. Él, sentado en el sofá, ofrecía sus ostentosos Lottusse a su querida Sierva. Ella, extasiada por la mezcla del olor del betún y el aroma a excitación que exhalaba el cuerpo del amante, se afanaba por ofrecer a su amo un trabajo de profesional. El vaivén de la gamuza sobre la puntera agitaba sus senos, aprisionados por un camisón de niña que le venía demasiado pequeño.

—No están lo suficientemente limpios —la amonestó él cuando estaba a punto de concluir su tarea.

Isabel observó con atención el brillante cuero negro y pidió perdón. Su amo tenía razón. Debía esforzarse más. Todavía podía hacerlo mejor, mucho mejor.

David le acarició la mejilla con dulzura y, sujetándola por el mentón, le alzó el rostro, permitiendo que lo mirara directamente a los ojos.

—Sabes que lo hago por tu bien, querida Sierva. A veces creo que eres una niña, una niña a quien debo enseñar a ser una mujer. ¿Lo entiendes, verdad?

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza y volvió a su tarea.

La luz del atardecer teñía de rojo sangre las cortinas y penetraba en la estancia como un hálito emponzoñado. Una pequeña cucaracha cruzó la habitación con paso vacilante, se detuvo unos instantes delante de ellos y prosiguió rápidamente su marcha hasta desaparecer a través de una grieta del zócalo.

El silencio casi monástico que reinaba en la habitación amplificaba los sonidos más leves, el roce de la gamuza sobre el cuero, el suave crujido del somier, la respiración entrecortada de los dos... Era en momentos como aquellos cuando Isabel entraba en un estado de dulce complacencia, cuando soñaba quedarse con aquel hombre para siempre, huir con él muy lejos de allí y olvidarse de todo, pero se trataba tan solo de breves espejismos de

felicidad que desaparecían en cuanto volvían al mundo real. Además, no estaban solos. Nunca lo estaban.

—Ya es suficiente —le ordenó David, al mismo tiempo que le daba una leve puntada en el pecho con uno de sus flamantes zapatos.

Isabel temió por un momento que su amante la abandonara, que la dejara sola en aquel piso enorme y que no volviera nunca más. Pero no pasaría, sabía que nunca pasaba. David dependía de ella, de su amor, de su sumisión ilimitada... Se había convertido en un adicto, adicto al sexo sucio en el que lo había introducido, al efecto cada vez más intenso de la opiolina, al ambiente malsano y al mismo tiempo excitante del *Suspiria*... Ya no había marcha atrás.

—Ven —le ordenó.

David se había acomodado en el sillón orejero que había en un rincón de la habitación. Isabel observó con arrobó la camisa blanca con las mangas cuidadosamente dobladas, el pantalón estrecho de corte italiano, los zapatos relucientes...

Se levantó de un salto y se acercó a su amo, arrodillándose ante él, con la mirada baja, como sabía que le gustaba. Se alisó disimuladamente el faldón de su camión blanco, un camión casto e inocente que resaltaba todavía más la imperfecta sensualidad de su cuerpo.

David la miró de reojo, con expresión divertida, irónica incluso.

—Cada día que pasa eres más obediente —le dijo.

Aunque sabía que no debía hacerlo, Sierva miró a su amo con emoción y gratitud. Él pasó por alto su atrevimiento y se sentó en el sofá para degustar con calma su café.

Isabel se sentó a sus pies. Tenía programada una importante operación aquella misma mañana, pero, en aquellos momentos, las obligaciones de Sierva eran su prioridad. Todo lo demás podía esperar.

DOCE

Era como una radiografía observada a contraluz. Sus costillas, delicadas pero prominentes, se marcaban en su tórax como el armazón metálico de un estrambótico artefacto. Solo sus senos, redondos y turgentes, daban a aquel cuerpo descarnado una cierta sensualidad.

—¿Qué te parece? —le preguntó Dominó.

Isabel no contestó. No podía dejar de observar a aquella joven prostituta que, desnuda en medio del despacho de su colaborador, los miraba con ojos vacíos.

—Tenías que haberla visto cuando llegó —continuó—. Estaba en los huesos. Este cirujano que me recomendaste es un genio.

El larguísimo pelo rubio de la joven, la principal seña de identidad de la casa, le caía de forma graciosa por los hombros y la espalda. La boca, pequeña y carnosa, estaba ligeramente enrojecida en su contorno. Una boca mordisqueada por tantos hombres, pensó Isabel, horadada y violentada una y otra vez y, sin embargo, tan fresca y natural, como la de una niña que acabara de comerse un helado.

Dominó no se había equivocado. Era una buena adquisición. El rostro inocente y la hermosa melena, junto a los desproporcionados pero perfectísimos senos que acaban de implantarle, la convertían en una perfecta máquina sexual.

—El viejo doctor Ferrando —contestó Isabel por fin—. Era uno de los mejores cirujanos plásticos del país. Hasta que lo denunciaron por negligencia. Ahora solo trabaja para nosotros, pero sigue siendo un artista.

Con la vista todavía puesta en la perfecta muñeca, Dominó no parecía escucharla. Estaba fascinado por aquella aberrante obra de arte suya. De la misma manera que un maquiavélico Pigmalion, observaba cada centímetro de su cuerpo como si calculara las posibilidades de aquel raro objeto de

coleccionista, su precio o mejor aún, las muchas satisfacciones sexuales que podría proporcionarle, la sensualidad de su boca infantil, el pubis apenas definido, la incitante curva de sus glúteos... Y esos senos, esos senos enormes y gravitantes que surgían de su cuerpo como súbitas erupciones; esponjosa lava, tibia y suave, especialmente creada para ser acariciada, besada, lamida, amasada...

—Dile que se vaya —le ordenó Isabel.

Su colaborador la miró contrariado. No le gustaba que le diera órdenes y menos cuando se encontraba en su terreno, el club *Suspiria*, y en presencia de una empleada suya. A pesar de ello, hizo lo que le pedía. Despidió a regañadientes a la joven prostituta y, una vez solos, la escrutó con la mirada.

—¿Qué ocurre? —le preguntó con acritud.

—¿Qué edad tenía esta chica? —preguntó Isabel a su vez—. Parecía muy joven.

Dominó tardó en contestar. Extrajo un cigarro turco de su cajetilla y lo encendió sin prisas, mirándola fijamente a los ojos.

—Es mayor de edad, si es eso lo que te preocupa —contestó después de aspirar el humo de forma ampulosa.

—No estoy preocupada. En absoluto.

—¿Entonces?

—Siempre me lo he preguntado. Es extraño que no trabajes con menores.

—¿Menores? No me dedico a eso. Es demasiado peligroso. Ninguna tiene menos de 18 años, aunque soy consciente de que aparentan menos. Mujeres con cara de niñas. Esa es mi especialidad.

Isabel se levantó de su butaca y se paseó por el pequeño habitáculo que hacía las veces de despacho. Observó las fotos de chicas desnudas que habían colgadas en las paredes. Todas ellas eran rubias, de corta estatura y extremadamente delgadas. Mujeres con apariencia de niñas, tal como había dicho Dominó, muñecas articuladas sin vida y sin voluntad.

—¿Seguro que no me engañas? —repitió ella.

Dominó entrecerró los ojos, como si no hubiera entendido la pregunta.

—¿A dónde quieres llegar? —le inquirió.

—No hace falta que te lo diga —contestó Isabel.

Dominó se levantó trabajosamente, como si le dolieran las rodillas, y, después de hacer lo que parecían unos breves ejercicios de estiramiento, cogió una botella de whisky de una especie de botiquín que había colgado en la pared.

—¿Quieres una copa? —le ofreció.

—Sabes que no —le contestó ella.

Después de verter una buena cantidad de whisky en su taza de café, Dominó respiró hondo y acabó con el contenido de un solo trago.

Isabel decidió no continuar. La conversación no estaba tomando la dirección que ella había deseado. Dominó, con su destreza habitual, la estaba llevando hacia su terreno y no le convenía.

—Me voy —dijo en voz muy baja, casi imperceptible.

—Ahora no te puedes marchar. Quiero enseñarte algo —le contestó él.

Dominó se levantó y le ofreció el brazo de forma caballerosa. Después de pensárselo durante unos segundos, Isabel lo aceptó, abandonándose a su suerte, una vez más.

Eran las ocho de la tarde y el Suspiria acababa de abrir sus puertas. Cuando llegaron a la sala principal, Isabel pudo contemplar aquel espectáculo que, de tan familiar, había perdido su atractivo para ella.

Poco a poco, las jóvenes prostitutas iban ocupando sus lugares habituales, distribuyéndose de forma estratégica en los taburetes que había diseminados por toda la sala. Eran como hermosas autómatas dirigidas por control remoto. Caminaban con pasos cortos y algo descoordinados y, cuando llegaban al puesto asignado, se sentaban con recato y permanecían silenciosas, sin hablar entre ellas ni apenas moverse.

Eran tan parecidas entre sí, que parecían el producto de una clonación múltiple. Su atuendo también era muy similar. Las mujeres-niña de Dominó iban vestidas con el mismo modelo, una *negligée* de color negro totalmente transparente que marcaba todavía más la sensualidad de sus cuerpos de niña. Su languidez contrastaba con el dinamismo de la música italo-disco que sonaba en los altavoces y con el continuo vaivén de los focos de colores, bolas espejadas y luces estroboscópicas que llenaban aquel local casi vacío de figuras incorpóreas y estrellas fugaces.

La llegada de los primeros clientes también tenía lugar de forma escalonada. A aquellas horas de la tarde, la mayoría de los hombres iban solos, se sentaban en un rincón y observaban a las chicas con curiosidad y deseo. La mayoría de ellos se tomaban su tiempo antes de tomar una decisión y, cuando lo hacían, se dirigían a la joven elegida de forma casi siempre discreta. El intercambio de palabras era rápido —apenas duraba unos minutos—, el tiempo justo para establecer contacto y decidir el tipo de servicio deseado. Una vez llegado al acuerdo, la pareja desaparecía hacia uno de los reservados, un minúsculo rincón separado por una cortina dorada si se trataba de una felación rápida, o bien una habitación en el fondo del local si se había pactado un servicio más completo.

Las suites de lujo, emplazadas en los sótanos del edificio, estaban reservadas para lo que se consideraba la especialidad de la casa: la puesta en escena de los deseos más ocultos de los clientes vip. Para conseguirlo, Dominó no escatimaba esfuerzos. Elegía los mejores decorados, los argumentos más elaborados y los actores y actrices más convincentes para conseguir la mayor verosimilitud posible a sus historias. La opiolina no hacía más que poner la guinda en el pastel. A pesar de lo astronómico del precio, todo aquel que probaba ese servicio repetía. No podía ser de otra manera. Ningún otro local de la ciudad podía ofrecer un producto similar.

No había rincón en el *Suspiria* que Isabel no conociera. Los había visitado todos. Había hecho de prostituta en las salas superiores, de actriz sexual en las suites e, incluso, se había sentado en el otro lado del pasillo francés. Las posibilidades eran muy variadas e Isabel las había disfrutado todas.

Hacía ya tiempo que las sesiones se realizaban en otros escenarios, como casas abandonadas, pisos alquilados e, incluso, lugares más difíciles de acceder, como colegios, museos o iglesias. Nada resultaba imposible para Dominó, sobre todo cuando se trataba de satisfacer a Isabel, los imaginativos y arriesgados deseos de Isabel.

Por esta razón, cuando su colaborador la invitó a bajar por las escaleras que llevaban al sótano, Isabel no sintió nada en especial, ni curiosidad, ni miedo ni mucho menos deseo. Eran incontables las veces en las que había

descendido por aquellos escalones enmoquetados de rojo y rodeados de espejos gigantescos y deformantes, como los espejos mágicos de las ferias.

Tras un breve paseo por el distribuidor principal, se situaron frente a un enorme cuadro que representaba una hermosa pin up de los años 50. Isabel lo había contemplado tantas veces y, sin embargo, nunca se había percatado de la presencia en uno de sus costados del minúsculo pomo de cristal ahumado, que ahora accionaba Dominó. Sí, aquel retrato de la joven vestida a lo Betty Page no era un cuadro, era la entrada a un mundo que Isabel desconocía.

La puerta daba a un distribuidor rodeado de pequeñas puertas de distinto tamaño, todas ellas pintadas de azul cielo. En cada una de las puertas había una inicial decorada con motivos infantiles.

Isabel estaba temblando y todavía no sabía por qué. Miró a Dominó, que también parecía estar emocionado, y él le devolvió la mirada. Sus ojos habían perdido su fiereza. Nunca le habían parecido más dulces.

Después de dirigir una breve mirada a todas las puertas, se detuvo en una de ellas, la más pequeña de todas, la que tenía la letra «S» y la abrió con suavidad.

La puerta daba paso a lo que parecía una sala de juegos. Estaba pintada de rosa y decorada con caballitos de cartón, muñecas de trapo, aros y demás juguetes antiguos que le otorgaban un refinado aire victoriano. En el centro había una cama con dosel. Cubierta por un edredón y por varios cojines azul celeste, parecía una cama de muñecas de tamaño natural.

Cogiéndola de la mano, Dominó la invitó a acercarse. Había alguien durmiendo en ella. Aunque estaba tapada hasta el cuello, Isabel pudo reconocer perfectamente a la pequeña que había descubierto junto a su hermano. El pelo rubio pajizo, las pálidas mejillas, la boca rosada y carnosa... Se acercó un poco más, su cuerpo exhalaba el dulce olor de las niñas dormidas.

—Es un ángel, ¿verdad? —le preguntó Dominó en voz baja.

Por primera vez desde que lo conocía, Isabel pudo ver en su colaborador un matiz de ternura en su mirada. Estaba realmente conmovido, conmovido por aquella niña inocente que dormía tranquila y confiada en una de las salas más extremas de aquel prostíbulo.

Sin apenas darse cuenta, los ojos se le llenaron de lágrimas. Dominó tenía razón. Aquella niña parecía tener un aura especial, un poder de atracción difícil de resistir. Era capaz de despertar ternura pero también resultaba excitante. Era pura y, al mismo tiempo, profundamente sensual.

Dominó tenía un gusto exquisito para las mujeres, pensó Isabel. Era un verdadero esteta, un orfebre del sexo. El mercado estaba repleto de jóvenes atractivas, pero solo él era capaz de ir más allá de un cuerpo perfecto o de una mirada incitante. Dominó buscaba lo que otros no eran capaces de percibir, un atractivo especial que tan solo tenían las mujeres que habían sufrido en la vida, todas aquellas que guardaban secretos terribles, como aquella niña, como ella misma.

—¿La reconoces? —le preguntó Dominó todavía con la voz queda.

No contestó. Acercándose un poco más, Isabel retiró con suavidad la colcha que la tapaba y descubrió su cuerpo desnudo. Al contrario que las demás chicas de Dominó, la pequeña parecía bien alimentada. Estaba acostada de lado, con las nalgas algo levantadas y los senos, carnosos aunque todavía infantiles, dulcemente posados sobre la sábana de color rosa. En los muslos tenía algunos moratones, no demasiado profundos, aunque visibles. Las huellas del amor, pensó.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó ella con una profunda amargura en su voz.

Dominó se alejó de la cama con cautela, como un padre preocupado por su hija enferma, y, con gestos, pidió a Isabel que hiciera lo mismo.

—Vámonos de aquí —le ordenó.

Abandonaron la habitación. Lo hicieron lentamente, como si temieran despertar a esa princesa que, ajena a la tribulación de ambos, descansaba con el sueño tranquilo de las niñas buenas. Cuando Dominó cerró la puerta, Isabel sintió la necesidad de volver a entrar, de despertar a la pequeña y de llevársela fuera de allí, de aquel mundo depravado en el que la habían introducido sin ser ella consciente. Pero no podía hacerlo. Aquel era el terreno de Dominó, su mundo inexpugnable, y estaba prohibido entrar en él.

Cuando, después de subir las escaleras y cruzar una vez más la sala, cada vez más llena y animada, volvieron al pequeño despacho, Isabel

respiraba con dificultad, como si estuviera a punto de sufrir un ataque de ansiedad.

—¿Por qué me haces esto Dominó? —volvió a preguntarle cuando llegaron—. ¿Por qué has metido a Ramón en todo esto?

—Es solo una cortesía para tu hermano. Un regalo de bienvenida.

—¿De bienvenida?

—Sí, ahora tu hermano es uno de los nuestros.

Isabel miró a Dominó abriendo mucho los ojos, como si no hubiera entendido el sentido de sus palabras. De hecho, tardó unos segundos en comprender su verdadero significado. Sí, ahora Ramón estaba a merced de Dominó, como lo estaba ella, como lo estaban todos. Había perdido un aliado, uno de los más importantes. La partida se complicaba cada vez más.

—¿Qué te ha parecido Sonja? —le preguntó Dominó ajeno a la creciente turbación de Isabel—. ¿No es encantadora?

—Es solo una niña —contestó ella con amargura—, y tú la has convertido en una prostituta.

—Te equivocas Isabel, no comercio con ella, si es eso lo que quieres decir. Ella es algo especial. Es como una rara obra de arte, imposible de tasar. Sonja no se compra ni se vende, simplemente se ofrece a quien sabe apreciarla.

—¿A personas como mi hermano?

—A eso me refería. Puedes estar contenta. Tu hermano es un hombre refinado, como también lo era tu padre ¿no es así?

—¿Qué sabes de mi padre? —preguntó Isabel.

—Todo —contestó Dominó con la satisfacción de un diestro a punto de entrar a matar—. Lo sé todo. Y no solo de él. Lo sé todo de tu familia y de ti.

—¿De mí? —preguntó ansiosa.

—Sí, de ti Isabel —contestó él—. ¿Por qué crees que nunca te he preguntado cómo te habías hecho esas cicatrices? Porque ya lo sabía, desde el principio. Siempre me informo sobre las personas con las que trabajo. Contigo no podía ser diferente. Tu padre era un depravado y tú pagaste por ello, vaya si lo pagaste.

—¡Cállate! —le gritó Isabel, mientras se tapaba los oídos con las manos.

Imperturbable a pesar de la interrupción, Dominó siguió con su discurso, tan bien estructurado que parecía haber sido preparado desde hacía tiempo.

—Sí, Isabel, ya lo sé —le dijo, paladeando con placer cada palabra que salía de su boca—. Sé que no te gusta hablar de ello, pero conmigo no tendrás más remedio que hacerlo, como otras muchas cosas. Te tengo contra las cuerdas y lo mejor está aún por llegar. Ahora soy tu amo, en el sentido más amplio de la palabra. Tu verdadero amo, no como ese pelele que va a tu casa de vez en cuando. Me perteneces por completo. Tu cuerpo y tu voluntad son míos.

—¿Y todo esto por una fórmula, Dominó? —le preguntó Isabel desafiante— ¿Por la fórmula de una droga como tantas otras?

—No me estás entendiendo. No solo quiero la opiolina, te quiero a ti. Quiero encerrarte aquí, en el *Suspiria*, día y noche. Que dejes tu casa, tu carrera, todo y que te conviertas en una prostituta más. Te lo juro Isabel, conmigo serás feliz. Ya no será un juego, como hasta ahora. A mí no hará falta que me obligues ni que me chantajeas, seré tu amo. Es lo que siempre habías deseado y yo te lo ofrezco. Tú y yo juntos, para siempre. Yo curaré tus heridas, yo haré que tus sueños se hagan realidad. Ocuparé el lugar de tu padre. Cuidaré de tus hermanos, les daré todo lo que necesitan. Volverás a tener a tu familia unida. Seremos felices, te lo prometo.

Con el cuerpo tenso y los ojos clavados en el rostro de Dominó, Isabel era incapaz de asimilar todo lo que, cada vez de manera más descoordinada e impulsiva, le estaba diciendo su colaborador. De todo aquel incesante flujo de palabras, tan solo le había quedado una frase en la mente.

—¿Has dicho que cuidarás de mis hermanos? —le preguntó.

—Sí, Isabel —le contestó él bajando súbitamente la voz—. Ramón será feliz aquí, con Sonja. Y Javier...

—¿Javier?

—Sí, también está con nosotros. Lo sospechabas ¿verdad? No debes preocuparte. Lo tenemos controlado, no volverá a ser un problema para ti, no volverá a amenazarte ni a hacerte daño. ¿Lo ves, Isabel? ¿Ves todo lo que estoy haciendo por ti? Mi único objetivo es hacerte feliz.

Más nerviosa que nunca, Isabel estaba clavando, sin apenas darse cuenta, sus elegantes uñas en el brazo del sillón de cuero en el que estaba

sentada. Aquello no era, en absoluto, lo que se había imaginado. Dominó la amaba. Siempre la había amado. Y ella no se había dado cuenta hasta ahora. Era como ella, su copia exacta, y deseaba las mismas cosas. Qué fácil sería someterse a su voluntad, pensó, darle todo lo que poseía y dejar que él dirigiera su vida. Dedicarse únicamente a disfrutar de los tormentos que él le infringiría. Dejarse llevar, gozar, pero esos eran los deseos de Dominó, no los suyos.

—Crees que me conoces, pero estás equivocado, completamente equivocado —le contestó.

Por primera vez en la conversación, Dominó parecía desconcertado.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó.

—Soy Isabel Ibernón, la doctora Isabel Ibernón, directora de una de las clínicas más prestigiosas de Barcelona y poseedora de la fórmula de una de las drogas más potentes que circulan por los círculos más exquisitos y poderosos de la ciudad. Soy hermosa y sé cómo hacer feliz a cualquier hombre, a cualquiera. ¿Me crees capaz de renunciar a todo esto por un solo hombre? ¿a dejar de ser quien soy por ti? No me conoces en absoluto, Dominó. No te entregaré mi vida, ni a ti ni nadie. Nunca lo haré. No es eso lo que busco.

Dominó volvió a servirse whisky en su taza de café. La taza estaba sucia y algo desportillada en los bordes. Isabel sintió una sensación desagradable cuando Dominó se la llevó a la boca.

Tras apurar todo el contenido, su colaborador miró fijamente el recipiente y, como si hubiera percibido su repugnancia, la lanzó con fuerza contra la pared.

—Querida Isabel —le dijo con un falso tono calmado—. Vuelves a entender las cosas a medias. No estoy mendigando tu amor, te lo estoy exigiendo. No me importan tus sentimientos. Lo único que quiero es que hagas todo lo que te digo. Quiero que te entregues a mí, por las buenas o por las malas.

—Sabes que nunca lo haré.

—Pues escúchame con atención. Los jueguecitos de tu hermano con esa pequeña puta, que para tu información tan solo tiene trece años, están grabados. Si hago entrega de ese video a la policía, tu hermano se pudrirá

en la cárcel de por vida. Por lo que respecta a Javier, tengo varias opciones. Puedo permitir que se drogue hasta morir o bien dejarlo suelto. Tal como está, lo primero que hará será ir a tu casa y tratar de matarte y, créeme, tiene muchas posibilidades de conseguirlo. Te odia ¿lo sabes? Lo mejor que puedes hacer, tal como están las cosas, es venirme conmigo. Así de fácil. Déjate llevar, no te arrepentirás.

—Eres un buen hombre de negocios, querido Dominó —empezó a decirle con un tono súbitamente calmado—. Te felicito. Sabes cómo jugar tus cartas. Quieres quedarte conmigo y con todos los negocios de mi familia ¿me equivoco? Con la opiolina, con la clínica, con todo... Y yo ¿con qué me quedo?

—Con mi protección y con mi amor. Te lo juro Isabel, sé cómo tratarte. Sé lo que deseas y prometo proporcionártelo. Cada día será una fiesta, aquí en el Suspiria o en mi casa, donde quieras. Serás mi reina. Viviré por y para ti. Te prometo la felicidad plena. Libera a David, ya no nos sirve. Puedo acabar con él, si así te sientes más tranquila. Sabes que, para mí, no supone ningún problema. Es un objetivo fácil.

Isabel se estremeció. Comprendió que la vida de David también corría peligro. Sentada en aquel despacho, ya empezaba a sentirse prisionera. No podía escapar. Hizo una rápida valoración de la situación. Sus hermanos estaban perdidos, pensó, pero ellos se lo habían buscado. Lo sentía por Ramón, pero no podía hacer nada por ellos. Ahora, su prioridad era salvar su propia vida, y la de David, la auténtica víctima inocente de aquel juego. Necesitaba tiempo, un poco más de tiempo.

—Creo que no me queda otra opción —le dijo ella con la mirada baja, como si se encontrara en una sesión delante del amo más despiadado.

—Veo que lo entiendes, amor mío —le dijo con tono complacido—. Ahora solo queda cumplimentar el papeleo y empezar a disfrutar.

—¿El papeleo?

—Quiero que pongas la clínica a mi nombre, y tu casa. Todas tus posesiones y la de tus hermanos serán ahora mías y lo quiero todo por escrito. Irá a nombre de un testaferro, claro, dada mi situación, pero no te preocupes, lo tengo todo controlado.

—Te olvidas de una cosa.

—¿Cuál?

—Laura. Ella posee una cuarta parte de las acciones de nuestro negocio. No creo que sea fácil convencerla.

—Te equivocas una vez más querida. Laura también está conmigo.

—¿Qué le has hecho a Laura, Dominó? —le preguntó presa de un terrible presentimiento.

—¿Te explicó su asunto con aquel apuesto ruso, Vladimir? Está enamorada hasta las trancas. Tu hermana es casi tan apasionada como tú. Es capaz de todo por amor.

—¿Qué le has hecho a Laura? —repitió Isabel. —Pregúntaselo a ella —le contestó.

Isabel no podía continuar. Laura, ¿qué pasaba con Laura? No quiso saberlo. Ella también tenía que ser sacrificada, no había otro remedio. No quería pensar, no quería seguir hablando, tan solo quería huir, abandonar aquel sofocante despacho, el Suspiria, todo... y no volver más. Necesitaba escapar de todo ello, volver con David, llevárselo muy lejos de allí y disfrutar con él la vida que siempre había soñado. Lo dejaría todo atrás, pensó. Esa era la única opción.

—Déjame tiempo, Dominó —le pidió—. Déjame un poco de tiempo para arreglarlo todo.

—De acuerdo, pero no tardes mucho. Yo estaré aquí, esperándote.

Se levantó de un salto y se marchó sin despedirse. Una vez en la calle, se detuvo unos segundos para aspirar el aire fresco de la noche. No estaba todo perdido, quiso pensar, todavía no estaba todo perdido.

TRECE

Tras el biombo con dibujos chinescos, Isabel ultimaba los detalles de la indumentaria que había elegido para aquella noche. Tan solo le quedaba ajustarse el corsé, un modelo de estilo Burlesque algo vulgar, pensó, pero muy adecuado para la ocasión. Sus senos, aprisionados de forma casi insoportable por la seda fruncida, emergían de forma exagerada hacia el exterior, acentuando todavía más el grosor de sus cicatrices.

Echó una rápida ojeada al espejo. Era la primera vez que se ponía unas pestañas postizas y no acababa de sentirse cómoda con ellas. Pestañeó rápidamente para comprobar el efecto de aquellos exagerados abanicos que, junto a sus labios maquillados de rojo intenso, daban a su rostro la expresión vacía pero al mismo tiempo insinuante de una muñeca hinchable.

Esta noche quería mostrar un aspecto diferente. En lugar de los elegantes *culottes* de encaje tan habituales en ella, llevaba un simple tanga transparente. Había querido dejar al descubierto sus nalgas redondas y firmes, hacer que temblaran a su paso. Deseaba que la palmorearan, que la pellizcaran, que la flagelaran... Su carne, fresca y jugosa como la pulpa de una sabrosa fruta, necesitaba sentir el dolor de los golpes y el calor de las heridas.

Tampoco quiso ponerse medias. Deseaba ofrecer sus piernas desnudas a los desconocidos que quisieran cabalgar sobre ella, y enroscarlas como serpientes alrededor de sus torsos. Con el interior de sus muslos siempre húmedo, sus piernas, largas, suaves y blanquísimas, se moverían poderosas en la oscuridad del salón, abriéndose y cerrándose con la violencia de una planta carnívora.

¿Le gustaré así?, pensó al mismo tiempo que asomaba tímidamente la cabeza por el biombo. Ajeno a su preocupación, su amo David la esperaba sentado en el sillón orejero de su habitación, el mismo donde se sentaba con

su padre cuando le leía cuentos. Quiso volver a hacerlo, sentarse sobre sus rodillas, abandonarse en sus brazos, pero no podía hacerlo, no si él no se lo pedía. Además, tenía que darse prisa. Nico no tardaría en llegar.

David se sentirá orgulloso de ella esta noche, pensó. Cuantos más hombres quisieran poseerla, más satisfecho estará. La ofrecerá de la misma manera que un cuadro valioso en una subasta, disfrutará con las miradas lascivas, con las discusiones sobre quién la poseerá primero. Y la arrojará como un pedazo de carne a los leones, un sabroso pedazo de carne.

—¿Estás lista, Sierva? —le preguntó.

Debía darse prisa. Si se demoraba, sería castigada. Tras una última ojeada al espejo, se tomó rápidamente una fuerte dosis de opiolina y salió del biombo para mostrarse ante él, erguida, pero con la mirada baja, esperando su aprobación.

Su amo parecía tranquilo. Acababa de encenderse un habano y absorbía el humo con forzada lentitud. Estaba tan atractivo, pensó Isabel, tan demacrado y viril. Llevaba, como siempre, un traje oscuro de estilo británico, camisa blanca y corbata gris. Él la observó con expresión severa, frunciendo ligeramente las cejas. La arruga vertical de su frente apareció una vez más, esa arruga que daba a su rostro aquella asimetría que tanto le atraía.

Nico los dejó a la puerta de una lujosa mansión. Les habían tapado los ojos para que no pudieran identificar el lugar. No les extrañó. Era una práctica frecuente que solía formar parte de la complicada parafernalia que rodeaba todas las producciones de Dominó.

Cuando el chófer les condujo hacia la puerta, David la cogió de la mano. Siempre lo hacía y a Isabel no dejaba de sorprenderla. Era como si quisiera protegerla de la depravación que la esperaba, como si, en el fondo, no deseara entregarla a los extraños. Lo miró a los ojos, aunque sabía que no debía hacerlo, y vio amor, una intensa mirada de amor.

El portón se abrió antes de que les diera tiempo a llamar. Dos hermosas doncellas con uniforme clásico los invitaron a entrar en el interior de la casa, los ayudaron a quitarse los abrigos y los acompañaron al salón principal.

Como siempre, empezó a temblar de miedo y de excitación. Esta vez no había querido dar demasiadas indicaciones. Tal como estaban las cosas, estaba segura que aquella iba a ser la última sesión que haría con Dominó. Había aceptado asistir casi por compromiso, por mantener a su colaborador distraído mientras ideaba cómo podía salir de la encrucijada donde estaban inmersos, pero no por ello estaba menos motivada. El hecho de que su colaborador se mostrara todavía más peligroso de lo habitual la excitaba poderosamente. Estaba convencida; aquella iba a ser una excelente sesión. Una buena despedida.

No tardaron en llegar. El salón era una amplia sala de baile de estilo versallesco, suntuosamente iluminada por las enormes arañas doradas que colgaban del techo. La imagen de los invitados a la fiesta, hombres trajeados como David y hermosas jóvenes desnudas o en ropa interior, se duplicaba o triplicaba gracias a los espejos que, de forma estratégica, estaban distribuidos por toda la sala. Todos los invitados, sin excepción, estaban realizando algún tipo de acto sexual. Las combinaciones eran variadas e imaginativas, aunque no dejaba de tratarse de sexo convencional, el tipo de sexo que no los complacía, ni a ella ni, en los últimos tiempos, tampoco a David. Aquel era únicamente el lujoso escaparate, pero estaba segura que la verdadera sorpresa que les aguardaba estaba en la recámara, oculta de la mirada de todos aquellos actores secundarios.

Su llegada despertó la admiración de los presentes. No hubo pareja en la que uno o ambos miembros no interrumpiera su actividad para observarlos. David enderezó todavía más la espalda. Estaba orgulloso, pensó Isabel, orgulloso de su posesión, y se sintió excitada por ello. Sin poder evitarlo, se fijó en su entrepierna. Sus ajustados pantalones revelaron una rápida y voluminosa erección.

Algunos hombres se acercaron a ella. Observaron con detenimiento su boca hinchada por el maquillaje, el desconcertante pecho masacrado, las nalgas turgentes... Las mujeres parecían envidiar su rara belleza al mismo tiempo que intentaban tocar a David, pero él no se dejaba. Las mantenía alejadas con su fría mirada.

Una puerta hasta entonces cerrada y semioculta por una pintura que hacía de trampantojo, se abrió de forma inesperada. Todos los asistentes,

que parecían tan sorprendidos como ellos, se dieron la vuelta casi al unísono. Dos hombres vestidos completamente de negro aparecieron en la puerta. Parecían sirvientes.

—Doctor Sanmartín —dijo uno de ellos—, síganos, por favor, lo están esperando.

—Puede traer a la mujer —añadió el otro.

David cogió a Isabel del brazo y tiró de ella. Franquearon la puerta y siguieron a los hombres por un ancho pasillo rodeado de cuadros, retratos de estilo barroco, que reflejaban los rostros de hombres y mujeres con el semblante adusto. Al contrario que la sala de baile, el pasillo estaba muy poco iluminado. A ambos lados de las paredes, unos sencillos apliques cromados con las bombillas desnudas arrojaban una luz tenue y amarillenta. El suelo era de madera antigua y crujía a cada paso. Isabel tuvo la impresión de que andaban sobre la cubierta de un barco embrujado.

Llegaron a un pequeño distribuidor. Dominó los estaba esperando.

—Buenas noches, doctor —saludó—. ¿Todo a su gusto?

David gruñó por toda respuesta.

—Esta noche tengo preparado algo especial para usted —prosiguió—. Unas hermosas gemelas adolescentes. Están deseosas de humillarse ante usted. Una *delicatessen*, créame, pero antes tendrá que entregarme a la mujer.

Desconcertado, David miró directamente a los ojos a Dominó, algo que no tenía costumbre de hacer. Isabel se revolvió inquieta sobre sus altos tacones. Sentía miedo, pero también deseo, deseo por saber qué le esperaba a ella.

—No estoy de acuerdo —contestó David—. La mujer se queda conmigo.

—Eso no va a poder ser, doctor —insistió Dominó—. Es una sorpresa, una sorpresa para los dos, pero sobre todo para ella.

—La mujer se queda —volvió a decir David.

Dominó le contestó con una fría sonrisa. Dio una palmada y aparecieron tres hombres.

—Llevaros a Isabel —ordenó Dominó nervioso, tan nervioso que había incumplido, por primera vez desde que se conocían, una de las normas

principales, no llamarla nunca por su verdadero nombre en presencia de extraños.

Mientras dos de los hombres sujetaban a David, el tercero, el más fornido, la cogió por el brazo y se la llevó por el camino por donde habían venido. La condujo hacia una pequeña habitación, la empujó dentro de ella y se marchó, cerrando la puerta con llave.

Isabel abrió los ojos, pero no pudo ver nada. La estancia era tan oscura que parecía estar suspendida en el vacío. Intentó palpar las paredes en busca del interruptor de la luz, pero no lo encontró. Tenía miedo y estaba excitada.

Se abrió la puerta. Un intenso fogonazo de luz la cegó momentáneamente. Alguien había entrado en la habitación, pero lo había hecho tan rápidamente que no había podido ver quién era. Quiso preguntárselo, pero no se atrevió. Sabía que no podía hacerlo.

La estancia volvía a estar a oscuras. El desconocido se acercó a Isabel, la cogió de un brazo y la llevó hacia la cama, obligándola a tenderse sobre ella. Lo hizo de forma delicada, con ademanes comedidos, como si no quisiera violentarla.

El hombre no tardó en desnudarla y llevar las manos a sus senos. No pareció extrañarse por su abrupta superficie. Era como si supiera de memoria cada surco, cada relieve, como si, a pesar de la oscuridad, pudiera recrear la compleja orografía de su cuerpo sin olvidar ningún detalle.

Pasaron los minutos. Isabel necesitaba la penetración, pero el extraño se demoraba. Parecía extasiado con las múltiples posibilidades de su masacrado pecho, que besaba y lamía con su lengua helada, con una pasión que parecía haberse gestado durante largo tiempo.

Cuando Isabel se revolvió, haciéndole notar que ya estaba preparada, él la sujetó de las muñecas y le abrió los brazos. A Isabel le extrañó ese gesto inusual. Pensó que posiblemente quisiera atarla, pero no lo hizo. Se limitó a mantenerla así, con los brazos abiertos, desplegados como dos enormes alas.

Solo entonces la penetró. Lo hizo clavando su afilado estilete hasta el fondo de su sexo. Isabel suspiró. Aunque fino, el miembro era más largo de lo normal y, al moverlo dentro de ella, sentía estremecerse sus entrañas.

El desconocido se movía de forma ligera y sutil, como si revoloteara por encima de ella. Gemía en profundidad, pero en ningún momento articuló palabra alguna. Isabel acarició su cabello y sus glúteos sin apenas vello. Sus piernas, largas y delgadas, se entrecruzaban de forma constante con las de ella. Isabel tuvo la impresión de que copulaba con un enorme insecto, con un gran saltamontes que la sujetaba con sus antenas articuladas. Isabel recibía con placer el envite de sus caderas sobre su vientre, la presión de sus descarnadas costillas en su pecho.

Isabel empezó a asustarse, aunque no sabía por qué. La sensación de indefensión ante aquel desconocido, ante aquel hombre que se comportaba de forma tan inusual, le causaba una creciente angustia. Él pareció notar su miedo. Se excitó todavía más. Sus gemidos se convirtieron en gritos y las acometidas empezaron a ser cada vez más violentas. Su largo pene se henchía por momentos, provocándole un intenso dolor en la profundidad de su vientre.

No tardó en derramarse dentro de ella. Isabel cerró los ojos e imaginó el recorrido de esa agua caliente que inundaba su cuerpo, su entrada violenta, el rápido acenso y, después del breve remanso, el camino a la inversa, más lento, más débil. El suave goteo en el vello púbico, la densa humedad entre sus muslos,... Pero, contrariamente a lo que solía pasarle, la sensación le desagradó, le desagradó profundamente. Había algo en ese semen que le repelía, algo que le producía un gran malestar. Era como veneno, como una sustancia corrosiva que desgastaba su tejido tierno allí por donde pasara.

A medida que el líquido se enfriaba en su cuerpo, decrecía su deseo por él y aumentaba su disgusto. Empezó a repelerle su olor, el tacto áspero de su piel, la presión de su pene, todavía erecto, en su interior. Su presencia le resultaba insoportable. Intentó desasirse, pero él se lo impidió.

—Déjame —le pidió ella, pero él no le hizo caso.

Solo cuando desclavó su fino miembro, cuando bruscamente se retiró de Isabel, aceptó liberarla.

—Lo siento —le dijo entonces hablando por primera vez.

Y se marchó.

Fue entonces cuando Isabel lo entendió todo.

Dominó la había obligado a acostarse con su propio hermano.

Ella había sido la mariposa mas bella de Ramón.

Cerró los ojos con fuerza. Sus pestañas postizas se llenaron de lágrimas.

CATORCE

Cuando llegó la carta de Dominó, entregada en mano por una de sus chicas, Isabel pensó que se trataba de la convocatoria para una nueva sesión, pero se equivocaba. Era una invitación para una fiesta de cumpleaños, una fiesta sorpresa. En la misiva, Dominó pedía discreción, al mismo tiempo que indicaba el lugar y la hora en las que se llevaría a cabo: «En la planta noble del *Suspiria*, el doce de abril, a las once de la noche».

No debía acudir, no debía hacerlo por nada del mundo. Se escondería. Seguro que encontraría un lugar seguro donde huir. Un hotel, en una ciudad lejana. Cogería un avión. Sí, se iría muy lejos. Compró un billete para Estocolmo. No conocía a nadie allí. A Dominó no se le ocurriría buscarla en un país tan remoto, pero el día que debía partir, cuando bajó a la calle con su maleta, la esperaban dos hombres en la portería. ¿Cómo podían haberse enterado?

Los hombres la obligaron a volver a casa. No volvería a salir de ella en dos días, le dijeron, el tiempo que faltaba para la cita. Ellos se encargarían de suministrarle los víveres. Y, por supuesto, no debía llamar a la policía. Sería su fin y el de su familia. Su forzado encuentro sexual con Ramón había sido una advertencia. Estaba en sus manos, ella y sus hermanos, Dominó podía hacer lo que quisiera con ellos. Estaba a merced suya y no había escapatoria, nunca la habría. La única alternativa era acudir el día señalado y esperar acontecimientos.

Y el día llegó.

Isabel se puso un largo vestido azul noche con un profundo escote que dejaba completamente al descubierto sus cicatrices, unas cicatrices que cada vez le importaba menos ocultar. Cuando bajó a la calle, los hombres habían desaparecido. Tan solo la esperaba Nico en el coche.

—¿Sabes algo de esto? —le preguntó Isabel al chófer nada más entrar en el coche.

Después de ajustar el retrovisor y colocarse la gorra con parsimonia, Nico la miró a través del espejo y se encogió de hombros. No valía la pena preguntar, pensó Isabel, lo más probable es que no supiera nada y, en el caso de que no fuera así, no podría decírselo.

Cuando llegó a las puertas del *Suspiria* y bajó del coche, se encontró con dos hombres de aspecto inusual. No eran esbirros de Dominó ni tampoco parecían clientes del club. Isabel llegó a pensar incluso, de que se trataba de extraños que se encontraban allí de forma casual. El más alto parecía un gitano de la Europa del Este. Moreno y enjuto, llevaba una especie de faja estampada a modo de cinturón, que sujetaba unos pantalones sucios y arrugados. Estaba hablando con un hombre de corta estatura, casi un enano, con el rostro picado por la viruela.

—Buenas noches, ¿está invitada a la fiesta? —le preguntó el gitano, al mismo tiempo que movía con mal disimulado amaneramiento sus anchas manos de titiritero.

Isabel no le contestó. El portero volvió a insistir, acentuando todavía sus aspavientos.

—¿Es amiga del señor Dominó?

Como seguía sin contestar, el enano se acercó al gitano, lo obligó a inclinarse y le habló al oído sin dejar de mirarlos.

—Oh, mil perdones señora —contestó el portero, al mismo tiempo que agitaba teatralmente sus pestañas cargadas de rímel—, puede pasar ¡faltaría más!

Resignada, Isabel bajó la cabeza y entró en el *Suspiria* con pasos lentos.

Tras recorrer el corto pasillo de paredes negras, entró en la gran sala principal. Aunque no había ningún cambio en la decoración ni en el mobiliario, la sala parecía diferente. La música estaba a un volumen más bajo y las luces parecían moverse con mayor lentitud. Se encontraba, además, mucho menos concurrida que de costumbre.

Isabel tan solo pudo reconocer a las chicas de Dominó, sentadas como siempre en sus taburetes. El resto eran hombres y mujeres anónimos, con

aspecto tan o más estrafalario que el de los personajes de la puerta. Parecían actores de reparto, extras sin diálogo de cuerpo estático y mirada inquieta.

Dominó no tardó en salirle a su paso. Vestido con smoking y peinado de forma inusual, con su rebelde flequillo domado hacia atrás, parecía especialmente emocionado, como si se tratara de su propia fiesta de cumpleaños.

—Gracias por venir, querida —les dijo con el rostro radiante—. Va a ser estupendo, una sorpresa maravillosa.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Isabel con angustia.

Pero Dominó no contestó. Se limitó a regalarle una deslumbrante sonrisa cómplice para, segundos después, desaparecer con rapidez, desvaneciéndose en la oscuridad.

Lo buscó en vano, pero no pudo encontrarlo. Dominó tenía una especial habilidad para escabullirse sin dejar rastro. Había desaparecido y no volvería a verlo hasta que tuviera alguna nueva sorpresa que darle.

—Hola —le saludó con un fuerte acento del este una de las mujeres que se encontraban en la sala—. Yo soy Krista.

Era una mujer de unos 20 años, también de aspecto magiar, con el pelo negro recogido en un moño alto y un vestido de encaje negro demasiado estrecho. A pesar de su aspecto vulgar, resultaba muy atractiva. Tenía una figura sinuosa y hermosos senos redondos.

—No te conozco —le contestó Isabel.

La mujer le sonrió de forma forzada y, después de hacer un amago de saludo con la cabeza, volvió a la pista, dejando a su paso un fuerte aroma a vainilla. Isabel tuvo la impresión de que no la había entendido en absoluto.

No tardó en volver a presentarse, esta vez acompañada por un hombre también joven, vestido con un traje gris y una pajarita roja. Era alto y muy rubio pero, al contrario que la mujer, no parecía extranjero.

—Hola. Amigos, somos amigos, —intentó tranquilizarla la mujer—. Este es Guillermo, compañero de trabajo.

—¿Compañero? —preguntó Isabel—. ¿A qué os dedicáis?

—Actores —respondió la joven—. Actores y bailarines.

Se trataba, sin duda alguna, de actores porno, pensó Isabel. Ella tenía los labios pintados de un rosa muy brillante, tanto que en lugar de maquillaje

parecía que llevara puesta una gruesa capa de vinilo.

—¿Sabéis quién va a venir? —preguntó Isabel —¿Para quién es la fiesta?

—Es una sorpresa —contestó Krista.

—Sí, lo sé, una fiesta sorpresa —repitió maquinalmente Isabel cansada de aquella insufrible pantomima.

Isabel observó con algo más de detenimiento la melena oscura de la hermosa Krista, su cuello delicioso y los gruesos pezones que se transparentaban bajo el vestido de blonda. El joven actor porno que decía ser su novio le dirigió una deslumbrante sonrisa. Sus dientes blanqueados artificialmente le provocaron una extraña sensación de disgusto.

—¿Me perdonáis? —les dijo al mismo tiempo que trataba de alejarse. Krista y su acompañante no dejaron de mirarla. Isabel se inquietó. Estaba segura de que tenían una misión. Ella era su objetivo y no querían perderla de vista.

No sabía qué hacer ni dónde dirigirse. Los escasos invitados la miraban al pasar, pero ninguno de ellos se atrevía a dirigirle la palabra. ¿Qué es lo que les habría explicado Dominó?, pensó Isabel, ¿Qué instrucciones tenían? ¿Iba a sufrir una agresión o simplemente se trataba de una sesión más, de una sesión sorpresa con final imprevisible?

Alguien bajó la música y un foco de luz iluminó súbitamente un rincón de la pista. Dominó, vestido como el presentador de un espectáculo de cabaret, ridículo con su americana blanca y su corbata de purpurina, irrumpió de forma súbita, apareciendo, una vez más, de la nada.

—Por favor —empezó a decir con una voz cantarina—, por favor, señores.

Rápidamente, todos los invitados se acercaron, nerviosos, como si estuvieran a punto de dar las campanadas de media noche.

—Ante todo —continuó—, muchas gracias por su presencia. Nos informan de que nuestra persona homenajeada está a punto de llegar, por lo que es importante que sigan atentamente mis indicaciones. Se apagarán las luces y todos ustedes se esconderán detrás de los sofás. Hay suficientes, por lo que no creo que encuentren problemas de espacio. Cuando la persona en cuestión entre en la sala, se encenderán las luces y todos ustedes saldrán de

su escondite, gritando, al unísono, la palabra «sorpresa». La música volverá a sonar y podrán acercarse a saludar y felicitarla. No tienen por qué preocuparse de nada más. A partir de ahora, ustedes también serán sorprendidos por las amenidades que mis colaboradores y yo les hemos preparado, así que tan solo tendrán que relajarse y disfrutar. Que pasen todos ustedes una muy buena noche.

Como niños saliendo de la escuela, todos los invitados hicieron lo que les habían pedido. Corrieron a refugiarse detrás de los sofás y esperaron pacientemente. Tan solo Isabel permanecía de pie, con el cuerpo tenso y el rostro crispado, consciente de que algo terrible estaba a punto de suceder.

Todo ocurrió tal como Dominó había previsto. Cuando la persona entró en la sala, las luces se encendieron como fogonazos y los invitados surgieron de sus escondites como grotescos muñecos de guiñol.

—¡Sorpresa! —gritaron todos al unísono mientras agitaban sus brazos, tratando de llamar la atención de la homenajead.

Isabel observó a la recién llegada. Se trataba de su hermana Laura. Estaba pálida y, aunque sonreía, parecía asustada. Estaba aferrada al brazo de un hombre delgado y nervudo, bastante más bajo que ella, y con una fea sonrisa desdentada. Su mirada de desconcierto se intensificó todavía más cuando vio a Isabel. Era visible que, como ella, no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

—¡Querida Laura! —dijo Dominó, de nuevo surgido de la nada—. ¡Qué alegría tenerte aquí junto a nosotros!

Después de dar la mano al hombre y abrazar a Laura, los hizo avanzar hacia el centro de la pista para que todos los invitados pudieran verlos.

—Laura, soy Dominó—se presentó—, y, claro, también está aquí tu hermana, tu querida Isabel. ¡Cómo podía faltar en un día tan señalado como este!

—Pero... —contestó Laura, con un hilo de voz—, si hoy no es mi cumpleaños.

Pero nadie pareció escucharla.

Laura miró a su hermana sin apenas reaccionar. Isabel hizo lo mismo. Después de unos segundos de desconcierto, Laura se le acercó y la abrazó

como nunca antes había hecho. Se fundió en ella, literalmente, se aferró a su hermana con fuerza, casi con desesperación.

—¿Qué nos va a pasar, Isabel? —le susurró en la oreja— ¿Qué nos van a hacer esta gente?

Isabel trató de desasirse cogiéndola por los hombros y, obligándola a mirarla a los ojos, la instó con la mirada a que no siguiera preguntando. No era el momento. Lo sabía por experiencia.

No se imaginaba a su hermana participando en una de las orgías habituales en aquella casa. Laura no era, en absoluto, una mujer liberal. Su único objetivo había sido encontrar un buen hombre que la cobijara entre sus brazos, un semental atemperado que la tratara como una princesa, nada más.

—Isabel —continuó Dominó al mismo tiempo que señalaba al feo acompañante de su hermana—, te presentó al novio de Laura, Vladimir.

Vladimir, pensó Isabel. Recordó la conversación que había tenido con su hermana semanas atrás en su coche, el día que volvían de visitar a su hermano Javier. Ella le habló de un novio ruso que había conocido por Internet. Isabel se había reído de ella. Estaba segura que el tal Vladimir era un engaño, pero no se había imaginado hasta qué punto.

Su hermana estaba aterrada. Seguramente ya había comprobado que el tal Vladimir no era el interesante y apuesto profesor de ruso que decía ser. Se trataba, sin duda, de uno de los miembros de la extraña fauna que siempre rodeaba a Dominó, un monstruo más de aquel circo de atrocidades que cada vez estaba más presente en su vida.

Lo observó con atención. A pesar de su aspecto descuidado, tenía un cierto atractivo. Sus ojos, hundidos pero intensos, refulgían como hielo bajo sus cejas oscuras y frondosas.

—Soy Vladimir, encantado de conocerte —se presentó de un forma cortés, al mismo tiempo que le tendía la mano.

Isabel cogió aquella mano y se estremeció. A través de ese simple contacto, pudo percibir toda su maldad. Vladimir no era un simple esbirro, estaba segura, era un hombre importante, alguno de los lugartenientes que rodeaban la figura cada vez más inquietante de Dominó. Hombres llegados de Serbia, Rusia y otros países del Este especialmente para ayudarlo.

Refuerzos. Refuerzos militares para acabar con ella, para destruirla y hacerse con su patrimonio.

Vladimir seguía sonriéndole con su negra boca, desafiante y, al mismo tiempo, exquisito. Un alumno aventajado de la escuela de urbanidad de Dominó, pensó Isabel, uno de sus peones más valiosos. Miraba a su hermana con arrobo, incluso con amor. Conformaban una pareja inarmónica. Ella, alta, rubia y carnosa, ataviada con un vaporoso modelo de gasa azul celeste. Él, oscuro y curtido como una alimaña del bosque. Un militar, un militar preparado para entrar en acción en cuanto recibiera la orden.

—Laura es una mujer extraordinaria —le dijo en un correcto español—. Nos conocimos por *Tinder* y ahora somos inseparables. ¿Verdad, cariño?

Isabel volvió a mirar su hermana que, a pesar del miedo que seguramente estaba pasando, parecía confortada por la presencia de su novio. Estaba deslumbrada, pensó Isabel, deslumbrada por el carisma de ese hombre feo pero atractivo, como tantos otros, escogidos por Dominó para atraerlas hacia su trampa. Dominó no solo tenía buen gusto para las mujeres, pensó Isabel, también lo tenía para los hombres.

Su hermana seguía sin poder articular palabra. Se hizo un silencio incómodo. Como buen anfitrión, Dominó trató de superar el escollo en el que se encontraba la incipiente conversación.

—Queridísima Laura. Déjame que te presente a los demás invitados. Están deseosos de abrazarte y de felicitarte por tu cumpleaños.

Cansada de estar a merced de los extraños invitados a aquella fiesta, Isabel se dirigió hacia Dominó y se enfrentó a él.

—¿Qué está pasando? —le preguntó—. ¿Qué es lo que pretendes?

Después de mirarla durante unos segundos con intenso disgusto, Dominó la sujetó de un brazo y se la llevó a uno de los reservados de la sala.

Tras la cortina dorada, en el discreto cubículo en el que tantos hombres anónimos habían recibido las rápidas felaciones de las chicas del Suspiria, Isabel pudo verse, finalmente, con el verdadero Dominó.

—Sabes que no tolero que me hables de esa manera delante de mis empleados —le susurró al oído mientras la apretaba del brazo con su mano,

oscura y retorcida como un garfio—. No es la primera vez que te lo digo y tú lo haces una y otra vez. Tu hermana está aquí por tu culpa, querida. Atrapada, sin escapatoria, por tu culpa, como también lo están tus otros dos hermanos. Ella ha cometido un delito, un terrible y espantoso delito y, por eso está en nuestras manos. No puede salir de aquí.

—¿Qué delito? —preguntó Isabel—. ¿Qué es lo que ha hecho?

Mientras sonreía, Dominó le acariciaba el rostro con dulzura. La serpiente volvía a esconder sus colmillos, sus peligrosos colmillos cargados de veneno y era precisamente entonces cuando podía resultar más peligrosa.

—Abortos, abortos ilegales —le contestó—. A chicas menores, con fetos de seis, de siete meses. Vladimir se lo pidió, como favor especial y, ella, como es tan tonta, lo hizo, y hay pruebas de ello. El mismo método que utilizamos con tu hermano. Son tan ingenuos, tan fáciles de atrapar. Ellos van a firmar, querida, van a firmar para donarme la clínica, la casa de tus padres, todo... Ahora tan solo faltas tú, tú y mi querida opiolina. Hoy puede ser un buen día para formalizar nuestro contrato, en una ocasión tan señalada, tan importante para tu familia. ¿No crees?

Abrumada, Isabel se sentó en el sillón de terciopelo rojo que había al fondo de la pequeña habitación. Dominó, con actitud triunfal, la miraba con condescendencia.

—¿Recuerdas aquella primera noche? —le dijo, bajando la voz—. ¿La noche en la que conocimos? Estuvimos en un lugar muy similar a este. Tú me habías dado opiolina. Me hiciste feliz. Fue entonces cuando lo supe, cuando supe que ibas a ser la mujer de mi vida, mi gran amor. Las niñas revoloteaban alrededor nuestro como pequeños ángeles, y tú estabas allí, mirándome, con esa deliciosa boca tuya entreabierta, enseñándome tus cicatrices, tus grandes senos de pezones quemados y lo supe, supe que tenías que ser mía. Y ahora estoy a punto de conseguirlo. Tan solo tienes que firmar el contrato y empezará nuestra nueva vida.

Entonces, Dominó se arrodilló delante de ella y con gran ceremonia, le entregó un estuche con una joya en su interior. No era un anillo. Era un collar de sumisión, una delicada gargantilla de cuero blanco con una argolla de plata.

—¿Aceptas? —le preguntó.

Horrorizada, Isabel se levantó de un salto y se marchó corriendo a través de la cortina dorada. Quería huir, pero no sabía hacia dónde. Estaba rodeada de gente, de rostros anónimos que la miraban sin expresión. Trató de ir hacia la puerta, pero cuando estaba a punto de hacerlo, un hombre le salió al encuentro.

—¿Dónde vas, puta? —le preguntó con su voz pastosa.

Isabel se estremeció. Toda su atribulación, toda su rabia se disiparon al momento. Ante la imponente presencia de aquel hombre, rodeada de su olor a macho excitado, sabía que no había posibilidad alguna de huir.

Bajó los ojos en señal de sumisión, al mismo tiempo que erguía el pecho y entreabría los labios. Al enderezarse, notó como su sexo se tensaba y humedecía.

El hombre la cogió de un brazo y la devolvió con brusquedad al interior de la sala. Cuando llegaron, Dominó la estaba esperando.

—¿Vamos a un lugar más privado? —le preguntó, al mismo tiempo que hacía un gesto al hombre con la cabeza.

—Marko —le ordenó—, ayúdame.

Los tres descendieron por la escalinata prohibida, la gruta rodeada de espejos que llevaba al país de la depravación. Lo hicieron rápidamente, como si temieran que alguien los siguiera, arrastrando a Isabel por las escaleras.

Isabel miró a Marko una vez más. Era bajo pero fornido, vestido con un traje pasado de moda y con numerosos anillos y pulseras de oro. Isabel tuvo un presentimiento, un terrible e intenso presentimiento. Era el hombre que Dominó había elegido para matarla. Estaba segura de ello y esa posibilidad, en lugar de asustarla, la excitaba.

Dominó percibió el interés de Isabel.

—Permíteme que le presente a mi acompañante —le dijo—. Es un compatriota mío, antiguo compañero de armas. Es un honor tenerlo de nuevo junto a mí

—Marko —dijo dirigiéndose ahora al hombre—. Esta mujer tan guapa es Isabel.

—Sí, muy guapa —dijo él.

—Sabía que te gustaría, compañero —continuó Dominó.

—Acércate —le ordenó Marko.

Isabel dio un paso adelante y se colocó ante él. Contempló sus manos rudas y sus uñas sucias. Aunque no podía mirarlo a los ojos, pudo percibir la excitación en su rostro. Ella también estaba turbada, fuertemente turbada.

Marko la asió de la cintura y la acercó todavía más hacia él. Con inesperada delicadeza le acarició el cuello, el escote y el pecho que asomaba por el escote. A continuación, la obligó a darse la vuelta y le apretó los glúteos con violencia, tanta que le hizo llorar de dolor.

—Dámela —le dijo a Dominó, sonriendo por primera vez y mostrando de forma ostentosa sus dos dientes de oro.

A Isabel le sorprendió su demanda. Aunque fuera extranjero, si realmente estaba en el ambiente, sabía que debía seguir las normas. Si la deseaba, debía tratar a su amo con respeto y seguir el protocolo. Hacer la petición, acordar los términos y realizar la ceremonia de entrega. Estaba segura. Marko no era un cliente de Dominó. Su condición era otra.

—Por favor, Marko —intercedió Dominó—. Ten paciencia. Pronto será tuya.

Isabel era consciente de la trampa, pero no podía hacer nada para librarse de ella. Ese hombre, tan diferente al tipo de amos con los que había tratado hasta ahora, la atraía poderosamente. Estaba deseando quedarse a solas con él, tocar su miembro, que adivinaba poderoso, y ser castigada de forma brutal.

—Ahora, ella debe esperar.

Dominó se acercó a ella y le tapó la boca con una paño húmedo.

Era cloroformo, pensó, antes de perder completamente el sentido.

Se despertó tendida en un camastro. Estaba completamente desnuda.

Salió de la habitación en la que había estado confinada durante el tiempo que había estado inconsciente y se adentró por el pasillo vacío. Avanzó por él con cautela, sintiendo a cada paso el quejido de la madera. Todas las puertas que había a ambos lados estaban cerradas. No se oía ningún ruido, no detectaba ningún olor.

Avanzaba y avanzaba por un pasillo infinito que parecía alargarse conforme iba recorriéndolo, un túnel que la iba introduciendo, poco a poco, en un infierno de paredes blancas bañadas por una luz cada vez más escasa. Tuvo la sensación de ser atraída por una extraña fuerza magnética que la obligaba a seguir adelante. «¿Qué le esperaba al final del pasillo?», pensó. «¿Por qué esta necesidad de apresurarse, de llegar a ese horizonte inexistente, de culminar en el vacío?». No lo sabía, pero debía seguir, llegar a su destino, fuera cual fuera.

—Ven aquí —oyó de repente.

Isabel se detuvo y se volvió hacia el lugar de dónde provenía la voz.

Semioculto en la oscuridad, Marko, desnudo, le hacía gestos obscenos desde la puerta de una de las habitaciones.

Sin pensárselo apenas, Isabel se acercó a Marko y se situó delante de él, en posición sumisa, con la mirada baja, una vez más.

Marko la cogió de brazo y se la llevó con él al interior de la habitación.

Era una estancia grande, decorada con sencillos muebles de los años 70. En la cama, de tamaño modesto, dormitaban dos prostitutas, dos jóvenes rusas de grandes pechos y larga melena rubia. Dos chicas de Dominó.

—¡Largo de aquí! —les gritó Marko, mientras las arrastraba con violencia fuera de la cama.

Las chicas, que parecían drogadas, no tardaron en obedecer. Se vistieron con rapidez y salieron tambaleándose de la habitación.

Cuando se marcharon, Marko se sentó en el borde de la cama, abrió sus piernas de forma obscena.

Isabel aspiró el olor a macho embrutecido que emanaba de ese cuerpo.

Ni le pidió que le besara la mano, ni le acercó un cojín para que se arrodillara sobre él. Marko desconocía las reglas. Era tan solo un hombre vicioso ante una prostituta, un inagotable semental de manos rudas y fuerte cuerpo velludo.

—Quiero fumar —le dijo.

Con un gesto le señaló la cajetilla de cigarrillos y el mechero que había en la mesilla de noche e Isabel se apresuró a obedecer. Cogió las dos cosas, se arrodilló de nuevo delante de él y encendió aquel cigarrillo extranjero frunciendo mucho los labios, como sabía que excitaba a los hombres. El

sabor del tabaco era amargo y el humo que desprendía le resultó desagradable. Estuvo a punto de toser, pero logró reprimirse. Con la mirada baja, le entregó el cigarrillo a Marko.

—Ven aquí —le ordenó, mientras dejaba el cigarrillo en un cenicero repleto de colillas que había sobre la mesita de noche y se recostaba en la cama.

Isabel hizo lo que le había ordenado y se tendió junto a él, temerosa.

Y entonces la besó. Lo hizo con dulzura, incluso con recato, como un muchacho inocente que besa a su novia por primera vez. Ese tierno beso la desarmó. Marko le ofrecía, generoso, sus labios gruesos perfumados de vodka, sus encías abultadas, la fría suavidad de sus dientes de oro... Isabel se extasiaba repasando con su lengua todos los tesoros de aquella boca grande y viril que se abría como si quisiera comerla. Mientras lo besaba, aspiraba con fuerza el intenso olor que desprendía, acariciaba su cabello sucio, sus frondosas patillas... Quería que entrara, que entrara dentro de ella, pero Marko, siempre tan urgente en sus deseos, parecía haber cambiado el ritmo, pisar el freno, esperar...

Cuando acabó de besarla, volvió a coger el cigarrillo que humeaba en el cenicero y le dio una profunda calada. Con la mano libre, empezó a acariciar su pecho. Lo hizo con detenimiento, como si buscara algo, una señal o un lugar, un lugar propicio. Cuando lo encontró, una pequeña depresión que se encontraba entre la clavícula derecha y el nacimiento del pecho, un espacio virgen donde apenas había cicatrices, acercó la punta del cigarrillo y la presionó sobre su piel de forma lenta pero persistente.

Isabel se retorció de dolor. Sufría pero, al mismo tiempo, disfrutaba de aquella inesperada agresión. Por primera vez en la noche, se atrevió a mirarle los ojos. A él no le importó. Sus ojos, duros y oscuros como dos piedras negras, no parecían tener expresión.

Después de unos interminables segundos, Marko retiró lentamente el cigarrillo, observó complacido la marca que el cigarro había dejado en la piel y besó la herida con extrema delicadeza, tratando de aliviar el ardor con la punta de su lengua. Ella cerró los ojos. Estaba en éxtasis, el dolor y el placer nunca habían estado tan cerca. Ya no pensaba en David, ya no

pensaba en Dominó, ni siquiera en Ramón, ahora solo había lugar para su nuevo amante, su cruel y depravado amante.

Pero Marko no parecía estar satisfecho. Con el detenimiento de un tatuador experto, volvió a examinar su piel y a recorrer nuevamente sus senos con la yema de los dedos, profundamente concentrado en el interminable laberinto de relieves y depresiones que se mostraba ante él. Parecía perdido, pero no lo estaba. Sabía perfectamente dónde se encontraba y no tardó en dar con el lugar perfecto. Sonrió, la miró nuevamente y tocó con sus dedos gruesos y velludos, el tierno pezón de ella. Sabía que allí le dolería, que le dolería más que en ningún lugar, pero era eso precisamente lo que buscaba, lo que buscaban los dos.

Isabel empezó a temblar, deseaba y, al mismo tiempo, temía esa segunda agresión, pero Marko se demoraba. Acariciaba con su dedo el pezón, cada vez más oscuro y contraído, sin dejar de sonreír y de mirarla a los ojos.

Cuando por fin el momento llegó, cuando Marko volvió a coger el cigarrillo y aspirar el humo con un gesto cruel y, al mismo tiempo, sexual, Isabel cerró los ojos y se abandonó. No tardó en sentirlo una vez más. El dolor de la quemadura, mucho más lacerante que el anterior, casi le hizo perder la conciencia.

Embriagada por el olor a carne quemada, Isabel apenas podía respirar. Allí estaba, en un lugar indeterminado, a merced de un hombre dulce y brutal, recibiendo sus castigos, sus delicadas atenciones... y entonces lo comprendió. Así debía ser su final, así debía ser su muerte. Confortada por los fuertes brazos de aquel amante excepcional, de ese hombre que la conocía tan bien, que sabía cómo hacerla sufrir. Le ofrecería la belleza de sus heridas como último acto de amor, su último aliento, el último latido de su corazón... Tan solo tenía que pedirselo, y ella lo complacería, hasta el final. Ese era su gran deseo. Su gran obsesión.

Cuando retiró el cigarrillo, Marko la besó, larga y profundamente, repasando con su gruesa lengua el contorno de sus labios rosados. La besó y acarició sus dos profundas quemaduras, todavía dolientes, todavía humeantes, con la delicadeza de un artista. Parecía conmovido por su valentía frente al dolor, por su elegancia ante la sistemática humillación que estaba recibiendo.

El orgasmo le llegó de forma inesperada, y lo hizo cuando Marko rozó con sus labios su pezón herido. Solo con eso. El placer y el dolor hicieron que su cuerpo se tensara de forma insoportable, como si alguien tirara de él con fuerza, para después soltarlo y desarmarlo por completo, abandonándola a su suerte.

Volvió a perder el conocimiento. Cuando se despertó, estaba en otro lugar.

La sala estaba a oscuras, pero estaba segura de que había alguien más allí.

Como en una fiesta sorpresa, las luces se encendieron de forma súbita, mostrando un lugar familiar. Era una de las salas de tortura extrema del Suspiria. Ambientada como si fueran las mazmorras de un castillo medieval —las paredes de piedra, el suelo cubierto de arena húmeda—, estaba provista de los cuatro grandes instrumentos de dominio sumisión: el potro de los azotes, los arneses de suspensión, la cruz de San Andrés y la jaula.

La sala contaba, además, con mullidos sofás de cuero dispuestos de forma estratégica para que los invitados o voyeurs de turno pudieran disfrutar de los espectáculos que allí se organizaban. Esa noche, esa velada tan especial que Dominó había organizado para ella, los invitados eran de excepción. Allí estaban sus dos hermanos, Ramón con la mirada perdida, abrazado con delicadeza a la pequeña Sonja y Javier en pleno delirio, impaciente como un niño en el circo.

¿Por dónde empezarían?, pensó Isabel mientras observaba los cuatro relucientes instrumentos de tortura. Los azotes siempre habían sido de su agrado, pero no le importaba ser crucificada en la cruz de aspa o, incluso, atada y suspendida de la pared durante interminables minutos, notando como la sangre bombeaba en las venas. Aunque la presencia de sus hermanos la incomodaba, iba a tener un verdugo de excepción. Marko estaba detrás suyo, no podía verlo, pero podía percibir su presencia. Su penetrante olor y la ruidosa respiración lo delataban.

Sabía que no podía hacerlo, pero no pudo evitarlo. Se giró unos segundos para poder verlo. Allí estaba, con su mirada de lobo acechante, la

nariz grande y bulbosa, el amplio torso con el vello asomando por la camisa entreabierta. Lo deseaba, deseaba ser colmada por aquel hermoso diablo de uñas sucias y de aliento empapado de alcohol.

Dominó se acercó a ella. Debía oficializar la cesión, pensó Isabel. Pero, en lugar de conducirla junto a Marko, su amo la sujetó delicadamente de la cintura y la invitó a sentarse junto a él en uno de los sillones. Por primera vez en su vida, iba a ser parte del público y esto la desconcertaba. Se inquietó, aquel extraño cambio de roles no podía llevar a nada bueno.

—Cierra los ojos —le susurró al oído.

Pero ella los mantuvo muy abiertos.

Dominó le ofreció un vial de opiolina y se lo tomó, ávida como un bebé hambriento.

Opiolina. Recordó a su padre cuando, en el pequeño laboratorio de su casa, rodeado de tubos de ensayo como un alquimista de otra época, la convirtió en la única depositaria de la fórmula. Le abrió la mano, su temblorosa mano de adolescente enamorada, y le entregó un papel plegado en varias dobleces.

—Aquí está mi secreto —le dijo, y entonces la besó en los labios.

Fue un beso breve, frío y seco, pero lo suficientemente apasionado para que ella comprendiera la importancia de aquella donación. Por aquel entonces, Isabel tenía 15 años, hacía ya tiempo que su padre ni siquiera le hablaba, pero aquel inesperado regalo se lo dijo todo. No había dejado de amarla, nunca dejaría de hacerlo y aquella fórmula era su regalo, la compensación por todos aquellos años de soledad.

—¿Sabrás hacerla tú misma? —le preguntó.

Claro que sabría. Preparaba fórmulas magistrales desde que era una niña, en el laboratorio de su padre, los dos juntos, somnolientos por los vapores que desprendían las soluciones químicas. Día y noche, entregados a su trabajo, cómplices y más unidos que nunca. Su padre la sujetaba de la cintura, la aupaba para que pudiera observar mejor la reacción de los elementos y la abrazaba con amor cuando daba con una fórmula nueva. Su padre, con su bata antigua de farmacéutico y sus manos desnudas, enrojecidas por los ácidos.

Hasta que llegó la época en la que su hermana Laura empezó a visitarlos. Quería trabajar con ellos, aprender ella también esas fórmulas mágicas que tan solo conocía Isabel, pero la presencia de Laura desconcentraba a su padre y, al final, prohibió a sus dos hijas la entrada al laboratorio. Isabel, sin embargo, siguió acudiendo, en secreto, hasta que llegó el día de la agresión y la relación con su padre cambió.

Cuando aquella tarde su padre la mandó llamar, hacía ya años que no pisaba el pequeño laboratorio. El beso y la cesión de la fórmula de la opiolina era lo único que le quedaba de su amor, de su único y gran amor.

Cerró los ojos, enjuagó una lágrima y miró fijamente a Dominó.

—Te cederé la fórmula —le dijo.

Su colaborador, que todavía la tenía enlazada de la cintura, la miró incrédulo.

—¿Cómo dices?

—Te cederé la fórmula a cambio de que nos dejes a todos en paz.

Olvidanos. Solo con la fórmula, fabricándola a grandes cantidades, podrás hacerte rico. No necesitas la clínica, no me necesitas a mí...

Pero, entonces, de forma inesperada, Dominó dejó de mirarla, dejó de escuchar sus palabras. Se arrellanó un poco más en el sillón en el que estaban sentados y cruzó las piernas, indiferente.

—¡Sssshhh! El espectáculo está a punto de empezar — fue lo único que le dijo.

Aterida por el frío húmedo de la mazmorra, Isabel empezó a temblar. Intentó buscar cobijo en Dominó, pero su cuerpo apenas desprendía calor. Era como un cadáver, pensó, un cadáver helado y maloliente. Buscó a Marko con la mirada. No tardó en localizarlo en uno de los rincones de la mazmorra, absorto en la contemplación de la espectacular estampa de los cuatro instrumentos de tortura.

La puerta se abrió una vez más. Tres de las chicas de Dominó, tres hermosas miniaturas vestidas de blanco como niñas el día de su comunión, entraron con pasos inseguros y empezaron a encender las infinitas velas que habían distribuidas por toda la habitación.

Isabel miró a Dominó en busca de respuesta, pero su colaborador no le contestó. Estaba absorto en la espectral visión de aquellas preciosas

muñecas que, iluminadas por las luces de las velas, parecían almas infantiles errando por el limbo. Con su cuerpo desnudo bajo las túnicas transparentes, desprendían una desconcertante sensualidad, tierna y, al mismo tiempo, tentadora.

Cuando acabaron su tarea, se sentaron sobre los numerosos cojines de terciopelo que había por toda la sala. Alguien apagó las luces y la sala quedó en penumbra, tan solo iluminada por la luz de las velas. Olía a cera derretida y a humedad. La ceremonia estaba a punto de empezar.

Dominó seguía sin contestar, sin mirarla siquiera. Parecía como si no quisiera que nada ni nadie interfiriera el espectáculo que, con tanto mimo y dedicación, había preparado para la verdadera protagonista de la velada que, por primera vez, no sería Isabel.

De nuevo, se abrieron las puertas. Laura, vestida también con una túnica blanca, entró en la sala en compañía de Vladimir. Isabel la miró con frialdad. No sentía ninguna pena por ella. La odiaba tanto. Odiaba su cuerpo blando y lechoso, sus ojos saltones sin apenas pestañas, su cabello áspero y descolorido...

Detrás de ellos, entró otra pareja. Se trataba de los jóvenes que había conocido tan solo unos minutos antes, en la sala de baile, Krista y el hombre rubio. Ella llevaba un pesado vestido negro de estilo victoriano, con mangas abullonadas y falda con polisón. Estaba muy hermosa, con los labios maquillados de rojo cereza y su frondoso pelo negro peinado en un moño alto. Su acompañante iba desnudo, calzado tan solo con unas botas militares algo sucias.

Vladimir y el joven actor sujetaron a Laura cada uno de un brazo y se la presentaron a Dominó. Su hermana tenía los ojos enrojecidos e hipaba ligeramente, como una niña después de haber recibido una reprimenda. Su novio le acariciaba con dulzura la espalda mientras le susurraba palabras de consuelo al oído. Era enternecedor. A pesar de las circunstancias, actuaban de la misma manera que haría cualquier pareja. Isabel llegó a pensar que el tal Vladimir realmente amara a su hermana, que se hubiera enternecido por su alma simple, por su comportamiento caprichoso e infantil.

Miró a sus hermanos. Como un niño aburrido, Javier parecía haber perdido el interés por la escena que tanto lo había excitado tan solo unos

minutos antes y se entretenía pasando el dedo por encima de la llama de una de las velas que había en la pared. Ramón seguía abrazado a su pequeña. No la había mirado ni una sola vez. De la misma manera que ella, parecía avergonzado del acto que habían realizado días atrás, del incesto consumado que había destruido, de forma definitiva, el fuerte amor fraterno que los había unido desde siempre. Lo miró. Lo miró con desesperación, implorando su ayuda, pero él no quiso corresponderla en ningún momento.

—¿Por dónde empezamos? —oyó decir a Marko.

El verdugo estaba detrás de su hermana y de sus acompañantes. Lo miró una vez más, extasiada. Iba con su indumentaria habitual: ropa oscura y botas de montaña. Parecía un empleado de una empresa de mudanzas o un descargador de muelles. Su actitud fría y desenvuelta contrastaba con la vehemencia de aquella ceremonia sagrada.

Isabel se desesperó. Allí estaba, sentada junto a ese hombre que odiaba, sin poder acercarse al hombre que realmente deseaba, el macho que, esta vez, no iba a ser para ella. Desde donde estaba, percibió su olor a sudor, el fuerte aroma que desprendían su pelo negro, sus manos siempre húmedas... Pero esa noche, Marko iba a ser de otra, ese era el gran tormento que le esperaba. Otra gran jugada de Dominó. Una más.

Complacido por la turbación de Isabel, Dominó hizo como si pensara durante unos segundos y, a continuación, dio un pequeño bote en el sillón.

—No lo sé Marko —contestó con cierto hastío—. Lo dejo a tu elección.

Isabel se revolvió inquieta. Marko la estaba mirando. Lo hacía a su manera, de forma despectiva, incluso cruel. Sus ojos, pequeños e incisivos, como los de un lobo, se movían rápidamente. Era un depredador preparándose para atacar. El único hombre real en aquel circo de marionetas.

—¡Tú! —dijo Marko señalando a Krista—. Prepárala.

La joven miró brevemente a Marko y, tras un leve movimiento de cabeza, acató sus órdenes. Isabel se estremeció. Aquella rápida compenetración entre ambos la hizo sentirse celosa.

Con la ayuda del joven actor, Krista desnudó a su hermana y, cogiéndola de la mano, se la llevó al único sofá que quedaba vacío. Se sentó en él y después tendió a Laura sobre ella, boca abajo, atravesada sobre sus muslos.

La escena era de una gran belleza. La hermosa Krista, elegante y severa con su vestido victoriano, y sobre ella el cuerpo blanquísimo de su hermana, con su larga cabellera rubia cayéndole sobre la espalda, esperando.

El castigo no tardó en infligirse. Krista, tan dulce, tan frágil, levantó su mano nudosa y la dejó caer con fuerza sobre las blandas nalgas de Laura. Su hermana gritó, más de miedo que de dolor, y empezó a llorar en silencio.

—¿Eso es todo? —preguntó Dominó, con tono humillante.

Marko volvió a mirar a Krista. Ella asintió. Levantó de nuevo la mano y la dejó caer, todavía con más fuerza. Los secos azotes se sucedieron uno detrás de otro sin apenas interrupción. Isabel se entretuvo en contarlos. Fueron veinte azotes que dejaron las nalgas de su hermana completamente enrojecidas.

Isabel contemplaba la escena desde la distancia. Era extraño verse a sí misma como una espectadora más, sin sentir en su propia carne ese dolor y ese placer al que estaba tan acostumbrada. No le gustó ver a su hermana, bella a su pesar, en manos de Krista, fría y cruel como una niña perversa maltratando a su muñeca. Laura seguía sin moverse, sin presentar resistencia, cada vez más encogida en sí misma, bañando el vestido de su guardiana con la blanda humedad de sus lágrimas.

Cuando consideró concluida su tarea, la joven miró nuevamente a Marko. Este se acercó hacía ellas y ayudó a su hermana a incorporarse. Lo hizo de forma delicada, como si temiera lastimarla. Llegó, incluso, a acariciar sus nalgas doloridas. Pero Isabel sabía que no lo hacía para aliviarla, sino para comprobar el resultado del castigo que acababa de recibir, de la misma manera que hizo con ella cuando le quemó el pecho.

No lo soportó. No pudo ver cómo Laura, abatida y, al mismo tiempo, agradecida por la dulzura con la que Marko la trataba, se abrazaba a él buscando consuelo, como hacía con su padre cuando se peleaba con ella. En lugar de rechazarla, en lugar de golpearla, Marko le acarició el cabello, volvió a repasar con sus manos abiertas su gran culo enrojecido y, finalmente, la cogió en brazos, como un novio en su noche de bodas.

El verdugo se paseó por la sala con su hermana en brazos, pasando por delante de las cuatro máquinas, como si dudara entre una u otra.

Finalmente, se detuvo delante de la cruz de San Andrés, dos tablones de madera oscura clavados en aspa sobre la pared. A su lado, había numerosas cuerdas de cáñamo y algunas cadenas. Marko observó la cruz durante unos segundos y, después de dejar a Laura en el suelo, miró a Dominó. Este inclinó levemente la cabeza en señal de aprobación. Una ligera sonrisa dibujaba sus labios. Miró a Isabel, pero ella no quiso devolverle la mirada. Estaba furiosa. Excitada y, al mismo tiempo, celosa. Era ella la que tenía que estar en el lugar de Laura. Era ella la que debía haber sido fustigada por la bella Krista, la que tendría que haber sido izada por los fuertes brazos de su rudo amante, la que tendría que estar ahora mismo delante de la cruz en aspa, expectante y dolorida.

Como si hubiera leído su mente, Dominó se echó a reír de forma insultante. Qué placentera le estaba resultando la venganza, pensó Isabel, qué refinado y perverso estaba siendo su castigo.

Ajeno a todo, concretado al máximo en su tarea, Marko acariciaba con suavidad el cuerpo de Laura, repasando con el dorso de las manos sus pequeños senos redondos, tan diferentes a los de Isabel, y el sexo cubierto de vello claro. No se demoró en exceso. Le susurró algo al oído y acto seguido la llevó hacia la cruz, la apoyó sobre ella y, como si se tratara de un juguete articulado, movió sus brazos y sus piernas para adaptarlos a la forma del aspa. Isabel miró a su hermana. Su rostro no parecía tener expresión. Parecía una virgen resignada a recibir su tormento. Seguía dócilmente las instrucciones que Marko parecía darle, sin resistirse a los movimientos que le obligaba a adoptar.

Una vez colocada, el verdugo inició la delicada tarea de atar su cuerpo a la cruz. Lo hizo con las cuerdas de cáñamo que había en el suelo, con cariño, con mimo, con una lentitud exasperante para Isabel. Marko trenzaba las cuerdas con maestría, dejando sin cubrir las zonas que le parecían más interesantes, los pequeños senos gomosos, el ombligo tentador, la vulva rosada que se insinuaba entre el vello crespo y espeso. Una a una, las cuerdas iban aprisionando el blando cuerpo de Laura, transformando sus contornos y relieves. Era como una gran muñeca de trapo que hubieran vaciado y vuelto a rellenar. La presión era fuerte y algunas partes habían empezado a amoratarse. Laura sufría, sentía el dolor, pero tenía la mirada

perdida y no parecía conmocionada por ello. Delicada como una venus de Boticelli, recibía el martirio sin quejarse, con una entereza impropia de ella.

Por primera vez en su vida, su hermana se comportaba con dignidad. Había sido necesario humillarla y torturarla para que entrara en razón y se convirtiera en una sierva ejemplar. Ahora, Isabel ya no tenía a quién odiar, hasta ese placer le había quitado Dominó. No podía soportarlo.

—¡Basta! —gritó desesperada—. ¡Acabemos de una vez con esto!

Dominó la miró desconcertado. No sabía si aquella súplica se dirigía a él o a Marko que, indiferente, continuaba con su minuciosa labor sin apenas inmutarse.

—¿Qué te pasa, querida? —le preguntó—. ¿No estás disfrutando del espectáculo? Tu hermana lo está haciendo muy bien.

—Te lo vuelvo a repetir —contestó ella—. Te cedo la fórmula, mañana mismo si quieres, pero acabemos con todo esto.

—Es demasiado tarde, Isabel. Ahora lo quiero todo. La fórmula, vuestro imperio y, sobre todo, te quiero a ti, como esclava, para siempre. Ese es el trato. No tienes alternativa.

—Sí que la tengo.

—¿Te refieres a acudir a la policía?

—No soy tan estúpida. Sé que no tengo pruebas contra ti.

—¿Entonces?

—Nunca me tendrás. Nunca. Antes tendrás que matarme.

Lejos de sobresaltarse, Dominó sonrió ligeramente. Suspiró un par de veces con un tono frío, incluso irónico, y susurró:

—No es mala idea. No creas que no lo he pensado. Isabel volvió a sentir cómo se le helaba el corazón. Las amenazas eran cada vez menos veladas. Fuerte y seguro en su papel dominante, se complacía en hacerla sufrir, en jugar con ella como si fuera una mosca atrapada por un vaso.

—¡Tengo que soltarla ya! —gritó Marko desde la otra punta de la sala, algo molesto por el poco interés que estaba creando su actuación.

El verdugo tenía razón. El cuerpo de Laura se estaba amoratando casi en su totalidad. Si no la desataba pronto, empezaría a tener problemas de circulación.

—Adelante —le contestó Dominó—. Y, después, llévatela, doy por terminada la sesión.

—¡Ohhhh! —exclamaron al unísono los asistentes a la sesión en cuanto oyeron las palabras de Dominó.

Sin duda esperaban más de la velada, pero sabían que debían acatar las órdenes del anfitrión.

—Por favor, por favor —dijo Dominó dirigiéndose a la improvisada audiencia—, no crean que la fiesta ha acabado. Pueden dirigirse con plena libertad a cualquiera de las otras salas, donde les esperaran interesantes espectáculos. Además, siempre podrán contar con los servicios de nuestros pequeños ángeles.

Más o menos conformes, los invitados abandonaron la sala, incluidos sus dos hermanos y sus acompañantes.

—¿Dónde se la llevará? —preguntó, Isabel señalando a su hermana Laura.

—Pues a alguna de las habitaciones —contestó—. Sería un desperdicio, ahora que está en su punto. Dolorida y magullada. Así le gustan las mujeres a Marko, tú deberías saberlo mejor que nadie.

No lo soportó. Su hermana, esa mujer blanda y sin carácter a la que siempre había despreciado, no podía disfrutar de ese privilegio. No podía permitirlo.

—Marko es mío —exclamó—. No puede estar con ella, no puede estar con ninguna otra. Lo quiero para mí. Lo sabes. No quiero compartirlo, y menos con Laura.

Extrañado y, al mismo tiempo, complacido, Dominó se encendió un cigarro turco con parsimonia, dio un par de caladas y, sonriendo como un niño, le dijo:

—Pues tendrás que ganártelo.

—¿Cómo? —preguntó Isabel ansiosa.

—Ya lo sabrás. Falta una sesión. La última. Y será con él. No te decepcionaremos, ni Marko ni yo. Te lo prometo, gozarás como nunca lo habrás hecho.

—¿La última sesión?

—Sí, la última.

Isabel volvió a mirar Marko, todavía enfrascado en la laboriosa tarea de desatar el maltrecho cuerpo de su hermana. Apenas quedaba nadie en la sala. Uno de los pequeños ángeles vestidos de blanco trataba de apagar todas las velas con un instrumento de metal dorado.

—¿Quieres venir conmigo? —le preguntó Dominó al mismo tiempo que se levantaba y le ofrecía el brazo de forma caballerosa.

—No —respondió ella con sequedad.

—¿Quieres que te lleve a ver cómo Marko se tira a tu hermana?

—Eso no pasará —le respondió de nuevo, esta vez con más violencia—. Eso no pasará nunca.

—Puedo evitarlo —le contestó Dominó con su habitual amabilidad—, si así lo deseas. Puedo liberar a Laura, dejar que vuelva a hacer su vida, pero tendrás que prometerme algo.

—¿Qué más quieres? —le preguntó ella desesperada—. ¿Qué más quieres de mí?

—La promesa de que acudirás a la última sesión que te estoy preparando.

—Iré.

—Y otra cosa más.

—¿Cuál?

—Antes debes entregarme a David.

—No te entiendo.

—David debe morir.

—Es absurdo, ¿por qué? Él se irá, si yo se lo pido, y ya no te molestará más. No hay necesidad de matarlo. Me tienes a mí, ¿qué más quieres?

—Sabe demasiado y te ama. Por todo ello es un peligro, un obstáculo para mis planes.

—Nunca lo haré. Sabes que no puedo hacerlo.

—De acuerdo. Entonces, ya puedes dar a Laura por perdida. Marko se encargará de ella.

—¿Va a matarla? —preguntó inquieta.

—Por supuesto que no. Se quedará aquí con nosotros. Trabajaré para mí, como doctora y también como puta. Nos divertiremos con ella y espero que

ella también con nosotros. Encerrada en el Suspiria, para siempre. Ese es el destino que le espera, y todo ello gracias a ti, querida Isabel.

Isabel miró a su hermana. Cuando Marko desató la última cuerda que la mantenía atada a la cruz, su cuerpo cayó pesadamente, como un grueso tulipán vencido por el viento.

Sería mucho mejor que Marko la matara aquella misma noche antes de tener que soportar la vida que le esperaba, pensó, pero eso ya no estaba en sus manos. El destino de su hermana, como el suyo mismo, ya estaba decidido.

No recordaba nada más. Habría perdido el sentido o se habría dormido por puro agotamiento. Nunca podría saberlo. Ahora estaba en su casa, en su cama, limpia y desnuda como una niña inocente. David estaba tendido junto a ella, también desnudo, y la acariciaba tiernamente. Sintió un hormigueo en el pecho. Bajó la mirada. Allí estaban las quemaduras, las brillantes huellas de su amor por Marko, aunque atenuadas. David se las había curado.

—Te he puesto una pomada antibiótica —le dijo—, pero te quedará cicatriz. Las quemaduras son profundas. También lleva parafina. Te servirá para protegerlas mientras se secan.

Lo observó con atención. Su expresión había cambiado completamente. Volvía a ser el David de antes, el médico atribulado y ausente que conoció en la clínica, el hombre del que se había enamorado.

—Tendré que vendarte el pecho, no quiero que se infecte —prosiguió.

Isabel se dejó hacer. David se levantó, cogió su maletín y extrajo con cuidado el material necesario para hacerle las curas. Limpió las quemaduras, volvió a aplicarle pomada y le vendó el pecho con mimo y delicadeza, sin causarle el más mínimo daño.

Cuando sufrió la agresión, su padre no quiso verla durante todo el tiempo en el que estuvo convaleciente. Se fue de casa, nadie sabe dónde. Los dejó a cargo de una niñera y se marchó. Nunca se interesó por el estado

de sus heridas, ni por su evolución. Volvió al cabo de un tiempo sin dar explicaciones.

Ahora, David se preocupaba por ella, se esforzaba por complacerla. Se había equivocado, pensó. David no era como su padre. Era como tendría que haber sido su padre. Y no se había dado cuenta hasta ahora.

Isabel lo miró con gratitud. Hace tan solo unas horas, se hubiera dejado matar por Marko pero ahora estaba llena de amor por David, por el verdadero David, no por el esperpéntico muñeco en el que lo habían convertido.

Con el vendaje cubriéndole el pecho, recibiendo los cuidados de su amante... Era como la penúltima escena de una película de miedo, la escena plácida y feliz que precede el final, el terrible y pavoroso final.

—Tenemos que salir de todo esto —le dijo en voz baja, casi en susurros—, dejarlo todo, o nos matarán.

—Lo sé —contestó ella—. Pero no puedo hacerlo. Dominó nos tiene atrapados, no sabes hasta qué punto.

—Nos iremos, nos iremos muy lejos y lo haremos ahora. Antes de que sea demasiado tarde.

Cerró los ojos. El olor tan familiar de su habitación, el aroma de su perfume, incluso de su propio olor corporal, la tranquilizaba profundamente. Estaba en casa, a salvo, estaba con él. Nada malo podía ocurrirle. Pero el recuerdo de Marko todavía estaba vivo, tan vivo como el doloroso hormigueo que sentía en el pecho. Esas manos rudas de uñas negras, sus ojos pétreos, su poderosa virilidad. Él la llamaba, como un lobo aúlla a la luna, y ella debía seguirlo. Era su instinto.

—No creo que fuera feliz así, David —le contestó—. No soy una mujer como las demás, lo sabes.

—Tienes que olvidarte de todos ellos —le dijo David—, o te destruirán.

Sin su pelo engominado, sin sus habanos, sin el ostentoso reloj *Cartier* que ella misma le había regalado, David estaba más atractivo que nunca. Desnudo y despeinado, con las facciones relajadas, era todo lo que, en ese momento, Isabel podía desear. Un hombre bueno a su lado. Un padre amoroso.

La abrazó. Lo hizo con cuidado, para no dañarle sus heridas. Él la amaba, pensó ella, estaba dispuesto a perdonarla. El chantaje, la sumisión, todo... con tal de que se fuera con él y, de esta manera, salvase su vida, pero no podía aceptarlo. Los destruirían a los dos y, en el improbable caso de que no fuera así, ella acabaría abandonándolo, estaba segura, abandonándolo a su suerte, pero ¿cómo podría explicárselo?

—David —le dijo—, te libero, te libero completamente. Nunca testificaré en tu contra. Te lo juro. Vuelve con tu mujer, vuelve con tus hijos... con tu familia. Deja tu trabajo en la clínica. Vete a otro país. Aléjate de nosotros, aléjate de mí.

—Ya no puedo —le contestó.

Isabel maldijo sus malas artes, maldijo su poder. Había invertido tanto tiempo y energía por atrapar a ese hombre y ahora, que deseaba todo lo contrario, él se aferraba a ella, consciente de que ella era su perdición. El veneno que le había inoculado ya había hecho efecto. No había antídoto que pudiera curarlo.

—Creo que no eres consciente del peligro que representa Dominó —insistió ella—. Puede matarnos, a los dos.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. No lo conoces como lo conozco yo.

Tiene a mis hermanos, a Javier, a Ramón, a Laura. Lo quiere todo de mí. Tan solo tengo que entregarme y os salvaréis todos. Pero tienes que irte, tienes que escapar, antes de que vaya a por ti.

—Si te dejo, si me voy tal como me pides, él te destruirá, de una manera o de otra, pero acabará contigo.

—Estoy dispuesta a correr ese riesgo.

—Yo no. No puedo irme sin ti.

Estaban condenados. Estaban condenados los dos. Sierva había muerto. Para él, ella volvía a ser Isabel, pero una Isabel que no existía, una Isabel que pudiera amarlo, en cuerpo y alma, ajena a las llamadas, a las constantes llamadas de Dominó, al aullido de lobo de Marko... No podía ser. La mujer que él amaba no era real. ¿Por qué no lo entendía? ¿Por qué no lo entendía de una vez?

QUINCE

—¿Sabes por qué *Mata Hari* nunca mostraba su pecho? ¿Lo sabes, Isabel? ¿Sabes por qué lo cubría siempre con esa especie de sujetador de bronce, bruñido y brillante como la armadura de un guerrero? ¿Lo sabías? ¿Eh? Tú, que lo sabes siempre todo, ¿no lo sabías? ¿En serio que no lo sabías?

—No, no lo sé Javier.

—Pues te lo diré, te lo diré ahora mismo. Porque su primer marido le arrancó un pezón de un mordisco.

Isabel miró a su hermano con desconcierto. Hacía más de media hora que lo escuchaba y ya no sabía qué contestarle. Pasaba de un tema a otro de forma inconexa, apresurada, como si necesitara deshacerse con urgencia de todos aquellos temas intrascendentes que se agolpaban en su cabeza y que no le dejaban pensar con claridad.

Estaban en el salón de su casa, Isabel recostada en el sillón y su hermano de pie, gesticulante, recorriendo la estancia de un lado a otro, incapaz de estarse quieto. Nico, que era quien lo había traído, dormitaba en el sofá, ajeno a todo.

—¿Y Gilles de Rais? —prosiguió—. ¿Sabías quién era Gilles de Rais? ¿El sodomita? ¿El asesino de niños? ¿Sabías que había luchado junto a Juana de Arco? ¿Sabías que los dos eran esquizofrénicos? ¿Lo sabías, Isabel? ¿Lo sabías?

Isabel lo observó con atención. Su hermano estaba más delgado que nunca. Los huesos de sus caderas sobresalían de sus vaqueros como dos apéndices a medio formar. Llevaba el pelo largo, con abundantes canas coronando su cabeza, y barba de varios días, pero su aspecto no era malo. Dominó velaba por él, sin duda alguna, lo cuidaba y lo mantenía con vida. De momento.

Habían entrado en su casa cuando ella no estaba, todavía no sabía cómo. Cuando llegó de la clínica y se los encontró, pensó lo peor, pero la presencia de Nico la tranquilizaba. Nada podría ocurrirle si él estaba allí.

—¡Dominó está muy enfadado contigo, hermana! —dijo finalmente en un tono de voz muy alto, un tono que pretendía ser amenazante pero que, en realidad, resultaba cómico.

Se le acercó con ademán violento. Nico se despertó del estado de duermevela en el que se encontraba, se levantó de un salto y lo sujetó del brazo para evitar que se abalanzara sobre ella.

—¿Por qué no me das lo que le diste a Ramón? —continuó mientras intentaba desembarazarse de Nico—. ¿Por qué no te abres de piernas para tu otro hermanito?

Isabel lo miró fijamente, desafiante. Dominó se lo había contado, a él y a saber a quién más. Era parte de su venganza. Su única esperanza era que su incesto se hubiera mantenido en secreto. Un secreto entre Dominó, Ramón y ella, pero, al parecer, esas no eran las intenciones de su colaborador. Estaba tan avergonzada, tan profundamente herida... Su único consuelo era no pensar en ello, pretender que no había ocurrido nunca, que se había tratado únicamente de un sueño, pero, por lo visto, Dominó pretendía todo lo contrario. Se lo recordaría toda la vida, estaba segura, para mortificarla todavía más.

—¿Por qué has venido? —le preguntó ella finalmente—. ¿Qué es lo que Dominó te ha pedido que hagas?

Su hermano se detuvo en seco, puso los ojos en blanco y, de nuevo en trance, volvió a perder el hilo de la conversación.

—Gilles de Rais es el asesino en serie más famoso de la historia —empezó a decir con tono más calmado—. Se cree que mató a centenares de niños y niñas, los sodomizaba, los degollaba, se sentaba encima de sus cuerpecillos mientras agonizaban... ¿Conocías esa historia, Isabel? Era un hombre muy culto, ¿sabes? Se corría escuchando cantos gregorianos.

—Javier, por favor, basta ya —lo interrumpió bruscamente Isabel.

Su hermano le dirigió una mirada helada. Parecía un animal salvaje en los segundos previos a saltar sobre su víctima. Isabel se arrepintió al

momento de haberle gritado. No había tenido que reaccionar de una forma tan brusca, era lo peor que podía haber hecho.

—¿Déjame en paz? ¿Déjame en paz? —le respondió en un tono intolerablemente alto—. ¡Aleister Crowley! ¡El mismo Aleister Crowley escribió un ensayo sobre Gilles de Rais! Lo llamó *La lectura prohibida*. ¿Lo has leído, Isabel? ¿Has leído el ensayo? ¿No?

—Javier, tranquilízate —le contestó tratando de apaciguarlo—. Tan solo quiero saber por qué has venido, dímelo y después te podrás marchar. No es necesario enfadarse. Díselo Nico, díselo tú también.

Pero el chófer no le contestó. La miró con sus ojos acuosos y se encogió de hombros.

—¿No quieres, entonces, que te explique la vida de Gilles de Rais? —preguntó Javier algo más apaciguado.

—No —le contestó ella con tono firme.

—¿Ni siquiera quieres que te explique sus experimentos científicos? ¿Su pasión por los autómatas?

—No

—¿No?

—No, Javier. Lo que quiero es que me digas qué has venido a hacer aquí. Cuáles son tus intenciones. Céntrate y hazlo, te lo pido por favor. Es lo mejor para todos.

Javier pareció tranquilizarse. Nico lo soltó del brazo y volvió a sentarse en el sofá, aunque seguía alerta.

—Dominó me ha dicho que mate a David en tu presencia, querida hermana, y lo voy a hacer —dijo con tono calmado—. Preferiría matarte a ti, lo sabes, y después profanar tu cadáver. Pero Dominó no me lo permite. Te tiene reservado algo mucho mejor. Te ama ¿lo sabes? Te ama por encima de todas las cosas pero, como sabe que no puede tenerte, prefiere hacerlo a su manera. Es adorable, ¿verdad?

Dicho esto, su hermano se sentó por primera vez en aquella noche. Lo hizo como si se desplomara, sobre una silla que crujió bajo su peso, y se quedó quieto, aparentemente satisfecho.

«¿Era realmente ese el mensaje que debía darle?», pensó Isabel. «¿O tan solo era otro de sus delirios? ¿Era su hermano capaz de matar a David?». Le

costaba pensar que fuera precisamente él, un hombre débil y consumido por las drogas, el elegido para llevar a cabo esa importante misión.

—Lo voy a hacer ahora mismo —prosiguió, mientras se desabrochaba la cazadora de cuero y extraía una pequeña pistola dorada del bolsillo interior —, con esta preciosidad. ¿A que es una maravilla?

Isabel miró a Nico. Quería saber qué era lo que pensaba, qué papel desempeñaba esta vez, si estaba plenamente bajo las órdenes de Dominó o si todavía le era fiel, pero su mirada no le decía nada. Nunca le decía nada.

—David no está aquí —se limitó a decir ella, con voz queda.

—Pero no tardará en llegar, ¿verdad Nico? —le preguntó Javier—. Nico lo ha llamado y le ha dicho que viniera a tu casa, que tú querías verlo. No tardará, tu hombre no tardará porque siempre está a tus órdenes, a nuestras órdenes.

El chófer se levantó del sofá, se dirigió hacia Javier y, con un movimiento de cabeza, lo instó a que guardara la pistola. No volvió a sentarse. Se mantuvo de pie, junto a él.

Isabel empezó a llorar. Era la primera vez que lo hacía en mucho tiempo. Las lágrimas le sobrevinieron de repente, sin ella esperárselo, de forma desenfrenada, a borbotones. Ni Javier ni Nico la habían visto nunca en ese estado, pero no parecían estar conmovidos.

No le importaba morir, estaba preparada para ello, pero temía por David. Él no se lo merecía, pero ya se había dictado sentencia, la ejecución no tardaría en llevarse a cabo. Ahora tan solo quedaba esperar. Esperar a la muerte, los dos.

Pasaron los minutos. Aparentemente agotado, Javier no volvió a hablar, pero Nico no volvió a relajarse. De pie, al lado de su hermano, parecía estar en posición de alerta. El reloj antiguo de la pared, hasta entonces completamente mudo, empezó a marcar los segundos con insistente precisión. David no tardaría en llegar.

Hasta el último momento, Isabel esperó que David sospechara de Nico, que oliera el peligro, que decidiera huir, tal como ella le había pedido, pero no fue así: cuando oyó abrirse la puerta, supo que estaban perdidos. Huye, le ordenó mentalmente, huye y no vuelvas, pero David no tardó en entrar. Ella lo recibió con los ojos húmedos y el cuerpo totalmente rígido, con los

brazos pegados al tronco, como si la hubieran atado. Javier parecía relajado por fin, sentado en el sillón que había sido de su padre.

—¿Sabes por qué *Mata Hari* nunca mostraba su pecho? ¿Lo sabes, David? —le preguntó nada más verlo.

David no le contestó, ni siquiera lo miró. Isabel levantó ligeramente el rostro. Al verlo entrar con actitud desafiante, pensó que quizás habría alguna esperanza.

—¿Y Gilles de Rais? —insistió Javier— ¿Sabías quién era Gilles de Rais? ¿El sodomita? ¿El asesino de niños?

A pesar de la inesperada presencia de Nico y Javier, David no parecía intimidado. Iba vestido como si fuera a una sesión. El traje, como siempre, oscuro, la camisa blanca, el pelo engominado hacia atrás... Isabel lo contempló con atención y pudo ver la sombra velada de la opiolina en sus ojos.

Con gestos lentos y pausados, David extrajo un puro del bolsillo de su americana, lo olisqueó de lado a lado y, tras morder la punta con delicadeza, lo encendió con su mechero de gasolina. Después de darle unas cortas caladas para que prendiera, aspiró profundamente el humo y lo exhaló de forma ampulosa, llenando la habitación con el penetrante olor del habano.

—Es un *Romeo y Julieta* excelente —dijo—, recién importado de Cuba. Nada que ver con esos infectos cigarrillos turcos que fuma vuestro jefe.

Con el puro en la mano, David se acercó hacia Isabel y se sentó junto a ella. Le pasó el brazo por encima de los hombros y la besó.

—David —le advirtió ella—. Javi ha venido a matarte.

—Lo sé —le contestó—. Lo sé muy bien.

Volvió a besarla, a inundarla con el humo del habano que sujetaba entre sus dedos. A pesar todo, Isabel se excitó. Sintió como si los huesos de su pelvis crujieran y se desplazaran, como si todo su cuerpo se abriera para recibir a su hombre.

Javier se levantó del sillón y los miró desconcertado. Se acercó hacia ellos, con las manos en las caderas y el rostro sin expresión. Nico lo siguió muy de cerca. Por primera vez aquella noche parecía revelar una cierta preocupación.

—No os pondréis a follar, ¿verdad? —les preguntó.

—¿Quieres probarlo? —le preguntó a su vez David.

—¿Cómo dices?

—Si quieres probar el habano —insistió—. Es magnífico, el mejor de su categoría.

Javier puso cara de asco.

—Este puro huele fatal, apágalo ahora mismo —le ordenó.

—Solo si lo hago en tu cara, hijo de puta —le contestó David al mismo tiempo que se levantaba del sofá y se acercaba a él, con los puños cerrados.

Nico se interpuso entre los dos. Isabel lo miró de nuevo, inquieta.

Javier se alteró todavía más. Temblaba y sudaba sin parar y sus ojos, más dilatados que de costumbre, se enrojecieron súbitamente.

—¡Cabrón! —gritó, empujando a un lado al chófer y dirigiéndose hacia David.

Nico se incorporó y sujetó a Javier desde atrás. Trató de pararlo, pero no pudo con él. Javier se colocó justo delante de David, lo agarró por las solapas y le escupió en la cara. David no pareció inmutarse. Todavía desde atrás, Nico agarró nuevamente a Javier por la cintura y lo atrajo hacia sí. Incapaz de seguir avanzando, Javier metió la mano en su chaqueta y extrajo la pistola dorada. Trató de apuntar hacia David, pero el pulso le temblaba.

Sonó una detonación.

Isabel miró a los tres hombres, pero ninguno de ellos se movía. Sus cuerpos estaban estáticos, sus rostros, inexpresivos... Eran como un complicado grupo escultórico, un entramado de brazos y piernas temblorosos y cubiertos de sudor.

Tras unos largos segundos de espera, Javier empezó a doblarse lentamente por la cintura. Nico, que todavía lo mantenía sujeto, lo soltó y lo dejó caer. El chófer llevaba una pistola humeante en la mano.

Su hermano cayó al suelo en dos tiempos, con ligereza, sin apenas impactar sobre el suelo, como si se posara de forma delicada sobre las baldosas, las mismas baldosas sobre las que dio sus primeros pasos cuando era un niño, las baldosas de su casa, de la casa de su padre...

Desesperada, Isabel se aferró a David, le hizo darse la vuelta y lo miró a los ojos. Suspiró aliviada al comprobar que no estaba herido. Después miró a Nico, que todavía empuñaba el arma que había disparado contra su

hermano y que ahora dirigía hacia ellos. Tenía el rostro enrojecido pero, a pesar de ello, no parecía haber perdido su aplomo habitual.

Desde el suelo, Javier empezó a gemir y a temblar. Estaba malherido. Sin pensárselo un segundo, Nico lo remató, disparándole en la sien. Un río de sangre espesa empezó a manar a borbotones de su cabeza, formando un gran charco bajo su cuerpo.

—Lo siento —se disculpó Nico mientras guardaba el arma—. No tenía otra opción.

Ella miró el cadáver, ya inerte sobre el suelo, y después a Nico. Seguía sin asimilar lo que había ocurrido. Cuando trató de acercarse a su hermano, una masa viscosa se pegó en la suela de sus zapatos.

Isabel observó incrédula el cuerpo de Javier. Estaba en una posición grotesca, enroscado sobre sí mismo, como un muñeco al que un niño travieso hubiera roto los brazos y las piernas. Sin saber por qué, se arrodilló sobre el suelo cubierto de sangre y trató de colocarlo en una postura más relajada, más digna. Sus ojos abiertos la miraban sin expresión.

—Duérmete Javi —le dijo mientras se los cerraba con la palma de la mano.

David también se acercó al cadáver, pero apenas lo miró. Con un gesto rápido, sin que Nico pareciera darse cuenta, cogió la pequeña pistola dorada de Javier y se la guardó en el bolsillo.

Nico se acercó a Isabel y le puso una mano sobre el hombro.

—Lo siento —se disculpó nuevamente— pero no podemos perder tiempo. Necesito una alfombra o una manta. Tengo el coche aparcado aquí enfrente. Lo bajaremos como si fuera un fardo. Ayudadme a hacerlo, debemos llevarlo al pantano y hacerlo desaparecer.

—Pero —preguntó David—. ¿Por qué lo has hecho?

El chófer lo miró con tristeza y se encogió de hombros, una vez más.

—Iba a matarte, David. Ese era el encargo de Dominó. Hace días que lo sabía, pero no podía advertiros, hubiera sido demasiado peligroso. Conseguí una pistola, decidí que esa era la mejor forma de impedirlo. Matar a Javier antes de que él te matara a ti.

—¿Estás con nosotros, entonces? —le preguntó David.

—Estoy con Isabel —le contestó sin mirarle—, siempre lo he estado.

—¿Me ayudarás a salir de esta? —le preguntó ella.

—Lo intentaré, pero ya conoces a Dominó. Le diré que David llevaba un arma, que mató a Javier sin que yo pudiera evitarlo. Espero que se lo crea.

Entonces Isabel se acercó al chófer y lo besó. El rostro de Nico se enrojeció una vez más.

—¿Me buscas esa alfombra? —le pidió él con timidez.

Isabel asintió y, después de abrazarlo y besarlo por segunda vez, desapareció por el largo pasillo de la casa. Había dejado de llorar.

Cuando se despertó, al día siguiente en su cama, todavía sentía el sabor de la sangre en la boca.

Con los ojos abiertos en la oscuridad, recordó todos los sucesos que habían tenido lugar la noche anterior. Aquella noche se había convertido en una experiencia iniciática, una sucesión de hechos terribles que le habían hecho crecer y convertirse en una mujer más fuerte.

Se levantó y entró en la ducha. La sangre y la mugre que todavía cubrían su piel se desprendieron rápidamente, formando un remolino de agua sucia que desapareció por el desagüe en cuestión de segundos. Isabel se sintió aliviada. Volvía a estar limpia y pura, totalmente libre de pecado.

Salió de la bañera con pasos elásticos y se secó con lentitud. Cuando volvió de nuevo al dormitorio, se sorprendió del desorden que reinaba en la estancia. No recordaba en absoluto cómo había llegado a casa la noche anterior. Su ropa estaba en el suelo y se habían roto algunos frascos de perfume. Era como si hubiera llegado totalmente ebria, cuando aquella noche apenas había probado el alcohol.

Observó su vestido. Parecía la mortaja de una reina muerta. La sangre seca había acartonado el bajo de la falda y lo ribeteaba como una oscura puntilla. En el escote, pequeñas proyecciones de materia orgánica relucían bajo la luz del sol. También sus zapatos se habían transformado. Cubiertos de barro y con los tacones rotos, parecían los restos calcinados de un animal sorprendido en un incendio.

Como siempre que se sentía confusa, Isabel se miró en la luna del espejo. Sus ojos habían perdido la sombra de tristeza que tenía desde que era una niña. Seguía siendo hermosa, pensó, pero el hálito de la muerte le había otorgado un atractivo diferente, un influjo pérfido y poderoso.

Llamaron al timbre. Era su hermano Ramón, estaba segura. Dejó de mirarse al espejo y se puso el albornoz que estaba colgado detrás de la puerta. Lo hizo con precipitación, incluso con urgencia. Por primera vez en su vida, su desnudez la había turbado. Se sentía avergonzada, incluso sucia. Era como si se viera con los ojos de Ramón, con los ojos reprobatorios y al mismo tiempo deseosos.

Desde muy niños, siempre habían compartido sus sentimientos, como si una extraña telepatía los uniera en momentos de máxima tensión. Menos una vez. Isabel sabía que su hermano nunca se había perdonado a sí mismo su pasividad el día en el que ella sufrió el ataque con el ácido. Había arrastrado su culpa durante toda su vida. Debía redimir su falta y ahora tenía la oportunidad de hacerlo.

Cuando abrió la puerta, Isabel se estremeció. Ramón parecía haber envejecido varios años de golpe. Con las mejillas hundidas y el pelo repentinamente gris, parecía un hombre consumido por una enfermedad terminal. En una de sus manos, oscuras como garfios, sujetaba un paquete de cigarrillos vacío. Los días en el *Suspiria* eran un castigo, ella lo sabía. Aunque parecían un regalo, un inesperado y fabuloso regalo, al final, se convertían en una condena.

—¿Has vuelto a fumar? —le preguntó.

No le contestó. La miró con sus ojos de moribundo e hizo ademán de marcharse.

—Pasa, por favor —le dijo Isabel al mismo tiempo que intentaba cogerle del brazo para evitar que se fuera.

Ramón reaccionó de forma extraña. Se deshizo rápidamente de la mano de su hermana, como si le causara un gran dolor. Ella también sintió una extraña desazón. El recuerdo de su relación incestuosa todavía estaba muy presente: el contacto con su cuerpo frío, sus besos resecos... Era violento, para los dos.

—No te vayas —le pidió ella—. No te puedes marchar.

Ramón volvió a mirarla. Respiraba con dificultad y el labio superior le temblaba ligeramente. Después de pensárselo durante unos segundos bajó la cabeza y entró en la casa. Isabel hizo ademán de volverlo a tocar, pero no lo hizo.

Avanzaron por el pasillo y se sentaron en el sofá del salón. Ramón parecía desorientado. Miraba los muebles como si los viera por primera vez, desde la vieja vitrina atestada de libros a la mesa de comedor donde se habían reunido tantas veces. Isabel se inquietó.

—¿Sabe Dominó que estás aquí? —le preguntó.

Él la miró por primera vez y sonrió. Isabel lo observó con atención, alrededor de la boca le habían nacido arrugas nuevas y sus espesas cejas estaban salpicadas de canas. «¿Qué le habían hecho?», pensó. «¿Por qué tormentos lo habían hecho pasar?»

—Dominó me ha dicho que Javier ha muerto —dijo Ramón por fin, con la voz sorprendentemente segura y bien templada.

Isabel no supo qué contestarle. De forma inconsciente, dirigió su mirada al lugar donde había caído su hermano hacía tan solo unas horas. Habían hecho un buen trabajo. No habían rastros de sangre en las paredes y el suelo estaba escrupulosamente limpio. Tan solo en la zona inferior del sofá podían observarse algunas salpicaduras, pero Isabel no lograba recordar si se trataba de manchas nuevas o parte de la omnipresente suciedad que asolaba aquella casa.

—¿Fuiste tú? —le preguntó su hermano—. ¿Fuiste tú quien mató a Javier?

Lo miró con sorpresa. ¿Cómo podía pensar eso? ¿Realmente la veía capaz de matar a su propio hermano? Dominó había hecho un buen trabajo, pensó, poniéndolo en su contra.

—Fue Nico —contestó de forma lacónica—, y lo hizo para salvarme. Iba a matar a David. No podía permitirlo. Javier estaba perdido de todas maneras.

—Era nuestro hermano.

—Nos hubiera matado a nosotros también, si Dominó se lo hubiera pedido.

—Pero no fue así.

—Nunca lo sabremos.

Isabel se removió incómoda en el sillón. No había tiempo para recriminaciones. Era necesario actuar y hacerlo lo antes posible.

—¿A qué has venido? —le preguntó—. ¿Te ha enviado Dominó?

—Sabes que no —contestó Ramón—. Él nunca confiaría en mí. Me considera demasiado débil, un cobarde. Como me consideraba papá y tú misma, a veces. Me he marchado del *Suspiria*. Para siempre.

—¿Te has escapado? —preguntó Isabel.

—No. Él me ha dejado marchar, sin más. Ya no soy de utilidad para él. Me tiene atrapado igualmente.

Isabel pensó en la pequeña Sonja durmiendo en su habitación rosa, en las pequeñas ninfas escondidas en la planta secreta del *Suspiria*. Esas eran sus cadenas, pensó, poderosas e invisibles que había mantenido a su hermano prisionero.

—Dominó me habló de unos videos —le dijo Isabel—, de ti, con ella... Ramón la miró con tristeza.

—No podía— le contestó—. No podía seguir allí. Huiré, me iré al extranjero pero antes, antes debo salvarte, se lo debo a papá, te lo debo a ti.

—Es demasiado tarde —contestó ella con amargura.

—No, no lo es. Podemos matarlo. Él vendrá a por ti, estoy seguro y, entonces lo haremos. Me considera un inútil, como todos, y no se lo esperará.

—No quiero que te juegues la vida por mí —lo interrumpió Isabel—. Después de..., de todo lo que ha pasado. Es culpa mía, de nadie más. Vete, huye solo y no te preocupes. Llevarme contigo será un peligro. No debemos ni siquiera intentarlo.

Ramón se levantó. Parecía haber recuperado toda su energía. A pesar de su aspecto demacrado, parecía dispuesto a todo, entregado a la última causa, la causa definitiva.

—Lo mataremos, los dos, y acabaremos con todo esto, de una vez por todas —insistió—. ¿Tienes vino?

Isabel sonrió con tristeza. Ramón estaba perdido, como ella misma, pero, era incapaz de verlo. Sintió lástima, pero también un leve desprecio,

desprecio por su ingenuidad, por su cobardía. Se levantó y fue a la cocina. A pesar de todo, brindarían con un buen vino.

La vigilaban, hacía días que lo hacían, pero no se había dado cuenta hasta ahora. Fuera donde fuera, siempre había un coche detrás de ella, un Sedan oscuro con los cristales tintados y con las llantas pintadas de negro. Aunque resultaba imposible ver quién había en su interior, Isabel estaba segura de que se trataba de uno de los hombres de Dominó. Su colaborador lo tenía todo previsto. No podía permitirse el lujo de dejar que escapara.

También Nico la observaba. Lo hacía con disimulo, en el hospital, a todas horas, pero ella lo sabía. No debía fiarse de él. Todavía no. Algo le decía que, a pesar de la lealtad que siempre le había mostrado, a pesar del amor, siempre estaría a merced de Dominó. Por miedo, por dinero... no lo sabía, pero lo que era cierto es que ejercía una poderosa fascinación sobre él, un poder de persuasión difícil de resistir. Nico era débil y Dominó el hombre más astuto que había conocido nunca.

Ramón se había instalado en su casa. Era como convivir con un huido de la justicia. Escondido en la que había sido la habitación del servicio, se pasaba el día durmiendo. Su única ocupación era recorrer la casa por la noche, sin apenas hacer ruido, como una cucaracha que espera a que apaguen la luz para salir de su agujero. Cada vez más débil y demacrado, seguía rehuyendo el contacto físico con su hermana de forma casi enfermiza, pero se esforzaba por ser amable con ella, incluso por protegerla, por primera vez en la vida. Era como si hubiera asumido el papel de su padre, como si los pecados que había cometido le hubieran concedido el privilegio de hacerlo, convirtiéndolo en un ser tan o más depravado que él.

Conspiraron, los dos juntos, durante aquellos días de encierro.

Dominó había dado señales de vida. Les había ofrecido una tregua. Se reuniría con Isabel en un lugar público, el que ella dijera, para poder hablar. La cita requería un lugar especial. Tras desechar varias posibilidades, Isabel decidió que el lugar ideal para su último encuentro con Dominó era el *Via Margutta*, el restaurante preferido de su padre.

Isabel siempre se había encontrado muy cómoda allí, tanto en el comedor principal como en los elegantes saloncitos privados a los que acudía desde que era una niña. Nunca olvidaría la repugnancia que le provocaba degustar la especialidad de la casa, las palpitantes ostras crudas que su padre siempre la obligaba a comer. Sabía que no le gustaban, pero él se lo pedía y ella lo obedecía sin protestar, reprimiendo a duras penas las arcadas, para no decepcionarlo. Tras comerse la media docena de ostras, una detrás de otra, su padre la recompensaba con un abrazo. Ya solo por eso valía la pena sacrificarse.

Ostras, *steak tartar*, sopa de tortuga... delicias gastronómicas que se convertían en una tortura para el delicado estómago de una niña pequeña para divertimento del padre y de sus amigos, complacidos en poder compartir mesa con una hija tan obediente, tan servicial. Al final de aquellos lujosos banquetes, Isabel acababa enferma, con el estómago revuelto por la comida y mareada por el humo de los puros. Cuando llegaba su premio, la deliciosa creme brulée o las fresas con *chantilly* que le permitían tomar como postre, era incapaz de comer nada más.

A pesar de ello, Isabel niña había sido muy feliz allí. Su padre y sus amigos la trataban como una adulta, como una señorita de compañía en miniatura. Contestaba con gracia e ingenio a todas sus preguntas, algunas de ellas bastante malintencionadas, y siempre salía airosa. Debido a su mal comportamiento, Javier nunca venía con ellos. Ramón y Laura solían estar en segundo plano, ignorados por todos.

Cuando volvió al *Via Margutta*, ya como adulta, las cosas no habían cambiado demasiado. La decoración era la misma y los platos, salvo pequeñas variaciones, también.

Cuando llegaba, su amo ocasional casi siempre estaba allí, esperándola. Se levantaba rápidamente al verla, la saludaba con educación exquisita y la invitaba a sentarse junto a él, los dos solos, en el reservado. Ella sonreía con recato, la mirada siempre baja, y se acomodaba con estudiada elegancia en las sillas adamascadas. Y el camarero empezaba a traer las ostras sobre su lecho de hielo picado, las kokotxas relucientes, el solomillo sanguinolento... e Isabel se lo comía sin rechistar, sintiéndose enferma como cuando era niña, pero también excitada, ante la mirada lujuriosa de ese hombre que

acababa de conocer, de ese hombre de manos cuidadas pero, al mismo tiempo, rudas y brutales, unas manos de dedos gruesos, a menudo adornadas con anillos con piedras de ónix, alianzas de boda, sellos heredados de antepasados ilustres, unas manos que horas después la azotarían, se hundirían en su carne, ansiosas, manchadas de sangre... Solo para ella.

Estaba decidido. Volvería al *Vía Margutta* y lo haría con Dominó. Sería su última cita, su última cena juntos. Después se marcharían, cogidos de la mano, hacía algún lugar desierto, un cadalso elegido al azar y acabarían con él, tal como se merecía, de la misma manera que harían con una alimaña.

Ramón y ella matarían a Dominó, o él los mataría a ellos. No lo sabían, pero todo acabaría aquella noche, no tenía sentido alargarlo más.

DIECISÉIS

Nico la abordó en la clínica, después de una tarde repleta de consultas. Era el momento de actuar, pero todavía no tenían un plan concreto. Una cena en un restaurante, una trampa pero... ¿qué trampa sería lo suficientemente elaborada como para poder atrapar a un soldado, un estratega acostumbrado a las emboscadas más elaboradas?

—Sé que quieres acabar con él y yo puedo ayudarte a conseguirlo —le dijo el mensajero a bocajarro.

Isabel lo miró con sorpresa. La había interceptado en uno de los pasillos, a la vista de todos, en el momento menos apropiado para ello. La había sujetado por el brazo, clavándole con fuerza sus largos dedos articulados, esos dedos que a Isabel siempre le habían parecido las patas de un insecto gigante.

—Vamos a mi despacho —le contestó ella en voz baja.

Nico asintió levemente con la cabeza. Vestido con su mono rojo, con las uñas sucias de grasa de la moto, parecía un obrero que acabara de terminar su turno en la fábrica. Isabel se compadeció de él. Tan joven, tan inocente, atrapado en la sutil telaraña de Dominó...

—¿Y por qué debería fiarme de ti? ¿Qué interés tienes en acabar con él? —le preguntó en cuanto entraron en la consulta.

Nico se tomó su tiempo para contestar. Después de merodear por el despacho como si fuera la primera vez que entrara en él, se dirigió a la zona donde Isabel reconocía a sus pacientes y se sentó en la camilla, balanceando los pies como un niño inquieto. Isabel lo miró desde su mesa, desconcertada.

—¿Recuerdas el día que nos conocimos, Isabel? —le preguntó—. ¿Aquella mierda de orgía mística? Apareciste tú, con tus ojos de muñeca y tu cuerpo mutilado y te follé y disfruté como nunca lo había hecho. Me

diste trabajo, aquí en la clínica. Me presentaste a Dominó. Me convertí en un tío importante. Con pasta, con un montón de tías a mi alrededor, tías de cinco estrellas. ¿Cómo no estarte agradecido, Isabel?

Isabel sonrió coqueta. Sabía que Nico la adoraba, que disfrutaba con ella en las sesiones y también cuando ella lo llamaba, en privado, para disfrutar de un poco de compañía. Era como un perro fiel, un semental sin complicaciones, que la ayudaba a relajarse en los momentos difíciles.

—Me debes mucho, es cierto —contestó ella—, pero también le debes mucho a Dominó. ¿Cómo sé que, en el fondo, lo que quieres no es tenderme una trampa?

Nico se bajó de la camilla de un salto para acercarse a Isabel. Volvió a sentarse, esta vez delante de ella, sobre la mesa, y la miró fijamente a los ojos.

—He matado a un hombre por ti, ¿te parece poco? —le dijo—. Siempre he sido sincero contigo. Te alerté cuando Dominó me pidió que te vigilara, que entrara en acción si fuera necesario. Te he informado de sus pasos, de sus decisiones. ¿Es que no te das cuenta? Te aprecio y nunca permitiría que Dominó te hiciera daño. Nunca, ¿lo entiendes?

—¿Incluso poniendo en peligro tu vida? —le preguntó ella.

—Mi vida ya está en peligro. Maté a tu hermano en contra de los deseos de Dominó. Si llega a enterarse... sería hombre muerto.

«Nico tenía razón», pensó Isabel. Su lealtad había sido probada con creces la noche que Javier murió. Había salvado la vida de David y ya solo por eso merecía su confianza. Además, en la situación en la que estaban, cualquier ayuda resultaba valiosa.

—¿Qué propones? —le preguntó ella.

—Dominó está preparando una sesión. La sesión final. Va a matarte y yo sé cómo y dónde.

—Dímelo —le ordenó Isabel con determinación.

—Todavía no, sería demasiado peligroso.

—¿Entonces?

—Te lo diré en su momento. No hay que precipitarse. Tenemos que estar alerta. Escúchame bien. Tienes que estar preparada. Dominó me ha ordenado que te pase a buscar, con el Mercedes, después del restaurante. Yo

te llevaré a una casa, alejada de la ciudad, allí te estará esperando, con Marko.

—Mi verdugo.

—Sí, tu verdugo, y así acabará todo, pero yo os puedo ayudar. Puedo ir armado, acabar con ellos. No se lo esperarán.

—No me parece un plan muy elaborado —contestó ella algo decepcionada.

—De momento, es lo único que te puedo ofrecer.

—Ramón puede ayudarnos.

—¿Está contigo?

—Sí, se escapó y se refugió en mi casa.

—Un buen aliado —contestó Nico—. Eso lo cambia todo.

—Y no debemos olvidarnos de David —añadió Isabel.

—¿David? Debes mantenerlo alejado de esto. No le digas nada. Es demasiado... inocente. Podría estropearlo.

Nico no conocía a David tan bien como ella, pensó Isabel. Su amante había perdido la inocencia hacía ya tiempo. La opiolina y la depravación en la que se había visto inmerso desde que había aceptado el trato, lo habían convertido en un hombre muy diferente al que conoció en la clínica, aquella noche, en el servicio de urgencias. Desde el primer día en el que blandió el látigo contra su cuerpo, su degeneración había ido en aumento. Sí, David ya no era tan inocente, pero Nico no tenía por qué saber todo eso.

—Escúchame tú ahora —dijo Isabel súbitamente enardecida—. Debes decirnos dónde está la casa a la que Dominó quiere llevarnos, Ramón podría estar ya allí, esperándonos, con un arma. Podría ayudarte a acabar con ellos. Los cogeremos por sorpresa.

—Es una buena idea —replicó Nico—, pero todavía es pronto.

—No creo que Dominó tarde mucho en actuar —lo interrumpió ella.

—No lo hará.

Isabel observó con atención los ojos vacíos del mensajero, unos ojos que no mostraban nada, ni el velado sesgo de la traición ni la confianza plena que ella tanto esperaba. Oscuros y ligeramente saltones, los ojos de Nico eran como la superficie de un espejo, no podía ver en ellos nada más que su propio reflejo.

—Bájate de mi mesa —le pidió ella de repente con tono autoritario.

Sorprendido, Nico la obedeció al instante, quedándose de pie en medio de la habitación. Con el mono arrugado y algo manchado, había perdido el aspecto de conspirador que tenía tan solo unos segundos antes. Seguía siendo un empleado, pensó Isabel, y así debía tratarlo, aunque se jugara la vida por ella. Era su deber, obedecerla hasta el final, obedecerla hasta la muerte.

—Puedes marcharte —volvió a decirle, con el mismo tono seco y autoritario que hubiera utilizado Dominó con ella en el momento álgido de una sesión.

Con la mirada torva, pero, al mismo tiempo, complacida, Nico dio media vuelta y se marchó sin pronunciar palabra. Isabel lo observó largamente, prestando especial atención a su cuerpo, prieto y bien definido, que se dibujaba bajo el mono rojo. Un buen semental, repitió para sus adentros, un manso y leal semental.

DIECISIETE

En un reservado del restaurante *Via Margutta*, vestida con un modelo antiguo de *Gaultier*, Isabel no tuvo ningún reparo en sentarse con las piernas abiertas, descalzarse a media cena y pedirse un carajillo de ron entre plato y plato. Sabía que no tardaría en ser castigada, así que cualquier pecado le era permitido.

Él era condescendiente. Sonreía ante sus excentricidades. Le escondió discreto sus *Louboutin* bajo la mesa para que el camarero no se tropezara con ellos, la dejó jugar con los pies en su entrepierna e, incluso, le permitió chupetear con fruición su solomillo de ternera al punto, manchando el mantel blanco de gotas de sangre rosada. Él también sabía que no tardaría en pagar por ello así que... ¿qué importaba?

Ella miró a ese hombre que la deslumbraba con sus ojos de lobo, y notó como nunca el vacío palpitante en su interior. Sabía perfectamente qué le iba a hacer. Sabía que pronto estaría a su merced, atada, indefensa, aterida de frío, esperando...

En el techo, una lámpara de lágrimas de cristal proyectaba una luz suave que dejaba la mesa parcialmente a oscuras. Isabel empezó a jugar con las migas que habían quedado sobre el mantel, como cuando era una niña, y él la reprendió por ello. Le sujetó la mano, apretándosela con fuerza, y la miró fijamente a los ojos. Ella pidió perdón y se excitó tanto, que no pudo evitar doblarse sobre su vientre y restregar disimuladamente su sexo sobre el capitoné de su asiento Luis xv. El hombre aligeró levemente la presión, lo justo para no quebrarle los huesos, pero no dejó de mirarla a los ojos, complacido por la expresión de dolor y placer que se reflejaba en ellos.

—Te estás portando muy mal —la amenazó con su fuerte acento extranjero mientras apuraba su copa de *Veuve Clicquot*—. Y entonces, se agudizó su miedo.

El hombre la miró intensamente a los ojos, alargó el brazo y trató de tocarle un pecho, pero la gruesa textura del vestido, rígido y brillante como el caparazón de un insecto, no parecía complacerlo.

Isabel lo notó y, con la mirada baja, desabrochó lentamente los botones de su escote. Tras unos segundos de vacilación, mostró a su hombre la piel que asomaba bajo él. Su piel, totalmente abrasada.

Él se emocionó ante el inesperado gesto y, agradecido, acarició con la yema de sus dedos esa rareza que se le brindaba, esos senos rugosos e irregulares como el interior de una concha. Sus manos, expertas en amasar la carne más suave, se volvieron torpes ante esa textura única y excepcional.

—¿Te gusta? —le preguntó ella.

Y él, como si despertara de un sueño, retiró su mano y la abofeteó.

—Esto lo pagarás, puta —la amenazó sin dejar de sonreír.

Sentada ante el mantel blanco del restaurante, Isabel temblaba de miedo. Él lo notó y sonrió ante su turbación. Ella era su presa, su presa más preciada, sus ojos asustados brillaban en el interior de la cueva y él acechaba desde el exterior, relamiéndose.

El hombre volvió a mirarla y acarició su brazo con suavidad. Isabel sentía su mano caliente, esa mano que blandiría el látigo dentro de muy poco, pensó, esa mano firme que rodearía su cuello, sin compasión.

—Señor —le dijo—. Señor, por favor.

Y se excitó nada más pronunciar esa palabra: «señor, mi amo y señor», porque ya solo con eso se sentía humillada. Ya solo con eso se convertía en su víctima.

Dentro de una hora, Isabel lo sabía muy bien, él la poseería. Acabarían de cenar, los dos un poco borrachos y la llevaría en su coche a ese lugar donde no había estado nunca.

Una vez allí, él la obligaría a arrodillarse sobre el suelo. Isabel besaría su mano, tal como le habría pedido que hiciera, y él se marcharía. Seguiría arrodillada durante unos minutos más, sola, hasta que él se dignara a volver. Lo haría al cuarto de hora, vestido con un batín oscuro de caballero de opereta, con el pelo mojado y un irresistible olor a recién duchado. Ella lo miraría y él la insultaría.

—¡Maldita puta! —le diría abofeteándola con la mano abierta—. Está prohibido hacerlo, ¿no te acuerdas?

Sí, claro, lo recordaba, lo recordaba y no lo olvidará nunca. Él se sentaría en un sofá lleno de manchas y le pediría que se acercara, sin levantarse, gateando. Y ella lo haría, con las rodillas rotas por el dolor. Y entonces, la castigaría.

Isabel volvió a mirar a su hombre en la penumbra del restaurante.

«Sí, él era bueno con ella», pensó mientras degustaba, glotona, su porción extra de tarta tatin, pero pronto lo sería todavía más.

Nueva visita al lavabo. Nuevo vial de opiolina, el tercero de la noche.

Cuando volvió, su hombre la estaba esperando, con los ojos turbios por el alcohol.

—¿Otro carajillo, querida? —le preguntó.

Nada estaba saliendo como habían previsto.

Nico la había ido a buscar, como siempre, en el antiguo Mercedes, pero cuando llegaron al restaurante, era Marko quien la esperaba en el reservado, no Dominó.

Sabía que aquella no era una buena señal, pero lo aceptó como un regalo. Era tan excitante sentarse delante de él, obedecer sus órdenes, saber que, tan solo una o dos horas después sería completamente suya. Él era el señuelo, lo sabía, pero el miedo a morir no la volvía más cautelosa sino todo lo contrario. Ver a Marko como su posible verdugo la excitaba tanto que le impedía pensar. Dominó la conocía, la conocía muy bien.

El camarero retiró los cafés, Marko pidió la cuenta.

—Está todo pagado, señor —le contestó, al mismo tiempo que miraba con disimulo los pies descalzos de Isabel enredados en las botas de estibador de su amante.

De nuevo solos, Marko la miró fijamente. La fiera mirada le hacía olvidarse de todo, de su hermano Ramón, de David, incluso de Dominó...

Marko se levantó de un salto.

—Vámonos ya —le dijo mientras la levantaba como a un fardo.

—Un momento —suplicó ella—. Los zapatos...

Contrariado, su amante la dejó caer sobre el suelo. Ella se calzó como una cenicienta temblorosa y cogió su pequeño bolso de mano. Estaba dispuesta.

Sin apenas mirarla, su amo la cogió de nuevo del brazo, le clavó las uñas en la carne tierna y desaparecieron con rapidez del restaurante.

Una vez en la calle, Marko hizo una señal y el Mercedes acudió con rapidez. Isabel miró a Nico de reojo, pero su rostro, como siempre, no mostraba ninguna expresión. Su vida dependía de él, de su lealtad. El chófer les había dicho, tan solo un día antes, dónde la llevarían, en qué lugar habían instalado su cadalso. Al parecer, era un burdel abandonado cerca de la playa. Ramón, estaba allí, esperándolos. Si iban a otro lugar, estaban perdidos.

En el amplio asiento posterior del coche, Isabel se esforzaba por sentarse con la pose que sabía debía adoptar: con la espalda bien recta, las manos sobre el regazo y las piernas un poco abiertas, como un maniquí inanimado.

Marko le pidió, una vez más, que se descalzara. Ella obedeció. Su pies, blancos y suaves como los de una niña, parecían complacerlo. Su amante se inclinó levemente y cogió uno de ellos. Lo hizo con delicadeza, como si temiera dañarla, y se lo llevó a la boca. Le lamió los dedos, repasando con su lengua la blanda carnosidad de cada uno de ellos. Lo hizo con delectación, como si sus dedos fueran un manjar exquisito y desconocido.

Isabel reclinó hacia atrás la cabeza y suspiró, le resultaba tan agradable imaginar el recorrido de esa lengua, sentir su tibia humedad en sus pies, en sus tobillos, en el satinado interior de sus muslos...

Se estremeció una vez más. Marko le sonrió, mostrándole sus dos dientes de oro.

Isabel tenía los ojos cerrados, pero en ningún momento perdió el contacto con su amante. Su olor la envolvía por completo, esa mezcla de sudor espeso y tabaco extranjero que tanto había rememorado y que ahora podía aspirar con delectación.

Nico los miraba desde el retrovisor, lo sabía, y su complicidad la excitaba todavía más. Marko estaba siendo tan solícito, tan entregado...

La carretera empezó a adentrarse en un bosque espeso. Era una carretera serpenteante rodeada de árboles altos y robustos. Muchos eran pinos centenarios, pero también había encinas o robles, no supo saberlo con seguridad. Estaban en una zona montañosa, no había duda. No se habían alejado mucho de Barcelona, pero seguro que no iban hacia la playa, tal como Nico les había dicho el día antes. Isabel empezó a asustarse y trató de ver si aparecía alguna indicación. No tardó en verla. Estaban en el parque del Montseny.

Los había engañado. Nico los había engañado. Ramón estaría esperándolos inútilmente en el prostíbulo de la costa mientras ella era conducida por su verdugo a un lugar desconocido del que nunca más volvería. ¿Cómo había podido ser tan ingenua? ¿Cómo había podido fiarse de él?. Al momento abandonó su pose desmayada y tensó todo su cuerpo. Marko percibió su terror y actuó con rapidez. Después de sacar unas esposas de su bolsillo, la sujetó de una forma brutal y, con la pericia de un policía, consiguió colocárselas rápidamente a pesar de su resistencia.

De nada le serviría chillar, así que ni siquiera lo intentó. Gruesos lagrimones de rabia le recorrían las mejillas. Estaba perdida. No quería ni pensar cómo serían las horas que le esperaban. El castigo, las vejaciones, el dolor... sabía que sería torturada hasta la muerte. Y esta vez no había ninguna palabra de seguridad que pudiera salvarla.

Habían tomado un desvío. Ahora, el gran Mercedes avanzaba bamboleante por un camino de tierra. Isabel inclinó el cuerpo hacia delante para aliviar el dolor de sus muñecas, pero Marko, con un golpe seco en la espalda, le impidió hacerlo. Era tan cruel, pensaba, tan indiferente a su dolor... El camino se había convertido en un simple sendero cubierto de grava. No se veía ninguna luz. Los faros del coche tan solo mostraban enormes marañas de arbustos secos y árboles de troncos retorcidos. Finalmente, se detuvieron de forma brusca. Era el final del trayecto.

Marko abrió la puerta y la empujó de forma brusca hacia el exterior. Nico intentó ayudarla y, al salir, Isabel lo miró fijamente. Quiso contemplar la traición en su rostro, pero el chófer desvió la mirada.

Arrastrada por Marko y Nico, Isabel inició la marcha hacia lo que parecía una casa en lo alto de una leve colina, una gran mancha oscura

recortada en el cielo. Sus zapatos se hundían en el suelo embarrado y las malas hierbas que se encontraba en el camino se enredaban en sus tobillos, como si quisieran frenarla, pero cualquier esfuerzo era inútil, no había nada que pudiera salvarla.

El ascenso por la colina era lento y silencioso. Cada vez que tropezaba, recibía un golpe como castigo. Faltaba tan poco, tan poco...

La casa parecía llevar años esperándolos. Era una construcción sólida y cuadrada, sin ningún tipo de artificio: ni columnas dóricas, ni balconadas románticas, tan solo una fachada de color gris cubierta por el esqueleto de una gigantesca hiedra seca.

Isabel contemplaba con temor el portalón de madera carcomida que presidía la zona central, una gran puerta de madera que aparecía entreabierta, como si la misma casa los invitara a entrar, aunque de forma tímida y poco convincente, como si, de la misma manera, los advirtiera de los terrores que les esperaban en su interior.

Una vez dentro, Isabel, Marko y Nico avanzaron en la penumbra de un escenario que parecía de cartón piedra, un espacio enorme y sin apenas muebles iluminado por varias linternas que alguien había dejado en el suelo y que ofrecían una luz titilante.

Los hombres soltaron a Isabel, que cayó de rodillas sobre lo que parecía una alfombra de textura viscosa. Intentó levantarse, pero no pudo hacerlo.

Marko conversaba tranquilamente con el chófer. Hablaban de dinero, del tiempo que estaban perdiendo, hablaban de Isabel, refiriéndose continuamente a ella como «esa puta».

Poco después, Nico llamó a alguien desde su teléfono móvil. Era como si le estuvieran dando instrucciones. El chófer asentía con monosílabos y, cuando terminó de hablar, miró a Isabel con preocupación. «¿Había llegado por fin la hora?», se preguntó ella. Pero él no le dijo nada. Se limitó a asentir y pedir a Marko que lo ayudara.

Entre los dos, levantaron a Isabel y se la llevaron casi a rastras hacia uno de los extremos del gran salón. En medio de la ruina, alguien había colocado un sofá de cuero negro totalmente nuevo y una gran pantalla de plasma. Era como si hubieran preparado la estancia para una sesión de cine privada. Algo muy poco habitual, pensó Isabel que, sin darse cuenta, se

atrevió a mirar a Marko a los ojos por primera vez. En lugar de reprenderla, su amo se dirigió a ella y la sujetó de la cintura. Una intensa oleada de terror la inundó por completo. La mirada se le nubló, sintió un intenso mareo y finalmente perdió el conocimiento.

Cuando despertó, estaba suspendida por las muñecas de un gancho que colgaba del techo. Tocaba el suelo únicamente con la punta de los pies, por lo que la presión en los brazos era insoportable. Estaba desnuda y abandonada, mientras los hombres charlaban y fumaban sentados en el sofá. Al comprobar que había vuelto en sí, Nico accionó el mando a distancia y la televisión se encendió.

La imagen mostraba lo que parecía la habitación de un hotel. En el centro había una cama con un edredón rosa ribeteado de puntillas del mismo color, dos mesillas de noche y un gran espejo ligeramente inclinado sobre el cabecero de la cama. Era una grabación de mala calidad, pero muy impactante, como si hubiera sido manipulada a posteriori para conseguir una mayor definición.

La primera en aparecer era una niña vestida con unos shorts azul claro y una camiseta muy ceñida. No llevaba sujetador y estaba descalza. La niña bailaba sin música, se contoneaba delante de la cámara, mientras jugaba de forma provocativa con su larga melena rubia. Isabel se fijó un poco más. La niña era Sonja, la pequeña princesa que había llevado a su hermano a la perdición.

Los hombres se reían y hacían comentarios obscenos sobre las imágenes. Nico extrajo una petaca de su chaqueta y empezaron a fumar y beber de forma distendida. Isabel casi no sentía los brazos. Estaba obligada a mantenerse de puntillas para aliviar la insoportable tensión en las muñecas. A pesar del dolor, procuró estar alerta, con los ojos bien abiertos delante de la pantalla.

La película continuaba. Un hombre entró en escena de forma brusca, como si alguien lo hubiera empujado desde el exterior. Cuando miró hacia la cámara, Isabel se estremeció, era su hermano Ramón.

Ramón se sentó a los pies de la cama, de espaldas a la niña. Hundió su cabeza entre sus manos y se echó a llorar. La niña se incorporó. Parecía consolarlo. Le susurraba en el oído, le acariciaba el vientre... La pequeña lo

cubrió de besos, le quitó la camisa, intentó introducir su manita rosada por su pantalón y, entonces, él se levantó de un salto, trató de escapar, pero la puerta de la habitación parecía estar cerrada. Desesperado, se dirigió a la ventana. Apartó las cortinas raídas y aparecieron unos cristales pintados de negro. Los examinó con ansiedad, pero no había nada que le permitiera abrirla, ningún mecanismo que pudiera accionar.

Ramón se tumbó en la cama. La niña le quitó los zapatos, el pantalón y los calzoncillos.

Poco después, hizo acto de aparición un hombre con una gorra de beisbol. Se acercó hacia Ramón, le obligó a abrir la boca y le echó unas gotas de un líquido que extrajo de un vial. Isabel reconoció el líquido verdoso de la opiolina. El hombre desapareció.

Unos segundos más tarde entraron dos gemelas adolescentes. Iban cogidas de la mano y llevaban dos vestidos idénticos, blancos y translúcidos como finísimas hojas de nácar. Las hermanas se presentaron ante Ramón pero este seguía sin reaccionar. Estaba ausente, hastiado, cansando de luchar. Pero ellas no parecían desistir. Se desnudaron con ligereza y le mostraron sus cuerpos finos y elásticos.

Nico y Marko se empezaron a excitar, a gritar como animales y a darse fuertes palmadas el uno al otro, como si les uniera una extraña camaradería. Seguían ignorando a Isabel que, atada al clavo del techo, contemplaba muda las imágenes de la pantalla.

Las hermanas iniciaron un extraño ritual. Pidieron a la pequeña Sonja que se hiciera a un lado para no romper la simetría de sus cuerpos idénticos. Se colocaron una a cada extremo del hombre e iniciaron lo que parecía una cuidada coreografía. Ramón pareció entrar en un estado hipnótico. Atrapado por el juego de espejos de las hermanas, era incapaz de resistir la tentación. Dos bocas jugosas recorrieron incansables su cuerpo reseco, revolotearon sobre él como vibrantes libélulas. Las manos, que Isabel imaginaba blandas y ligeramente húmedas, acariciaron al unísono el pecho del amante desvalido, siempre con la misma e idéntica frecuencia, con una coordinación exquisita.

El plano se abrió. Era una hermosa escena. Ramón, blanco y débil como una larva informe, era engullido sin remedio por las dos flores carnívoras,

tan voraces como hermosas. Su sexo había renacido, se erigía orgulloso entre el vello oscuro.

El espejo del cabezal duplicaba una escena ya de por si duplicada, y ofrecía una imagen caleidoscópica, móvil y cambiante pero siempre simétrica, hipnótica, fatal.

A pesar de la belleza de las imágenes, Marko parecía aburrirse. Dio un largo trago a la petaca y se levantó del sofá. Miró fugazmente a Isabel que, colgada como un trozo de carne en un matadero, bajaba la mirada por prudencia.

—No dejes de mirar —le dijo al mismo tiempo que se colocaba delante de ella—. No dejes de mirar. Ahora viene lo mejor.

Como si dudara de que realmente lo hubiera entendido, Marko se colocó detrás de ella y la obligó, sujetándola del pelo, a contemplar la pantalla. Con la mano libre, acarició sus pezones que, al momento, se oscurecieron y adoptaron un profundo tono violáceo.

Sonja, hasta ahora en un segundo plano, decidió que ya era el momento de actuar. Se acercó a su amante y le dio un casto beso en la boca.

Isabel temía perder la conciencia una vez más. Era como si la sangre hubiera dejado de correr por sus venas. El pesado aliento a alcohol de su amante, la extraña cadencia de unas imágenes cada vez más amenazadoras, esas caricias enervantes en sus pezones... todo parecía confabularse para inducirla a un estado de semiinconsciencia del que ya no saldría nunca más.

—Abre muy bien los ojos, ábrelos ahora —le ordenó Marko.

Isabel levantó la cabeza y fijó la mirada en la pantalla, justo en el momento en el que Sonja, como si oyera una orden, desaparecía de la imagen. También las hermanas se marcharon con rapidez, cruzando por delante de la cámara y dejando un halo de vacío, de amenaza invisible. La expresión de Ramón era de máximo desconcierto. Miró a ambos lados de la habitación pero no parecía ver nada. El silencio parecía tragárselo todo.

Las imágenes que se sucedieron a continuación tenían un ritmo diferente y descompasado, como si hubieran sido grabadas por una cámara antigua, pero no por ello resultaban menos vívidas, sino todo lo contrario, esa impresión de irrealidad agudizaba todavía más el terror que se desprendía de ellas.

Ramón parecía intuir que algo terrible estaba a punto de pasar. Avergonzado por su desnudez, se replegó sobre sí mismo para adoptar una posición fetal.

Al cabo de unos segundos, irrumpió el que parecía ser el gran artífice de esta ceremonia macabra. Vestido con un traje blanco y una camisa de lamé azulado, Dominó apareció en la pantalla. Lo hizo de forma pausada, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha, mientras observaba a su víctima con cierta condescendencia. Ceremonioso, se sentó en la cama y acarició la cabeza de Ramón como si fuera un perro. Daba la impresión de que le decía algo, pero la grabación no recogía el sonido. Ramón parecía haberse tranquilizado, el miedo desapareció de su semblante e, incluso, se atrevió a sonreír. Las palabras parecían transmitir afecto, los gestos, complicidad. Ahora Ramón trataba de incorporarse, aceptó el pañuelo de su amo para enjugar sus lágrimas y se sonó aparatosamente con él.

Pero llegó un momento en el que Dominó pareció cansarse de su actitud servil y se levantó de forma brusca. Tras dedicar unos segundos a acicalarse —se alisó el faldón del traje, se ajustó los pantalones y se atusó el engominado flequillo—, miró fijamente a la cámara y se acercó hacia ella. Ahora, Dominó parecía estar mirando directamente a Isabel. La miraba con sus ojos ribeteados de negro con expresión divertida y, al mismo tiempo, amenazante.

Marko seguía sujetándola del cabello, acariciándole con la mano abierta, excitándola como nunca antes había hecho. Tenía tanto miedo y, al mismo tiempo, sentía tanto deseo. Estaba en ese caserón vacío, a merced de su hombre, enfrentándose a la muerte, cara a cara, por primera vez. Era algo que había deseado tantas veces y que, sin embargo, nunca se había atrevido a hacer. Ahora era el mejor momento para ello, el momento ideal para conseguir que su gran sueño se hiciera realidad.

Cerró los ojos por unos segundos, pero Marko la abofeteó para obligarla a volver al mundo real. Nico, sentado en un rincón del enorme sofá, parecía adormilado. Desde que había empezado la película, no la había mirado ni una sola vez.

En la pantalla, Dominó dio un par de palmadas. Al momento, entraron las chicas, Sonja y las gemelas, dando pequeños saltos, como si danzaran

alrededor de un desconcertado Ramón. Dominó las besó en la frente, como si fueran sus hijas, y las acarició con cariño. Estaba orgulloso de ellas, de sus hacendosas y dulces abejas, siempre dispuestas a obedecer sus órdenes, con el aguijón rezumante de miel, revoloteando al acecho de su víctima.

Isabel empezó a angustiarse, se ahogaba ante ese derroche de estímulos impropios y excesivos: el maquillaje circense de Dominó, la rosada carne de las niñas, la expresión de terror de su hermano. Cuándo acabaría esa macabra pantomima, se preguntaba, esa película de terror absurdo creada especialmente para ella.

En la película, se hizo un fundido en negro. Tan solo duró unos segundos, pero la impresión que causó fue intensísima. Nadie hablaba, nadie carraspeaba. La verdadera obra de teatro estaba a punto de empezar.

La grabación se reinició. Ahora, Ramón estaba atado a la cama de pies y manos. Continuaba desnudo y tenía los ojos desencajados, unos ojos que parecían flotar en unas órbitas demasiado grandes, demasiado oscuras. Sonja y las gemelas estaban sentadas en el borde de la cama. Llevaban algo en la mano, un pequeño instrumento parecido a un punzón afilado. Dominó había desaparecido.

El desmembramiento se produjo de forma rápida y coordinada. Las tres pequeñas trabajaban de forma simultánea. Las orejas, la nariz, los labios, los dedos de las manos y de los pies... En muy poco tiempo, el cuerpo todavía vivo de Ramón se convirtió en un gran trozo de carne sin apenas relieves, una masa sanguinolenta informe pero con una cierta movilidad, como un montón de basura orgánica pudriéndose bajo el sol.

Incapaces de cortar miembros más grandes, las niñas hablaron entre ellas y tomaron una decisión. La pequeña Sonja fue, de nuevo, la primera en proceder. Con la delicadeza de un orfebre, realizó una fina incisión desde el cuello hasta el pubis y a través de ella extrajo los pequeños tesoros que Ramón guardaba en su interior. Isabel identificó todas las vísceras. Como en una autopsia o una clase práctica de anatomía, aparecieron ante ella los pequeños riñones violáceos, la interminable ristra de intestinos, el corazón de color vino...

Las niñas se afanaban en vaciar el cuerpo todavía palpitante, ya un poco aburridas y con ganas de llegar al final. Manchadas de sangre, con el sedoso

cabello rubio apelmazado por los coágulos, removían los órganos internos de su víctima con sus finos dedos articulados, como animalillos carroñeros en busca del bocado más dulce.

Isabel contemplaba la escena con expresión ausente. Era consciente de lo que estaba pasando, pero no permitía que las imágenes penetraran en su cerebro. Era como si las retuviera en su retina, congeladas, sin procesar. Sabía que su final, como el de su hermano, estaba próximo.

Marko la obligó a mirar de nuevo la pantalla. El cuerpo de Ramón empezaba a experimentar violentas sacudidas. Era la agonía. Las niñas se asustaron y dirigieron su mirada hacia la puerta, como si hubiera alguien mirándolas desde allí. De nuevo se hizo un fundido en negro, una enervante pausa de unos segundos, y, poco después, apareció una imagen diferente, en el mismo lugar pero desde distinto ángulo. Ahora, Ramón no era más que un cadáver desmembrado, un amasijo de carne que parecía flotar sobre el edredón empapado de sangre. No había nadie más en la habitación. Unos segundos más y la cámara empezó a emitir unos ruidos extraños, como si estuviera a punto de producirse algún fallo técnico. Nuevo fundido en negro. Esta vez era el último. Oscuridad completa en la pantalla.

La película había terminado. Ahora le tocaba a ella.

Nico la miró por primera vez desde el inicio de la proyección. Su rostro continuaba tan inexpresivo como siempre. Incluso su piel, casi siempre enrojecida por el acné, estaba extrañamente lívida, como la de un cadáver.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Isabel no contestó. Ella no era como Ramón, pensó, no caería en la trampa. Sabía que estaba condenada.

Con ademanes impacientes, Marko la descolgó del gancho del techo y le desató las manos. El dolor era todavía más intenso. La sangre, al volver a fluir, sometía sus venas a una presión casi intolerable. Sentía como si sus brazos no pertenecieran a su cuerpo, como si Marko se los hubiese arrancado con sus grandes manos de campesino.

La luz de las linternas mostraban ahora una amplia escalinata de madera oscura, cubierta por una alfombra raída de color granate.

—Por aquí —le ordenó.

Los hombres la llevaron de nuevo casi en volandas por el salón. Franqueada en todo momento por Nico y Marko, Isabel subía las escaleras con dificultad. Tenía las piernas agarrotadas y los zapatos rotos. Empezó a sentirse nuevamente mareada. La madera podrida desprendía un intenso olor orgánico, como el de un cadáver en descomposición.

Cuando llegaron al piso de arriba, volvió a perder levemente el conocimiento. Un bofetón de Marko la hizo reaccionar. Estaban en una habitación que parecía un dormitorio, una estancia de grandes dimensiones rodeada de ventanales. En el centro había una cama de hierro oxidado cubierta por una colcha de terciopelo rojo totalmente nueva. Isabel se fijó un poco más. Las paredes estaban recién pintadas y el suelo, aunque antiguo y muy deteriorado, había sido fregado a conciencia. Alguien se había molestado en adecentar lo que sería su cadalso, alguien que conocía su predilección por la suavidad del terciopelo, por el color de la sangre, por el lujo entre la inmundicia. Alguien que la conocía mejor que ella misma, sus pasiones y sus debilidades, que le procuraría un final como siempre había deseado, violento y dramático, a manos de un hombre brutal que sabía cómo hacerla sufrir, como hacerla gozar.

—Tú —le ordenó Marko—. Acuéstate en la cama.

Ella vaciló unos segundos, pero no tardó en obedecer.

La cama era antigua y se hundía bajo su peso. Era tan agradable sentirse acariciada por el terciopelo, ser engullida por el grueso colchón de lana. Le dio la impresión de volver al útero materno, al suave interior de sus paredes acolchadas. El miedo seguía allí, pero se había transformado en un creciente deseo. Ahora solo pensaba en la suavidad de la tela, en el olor a pintura fresca, en la luz de las linternas que alguien había colocado de forma arbitraria en el suelo, en la figura del hombre que la observaba, tan excitado como ella.

—Y tú, márchate —le dijo Marko a Nico en voz baja.

Desconcertado, el chófer empezó a protestar, pero la mirada intimidatoria de Marko lo obligó a callarse. Después de echar una última mirada a Isabel, se dio media vuelta y desapareció entre las sombras.

—Eres una mujer muy guapa —le dijo Marko en cuanto se quedaron solos—. No entiendo por qué quieres esto. Tú que podrías tenerlo todo.

Su amante acarició su pecho herido. Lo hizo con la yema de los dedos, como si temiera lastimarla, dibujando trazos irregulares alrededor de los pezones.

—Yo soy un soldado —prosiguió—. Recibo órdenes, en la guerra y ahora aquí en España, en Barcelona, en Madrid, donde me llamen. Lo hago por dinero. Me gusta tener siempre mucho dinero, para salir, para tener chicas, chicas buenas como tú.

Isabel apenas lo escuchaba. Estaba tan concentrada en las sensaciones que le producía el contacto de la esas manos tan ásperas en su piel.

—Es por dinero, pero también me gusta hacerlo —continuó—. Disfruto, como tú ¿me entiendes? En mi país la gente tiene miedo de los hombres como yo. Nos llaman vampiros. Las mujeres no quieren estar con nosotros. Dicen que estamos condenados. Pero tú no tienes miedo. Eres como yo. Te gusta la sangre, te gusta el dolor ¿verdad?

Isabel hubiese querido contestar, pero sabía que no podía. Estaba desconcertada ante la confianza que le mostraba su amante, por su insólita verborrea, pero sabía muy bien que su papel, en ese momento y siempre, era el de simple objeto, el de simple objeto para el placer.

—Es la hora de empezar —le dijo con tono calmado.

Marko se levantó de la cama y, sin prisa pero con determinación, se desnudó delante de ella. Isabel se complació una vez más al contemplar ese cuerpo ancho y musculoso, con abundante vello en el pecho y algunas cicatrices; un cuerpo hermoso, aunque algo desproporcionado, de hombros anchos y piernas cortas, achatado, pero armónico.

—Abre la boca —le ordenó Marko, ya con su tono de voz habitual.

Desconcertada, Isabel obedeció de forma inmediata. Marko la incorporó ligeramente y le obligó a tragar el contenido de un vial. Su paladar, acostumbrado a identificar con extremada exactitud todo tipo de drogas, era incapaz de reconocer esa sustancia desconocida. Parecía opiolina, pero no lo era. El sabor y la densidad eran muy diferentes.

Cerró los ojos durante unos segundos y, cuando los abrió, la habitación le pareció más oscura. Las linternas seguían encendidas, pero arrojaban una luz más tenue, más amarillenta, como si estuvieran cubiertas por una tela transparente.

Se llevó una mano al pecho. El corazón le latía más deprisa. Le sobrevino una desagradable sensación de náusea. Se estaba ahogando. Intentaba respirar a grandes bocanadas, pero seguía faltándole el aire. Una oleada de intenso calor inundó la parte inferior de su cuerpo. La sensación era casi insoportable, pero no se trataba de dolor, sino de una profunda excitación. Sin duda, eran los efectos de esa nueva droga, pensó. Era mucho más potente que la opiolina. El arranque era rápido, el ascenso, intensísimo. Estaba desconectada de la realidad, concentrada únicamente en sus sentidos, en el aleteo vibrante de su propio sexo, en su necesidad de ser colmada.

Isabel tensó su vientre y abrió ligeramente sus piernas para mostrar su vulva, brillante como si estuviera esmaltada al fuego. Se sentía hermosa y letal, como una perla luminosa entre la inmundicia, como un fogonazo de nácar en la semioscuridad de la habitación.

Jadeando como un animal, Marko se acercó a ella y la tocó con sus grandes manos rojizas. Al igual que Isabel, parecía estar profundamente excitado. La rodeó con sus brazos, tentó su carne con su miembro grueso, la besó por todo el cuerpo... El deseo se acrecentaba, la ahogaba hasta casi matarla. Intentó hablar, pero apenas podía vocalizar. De su boca tan solo salían maullidos graves.

Marko no parecía oírla. Desesperada, Isabel le sujetó la cabeza con ambas manos y le lo obligó a mirarla, pero sus ojos de pez, cubiertos por una red de venas rojizas, no le decían nada.

Marko empezó a reírse. Finalmente, se tendió encima de ella. Isabel recibió ansiosa el peso de su cuerpo, el roce de su piel rasposa, su olor, su fuerte y penetrante olor.

—Te voy a hacer daño —le oyó decir.

Y entonces lo sintió, un dolor desgarrador entre las piernas, como si una alimaña le estuviera destrozando el sexo a dentelladas. Qué está pasando, se preguntó, mientras se retorció tratando de aliviar sin conseguirlo el intensísimo ardor que sentía en sus entrañas. Qué es lo que estaba pasando. El terciopelo estaba húmedo, su piel estaba manchada.

Era sangre, era su propia sangre escapándose a borbotones de su cuerpo.

Marko seguía tendido a su lado, sonriente. Tenía un cuchillo en la mano, un cuchillo que entraba y salía de su cuerpo como un arma mortífera, un cuchillo que la estaba destrozando por dentro. Miró a Marko con desconcierto. Su miembro estaba henchido como nunca, rebosante y amoratado, como una enorme fruta madura. Su amante estaba disfrutando, ahora sí que estaba disfrutando.

De repente, la habitación se iluminó un poco más, como si alguien hubiera traído un nuevo foco de luz. Isabel tuvo la sensación de que iba a empezar un nuevo acto, una nueva escena. En su delirio, creyó oír unos pasos, percibir un conocido olor a perfume italiano. Debía tratarse de una alucinación, trató de engañarse a sí misma, pero no era así. Su presencia era real. Completamente real.

—Queridísima Isabel, muy buenas noches —lo oyó decir.

Entre la oscuridad emergió el rostro de un payaso burdamente maquillado, un payaso que jugaba a las sombras chinescas mientras iluminaba su rostro blanco con una linterna de juguete.

—Perdona mi interrupción —prosiguió— pero quería comprobar personalmente si la sesión de esta noche estaba siendo de tu agrado. No quisiera decepcionarte, se trata de una sesión muy importante. La última si no me equivoco, ¡es tan emocionante!

Isabel se sintió desfallecer. La presencia de Dominó, irreal como una imagen proyectada en la pared, la perturbaba todavía más que el intenso dolor que la estaba minando por dentro.

—¿Qué te parece mi nueva droga? —continuó, mientras se acercaba lentamente a la gran cama de hierro—. ¿No crees que es un producto excelente? Oh pero, ¡qué lástima! ¡estás herida! Este Marko es tan impulsivo... Le dije que esperara un poco. Necesitas escuchar todo lo que tengo que decirte. ¿Crees que serás capaz? ¿Capaz de escucharme hasta el final? No dudes en interrumpirme si hay algo que no entiendes.

Isabel se retorció de dolor. A su lado, Marko parecía velar su agonía, retirándole el cabello húmedo del rostro, limpiando con sus dedos empapados de saliva las manchas de sangre que había en su vientre.

—Pero... ¿de qué estábamos hablando? —prosiguió Dominó mientras la contemplaba con ojos burlones—. ¡Ah, sí, de la droga maravillosa! No se

trata de tu opiolina, supongo que ya lo habrás notado. La base es la misma, pero está perfeccionada. Los efectos son mucho más potentes y duraderos. Me voy a forrar, ¡ya no necesito tu fórmula! Tengo algo mucho mejor, tengo a tu hermana. Ella también estaba ahí cuando tu padre te enseñaba a mezclar mejunjes, ¿te acuerdas? Y no es tan tonta como tú te crees. Lo tenía todo en la cabeza. Ahora trabaja para mí y ¡vaya! parece que es todavía más hábil que tú a la hora de fabricar afrodisíacos ¡qué inesperado! ¿Verdad, querida Isabel? Esa chica es un tesoro. Te agradezco mucho habérmela puesto en bandeja. Ahora ya puedo olvidarme por completo de ti pero, no temas, te prometo un final glorioso. Es lo menos que puedo hacer.

Dominó se paseó excitado por la habitación. Se perdía en la oscuridad para reaparecer después, siempre con la linterna en la mano, como el presentador de un espectáculo de cabaret.

—Por cierto, querida ¿te ha gustado la película? —preguntó—. Debes perdonarme por la baja calidad, pero no me negarás que resulta impactante. Nunca me hubiera imaginado que tu hermano fuera tan buen actor. Qué expresividad, qué fuerza... Todo un *gentleman*, hasta el final. Mi enhorabuena, Isabel, sois una familia excelente. Puedes estar orgullosa de todos tus hermanos. Lástima que todo tenga un final. Javier, Ramón... ahora te toca a ti.

Pero la escena dio un brusco giro final. El final que nadie esperaba.

Un extraño sonido burbujeante interrumpió el discurso de Dominó. La linterna cayó al suelo emitiendo un estruendoso sonido metálico. Poco después, su cuerpo se desplomó. El foco de luz iluminó por última vez su rostro demoníaco cubierto de sangre. Todo fue tan rápido que Isabel no tuvo tiempo de reaccionar. Dominó se desangraba en la oscuridad. Su cuerpo temblaba y se convulsionaba, como si intentara retener la vida que se le escapaba.

Se oyeron unos pasos. Entre los claroscuros de la habitación, Isabel creyó ver a David.

Marko se levantó de un salto. Todavía empuñaba el cuchillo con el que la había mutilado salvajemente. Él también había vislumbrado a alguien entre las sombras. Trató de ir en busca del extraño, pero no podía verlo.

Dos figuras negras, de movimientos fluidos, lo seguían muy de cerca. Eran dos hombres de siluetas evanescentes, que aparecían y reaparecían como gatos en una noche sin luna.

La silenciosa coreografía se prolongó unos segundos más hasta que los dos extraños lograron rodear a Marko y darle caza por fin. El baile había terminado. Isabel pudo ver cómo los intrusos desarmaban a su hombre y lo apuñalaban varias veces.

Marko se desplomó sin emitir un solo gemido.

Los hombres se acercaron a ella. No fue difícil identificarlos. Eran Nico y David, los dos manchados de sangre, con el rostro enrojecido por el esfuerzo y la excitación. Isabel se emocionó. Ahora lo entendía todo. Nico había engañado a Ramón, pero no a David. Él sí que sabía dónde la llevarían finalmente. Él sí que tendría la oportunidad de salvarla sin que Dominó sospechara. Una excelente jugada, una fidelidad sin límites. Isabel lo miró agradecida y él se sonrojó por última vez.

—No tenemos tiempo que perder —les dijo el chófer—. Debemos irnos.

David se acercó a la cama y la iluminó con la linterna. Su rostro cambió por completo de expresión. La cara de David era como un espejo, pensó Isabel, un espejo que le mostraba su propia desgracia.

—Ve al coche y espéranos —dijo a Nico con voz grave.

Tras dudarlo unos segundos, el chófer dio la vuelta y se marchó, no sin antes mirar a Isabel por última vez.

Sobre el lecho cubierto de sangre, Isabel parecía volar en la nada. Su cuerpo era más blanco y luminoso que nunca. Con los labios entreabiertos, los ojos húmedos, el pelo rodeando su rostro como un aura carmesí, tenía el aspecto de una mártir adolescente. Una débil sonrisa mostraba la extraña felicidad que sentía, el dulce placer de ver cómo se le iba la vida, suave y lentamente, como una mariposa desprendiéndose de la crisálida, morir para renacer, para encontrar, por fin, la felicidad plena.

David se horrorizó al examinar el agujero oscuro en el que se había convertido su sexo. Gruesos coágulos de sangre negra cubrían por entero esa carne que había sido tan tierna. Trató de realizar un reconocimiento profesional, pero no pudo.

—Tú querías esto, ¿verdad? —le preguntó.

Ella tragó saliva varias veces y tosió un poco.

—Sí, siempre lo he querido —contestó con un hilo de voz—. Y Dominó lo sabía.

Turbado, con el rostro lleno de lágrimas, David repasó con la yema de los dedos las numerosas heridas de Isabel.

—Podría intentar salvarte —le dijo—, detener la hemorragia. Pero no creo que sirva de nada.

Isabel negó débilmente con la cabeza. Apenas sentía el dolor. Tan solo esa dulce sensación de abandono, de placentero descanso.

La habitación se llenó de luz. Estaba amaneciendo. David se sentó a su lado y le acarició el rostro con dulzura. Sabía que no había nada que él pudiera hacer. O quizás sí.

Isabel empezaba a respirar con dificultad. Sus labios palidecieron de pronto como si anunciaran el próximo final.

David introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta. Un reflejo dorado resplandeció en la oscuridad. Era la pequeña pistola de Javier, un arma elegante, casi femenina, bruñida y brillante como una hermosa joya.

—¿Es lo que deseas?

Isabel lo miró con los ojos muy abiertos y sonrió débilmente.

Sí, esto era lo que siempre había deseado. Entregar su vida a cambio de sentir el deseo más intenso, el deseo de morir.

Apenas oyó el fogonazo.

Tan solo fueron unos segundos, pero a Isabel le parecieron toda una vida.

El rostro de David en la oscuridad, la humedad viscosa entre sus piernas y el placer, siempre el placer, puro e intenso placer.

Sobre *En carne extraña*

Un juego peligroso entre el deseo y el dolor, entre el placer y la sumisión, entre el poder y el sexo. Isabel, directora de una prestigiosa clínica de sexología, se convierte en una esclava sumisa por las noches, bajo el poder de su amo, Dominó. Sin embargo, su incipiente amor por David establecerá un triángulo entre ellos que va más allá del amor. Una trama de adicciones, violencia, amor y chantaje.

 SAGA
ROMANCE

VIOLETA EN EL JARDÍN DE FUEGO

ALICIA SÁNCHEZ



Violeta en el Jardín de Fuego

Sánchez, Alicia

9788726948103

152 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Violeta es una adolescente con poderes paranormales y una peculiar relación con su madre. Cuando esta sufra un ictus que la deje convaleciente, una serie de personajes a cual más estrambótico intentarán acercarse a ella para aprovecharse de su estado: una dominatrix, un científico loco, una escritora de novelas románticas... sin embargo, Violeta no está indefensa.-

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Espera, ponte así

Martín, Andreu

9788726961966

139 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un libro inolvidable cuya alta temperatura erótica y sensual le valió el Premio Sonrisa Vertical en 2001. Asistimos a la historia de un director de teatro que vive una tórrida aventura sexual de una noche con una de las actrices de su compañía. Poco a poco se irá obsesionando con su breve encuentro, hasta el punto de que toda su vida se verá sacudida, tanto en el ámbito matrimonial como en el personal y el profesional. Una afilada reflexión que nos lleva a preguntarnos quiénes somos en realidad a través de nuestras filias.-

[Cómpralo y empieza a leer](#)

CLAUDIO HERNÁNDEZ

LA CASA DE BONMATI

 SAGA
EDITORA

La casa de Bonmati

Hernandez, Claudio

9788728330944

161 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En la línea de escalofriantes sagas como Poltergeist o Expediente Warren, La casa de Bomnati nos presenta a la familia de Pedro, a quienes se les presenta una gran oportunidad: podrán vivir en la antigua casa Bonmati sin pagar alquiler, a cambio de mantenerla y cuidar del jardín. Sin embargo, en cuanto se instalan, tanto Pedro como su esposa y sus hijos empiezan a experimentar todo tipo de fenómenos extraños. El infierno está a punto de abrir sus puertas y arrastrarlos a todos.-

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Las crónicas de Clifton

Jeffrey Archer

Los pecados
del padre



Los pecados del padre

Archer, Jeffrey

9788726492026

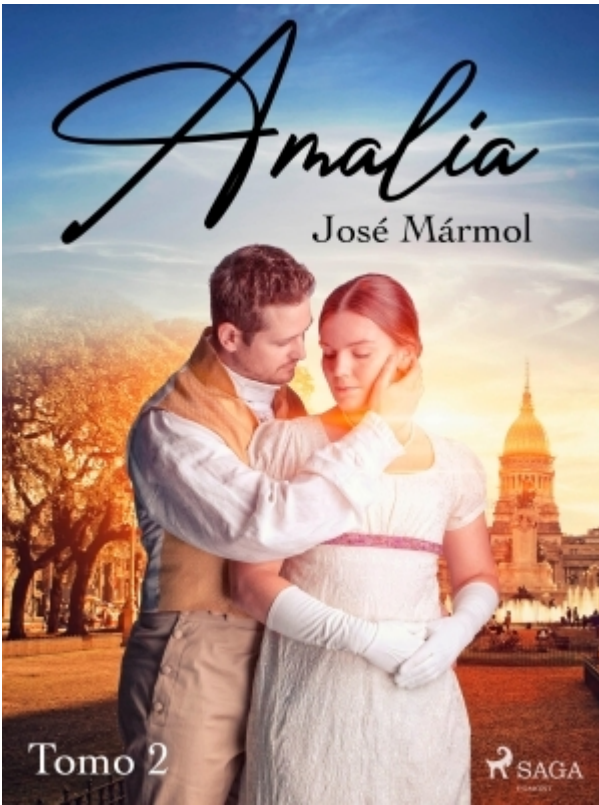
244 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

"Los pecados del padre" es el segundo libro de las aclamadas Las crónicas de Clifton, la obra más ambiciosa de Jeffrey Archer tras una carrera de cuatro décadas como autor bestsellers internacionales. Tras la estela del lanzamiento el año pasado de "Solo el tiempo lo dirá", libro que arrasó en las listas de bestsellers de todo el mundo, "Los pecados del padre" lleva al lector a asombroso viaje desde los bajos fondos de Bristol a las salas de juntas de Manhattan. El libro da comienzo en Nueva York, 1939. Harry Clifton, bajo la nueva identidad de Tom Bradshaw, se encuentra arrestado por homicidio en primer grado. Cuando Sefton Jelks, un abogado estrella de Manhattan, le ofrece sus servicios sin esperar pago a cambio, Harry no tiene más remedio que aceptar la oferta, pues no le queda un centavo. Después de que Harry sea hallado culpable y condenado en el juicio, Selks desaparece misteriosamente. La única forma que tendrá Harry de demostrar su inocencia será revelar su verdadera identidad, cosa que ha jurado no hacer para proteger a la mujer que ama. Mientras tanto, su amada Emma Barrington viaja a Nueva York. Ha dejado a su hijo en Inglaterra tras decidir que hará todo lo posible para encontrar al hombre con quien esperaba contraer matrimonio, incapaz de creer que ha muerto en el mar. La única

prueba que posee es una carta que ha permanecido cerrada sobre la repisa de una chimenea en Bristol desde hace más de un año. Sin embargo, la letra de la carta es inconfundible. La nueva novela época de Jeffrey Archer tensa las lealtades familiares hasta el límite a medida que se revelan nuevos secretos. "Los pecados del padre" presenta todos los giros característicos de las clásicas novelas de Archer. Una historia que dejará a los lectores con ganas de mucho más.-

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Amalia. Tomo 2

Mármol, José

9788726681963

367 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

«Amalia» es una novela del escritor José Mármol publicada como folletín a partir de 1851. El joven unitario Eduardo Belgrado es herido cuando abandona Buenos Aires para unirse a las tropas que luchan contra Rosas. Su amigo Daniel lo salva y lo lleva a casa de su prima, Amalia, una joven viuda. Ella y Eduardo se enamoran en medio de la tragedia y los crímenes de guerra. -

[Cómpralo y empieza a leer](#)